JOYAS POÉTICAS AMERICANAS

COLECCIÓN DE POESÍAS ESCOGIDAS

ORIGINALES DE AUTORES NACIDOS EN AMÉRICA

SELECCIÓN HECHA

POR

CARLOS ROMAGOSA



CÓRDOBA (República Argentina)

Imprenta La Minerva de Alfonso Aveta, Calle San Martin 25

1897



BREVES PALABRAS

La poesía lírica americana ha tomado en estos últimos tiempos un giro que la independiza completamente de los moldes clásicos à que estaba subyugada, y con la libertad ha adquirido un vuelo tan ágil, tan gallardo y tan alto que puede asegurarse que la América latina posee hoy el cetro de la poesía lírica castellana.

España—no se mortifiquen los españoles susceptibles y exaltados; lo digo con el profundo respeto y cariño que me inspira tan heroica nación, triplemente querida por mí por ser madre de mi patria, por ser patria de mi padre y por estar viva é íntimamente ligada á los recuerdos de mi adolescencia borrascosa—España no cuenta en la actualidad más que con dos poetas líricos: Campoamor y Nuñez de Arce. Campoamor sutil, penetrante, disector psicológico, el más profundo de los poetas españoles, el más profundo y, exceptuando á Bartrina, el más original, vièndose reunidos y compenetrados en Campoamor la fantasía meridional, y el humorismo del norte, la vivacidad latina, ondulante, graciosa, sugestiva y la melancolía germànica, irónica, amarga y contagiosa. Nuñez de Arce de vuelo condorino, cuya inspiración tiene siempre ardientes y sonoras vibraciones, cuyos poemas elevan é iluminan intensa, aunque á veces tristemente el espíritu, y cuyas estrofas refulgen como broncíneos yelmos heridos por los rayos del sol.

Y fuera de estos dos grandes poetas, de estos dos grandes maestros, sólo puede citarse á Salvador Rueda, poeta más bien descriptivo que lí-

rico, notable por la agilidad gentil y suprema de la versificación y por la variedad de matices y brillantez deslumbrante del estilo.

Los demás poetas españoles vivientes son poetas de corto, aunque de gracioso y ágil vuelo, que sólo laboran composiciones lijeras, sobresaliendo en este género de poesía Manuel Reina, cuyos cantos tienen los murmullos, la efervescencia, las chispas, los reflejos y la consistencia de la espuma del champagne.

(Aquí no hablo, porque no encuadra hacerlo en estas líneas, de los poetas dramàticos, de que España puede gloriarse de poseer una brillante cohorte, entre la cual sobresalen Echegaray, Tamayo y Baus, Selles, Dicenta y Guimerá. América no tiene poetas dramàticos de nota).

Pero América.—y aunque en este libro está representado todo el continente, en mis consideraciones literarias hablo especialmente de la América latina, por tener en esta obra una figuración más extensa é importante—América, decía, cuenta en la actualidad con una espléndida pléyade de poetas líricos, que rompiendo los moldes antiguos, quebrantando el yugo de las tiránicas reglas, se han sentido sin estorbos ni grillos retóricos, y han desplegado con amplitud las alas y remontado libremente el vuelo de la inspiración, con una firmeza, una gracia y una agilidad hasta ahora desconocidas. Por esto aseguraba que la América latina posee, en la actualidad, el cetro de la poesía lírica castellana.

Allá por el año 1883 estalló en Francia una violenta revolución literaria, encabezada por Juan Moreas, Laurent Tailhade y otros, quienes nombraron gefe de la Cruzada à Paul Verlaine, que desertó de las filas parnasianas para incorporarse al Cenáculo Simbolista. Múltiples y violentos fueron los episodios y vicisitudes de aquella revolución, y—en síntesis—su consecuencia ha sido la actual evolución literaria de Europa y América.

Aquella revolución repercutió eléctricamente en este continente, influyendo de modo tan intenso que hizo germinar en el espíritu de los jóvenes poetas una nueva eflorescencia estética. Entonces la poesía americana experimenta una verdadera reforma: métrica, metáfora, vocabulario todo cambia, todo toma un nuevo giro. Las viejas é inflexibles reglas retóricas se rompen; los maestros consagrados quedan olvidados, y los jóvenes poetas americanos, fervorosos cultores del Nuevo Ideal Literario—que consiste en hacer vibrar y sentir la belleza, el encanto y el misterio que se encierra en el alma

de los seres y en el alma de las cosas—los jóvenes poetas americanos, sin convencionalismos que los traben y subyuguen, se entregan á su libre inspiración, y cantan, arrancando á la gloriosa lengua del Romancero y del Quijote sonoridades y matices insólitos, hasta entonces no conocidos ni adivinados.

Así quedaba inaugurado en América el nuevo ciclo de la poesía lírica castellana.

Antes de inaugurarse el ciclo aludido, este magnífico y fecundo contínente había producido inspirados y grandes poetas que deben agruparse en el ciclo literario anterior, en el cual florecieron poetas de inspiración enèrgica y robusta como Heredia, cantor del Niágara; de fantasía y majestad victor-hugonianos como Andrade; de vuelo amplio y sereno como Justo Sierra; de cantos dulces, palpitantes, elevados y doloridos como Manuel Acuña; de notas delicadas, hondas y siempre quejumbrosas como Ricardo Gutiérrez; de vívidas y dulces exaltaciones amorosas como Manuel M. Flores; de estro ardiente y brillatísimo como Juan Zorrilla de San Martín, y de pensamientos vivaces, hermosos y filosóficos como Joaquín Castellanos.

Y allá en la América anglo-sajona, Edgar Poe, de inspiración exaltada y enfermiza, de fantasía diabólicamente bella ó bellamente diabólica, de pensamiento profundo y de estilo mágico, ilustre precursor del Nuevo Ideal Literario; Longfellow, profundo y sereno y Walt Whitman, panteista de majestad patriarcal, pensador de universal amplitud y caprichoso emperador del ritmo.

Y debo citar aquí á Josè Mª. de Heredia, nacido en Cuba pero amamantado intelectualmente en Francia, de inspiración olímpica, serena y diáfana; cubano que piensa y escribe en francés y cuya pluma-cincel lapidario—por su labor de perfección impecable hoy no tiene rival ni en América ni en Europa. José Mª. de Heredia es el Benvenuto Cellini de la poesía.

Pero es dentro del nuevo ciclo de la poesía americana donde florecen los verdaderos poetas, inspirados y artistas á la vez, artistas exquisitos, refinados, que pulen, cincelan y bruñen las estrofas, impregnándolas de tanta luz, color, calor y vida que hacen vibrar intensamente la fuerza, el encanto y el misterio, es decir, el alma de lo que cantan.

Esa pléyade se compone de Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Rubén Darío, José Asunción Silva, Josè Santos Chocano, Leopoldo Lugones y Pedro A. Gonzalez, y quizás alguno otor

más, que no acude ahora ni al cristal de mi memoria ni á los puntos de mi pluma.

Manuel Gutiérrez Nájera, cuya pluma de oro parecía empapada en resplandores de luna; Julián del Casal, cuya lira parecía encordada con fibras vivas de su corazón; José Asunción Silva, que nació con el Infortunio por ángel de la guarda, y cuyos cantos son fragmentos palpitantes de su corazón enfermo y de su alma soñadora:—todos tres, artistas eximios, han penetrado ya ¡en plena juventud! en la eterna clausura y en la eterna mudez del sepulcro!

Quedan vivientes y en pleno vigor y actividad, Salvador Díaz Mirón, Rubén Darío, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones y Pedro A. Gonzalez: magníficos heraldos del modernismo literario, que desde un extremo á otro de la América latina están tocando dianas triunfales en sus áureos clarines.

Salvador Díaz Mirón labra cantos hermosos en estrofas iluminadas por resplandores de una alta y fulgurante inspiración. En sus últimas composiciones sólo expresa ideas agresivas ó acerbas ó tristes; lo que no me extraña, porque como alguien ha dicho acertadamente, así, así agresivas ó acerbas ó tristes son siempre las ideas cuando nacen en un cerebro alimentado por la sangre de un corazón sin esperanza! . . .

Rubén Darío, la más refinada y aristócratica intelectualidad americana, cuya pluma encantada embellece cuanto toca. Sus estrofas, admirablemente cinceladas, tienen luz, color, vida y elegancia suprema. Sus composiciones tienen todos los encantos, menos el misterioso encanto que imprimen las penumbras que emergen de la melancolía y del dolor; de la melancolía y del dolor desconocidos de èste poeta, de éste poeta que ama intensamente la vida, la absorbe por todos sus poros y la goza lo màs que puede, sin preocuparse de nada ni de nadie.

José Santos Chocano, revolucionario exaltado, de inspiración vibrante; sus versos restallan violentamente; sus cantos centellean protestas contra la organización actual de la sociedad, é impaciencias febriles y airadas por la pronta realización de sus ideales.

Leopoldo Lugones, de desbordante y tumultuosa inspiración; original, fuerte, impetuoso. Su pluma es una espada flamígera: aguda, filosa, resplandeciente, terrible. Persigue con ahinco sus ideales y les rinde culto con un fervor siempre palpitante y violento.—Sus cantos no tienen semejantes en América ni por sus energías, ni por sus ímpetus, ni por sus fulgores, ni por sus sombras.

Pedro A. Gonzalez de imaginación intensa y viva. El vuelo de su inspiración es amplio, elevado y airoso. Sus cantos se distinguen por una serenidad profunda y por una profundidad serena.

Y para concluir con esta enumeración, citaré dos poetas que, distintos por su índole literaria de los que acabo de citar y distintos entre sí, son dos verdaderos poetas de raza, que hacen honor á sus respectivas patrias, y al continente americano. Me refiero á Carlos Roxlo y á Pedro B. Palacios.

El primero, de inspiración dulce, cristalina y serena, cuyo fondo es ese vago tinte melancólico propio de las almas sensitivas, nobles y pensadoras. Su pluma es un copioso raudal de versos. Sus estrofas, aun aquellas en las que canta sus nostalgias y sus tristezas, están empapadas en una luz y una frescura primaverales. Sus composiciones todas están impregnadas de ese olor de tomillo que exhalan las églogas virgilianas.

El segundo, más conocido por su pseudónimo de *Almafuerte*, pseudónimo que le cuadra perfectamente, es uno de los poetas más vigoro sos y originales del continente. Su inspiración es fuerte y centelleante. Latidos de vivo dolor, sombras de hondas tristezas, ansiedades de profundas nostalgias templan su inspiración. Los anatemas, las protestas, los apóstrofes, los lamentos, violentos y vivaces, que forman la trama psicólogica de sus cantos se ve, se siente que emergen de la negra selva de sus penas! Tiene visiones y acentos proféticos, y sus lapidarias estrofas parecen sentencias bíblicas, grabadas con un punzón de fuego sobre planchas metàlicas.

No concibo, no comprendo como un eminente crítico, de gran talento y de consagrada autoridad, ha podido decir que los poemas de *Almafuerte* son de remedo becqueriano, cuando en una sola de las estrofas de *Almafuerte* está contenida la esencia poética y la esencia filosófica de todas las poesías juntas de Becquer.

«Si hay cielos y climas propicios á la imaginación, como los de Grecia è Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el paraíso terrenal y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes» Así comenzaba don Juan María Gutièrrez el prólogo con que precedió su colección de poesías americanas.

Tenía razón aquel ilustre literato argentino: no hay cielos ni climas

como los climas y los cielos americanos para despertar, encender y hacer vibrar ó soñar la imaginación: los climas variados, aquí la exaltan hasta el delirio: allá la enervan hasta la somnolencia; y los cielos la encantan, porque en estos cielos americanos, tan azules y nítidos, los astros centellean con mágicos fulgores. Y si estos climas y estos cielos avivan y encantan la imaginación, los paisajes que ofrece la priviligiada naturaleza americana la tiñen con múltiples y encendidos matices. No hay paisajes como los paisajes americanos.

Extensas praderas de esplendente verdor, surcadas por caudalosos ríos de márgenes magníficas, de ancho cauce y corriente impetuosa, que reciben el espontáneo tributo de mil ríos más pequeños, que forman intrincadas, rumorosas y vitales redes líquidas; inmensas y tupidas selvas que contienen la más rica variedad de árboles, plantas, yerbas y flores; fieras, reptiles, insectos y pájaros, selvas que por el millón de notas diversas que las pueblas parecen enormes arpas salvajes. Y sirviendo de fondo à este cuadro, vivaz y ardiente, imponentes é inaccesibles montañas de entrañas metalíferas, en cuyas faldas se extienden bosques florecidos; de cuyos flancos bajan, arrastrándose y saltando por las breñas, como enormes y airadas serpientes de cristal, los torrentes que van á formar ó á enriquecer los ríos de las llanuras; y más arriba, en las altiplanicies, rebaños de vicuñas y alpacas dando movilidad al espectáculo, y allà, en las cumbres, centelleando las cándidas nieves y las flámulas volcánicas, y más allà de las cumbres, el sultán del espacio: el cóndor, paseándose con magestuosa voluptuosidad por los palacios azules.

Pero si los climas, los cielos y los paisajes americanos pueden encender encantar y teñir la imaginación, el rol hermoso y trascendental que està jugando América en los destinos misteriosos de la humanidad hace palpitar el corazón de inmensa alegría y enciende profundo y sacrosanto entusiasmo en el alma. Efectivamente, América es un enorme crisol etnográfico à donde convergen y se fusionan los hombres de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las religiones, de todos los ideales, como si este magnífico Continente hubiera sido providencialmente descubierto para ser el centro de la confraternidad humana y el abierto y esplenderoso santuario de la santa Democracia.

De modo que, bajo cualquier prisma que se la mire, Amèrica es propicia para encender la imaginación y el alma è inspirar bellísimos cantos à los que han nacido con la gracia divina del estro poético.

———

No se han establecido todavía constantes corrientes recíprocas de intercambio literario, entre las naciones del Continente Americano. Puede decirse que cada nación se desenvuelve, intelectualmente hablando, en un marcado aislamiento respecto de sus demás hermanas. De ahí resulta que entre ellas no se conozcan con la difusión, amplitud y oportunidad convenientes las producciones del espíritu de que pueden gloriarse unas y otras.

Y si esto sucede en América, què extraño que en Europa se desconozca ampliamente la inspirada y hermosa poesía americana. Europa, que sólo se preocupa con vivo interés de la exuberante producción material de este continente, mira con profunda indiferencia su rica y bella producción intelectual y, á causa de esta indiferencia, sólo conoce la poesía americana por las *Antologías*, *Parnasos*, *Liras*, etc. etc., que se le ofrecen, y la desprecia y hasta la escarnece, creyendo cándidamente que allí está contenida lo mejor y lo conceptuado mejor de la poesía americana. Error, càndido error! Esas *Antologías*, esas *Liras* y esos *Parnasos* han sido hechos con premeditados y exclusivos propósitos comerciales, y sus autores han juntado profanamente, para no descontentar á nadie y asegurar así el éxito comercial de la empresa, todo lo que han encontrado de los buenos y de los malos poetas, no insertando todo lo más bello de los primeros y no repudiando nada de los segundos; de modo que esas colecciones contienen unas cuantas poesías brillantes y hermosas perdidas en una selva de poesias pálidas y vulgares; pudiendo decirse de la más selecta de esas colecciones *Inter ramus lilia fulgent*: Entre las ramas brillan las flores.

Estas ràpidas consideraciones sobre las Colecciones de poesías americanas, no aluden á la colección publicada, hace varios años, por el distinguido poeta argentino, Martín Coronado; en cuya colección y selección se observa el mismo espíritu delicado, el mismo sentimiento estético que en el inspirado autor de «Siempreviva».

Cuando comencè à guardar cuidadosamente las poesías americanas que caían en mis manos y que yo conceptuaba bellas, lo hice con el exclusivo objeto de deleitarme solitaria é íntimamente en su lectura, sin pensar que alguna vez pudiera decidirme á coleccionarlas en un libro. Pero algunos amigos míos, que tienen influencia en mi ánimo y en mi voluntad, al conocer la colección de poesías de mi archivo me instaron y me decidieron á publicarlas en un libro, creyendo, ellos, que con tal

publicación se repararía la triste impresión y el efecto desastroso que habían producido casi todas las Antologías americanas publicadas hasta ahora y, en especial, la publicada últimamente por la acreditada casa editora de Barcelona de los señores Montaner y Simón, libro aquèl que por salir de tan notable casa editora ha de haber tenido amplia difusión. Si mis buenos y sinceros amigos han acertado en sus creencias, instándome y decidiéndome à la publicacièn de esta obra, á ellos los aplausos del triunfo. Y si, por el contrario, se han equivocado, yo cargo con toda la responsabilidad, porque la publicación de un libro malo ó inútil no se disculpa con nada ni con nadie.

Para seleccionar las composiciones de esta colección no he tenido en vista si el autor de cada una de ellas era un poeta olvidado ó consagrado, un poeta ignorado ó célebre. He procedido exclusivamente por el mérito estético de la composición. Mi criterio literario, no entorpecido por prevenciones de ninguna índole, y mi sentimiento estético han sido, respectivamente, el tamiz donde he cernido y la piedra de toque donde he aquilado las composiciones que forman esta colección; porque el único propósito y la única aspiración que me han impulsado à la publicación de este libro son presentar un florilegio donde resplandezca en su valor y en su hermosura la poesía americana.

No pretendo que en este libro estén contenidas todas las bellas poesas que se han escrito en América. No puedo tener tal pretensión. Muchas de esas composiciones, pertenecientes á los mismos autores de las que figuran en este libro, no las he publicado porque no cabían dentro del plan limitado de esta obra. Y otras muchas, no las he publicado, probablemente porque no las he conocido.

Joyas Poéticas Americanas he titulado este libro. Él no contiene, seguramente, todas las joyas poéticas americanas. Pero si en él *no están todas los que son*, creo firmemente que *son todas las que están.*

Catorce naciones americanas han tributado sus poetas á este libro. Todas las naciones importantes del continente figuran en él, todas tienen sus poetas que las representan, todas, menos una. He hecho una amplia investigación, desplegando verdadero y vivo interés, por encontrar un poeta paraguayo que pudiera figurar en este libro, y mis esfuerzos han resultado difinitivamente estériles.

Cuesta mucho creerlo! La nación de clima ardiente, alumbrada por un

sol tropical; la nación de los cielos diáfanos; la nación de los brisas perfumadas; la nación circundada por anchos y rumorosos ríos de márgenes encantadoras; la nación de las espléndidas selvas, en cuyas penumbras el urutaú canta su canto, tan dulce y triste, que parece el lamento de un corazón dolorido; la nación de valor legendario, cuyos episodios sangrientos y heroicos en su defensa contra la Triple Alianza merecen un Homero que los cante, el Paraguay, en fin, no tiene un poeta digno de figurar en una colección de poesías selectas americanas! Da pena el decirlo!

En cuatro idiomas distintos: castellano, inglés, portugués y francés, hay composiciones en este libro. Las poesías brasileras y los sonetos en francés del cubano Heredia los he publicado originales; porque, en primer lugar, no hay traducciones fieles y artísticas, y, en segundo lugar, porque el portugués es un idioma tan diáfano, que es fácilmente comprensible para la generalidad, y el francés nos es familiar á todos los americanos.

Por lo que respecta à las composiciones norteamericanas, como el inglés no es idioma tan difundido ni tan cultivado en América como el francés, me pareció acertado y conveniente publicar en vez de los textos originales las magistrales traducciones de *The Raven* y de *The Bells*, hechas por el venezolano Juan Antonio Pèrez Bonalde y por el guatemalteco Domingo Estrada, respectivamente, y la traducción de *Excelsior*, hecha por el argentino Luis L. Dominguez, que aunque no tiene el mérito literario de las dos citadas anteriormente, es una traducción bastante fiel y correcta.

La composición *Salut au Monde* de Walt Whitman la he publicado en su texto original, porque no hay traducciones castellanas especiales é íntegras de las poesías de Whitman, quizás, sencillamente, porque este raro y magestuoso poeta panteista es intraducible fielmente.

Y habiéndoseme observado que he debido poner en este libro, además de las traducciones referidas, los textos originales de «El Cuervo» y de «Las Campanas» de Edgar Poe y del «Excèlsior» de Longfellow, me complazco en atender esa observación, insertándolos aquí, en estas páginas, sucesivamente en el orden que los he mencionado:

THE RAVEN

Once upon a midnight dreary, while I pondered, weak and weary,
Over many á quaint and curious volume of forgotten lore—

While I nodded, nearly napping, suddenly there came á tapping
As of some one gently rapping—rapping at my chamber door.
«'Tis some visiter,» l muttered, «tapping at my chamber door—
Only this and nothing more.»

Ah, distinctly I remember, it was in the bleak December,
And each separate dying ember wrought its ghost upon the floor,
Eagerly I wished the morrow;—vainly I had sought to borrow
From my books surcease of sorrow—sorrow for the lost Lenore—
For the rare and radiant maiden whom the angels name Lenore—
Nameless here for evermore.

And the silken sad uncerlain rustling of each purple curtain
Thrilled me—filled me with fantastic terrors never felt before;
So that now to still the beating of my heart, I stood repeating
«'Tis some visiter entreating entrance at my chamber door—
Some late visiter entreating entrance at my chamber door;
This it is and nothing more.»

Presently my soul grew stronger; hesitatingh then no longer,
«Sir,» said I, «or, Madam, truly your íorgiveness I implore;
But the fact is I was napping, and so gently you came rapping,
And so faintly you came tapping, tapping at my chamber door,
That I scarce was sure I heard you»—here I opened wide the door,—
Darkness there and nothing more.

Deep into that darkness peering, long I stood there wondering, fearing.
Doubting, dreaming dreams no mortals ever dared to dream before;
But the silence was unbroken, and the stillness gave no token,
And the only word there spoken was the whispered word, «Lenore!»—
This I whispered, and an echo murmured back the word, «Lenore»
Merely this and nothing more.

Back into the chamber turning, all my soul within me burning,
Soon again I heard a tapping something louder than before,
«Surely,» said I, «surely that is something at my window lattice;
Let me see, then, what thereat is and this mystery explore—
Let my heart be still a moment and this mystery explore;—
'Tis the wind and nothing more.»

Open here I flung the shutter, when, with many a flirt and flutter
In there stepped a stately Raven of the saintly days of yore.

Not the least obeisance made he; not a minute stopped or stayed he,
But, whith mien of lord or lady, perched above my chamber door—
Perched upon a bust of Pallas just above my chamber door—
Perched, and sat and nothing more.

Then this ebony bird beguiling my sad fancy into smiling,
By the grave and stern decorum of the countenance it wore,
«Though thy crest be shorn and shaven, thou,» I said, «art sure no craven,
Ghastly grim and ancient Raven wandering from the Nightly shore—
Tell me what thy lordly name is on the Night's Plutonian shore!»
Quoth the Raven «Nevermore.»

Much I marvelled this ungainly fowl to hear discourse so plainly,
Though its answer little meaning—little relevancy bore;
For we cannot, help agreeing that no living human bieng
Ever yet was blessed with seeing bird above his chamber door—
Bird or beast upon the sculptured bust above his chamber door,
With such name as «Nevermore.»

But the Raven, sitting lonely on that placid buste, spoke only
That one word, as if his soul in that one word he did outpour;
Nothing farther then he uttered; not a feather then he fluttered—
Till I scarly more thand muttered «Other friends have flown before—
On the morrow *he* will leave me, as my Hopes have flown before.»
Then the bird said «Nevermore.»

Startled at the stillness broken by reply so aptly spoken,
«Doubtless,» said I, «what it utters is its only stock and store
Caught from somo unhappy master whom unmerciful Disaster
Followed fast and followed faster till his songs one burden bore—
Till the dirges of his Hope that melancholy burden bore
Of «Never—nevermore.»

But the Raven still beguiling all my sad soul into smiling,
Straight I wheeled a cushioned seat in front of brid and bust and door;
Then, upon the velvet sinking, I betook myself to linking
Fancy unto fancy, thinking, what this ominous bird of yore—
What this grim, ungainly, ghastly, gaunt, and ominous bird of yore
Meant in croaking «Nevermore.»

This I sat engaged in guessing, but no syllable expressing
To the fowl whose fiery eyes now burned into my bosom's core;

This and more I sat divining, with my head at ease reclining
On the cushion's velvet lining that the lamplight gloated o er
But whose velvet violət lining with the lamplight gloating o'er
She shall press, ah, nevermore.

Then, methought, the air grew denser perfumd from an unseen censer
Swung by Seraphim whose foot-falls tinkled on the tufted floor.
«Wretch,» I cried, «thy God hath lentthee—by these angels he hath sent thee
Respite—respite and nepenthe from thy memories of Lenore!
Quaff, oh quaff this kind nepent he and forget this lost Lenore!»
Quoth the Raven, «Nevermore.»

«Prophet! said I, thing of evil!—prophet still, if bird or devil!—
Whether Tempest sent, or whether tempest tossed thee here ashore
Desolate yet all undaunted, on this desert land enchanted—
On thts home by Horror haunted—tell me truly, I implore—
Is there—*is* there balm in Gilead?—tell me—telle me, I implore!»
Quoth the Raven, «Nevermore,»

«Prophe!» said I, «thing of evil—prophet, still, if hird or devil!
By that Heaven that bends above us—by that God we both adore—
Tell this soul with sorrow laden if, within the distant Aidenn,
It shall clasp a sainted maiden whom the angels name Lenore—
Clasp a rare and radiant, maiden whom the angels name Lenore,—
Quoth the Raven, «Nevermore.»

«Be that word our sign of parting, bird or fiend!» I shrieked, upstarting—
«Get thee back into the tempest and the Night's Plutonian shore!
Leave no black plume as a token of that lie thy soul hath spoken!
Leave my loneliness unbroken!—quit the bust above my door!
Take thy beab from out my heart, and take thy form from off my door!
Quoth the Raven, «Nevermore.»

And the Raven, never flitting, still is sitting, still is sitting
On the pallid bust of Pallas just above my chamber door;
And his eyes have all the seeming of a demon's that is dreaming,
And the lamp-light o'er him streamiug throws his shado won the floor,
And my soul from out that shadow that lies floating on the floor,
Shall be lifted—nevermore!

THE BELLS

I

Hear the sledges with the bells—
Silver bells!

What a world of merriment their melody foretells!
How they tinkle, tinkle, tinkle,
In they icy air of night!
While the stars that oversprinkle
All the heavens, seem to twinkle
With a crystalline delight;
Keeping time, time, time,
In a sort of Runic rhyme,
To the tintinabulation that so musically wells
From the bells, bells, bells, bells,
Bells, bells, bells—
From the jingling and the tinkling of the bells.

II

Hear the mellow wedding bells,
Golden bells!
What a world of happiness their harmony foretells!
Through the balmy air of night
How they ring out their delight!
From the molten-golden notes.
And all in tune,
What a liquid ditty floats
To the turtle-dove that listens, while she gloats
On the moon!
Oh, from out the sounding cells,
What a gush of euphony voluminously wells!
How it swells!
How it dwells
On the Future! how it tells
Of the rapture that impels
To the swinging and the ringing
Of the bells, bells, bells,
Of the bells, bells, bells, bells,
Bells, bells, bells—
To the rhyming and the chiming of the bells!

III

Hear the loud alarum bells—
Brazen bells!

What a tale of terror, now, their turbulency tells!
In the startled ear of night
How they scream out their affright!
Too much horrified to speak,
They can only shriek, shriek.
Out of tune,
In a clamorous appealing to the mercy of the fire,
In a mad expostulation with the deaf and frantic fire
Leaping higher, higher, higher,
With a desperate desire,
And a resolute endeavor
Now—now to sit or nerver,
By the side of the pale-faced moon.
Oh, the bells, bells, bells!
What a tale their terror tells
Of Despair!
How they clang, and clash, and roar!
What a horror they outpour
On the bosom of the palpitating air!
Yet the ear it fully knows,
By the twanging,
And the clanging,
How the danger ebbs and flows:
Yet the ear distinctly tells,
In the jangling,
And the wrangling,
How the danger sinks and swells,
By the sinking or the swelling in the anger of the bells—
Of the bells—
Of the bells, bells, bells, bells,
Bells, bells, bells—
In the clamor and the clangor of the bells!

IV

Hear the tolling of the bells—
Iron bells!—
What a world of solemn thought their monody compels!

In the silence of the night,
How we shiver with affright,
At the the melancholy menace of their tone!
For every sound that floats
From the rust within their throats
Is a groan.

And the people—ah, the people—
They that dwell up in the steeple,
All alone,

And who tolling, tolling, tolling,
In that muffled monotone,
Feel a glory in so rolling
On the human heart a ston—
They are neither man nor woman—
They are neither brute nor human—
They are Ghouls:
And their king it is who tolls;
And he rolls, rolls, rolls,
Rolls

A pæan from the bells!
And his merry bosom swells
With the pæan of the bells!
And he dances, and he yells;
Keeping time, time, time,
In a sort of Runic rhyme,
To the pæan of the bells—
Of the bells:

Keeping time, time, time,
In a sort of Runic rhyme,
To the throbbing of the bells—
Of the bells, bells, bells—
To the sobbing of the bells;
Keeping time, time, time,
As he knells, knells, knells,
In a happy Runic rhyme,
To the rolling of the bells—
Of the bells, bells, bells—

To the tolling ef the bells,
Of the bells, bells, bells, bells—
Bells, bells, bells—
To the moaning and the groaning of the bells.

EXCELSIOR

The shades of night were falling fast,
As through an Alpine village passed
A youth, who bore, 'mid snow and ice,
A banner, with the strange device,
Excelsior!

His brow was sad; his eye beneath
Flashed like a faulchion from its sheath,
And like a silver clarion rung
The accents of that unknown tongue,
Excelsior!

In happy homes he saw the light
Of household fires gleam warm and bright;
Above, the spectral glaciers shone,
And from his lips escaded a groan,
Excelsior!

Try not the Pass!' the old man said,
'Dark lowers the tempest overhead.
The roaring torrent is deep and widel'
And loud that claríon voice replied,
Excelsior!

'O stay' the maiden said, 'and rest
Thy weary head upon this breast!'
A tear stood in his bright blue eye,
But still he answered, with a sigh,
Excelsior!

'Beware the pine-tree's withered branch
Breware the awful avalanche!'

This was the peasant's last good night!
A voice replied, far up the height,
Excelsior!

At break of day, as heavenward
The pious monks of Saint Bernard,
Uttered the oft-repeated prayer,
A voice cried through the startled air,
Excelsior!

A traveller, by the faithful hound,
Half-buried in the snow was found,
Still grasping in his hand of ice
That banner, with the strange device,
Excelsior!

There, in the twilight cold and gray,
Lifeless, but beautiful; he lay,
And from the sky, serene and far,
A voice fell. like a falling star,
Excelsior!

En la inserción de las composiciones que contiene este libro no he seguido ningún plan, ni orden, ni preferencia. Las he ido imprimiendo á capricho ó según se me venían á la mano. En los índices se hallarán detalladamente ordenados, todos los datos que se requieran.

Pero al concluir la impresión de la obra, noto que por una rara casualidad he comenzado esa impresión con *El Cuervo* de Edgar Poe, y la he terminado con la *Introducción* del poema de «Las Montañas del Oro» de Leopoldo Lugones, composición publicada primeramente con el título de «La Voz contra la roca» en la *Biblioteca* del ilustrado y formidable Paul Groussac. Es decir que he abierto y cerrado el libro de las *Joyas Poéticas Americanas*, como con dos fantásticos y magníficos broches, con dos cantos extraños, inspirados y bellísimos, pertenecientes á los dos poetas para mí de fantasía más complicada, más original, más vivaz, más exaltada y fulgurante que ha producido este magestuoso, y espléndido continente americano.

CÁRLOS ROMAGOSA.

Córdoba, Diciembre 24 de 1897.

EL CUERVO

(Traducción del inglés por el venezolano J. A. Perez Bonalde)

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
Sobre más de un raro in-folio de olvidados cronicones
Inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
A mi puerta oí llamar;
Como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
Mano tímida á tocar:
«Es—me dije—una visita que llamando está á mi puerta:
Eso es todo y nada más!»

Ah! bien claro lo recuerdo: Era el crudo mes del hielo,
Y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
Procurando en vano hallar
Tregua á la honda desventura de la muerte de Leonora,
La radiante, la sin par
Virgen rara á quien Leonora los querubes llaman—hora
Ya sin nombre.....nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
Me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
De tal modo que el latido de mi pecho palpitante
Procurando dominar,
«Es, sin duda, un visitante»—repetía con instancia—
«Que á mi alcoba quiere entrar:
Un tardío visitante á las puertas de mi estancia....
Eso es todo, y nada más!»

Poco á poco, fuerza y bríos fué mi espíritu cobrando:
«Caballero, dije, ó dama: mil perdones os demando;
Mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
Me vinisteis á llamar,
Y con tal delicadeza y tan tímida constancia
Os pusisteis á tocar,»
Que no oí, dije—y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡Sombras sólo y....nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra—por mirar haciendo empeños,
Quedé allí,—cual antes nadie los soñó—forjando sueños;
Mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba
Ruido alguno....resonar
Sólo un nombre se escuchaba que en voz baja á aquella hora
Yo me puse á murmurar,
Y que el eco repetía como un soplo: Leonora!....
Esto apenas—nada más!

Á mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
Pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia:
«De seguro—dije—es algo que se pasa en mi persiana;
Pues, veamos de encontrar
La razón abierta y llana de este caso raro y serio,
Y el enigma averiguar:
Corazón! calma un instante, y aclaremos el misterio....
—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño—
Entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
Con aspecto señorial!
Fué á posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
De mi puerta el cabezal;
Sobre el busto que de Palas la figura representa
Fué y posóse—y nada más!

Trocó entonce el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
Con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
Y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro
No eres cuervo nocturnal,
Viejo, infausto cuervo oscuro vagabundo en la tiniebla!....
Dime—¿cuál tu nombre, cuál,
En el reino plutoniano de la noche y de la niebla?»....
—Dijo el cuervo: «Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
Si bien su árida respuesta no expresaba poco ó mucho;
Pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
Que lograse contemplar
Ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
Ave ó bruto reposar
Sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
Con tal nombre: «Nunca más!»

Mas el cuervo fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
Sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
Vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento
Se le oía pronunciar....
—Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han marchado,
Y la aurora al despuntar,
Èl también se irá volando cual mis sueños han volado.»
—Dijo el cuervo: «Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
«No hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;
Aprendido de algun amo desdichoso á quien la suerte
Persiguiera sin cesar,
Persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
Sus canciones terminar
Y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
De—«Jamás, y nunca más!»

Mas el cuervo provocando mi alma triste á la sonrisa,
Mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
Luego, hundiéndome en la seda,—fantasía y fantasía
Díme entonces á juntar,
Por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
De un pasado inmemorial,
Aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
Al graznar «Nunca jamás!

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda calma,
Cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma,
Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo
Me empeñaba en descifrar,
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
Luminosa mi fanal—
Terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
A oprimir—ah! nunca más!

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
Que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
Perfumado—«Miserable sér!—me dije—Dios te ha oído,
Y por medio angelical,
Tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
Te ha venido hoy á brindar:
Bebe! Bebe ese nepente, y así todo olvida ahora!»
—Dijo el cuervo:—«Nunca más!»

«Oh, Profeta!—dije—ó duende, mas profeta al fin, ya seas
Ave ó diablo—ya te envíe la tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido á esta playa,—desolado
Pero intrépido—á este hogar
Por los males devastado,—Dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás á hallar
Algun bálsamo ó consuelo para el mal que triste lloro?»
Dijo el cuervo:—«Nunca más!»

«Oh, Profeta—dije—ó diablo!—Por ese ancho, combo velo
De zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
A quien ambos adoramos,—díle á esta alma dolorida,
Presa infausta del pesar,
Si jamás en otra vida la doncella arrobadora
A mi seno he de estrechar,
La alma virgen á quien llaman los arcángeles Leonora!»...
Dijo el cuervo: «Nunca más!»

«Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida—
Grité alzándome,—«Retorna, vuelve á tu hórrida guarida,
La plutónica ribera de la noche y de la bruma!....
De tu horrenda falsedad!
En memoria, ni una pluma dejes, negra! El busto deja!
Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja!»....
Dijo el cuervo: «Nunca más!»

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
Sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura....
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
Las visiones vé del mal;
Y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
Su ancha sombra funeral;
Y mi alma de esa sombra que en el suelo flota....nunca
Se alzará....nunca jamás!

Edgar Poe.
(norteamericano).



LAS CAMPANAS

(Traducción del inglés por el guatemalteco DOMINGO ESTRADA)

I

¡Cuál turba con gozoso clamoreo,
La calma de las horas matutinas,
El arribo del rápido trineo,
Tañendo las campanas argentinas!

En las pálidas mañanas
!Oh, qué mundo de alegría, oh, qué plácidas hosanas
Con su grata melodía
Surgir hacen las ufanas,
Las vibrantes, ledas notas de las rítmicas campanas!
Las metálicas campanas,
Cuya voz se alza sonora
Cuando apuntan las tempranas, vagas luces de la aurora....
Las campanas peregrinas,
Argentinas
De melódico voceo,
Que á lo lejos se dilata
Cuando viene ya el trineo sobre sábanas de plata

. . . .

Ya el tren llega, precedido
Por el mágico sonido de su plácida campana:
Y en el aire puro y frío
Se derrama el vocerío de su alegre carga humana
Y titilan dulcemente los luceros tembladores;
Y en el cielo reluciente,
Desde Oriente,

Pinta el alba sus colores, vibra rayos matinales,
Que se quiebran de los hielos en los límpidos cristales.

. . . .

Así suenan y resuenan
Y de gozo el alma llenan
En sus plácidas mañanas,
En que un mundo de ilusiones y magníficas hosanas,
Con su grata melodía
Surgir hacen las seguras, las vibrantes, las ufanas
Notas claras, limpias, puras de sus rítmicas campanas.

II

¡Cuál se desprende en noche silenciosa,
De esbelto campanario, alado coro;
Y rueda en el espacio, rumorosa,
La vibración de las campanas de oro!

— —

Anunciando alegres bodas
Al contento vecindario, las campanas cantan todas
En la torre del santuario;
Y con dulces vibraciones,
Todo un mundo de ilusiones y de dichas soberanas
En nubiles corazones,
Surgir hacen las ufanas,
Las sonoras, dulces notas de las áuricas campanas!
Las campanas metalinas
Que gozosas suenan, suenan
Y en las horas vespertinas de rumor el aire llenan!
Las campanas que son de oro,
Cuyo coro
Se percibe en lontananza,
Derramando bajo el cielo
La canción de la esperanza, con su alegre ritornelo!
Despertando á las dormidas,

Blancas tórtolas perdidas, cuyo idilio de ternura
Se condensa en quedos trinos,
Á los rayos argentinos de la luna dulce y pura!....
Y perfuman el ambiente los virgíneos azahares;
Y en la linfa de la fuente
Transparente,
Vénse estrellas á millares, titilantes y remotas,
Mientras lleva el viento el himno de triunfantes ledas notas
....
Así suenan y resuenan,
Y de dicha el alma llenan,
Con su lírica eufonía, desde el alto campanario,
Creando un mundo de alegría
En el quieto vecindario, si anunciando dulces bodas,
Las campanas cantan todas en la torre del santuario!

III

La campana de bronce suena ahora,
Sembrando alarma por doquier y espanto;
Y anunciando con voz aterradora
Un drama de dolor, peligro y llanto!

——

En la oscura, triste noche, suena, suena con violencia
La campana del incendio; con su infausta turbulencia
Una historia pavorosa, revelando de repente,
Pronto auxilio al implorar,
Propalando febrilmente la catástrofe temida;
Y llamando sin cesar,
Á la ya dormida gente, que temblando pavorida,
Se despierta en el hogar!
Y entre tanto que ella implora, que ella grita, que ella clama,
Crece, aumenta, se agiganta la tenaz, ardiente llama,
Que penetra, sube, corre, lame, rápida devora,
Y acrecienta su sin par

Loca furia destructora; toscos, lívidos semblantes
Descubriendo, al irradiar
Rojos, móviles reflejos, que iluminan vacilantes
Pardas nubes al pasar!

———

Ya no tienen melodías, cantos, ritmos, las campanas:
Aterradas, pavoridas, son sus voces casi humanas!
Ahullan, gritan, chillan, rujen....su angustioso llamamiento
Derramando en la extensión;
Del terrífico elemento recurriendo á la clemencia
En demente apelación;
Y clamando por socorro, con insólita insistencia,
Con extraña obstinación!

———

Y adivinan los oídos,
Escuchando sus sonidos,
Si el peligro disminuye, si el silencio ya decrece,
Si la llama desparece....
O si corre, sube, lame, y se ensancha y se acrecienta,
Y el peligro al par aumenta
De su rabia destructora;
Pues con voz que es casi humana,
Pide, ahulla, llama, llora, grita y ruje la campana!

IV

Las campanas de hierro triste suenan,
Con monótona y lenta monodía;
Y sus acentos funerales llenan
El alma de letal melancolía!....

———

Todos piensan en lo breve de la cara vida humana;
En el lóbrego misterio del incógnito mañana,
Escuchando cómo dobla, cómo gime, cómo llora
La campana funeral;
La campana aterradora, recordando á la conciencia
Que el placer no es eternal;

Que en la fría tumba oscura la misérrima existencia
Tiene un término fatal!

No son hombres los que tocan aquel himno funerario,
Los que doblan insistentes en el alto campanario,
Son espectros de las tumbas, son los duendes vespertinos
Los espíritus del mal;
Y esqueletos blanquecinos; y fantasmas ataviados
Con sudario sepulcral;
Los que doblan en la torre; los que tocan despiadados
Aquel himno funeral!

Son los gnomos y los silfos y murciélagos gigantes,
Brujas, cuervos y vampiros, y las ánimas errantes
Que al sonar la media noche, dejan raudas, presurosas
La plutónica región;
Surgen, salen de las fosas; con su lívido sudario,
Y en diabólico turbión,
Cual horrible enjambre vuelan al sombrío campanario
A tocar el esquilón!

Y ellos, todos, confundidos,
Cantan, gritan, dan ahullidos,
Y se mezclan, y se entregan á alegrías espantosas,
A mil danzas horrorosas;
Y entrechócanse los huesos, y se ríen, torvas, fieras,
Las horribles calaveras....
Mientras canta lentamente
Desde lo alto del Santuario
La campana su doliente, su himno triste y funerario!

EDAR POE.
(norteamericano)



ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA

WAKE!
Hamlet.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
De la árdua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brota de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, gérmen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,—
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movible cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieve sempiternas,
Despliegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes
Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora

Que el verde junco con la yedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes—En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo oscuro
Del valle que á los piés del Apenino
Se extiende como altombra de esmeralda
Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,—
Vago rumor se siente.....
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en són medroso, el viento
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondanadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada

A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilión, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,—
Aquella tribu oscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno
La inquietud de la ola comprimida,
El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensageros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina—
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Oceano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje—

Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;
Y las negras pirámides distantes,
Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dólmen maldito!
Pero cayó expirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sármata cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,
El sombrío, feroz Escandinavo
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse en sus altares!

Largo su imperio fué! Largo y fecundo,
El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,

Sus desastres, Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente
La luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde en verdad. El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la oscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos—
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.—

Solo quedó de pié, soberbio atleta
Vencido, no tumbado,—destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldecida.—
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye,
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
Inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía,
El sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo

La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la sávia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la cesárea estirpe,
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra angusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La Visión de la América encantada!

Dos mundos sugetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
Y ansiosos de combates
Fué á renovar en Africa prodigios

Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cnando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pié de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto tronco las astillas—
Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,—
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia

El genio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleon, el genio de la gloria,
Para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles,
Pero astro que se pone en el ocaso
Tras nubes de rogizos arreboles.
Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante pero efímero; la espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confin remoto
El homenaje de los reyes muertos,—
La espada de Auterlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota,
Cayó en los campos de Sedan, sombríos,
Ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
Los pucblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera

No mueren aunque caigan.—Así Roma
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pasada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

Soberbio mar engendrador de mundos!
Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
Ó gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar, de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de líquen y espadañas,
Al ronco són de tempestad bravía
Naúfragos del abismo las montañas —
Mientras el cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recien abierta,
Sobre la cual en armonioso coro

Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la historia! un mundo niño.—
Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagamundo
No fuesen á contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar el horizonte oscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía
Mensagera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente!
Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Rotorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde traía,
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII

Siglos pasaron sobre mundo, y siglos

Guardaron el secreto!
Lo presintió Platon cuando sentado
En las rocas de Engina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto;
Y el misterioso diálago entablaba
Con las olas inquietas
Que á sus piés se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora
Colon apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora—
Y la nave avanzó.—Y el Oceano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
Y á su frente rugiendo el torbellino
Jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,

Debelador de tronos y coronas,
Era lo que soñaba!
Ambito y luz en apartas zonas!
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sinó en pos de grandiosas ilusiones,
La libertad, la gloria y el progreso!

Nada le falta ya! lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

Campo inmenso á su afan! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levatan la cabeza
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas álas

Para emprender el vuelo á otras riberas!

Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol que tus encantos cela,
Inmenso hogar de animación y vida
Cuna del gran Bolivar! Venezuela!
Todo en tu seno es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pié del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla oscura,
Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Gérmen es en los pueblos varoniles
De redención futura—
Y entonces cuando llegue,
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera

Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pié del Ávila, su genio
Inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,
Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
Á colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso
Y á quien sólo le falta
El ser más libre, para ser más grande,
Y la región bendita!
Sublime desposada de la gloria!
Que baña el Plata y que limita el Ande!

De pié para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo jóven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!

Y que hoy llama al festín de su opulencia
Á cuantos rinden culto
Á la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia....
La patria! que ensanchó sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron!
La patria! que olvidada
De la civil querella, arrojó léjos
El fratricida acero
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero!
La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del furor avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
La inmensa copa á las naciones tiende!

IX

Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo....
Y más allá desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura,
Los bosques á los bosques enlazados,
Doquier la libertad, doquier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera

Y en explosión magnífica encendida!

Atlántida encantada
Que Platon presintió! promesa de oro
Del porvenir humano—Reservado
Á la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia
Los Césares del genio y de la espada—
Aquí va á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos--
La más bella visión de las visiones!
Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

OLEGARIO V. ANDRADE.
(argentino.)

* ¿QUÉ ES POESÍA?

¡La poesía!—Pugna sagrada,
Radioso arcángel de ardiente espada;
Tres heroísmos en conjunción:
El heroísmo del pensamiento,
El heroísmo del sentimiento
Y el heroísmo de la expresión.
Flor que en la cumbre brilla y perfuma;
Copo de nieve; gasa de espuma;
Zarza encendida do el cielo está;
Nube de oro, vistosa y rauda;
Fugaz cometa de inmensa cauda,
Onda de gloria que viene y va.
Nébula vaga de que gotea,
Como una perla de luz la idea;

Espiga herida por la segur;
Brasa de incienso; vapor de plata;
Fulgor de aurora que se dilata
De Oriente á Ocaso, de Norte á Sur.
Verdad, ternura, virtud, belleza,
Sueño, entusiasmo, placer, tristeza,
Lengua de fuego, vivaz crisol;
Abismo de éter que el genio salva;
Alondra humilde que canta al alba;
Águila altiva que vuela al sol.
Himno que brota de la montaña;
Nostalgia obscura; pasión extraña;
Sed insaciable; tedio inmortal;
Anhelo eterno é indefinible;
Ansia infinita de lo imposible;
Amor sublime de lo ideal.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
(mejicano)

MARIPOSAS

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan el aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,

Y ya muertas las haya la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio, de noche, reposan?
¡Las coquetas no tienen morada!...
¡Las volubles no tienen alcoba!...
Nacen, aman, y brillan y mueren;
En el aire al morir se transforman
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco iris espléndido forman.
Vagabuudas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿Á que amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumbas dormís, mariposas?

* * *

¡Así vuelan y pasan y expiran
Las quimeras de amor y de gloria!
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en que sitio os perdísteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras casta, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca
Murmurabas, heraldo de goces;

¡«Ya está cerca tu noche de bodas!»

¡Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí, beso vivo,
Al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
Ni la de oro; promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
¡Es de noche.....ya no hay mariposas!
Encended ese cirio amarillo......
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras.
Y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
Compañeras, la pieza está sola!
Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid, mariposas!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(mejicano.)

Á MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido
Que en pos de tí me arrastras.
¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
Tú como el ángel de la inmensa muerte,

Te agitas y nos llamas!
¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto
Á levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! ¡que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siempre la mirada,
Si un día triste te verán mis ojos
Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.
(argentino.)

CASO

Á un cruzado caballero,
Garrido y noble garzón,
En el palenque guerrero
Le clavaron un acero
Tan cerca del corazón.
Que el físico al contemplarle,
Tras verle y examinarle,
Dijo: «Quedará sin vida
Si se pretende sacarle
El venablo de la herida.»

Por el dolor congojado,
Triste, débil, desangrado,
Después que tanto sufrió,
Con el acero clavado
El caballero murió.
Pues el físico decía:
Que en dicho caso, quien
Una herida tal tenía,
Con el venablo moría,
Sin el venablo, también.

¿No comprendes, Asunción,
La historia que te he contado,
La del garrido garzón
Con el acero clavado
Muy cerca del corazón?
Pues el caso es verdadero;
Yo soy el herido, ingrata,
Y tu amor es el acero:
Si me lo quitas, me muero.
Si me lo dejas, me mata!

RUBÉN DARÍO.
1894. (centroamericano.)

EL LIBRE PENSAMIENTO

Al espacio vuela el viento,
El torrente corre al mar,
Y tú, pensamiento mío,
Dime, dime, á dónde irás?

El agua libre es diluvio,
El viento libre huracán,
El fuego libre es incendio...
Pensamiento, tú serás,

Sin los diques que Dios quiso
Poner á tu libertad,
Como el agua, el fuego, el viento:
Diluvio, incendio, huracán.

JUAN A. SÁNCHEZ.
(centroamericano.)

LA FLECHA DE ORO

Yo busco una flecha de oro
Que niño de una hada adquirí,
Y, «Guarda el sagrado tesoro»
Me dijo; «tu suerte está ahí».

Mi padre fué un príncipe: quiere
Un día nombrar sucesor,
Y aquel de dos hijos prefiere
Que al blanco tirare mejor.

Á liza fraterna en el llano
Salimos con brío y con fe;
La punta que arroja mi hermano
Clavarse en el blanco se ve.

En tanto mi loca saeta
Lanzada con ciega ambición,
Por cima pasó de la meta
Cruzando la etérea región.

En vano en el bosque vecino,
En vano la busco doquier;
Tomó misterioso camino
Que nunca he logrado saber.

El cielo me ha visto horizontes
Salvando con ávido afán,
Y mísero á valles y á montes
Pidiendo mi infiel talismán.

Y escucho una voz *¡Adelante!*
Que me hace incansable marchar,
Repítela el viento zumbante;
Me sigue en la tierra y el mar.

Yo busco la flecha de oro
Que niño de una hada adquirí;
Y, «Guarda el sagrado tesoro»
Me dijo; «tu suerte está ahí».

MIGUEL ANTONIO CARO
(colombiano.)

DE AMORES

A María.

Allá por el cielo azul,
Negros tiznes de la bruma,
Que sus contornos esfuma
Como la fimbria de un tul,

Empieza mi alma á gemir,
Mientras cunden esos tiznes,
Cantando como los cisnes
Cuando se están por morir.

Bajo el oscuro sauzal,
—Gran palio de hojosas cimas,
Voy desgranando mis rimas
Como gotas de un raudal.

Mis cantos de juventud,
Penas, nostalgias ignotas,
Manando en sartas de notas
De las cuerdas de un laud.

Las quieres? son para tí;
La brisa en vuelo sereno
Se las lleva hasta tu seno
Y queda temblando allí.

Y un fuego que lo hace arder
En tu boca de ángel liba:
Ignea flor de carne viva
Donde hay besos por nacer.

Blanca luz del mes Floreal,
Que varias vidas incubas,
Tù, la que pintas las uvas
Entre el verdor del parral.

Tú, cuyo vivo fulgor,
Viste la hojosa floresta
Con claro traje de fiesta
Cuando bautizas la flor.

Tú, la amada del clavel.
La que los bloqueos marmóreos
De los hielos hiperbóreos
Esculpes como un cincel.

Tú, la maga, que al rasgar
Las sombras donde te velas,
Con gotas de iris constelas
Las espumas de la mar;

Y dejas con tu matiz,
En la onda que el viento crispa,
Sangrando luz la ígnea chispa
Como abierta cicatriz;

La que en olas de arrebol
Despeinas tus rubias hebras,
Cuando las nupcias celebras
De las flores con el Sol.

Tú, cuyo vivo carmín
Es de esas flores el timbre;
Tú, la que tramas la urdimbre
De los follajes, en fin.

¿No ves sus labios temblar,
Como soñando embelesos?:
Son cosquilleos de besos
Que le hizo el aura al pasar.

Es que bebe aire de amor
Para desplegar sus galas
Y abrir del todo las alas,
Buscando un mundo mejor.

Cambia con suave pincel
En su frente de camelia,
Las palideces de Ofelia
Por la color de Raquel.

Díle que yo tengo aquí
Dormidas entre albos tules,
Muchas ideas azules
Que estaban cantando en mí.

Vé hacia donde está mi bien
Y disipa sus enojos:
Enciende un alba en sus ojos,
Ponle un lucero en la sien!

LEOPOLDO LUGONES.
1893. (argentino).

LA FLOR DEL CAFE

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
si me acoje cariñosa,
Porque es cándida y graciosa
—Como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes;
Grana en sus labios se vé,
Y son sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes,
—Como la flor del café.

Una sola vez la hablé
Y la dije: «me amas Flora?
Y más cantares te haré,
Que perlas llueve la aurora
—Sobre la flor del café.»

«Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro;
Hasta morir te amaré,
Porque mi pecho es tan puro
—Como la flor del café.»

Ella contestó al momento:
—De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
—Como la flor del café.

Cuando sus almas fogosas
Ofrecen eterna fé,
Nos llaman Ninfas y Diosas,
Más fragantes que las rosas
—Y las flores del café.

Mas cuando ya han conseguido,
Cual céflro que embebido
En el valle de Tempé
Plega sus alas dormido
—Sobre la flor del café.

Entonces abandonada
En soledad desdichada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
—Yace la flor del café.

Yo repuse:—Tanta queja
Suspende, Flora, por qué
También la mujer se deja
Picar de cualquier abeja,
—Como la flor del café.

Quiéreme, trigueña mía,
Y hasta el postrimero día
No dudes que fiel seré;
Tú serás mi poesía,
—Y yo tu flor de café.

A tu vista cantaré
Y lucirá el arrebol
Que á mis dulces trovas dé,
Como á los rayos del sol
—Brilla la flor del café.

Suspiró con emoción,
Miróme, calló y se fué;
Y desde tal ocasión
Siempre sobre el corazón
—Traigo la flor del café.

Gabriel de la Concepción Valdéz (*Plácido*).
(cubano).

AL NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!...Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía,

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre

Lo común y mezquino desdeñando;
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé. Ví al Océano
Azotado por austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir; y amé el peligro.
Mas, del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz?—El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas
Cual pensamientos rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube

Con elástica fuerza
Llena el abismo el torbellino; sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiran y ocio blando
En frívolo jardín: á tí la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime;
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios¡ En otros climas
Ví monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,

Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
Cómo tu vista el ánima enajena,
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu orígen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente,
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos.
En insondable eternidad!...Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
¡Y despierta al dolor!...¡Ay! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita
Y la profunda pena que me agita

Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como ese día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor.... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? .. ¡Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez y ser mas bella
En su dulce terror y sonreirse
Al sostenerla mis amantes brazos!...
Delirio de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
Adios! ¡Adios! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. Duren mis versos
Cual tu gloria imortal! ¡Pueda piadoso,
Viéndote algun viajero
Dar un suspiro á la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

José María Heredia.
(cubano).

1824.

LA PARTIDA

Circundederunt me dolores mortis:
Dolores inferni circundederunt me.

PLASM. XVII.

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina;
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su cáida anunciando contínuo temblor.

Tal seca mi vida de muerte el aliento,
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas, viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel;
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel.

«Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor.»
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo;
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

II

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea región;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos;
¡Oh Patria! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió

Hermosos trofeos te sirven de asiento,
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento,
Con trentes ya calvas dictandola ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿A quién pertenece que el mundo no habita?
A alguno que el cielo... ¡La mía es talvez!

Mas no, que el Destino mi muerte aun no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó;
Su trémulo curso me arrastra hácia el Sena:
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré sólo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al Destino
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! á tu altar.

¡Entonces mil veces feliz me diría,
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día
El pié de mi cuna bramando lamió!

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta:
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera:
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

IV

Pero ¡ay! que á mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama á la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un eco de muerte responde á mi vóz.

Mirando á la patria, su oprobio me humilla;
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus piés.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos se olviden de mí,

Adiós, dulce sombra del techo paterno,
Adiós, compañeros de infancia feliz:

Amigos queridos, mi adiós es eterno,
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

FLORENCIO BALCARCE
1837. (argentino).

MI AMOR

Era mi vida el lóbrego vacío;
Era mi corazon la estéril nada;
Pero me viste tú, dulce amor mío,
Y creóme un universo tu mirada!

A ese golpe mis ojos encontraron
Bella la tierra, el ánima divina:
Mundos de sentimiento en mí brotaron
Y fué tu sombra el sol que me ilumina.

Si esto es amor ¡oh jóven! yo te amo,
Y si esto es gratitud, yo te bendigo:
Yo mi adorado, mi señor te llamo:
Que otras te den el título de amigo.

Te amo. ¡Qué gloria! Que al oirme el mundo
Me cxecre y burle, déspota y perverso:
Te amara aunque me odiaras iracundo:
Fuera de tí ¿qué importa el universo?

Yo no imploro tu amor, que siendo tuyo
Tu desprecio y desdén bendeciría;
Amarte, obedecerte—ese es mi orgullo:
Y amando tu desdén yo moriría.

Yo te idolatro, indigna de tu afecto,
¡Si! porque no hay mujer digna de tí,
¡Pura imagen de Dios! ¡hombre perfecto!
¡Proscripto arcángel que cruzó ante mi!

Yo he traslucido incógnito suplicio
En tu faz regia, en tu imponente voz:
La energía hay allí de un sacrificio,
Hay allí la tristeza de un adiós.

Siempre encanté con tu visión mis sueños,
¡Ah! ¡son tan dulces! ¡Siempre estás allí!
¡Astro de sabrosísimos ensueños
En que forjo mil cielos para tí!

¡Y allí te ví feliz! allí no pisas
El mundo indigno en que sufriendo estás,
Y son dulces, no amargas, tus sonrisas,
Y nada enturbia el brillo de tu faz.

¡Oh! si el amor de una mujer valiera
Por el santo dolor de un serafín!
Por verte alegre hasta tu amor yo diera...
Mi porvenir, mi amor, mi ser, en fin.

¿Qué no hiciera por tí, soñado mío,
Cuando es mi luz la huella de tu pié?
Tu capricho esclavice mi albedrío,
Palma de mártir bríndeme tu fé.

Profeta que á mi espiritu anunciaste
La religión feliz del corazón,
Y el amor al Dios grande me enseñaste
Viendo su sombra en tí, su bendición.

¡Gracias, gracias! mancebo poderoso
De iluminada frente y pecho audaz,

En todo bello, en todo generoso,
De ningún mal, de todo bien capaz.

Así cuando en instante incomparado
Tu irresistible atmósfera sentí,
Ciega, fatal, cual astro desquiciado,
Me lancé á tí para abismarme en tí;

Para vivir en tu recuerdo extática
Y embellecer con él mi soledad;
Para gozar con mi pasión fanática
Ante la cual gritó la sociedad;

Para reir mirando tu sonrisa,
Para llorar mirándote llorar,
Para ser tu entusiasta poetisa
Y contigo incesante delirar;

Para querer cuanto amas ó te ama,
Y lo que odias ó te odia aborrecer:
Eterna mariposa de tu llama,
Fiel tutelar y sombra de tu ser.

Alma que siempre tu alma reproduzca,
Corazón que lo tuyo sienta en mí,
Ojo que siempre por do quier te busca,
Labios que ruegan sin cesar por tí.

Cuando me ves, mi ser se diviniza,
Cuando te oigo, soy toda inspiración:
Y si te dignas darme una sonrisa,
La dicha me sofoca el corazón.

Cuando respiro el fuego de tu aliento
Mi seno necesito comprimir:
Mi alma quiere volar á su elemento
Y en una aspiración á tu alma ir.

¡Cuando roza tu brazo mi vestido,
Cuando siento tu mano!...yo no sé...
Lívida salto atrás, cual león herido,
Y tambalea trémulo mi pié.

Y si tú no eres tú... si das un paso,
Desplomada á tus piés viérasme allí...
¡La emoción infinita de un abrazo
Era mucho.. era un rayo para mí!

Dios, tu entero esplendor me abrasaría
Hombre, ante tí es más débil la mujer,
Y nada, bien sacrílega y bien fría,
La furia más intensa del placer.

Mas dicha ó infortunio...cualquier cosa
Que me venga de tí ¡bendita sea!
Tu esclava, tu creación, besa orgullosa
La mano que la inmola ó la endiosea.

Arrastrada hacia tí ciega me siento
Cual á su abismo el Tequendama vá:
Húndame en él ó salte al firmamento,
Siempre el golpe mi voz bendecirá.

Si te debo mis lágrimas mañana,
Hoy por tí soy feliz—¡amante soy!
¡Piedad para tu pobre bogotana!
No sé lo que te dije... ¡loca estoy!

Rafael Pombo.
(colombiano.)

SONATINA

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
Que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
Está mudo el teclado de su clave sonoro;
Y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos-reales,
Parlanchina, la dueña, dice cosas banales,
Y, vestido de rojo piruetea el bufón,
La princesa no ríe, la princesa no siente;
La princesa persigue por el cielo de Oriente
La libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China,
O en el que ha detenido su carroza argentina
Para ver de sus ojos la dulzura de luz?
Ó en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
Ó en el que es soberano de los claros diamantes,
Ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,
Quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
Tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
Ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
Saludar á los lirios con los versos de Mayo,
Ó perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
Ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,

Ni los cisnes unánimes en el lago de azur,
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
Los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
De Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
En la jaula de mármol del palacio real;
El palacio soberbio que vigilan los guardas,
Que custodian cien negros con sus cien alabardas,
Un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

Oh quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)
Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
Quién volara á la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
Más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

Calla, calla, princesa,—dice el hada madrina—
En caballo con alas, hacia acá se encamina,
En el cinto la espada y en la mano el azor,
El feliz caballero que te adora sin verte,
Y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
A encenderte los labios con su beso de amor!

Rubén Darío.
(centroamericano).

PÓRTICO (1)

Libre la frente que el casco rehusa,
Casi desnuda en la gloria del día,
Alza su tirso de rosas la musa
Bajo el gran sol de la eterna Harmonía.

Es Floreal, eres tú, Primavera,
Quien la sandalia calzó á su pié breve;
Ella, de tristes nostalgias muriera
En el país de los cisnes de nieve.

Griega es su sangre, su abuelo era ciego;
Sobre la cumbre del Pindo sonoro
El sagitario del carro de fuego
Puso en su lira las cuerdas de oro.

Y bajo el pórtico blanco de Paros,
Y en los boscajes de frescos laureles,
Píndaro dióle sus ritmos preclaros,
Dióle Anacreonte sus vinos y mieles.

Toda desnuda, en los claros diamantes
Que en la Castalia recaman las linfas,
Viéronla tropas de faunos saltantes,
Cual la más fresca y gentil de las ninfas.

Y en la fragante, harmoniosa floresta,
Puesto á los ecos su oído de musa,
Pan sorprendióla escuchando la orquesta
Que él daba al viento con su cornamusa.

Ella resurge después en el Lacio,
Siendo del tedio su lengua exterminio;

Lleva á sus labios la copa de Horacio,
Bebe falerno en su ebúrneo triclinio.

Pájaro errante, ideal golondrina,
Vuela de Arabia á un confín solitario,
Y ve pasar en su torre argentina
A un rey de Oriente sobre un dromedario;

Rey misterioso, magnífico y mago,
Dueño opulento de cien Estambules,
Y á quien un genio brindara en un lago
Góndolas de oro en las aguas azules.

Ese es el rey más hermoso que el día,
Que abre á la musa las puertas de Oriente:
Ese es el rey del país Fantasía,
Que lleva un claro lucero en la frente.

Es en Oriente donde ella se inspira
En las moriscas exóticas zambras;
Donde primero contempla y admira
Las cinceladas divinas alhambras.

Las muelles danzas en las alcatifas
Donde la mora sus velos desata,
Los pensativos y viejos kalifas
De ojos obscuros y barbas de plata.

Es una bella y alegre mañana
Cuando su vuelo la musa confíía
A una errabunda y fugaz caravana
Que hace del viento su brújula y guía.

Era la errante familia bohemia,
Sabia en extraños conjuros y estigmas,
Que une en su boca plegaria y blasfemia,
Nombres sonoros y raros enigmas;

Que ama los largos y negros cabellos,
Danzas lascivas y finos puñales,
Ojos llameantes de vivos destellos,
Flores sangrientas de labios carnales.

Y con la gente morena y huraña
Que á los caprichos del aire se entrega,
Hace su entrada triunfal en España
Fresca y riente la rítmica griega.

Mira las cumbres de Sierra Nevada,
Las bocas rojas de Málaga, lindas,
Y en un pandero su mano rosada
Fresas recoge, claveles y guindas.

Canta y resuena su verso de oro,
Ve de Sevilla las hembras de llama,
Sueña y habita en la Alhambra del moro;
Y en sus cabellos perfumes derrama.

Busca del pueblo las penas, las flores,
Mantos bordados de alhajas de seda,
Y la guitarra que sabe de amores,
Cálida y triste querida de Rueda;

(Urna amorosa de voz femenina,
Caja de música de duelo y placer;
Tiene el acento de un alma divina,
Talle y caderas como una mujer.)

Va del tablado flamenco á la orilla
Y ase en sus palmas los crótalos negros,
Mientras derrocha la audaz seguidilla
Bruscos acordes y raudos alegros.

Ritma los pasos, modula los sones,
Ebria risueña de un vino de luz,

Hace que brillen los ojos gachones,
Negros diamantes del patio andaluz.

Campo y pleno aire refrescan sus alas;
Ama los nidos, las cumbres, las cimas;
Vuelve del campo vestida de galas,
Cuelga á su cuello collares de rimas.

En su tesoro de reina de Saba,
Guarda en secreto celestes emblemas;
Flechas de fuego en su mágica aljaba,
Perlas, rubíes, zafiros y gemas.

Tiene una corte pomposa de majas,
Suya es la chula de rostro risueño,
Suyas las juergas, las curvas navajas
Ebrias de sangre y licor malagueño.

Tiene por templo un alcázar marmóreo,
Guárdalo esfinge de rostro egipciaco,
Y cual labrada en un bloque hiperbóreo,
Vénus enfrente de un triunfo de Baco,

Dentro presenta sus formas de nieve,
Brinda su amable sonrisa de piedra,
Mientras se enlaza en un bajo-relieve
A una driada ceñida de hiedra,

Un jóven fauno robusto y violento,
Dulce terror de las ninfas incautas,
Al són triunfante que lanzan al viento
Tímpanos, liras y sistros y flautas.

Ornan los muros mosaicos y frescos,
Aureos pedazos de un sol fragmentario,
Iris trenzados en mil arabescos,
Joyas de un hábil cincel lapidario.

Y de la eterna Belleza en el ara,
Ante su sacra y grandiosa escultura,
Hay una lámpara en albo carrara,
De una eucarística y casta blancura.

Fuera, el frondoso jardín del poeta
Ríe en su fresca y gentil hermosura;
Agata, perla, amatista, violeta,
Verdor eclógico y tibia espesura.

Una andaluza despliega su manto
Para el poeta de música eximia;
Rústicos Títiros cantan su canto;
Bulle el hervor de la alegre vendimia.

Ya es un tropel de bacantes modernas
El que despierta las locas lujurias;
Ya húmeda y triste de lágrimas tiernas,
Da su gemido la gaita de Asturias.

Francas fanfarrias de cobres sonoros,
Labios quemantes de humanas sirenas,
Ocres y rojos de plazas de toros,
Fuegos y chispas de locas vervenas.

*

Jóven homérida, un día su tierra
Vióle que alzaba soberbio estandarte,
Buen capitán de la lírica guerra,
Regio cruzado del reino del arte.
Vióle con yelmo de acero brillante,
Rica armadura sonora á su paso,
Firme tizona, broncíneo olifante,
Listo y piafante su excelso pegaso.

Y de la brega tornar vióle un día

De su victoria en los bravos tropeles,
Bajo el gran sol de la eterna Harmonía,
Dueño de verdes y nobles laureles.

Fué aborrecido de Zoilo, el verdugo.
Fué por la gloria su estrella encendida.
Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.

RUBÉN DARÍO.
(centroameriano.)

(1) Para el libro *En Tropel*, del poeta español Salvador Rueda, 1892.

LA RECONCILIACIÓN

Bajó el rústico palio de una enramada
Que con troncos monteses está formada,
Donde anidan en grupo los pica-flores
Y que es toda perfumes, trinos y amores,
Una tarde de otoño, la gente moza,
Al compás de la danza, se agita y goza.
La guitarra los aires de acordes llena,
Su melodioso arrullo variado suena.
Unas veces su nota, dulce y sencilla,
Preside las cadenas de la cuadrilla;
Otras veces es ágil zapateado
Por són de nazarenas acompañado,
Y del wals, otras veces, los raudos jiros
Hacen que su armonía muera en suspiros.
Hay entre los casales de danzadores
Uno que es el primero de los mejores:
Ella es una morocha de labios rojos
Que la lumbre del alba lleva en los ojos,

Y que al posar airosa su pié en el suelo,
Suele mostrar la media color de cielo.
Es su falda tan blanca como el armiño;
Lleva, para contraste, negro el corpiño,
Y dos flores azules de enredadera
Esmaltan y perfuman su cabellera.

Es su pareja un alto y esbelto mozo,
En cuyo labio apenas apunta el bozo;
Que en la guitarra sabe llorar primores,
Cantando sus ensueños y sus dolores.
Viste el gallardo traje del campesino,
La bota charolada y el poncho fino,
Y dicen al mirarle las bailadoras
Que amansan corazones sus domadoras.

La pareja se cimbra lista y bizarra
Al compás melodioso de la guitarra;
La moza suspirante y el mozo esquivo
Siguen con maestría su acorde vivo.
Él contempla á la niña, torvo y huraño,
Como pidiendo cuenta de un desengaño,
Y la niña turbada la faz morena,
Mira á su compañero con honda pena.

Al sonar un cielito con relaciones
Se chocan en el aire sus dos pasiones,
En coplas tan sentidas y bien templadas.
Que hieren como el filo de dos espadas,
Él comienza á decirle de esta manera:
—No es posible que encuentres quien más te quiera.
Burlar en vanos anhelas mi sentimiento,
¡Tú eres clavel del aire, yo soy el viento!—
Bajo aquella caricia que la alboroza,
Al gallardo mancebo canta la moza:

—Si es verdad que me quieres, como tu dices,
No con injustos celos me martirices,
Y fía en la ternura del amor mío,
Como yo en la constancia del tuyo fío.—

Al escuchar el choque de los aceros
Rasguean dulcemente los guitarreros;
A la moza contempla rendido el mozo,
La guitarra modula como un sollozo,
En un crescendo suave su arpejio flota,
Y al perderse en el viento la última nota,
¡Ya no adorna la niña su cabellera
Con dos flores azules de enredadera!

Aires de las comarcas donde he nacido,
Vuestros dulces acordes llevo en mi oído;
Por mucho que me aleje no he de olvidaros
Ni han de faltarme rimas para cantaros.
¡Vibrad eternamente junto á mi oído,
Aires de las comarcas donde he nacido!

CÁRLOS ROXLO.
(uruguayo).

EL CIPRÉS

Si por mi tumbas pasas un día
Y amante evocas el alma mía,
Verás un ave sobre un ciprés:
Habla con ella, que mi alma es.
Si tú me nombras, si tú me llamas,
Si allí repites que aun fiel me amas,
Da oído al viento dentro el ciprés:
Y con él habla, que mi alma es.

Pero si esclava ya de otro dueño
Turbas é insultas mi último sueño,
Guárdate, ingrata, de ir al ciprés:
Huye su sombra, que mi alma es.
Huye del ave, huye del viento,
De toda forma, de todo acento...
¡Ay! Pero en vano: doquiera estés
Verás la sombra de ese ciprés!

José Antonio Calcaño.
(venezolano.)

DEDICATORIA

(Del poema LÁZARO)

Cuando en la noche de sombría calma
Me despierta el sollozo á mi quebranto,
Mi arpa pulso y, á su acorde, canto
Para engañar la soledad del alma.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
Me arrastre la aflicción á la locura,
Si hundido en el recuerdo y la amargura
Me abandono al pesar que me devora.

Así fué que arrullando mi memoria
Con la voz de mis cantos fugitivos,
Llené para tus ojos pensativos,
Las páginas sombrías de esta historia.

Oh! para tí, no más! – por eso en ella
El pesar de mi alma se ha volcado,
La desesperación que la ha cruzado

Con tan rasgada y dolorosa huella:

Aquel profundo hastío de la vida
Que todo el cielo á oscurecer alcanza,
Cuando por fin la última esperanza
Se desprende del alma estremecida:

Aquel inconmovible abatimiento
Que pesa sobre el alma como un mundo,
Aquel salvaje vértigo profundo
Que envuelve la razón y el sentimiento:

Oh! la desgracia de la vida entera
Que cruza el corazón como una espada,
—El corazón misántropo—que nada
Busca en el mundo ni del mundo espera.

Nada!—vuelve tus ojos á las huellas
Que parten á la gloria y la fortuna,
Y no hallarás perdida entre ninguna
La estampa de mis piés cruzando en ellas.

Nada!—que yo no encuentro sensaciones
Donde los otros en su afan se agitan,
Donde las fuerzas de su alma excitan
Buscando desengaños ó ilusiones.

Yo no parto su gloria, su riqueza,
Su dicha, sus pesares ni su hastío
A cambio solamente de que el mío
No vengan á turbar con su franqueza.

Nunca habrás visto blanquëar mi frente
Cuando tus ojos con afan vagaron
Y de extremo en extremo la buscaron
Entre las olëadas de la gente.

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
Sin misión sobre el mundo en mi caída;
Solo con la desgracia de la vida.
Entre mi propio corazón me encierro.

Ya ves entonces que el afan de gloria
No ha llenado mi libro con mi canto,
Que es ya en el mundo para mí su encanto
Como un girón de miserable escoria.

Canto, porque en mis sueños de desvelo
Se engañan mi recuerdo y mi amargura;
Para robar mi alma á la locura
Que se agita en el fondo de mi duelo.

Canto, para que sepas que en mi frente
No se rebulle el alma de un idiota,
Aunque vencida y agobiada y rota
Se abisma en su ansiedad tan hondamente.

Canto, para enseñarte que en la tierra
Crecen dolores que el amor no calma,
Por más que en ese amor que arrulla el alma
Su única ambición el alma encierra.

¿Y no penetras la mortal congoja
Que tu recuerdo mismo me envenena,
Y vertiendo el horror de que está llena
Verso por verso va y hoja por hoja?

El peso de un fatal remordimiento!
—Esta espantosa llaga de mi vida,
Que en lo más hondo de mi ser caída
Hace de mi conciencia su alimento—

Nada ya de mi espíritu agitado
Disipará esta sombra de la muerte:—

El golpe irremediable de la suerte,
Que me apartó por siempre de tu lado!

Deja que huya entonces de mí mismo
Para arrancarme del pesar eterno:
El más cruel demonio del infierno
Vive de mi memoria en el abismo.

Deja que cante!—Si nací poeta,
Arrullaré tu sueño desolado:
Guarda estas tristes flores que he arrancado
Del roto corazón, grieta por grieta.

Y vale más que en mi dolor profundo
Pueda mecer mi pena el canto mío,
Ah! que sinó, para engañar mi hastío,
Qué me da ya sin tu recuerdo el mundo!

Ricardo Gutierrez.
(argentino.)

ANHELOS

Quisiera ser la gota de rocío
Que llora el alba ausente de la noche,
Para posarme con amor, bien mío,
De la flor de tus labios en el broche.

Quisiera ser luciente mariposa,
Alada flor de tu jardín ameno,
En torno tuyo revolar ansiosa
Y quemarme en las llamas de tu seno.

Quisiera ser la hierba aljofarada
Que el soplo blando de la brisa mueve,

Sentirme por tus pasos agitada,
Besar tu planta de apretada nieve.

Quisiera ser el lienzo perfumado,
Confidente de cuitas y de enojos,
Para enjugar el llanto enamorado
Que empaña la pureza de tus ojos.

Quisiera ser la cruz siempre pendiente
Sobre tu ebúrneo seno palpitante,
Para sentir lo que tu pecho siente
Y contar sus latidos anhelante.

Ser quisiera abanico de diamante
Donde sepultes los matices rojos
Que tiñen el marfil de tu semblante
Cuando el amor asoma por tus ojos.

Quisiera ser el ángel de la noche
Que trae blando, arrobador beleño,
Por descender de mi estrellado coche
Para guardar, mi bien, tu dulce sueño.

R. J. Galvarro.
(boliviano).

ORGULLO

¡Y bien! Nada me importa que la Envidia
Me ultraje y muerda con maldad notoria.
¡Yo no conozco el miedo, y en la lidia
Alcanzaré el laurel de la victoria!
En vano henchidos de un orgullo necio,
Quieren poner á mis ideas vallas:
¡Bajo el peso mortal de mi desprecio

Rodarán en el polvo los canallas!
¡Ah! Yo sabré reirme de las muecas
De aquellos Zoilos de siniestros rastros,
Y fabricar con sus cabezas huecas
Una escala que me alce hasta los astros.
Yo sabré destacarme, sin reproche,
Entre esa turba audaz del vilipendio,
Cual se destacan en la negra noche
Las fantásticas formas de un incendio.
Mi ambición es ser grande entre los grandes,
Sin que nadie me humille ni me estorbe,
Y mirar, como el cóndor de los Andes,
Arriba el cielo y á mis piés el orbe.
Yo quiero que mi orgullo, que hoy se ensancha,
Se traduzca en las notas de mi plectro,
Y que ante el sol de mi razón, sin mancha,
Tiemblen los necios como ante un espectro.
Yo quiero avergonzar á esos estultos
De críticas sin fondo y torpes mofas,
Apagando el rumor de sus insultos
Con el eco triunfal de mis estrofas.
¡A combatir! No soy un ser exiguo
Y debo entrar en el combate rudo.
Mi lema es hoy el del guerrero antiguo:
«Con el escudo ó bien sobre el escudo.»
Henchido de una fé que no se agota,
Aunque me pierda lucharé sin pausa:
¡No desprestigia al hombre una derrota
Cuando es apóstol de una buena causa!
Los críticos que darme á Dios le plugo,
Mas que humillarme, aumentan mi decoro...
«Sólo se arrojan piedras—ha dicho Hugo—
Contra el árbol que carga frutos de oro.»
¡La oposición me irrita! Aquella gente

Caerá, al fin, bajo mi fé que abrasa:
Cuando se pone diques al torrente,
El agua lucha, se desborda y pasa.
¡Lucharé como un dios! Mi frente noble
Nunca se humillará bajo otros brazos;
Yo seré en mis batallas como el roble:
¡Antes que doblegado, hecho pedazos!
¡Adelante, adelante! Mi destino
Destruir á mis críticos me acuerda:
Cuando se halla una sierpe en el camino.
Se la debe aplastar ante que muerda.
¡Adelante! No importa que la Envidia
Me ultraje y hiera con maldad notoria.
¡Yo no conozco el miedo, y en la lidia
Alcanzaré el laurel de la victoria!

J. Federico Barreto.
(peruano.)

LA MÚSICA DE LAS PALMAS.

¡Qué són! ¡Qué voz! ¡Qué mágica armonía
Del aire se desprende en leves giros,
Llorosa como el ¡ay! de la agonía
Que exhala el corazón entre suspiros!

No de las hojas son los ayes vagos
Cuando marchitas bajan á la tierra,
Ni el lento murmurar de mansos lagos,
Ni el gemido del viento en la alta sierra.

Es música de espíritus que moran
Entre las pencas de las verdes palmas,
Encadenados mártires que lloran

La historia acaso de olvidadas almas.

Es música del cielo misteriosa
Que amores dice remedando quejas,
Como el céfiro libre, y melodiosa
Como el blando zumbar de las abejas.

De noche, cuando espléndida la luna
Sus vivos rayos á la tierra envía,
Las palmas nos repiten una á una
Las frases de tan plácida armonía.

Nos las repite el eco que resuena
Entre las alas del sonoro viento,
Cuando nos finge en triste cantinela
Leve suspiro ó funeral lamento.

Y el alma entonces la percibe suave,
Sin que pueda alcanzar en su embeleso,
Si es la voz querellosa de algún ave,
Ó el eco celestial de un casto beso.

¿Quién en Cuba no oyó vibrar sonora
En cada palma el arpa de un poeta,
Qué alegre canta, ó en silencio llora
Herido el pecho por fatal saeta?

¿Quién á deshora no escuchó temblando
La misteriosa voz de una alma ausente,
Que entre las palmas vive suspirando
Con su pasado bien, su mal presente?

¿Quién no recuerda en tarde solitaria
En plácido vagar embebecido,
Oyendo de las palmas la plegaria,
El ¡ay! de un corazón no haber oído?

La lira de los bardos orientales,
El arpa eolia que en los bosques suena,
Pueden cantar los goces terrenales,
Mas no aliviar del corazón la pena.

Sonoras pueden, requiriendo amores
En indolente calma noche y día,
Enardecer los lúbricos ardores
Del fatigado cuerpo en la agonía.

Mas nunca el alma que se juzga buena
Y que ama á Dios y su clemencia implora,
Podrá hallar en el són de una cadena
La misteriosa voz que la enamora.

¡Oh patria! yo bendigo entusiasmado
La cuna en que nací bajo tu cielo,
Y este raudal inmenso que me has dado
De evangélico amor y de consuelo.

En tú bendigo yo las maravillas
Con que el cielo nos brinda á todas horas,
Que tú á mis ojos más hermosa brillas
Cuanto más triste y oprimida lloras.

Por eso á solas cuando el sol desmaya
Y su corona arroja entre los mares,
Absorto escucho en la desierta playa
El eterno gemir de los palmares.

Y en amoroso y vago devaneo
La cuerda del dolor inundo en llanto,
Cuando escuchar en los palmares creo
La dulce prenda por quien lloro tanto;

La dulce prenda que en mejores días
Aquí en mi corazón mezcló amorosa,

Con las más bellas ilusiones mías,
La flor de los suspiros misteriosa.

¡Ay! yo nunca pensé que tan süave
Pudiera detenerse en el camino
De mi vida infeliz la triste nave
Donde navego errante y peregrino.

Yo no pensé jamás que el sentimiento
Purísimo de amor que el alma encierra,
Trocado en religioso arrobamiento,
Me hiciera sin temor dejar la tierra.

Mas, pueda yo morir, morir gozando
Como las nobles y sensibles almas,
Sobre un lecho de rosas, escuchando
La música solemne de las palmas.

Y la muerte vendrá sin que me asombre,
Y mi postrer adiós será un gemido,
Única prenda acaso que mi nombre
Eternice á despecho del olvido.

RAFAEL M. MENDIVE.
[cubano.]

Á MI HIJA MARÍA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio;
Mi dulce hija. Placidez, candor,
Luz en la noche acerba del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella

Gentileza, ternura, suavidad:
Destello azul de mi eclipsada estrella
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón, la tez;
El talle de Polimnia, erguido el cuello;
Dátil nuevo de Smirna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracïoso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia;
Su frente: inspiración; y es tanto así
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáranla su hermana;
La clara fuente, ninfa; el campo, flor;
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva salvaje el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
Ó la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva
Remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión
Cruzando con sus lámparas el templo,

Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,
La imagino en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¡quién podría!
Su júbilo, su gloria traducir!
¡Oh, mi muerta adorada!... ¡Oh, mi Sofía!...
¡Porqué tan sola te dejé partir!...

La que mimara infante, es virgen pura
Coronada de mirto y azahar,
Mirra escogida, incienso de la altura,
En mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto.
Las arenas quemáronme los piés:
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy y sin mañana y sin después.

Ven, hija, ven, que el templo está derruído;
Sus columnas tumbara el vendabal.
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré.
La campiña á tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid.
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo.
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador, mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada,
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

Carlos Guido y Spano.
(argentino.)

Á MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
Que envuelve densa mis amargos días;
Sus olas son de lágrimas; mi pluma
Está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
Nacidas de ese mar en la ribera;
La sorda tempestad de mis dolores
Sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
Cobro vigor en el combate rudo;
Cuando pague mi audacia con la muerte;
Caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Llévenme así á vosotras; de los hombres
Ni desdeño el poder ni el odio temo;
Pongo todo mi honor en vuestros nombres
Y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa
¡Ojalá que esa vez nunca llegara!
¡Pues hay que ahogar el llanto con la risa,
Para mirar al mundo cara á cara!

No me imitéis á mí: yo me consuelo
Con abrir más los bordes de mi herida;
Imitad en lo noble á vuestro abuelo;
¡Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
Después de la oración la interna calma.
Y el ser que sabe perdonar la ofensa
Sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,
No ambicionéis lo que ninguno alcanza,
Coronad el perdón con el olvido
Y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres
Que la pureza vuestra frente ciña,
Buscad alma de niña en las mujeres
Y Buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,
Nadie hereda la culpa de un delito,
Nunca para ser siervas del pecado
Os disculpéis clamando: estaba escrito!

¡Existir es luchar! No es infelice
Quien luchando, de espinas se corona;
Abajo, todo esfuerzo se maldice,
Arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbre fatua

Y la hermosura es flor que se marchita;
La mujer sin piedad es una estatua
Dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
Que víbora es el mal que todo enferma,
Y haced el bien para dormir tranquilas
Cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
Renombre, aplausos, oropeles, gloria:
Procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
Amaros y sufrir tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso
Recordad mis consejos con ternura,
Y en cada pensamiento, en cada paso,
Buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
Tengan de vuestro amor en los excesos,
Las flores de mi tumba vuestro llanto,
Las piedras de mi tumba vuestros besos.

JUAN DE DIOS PEZA.
[mejicano.]

AL MAR

Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento,
Por un instante acalla el hórrido bramar:
Y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
Ó en tu húmeda llanura, tranquilo reposar.

Del infinito imagen, terrífica y sublime,
Concíbete la mente, temblando el corazón;
Tu inmensidad severa con su poder me oprime,
Y comprenderte no osa mi tímida razón

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;
Se pierde recorriendo tu vasta soledad;
Absorta si contemplo tu indómita pujanza,
Atónita si admiro tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible que reinas en su seno
Y oscilacion perpetua le imprimes sin cesar!
¿Qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

¿Al mundo acaso cuentas el poderoso arcano
Que en el abismo inmenso, sepulta tu poder?
¿Ó luchas blasfemando con la potente mano
Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
Para escalar el cielo montañas levantar,
Y al trueno de la altura, tu trueno respondía
Cual si el furor divino quisieses insultar.

Mas luego quebrantado tu poderoso orgullo
Atleta ya vencido, mirábate rendir,
Y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
Rodabas por la arena tus olas de zafir.

Entonces tu ribera buscaba complacida,
Gozando de tu calma mi ardiente corazón;
Y acaso los pesares de mi agitada vida,
Adormeció un momento dulcísima ilusión.

Tal vez cuando en la playa, tus olas me seguían,

Mirándolas y oyendo su plácido rumor,
—«Palacios te guardamos (pensé que me decían)
«En antros solitarios, ignotos al dolor.

«¡Ven pues á nuestros brazos! apaga en nuestros senos
«El fuego que devora tu estéril juventud,
«Ven, pues, alma doliente y gozarás al menos,
«En húmedos abismos pacífica quietud.

«Si á veces nos alzamos, terribles, vïolentas
«Vorágines abriendo con hórrido fragor,
«En tu alma se levantan más férvidas tormentas,
«Y nunca nuestra calma sucede á su furor.

«Ven, pues; á nuestro impulso tranquila te abandonas
«Que nuestros brazos fríos, descanso y paz te den;
«De perlas y corales ciñéndote coronas
«Que apaguen los latidos de tu abrasada sien,»

¡Oh mar! y cuántas veces en su fatal delirio
Tradujo así tu arrullo mi herido corazón;
Y cuántas ¡ay! calmastes mi bárbaro martirio
Mirando de tus olas la eterna sucesión.

Así tal vez, pensaba, sucédense los días,
Tras si llevando raudos, las penas y el placer,
Y pasan con los duelos las fiestas y alegrías,
Y nada, por ventura, durable puede ser.

Que pasan las naciones y pasan los imperios
Y un siglo al otro siglo sucede sin cesar...
¡El porvenir tan sólo, conserva sus misterios!
¡El mar allá que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron, mar, pasaron las ansias y tormentos
Que entonces me agobiaban con bárbaro tesón,

Y acaso sucedieron delicias y contentos
Que para siempre ¡oh triste! pasados también son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro
Ni agótase en el alma la mina del dolor,
Mas huyen, y no tornan los dulces sueños de oro,
Del alba de la vida dulcísimo pavor.

¡Prosigue, mar, prosigue tu eterno movimiento,
Cual sigue de mi vida la triste actividad!
En tí con entusiasmo se fija el pensamiento,
Y si te busca en calma, te admira en tempestad.

Prosigue, mar, prosigue, que pasan con tus olas,
Recuerdos de amargura, recuerdos de plaeer,
Y en lontananza velan inmóviles y solas,
Las rocas que resisten tu indómito poder.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma,
Venciendo tempestades, conserva su vigor:
¡Prosigue, mar, prosigue, y en tempestad ó calma
Proclama la grandeza de tu inmortal autor!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.
(cubana).

ODA

Á la memoria de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

De los tres ciclos que recorre el hombre
De la existencia en la medida impía,
Cuando la gloria me enseñó tu nombre
Yo estaba en el primero todavía.

La pena que del pecho
Hasta el abismo lóbrego desciende,
Y del cadáver de un amor deshecho
Finje flotando en derredor del lecho
La aparición bellísima de un duende;
La sombra á cuyo peso aborrecido
Muere el placer y el alma se acobarda,
Tratando de evocar en el olvido
El recuerdo dulcísimo y querido
De los besos del ángel de la guarda;
Todo eso que en la frente
Deja un sello de luto y desconsuelo,
Cuando en el alma pálida y doliente
No queda ni la fé que es del creyente
La última golondrina que alza el vuelo.
Todo eso que de noche
Baja hasta el corazón como una sombra,
Y que terrible y sin piedad ninguna
Sus ilusiones todas despedaza,
Aun no era sobre el cielo de mi cuna
Ni la pálida nube que importuna
Se levanta enseñando la amenaza.

Dichoso con la dulce indiferencia
Del que al amor de su callado asilo
Ha vivido á la luz de la inocencia,
Acostumbrado á ver en la existencia,
La imagen de un azul siempre tranquilo,
Yo entonces ignoraba
Que, más allá de aquel humilde techo
Que sus caricias y su amor me daba,
Clamando al cielo y suspirando en vano
Desde el rincón sin luz de la vigilia,
Hubiera en otro hogar una familia
De la que yo también era un hermano...

Mi amor no sospechaba que existiera
Más ilusión ni cariñoso exceso,
Que la mirada dulce y hechicera
De la santa mujer que la primera
Nos anuncia á la vida con un beso...
Y hasta que al dulce y mágico sonido
Del arpa que temblaba entre tus manos,
Dejé mi rama, abandoné mi nido
Y te seguí hasta ese árbol bendecido
Donde todos los nidos son hermanos,
Fué cuando despertando de la calma
En que flotaba la existencia mía,
Sentí asomar en lo íntimo de mi alma
Algo como la luz de un nuevo día.

Tu voz fué la primera
Que me habló en la dulzura de ese idioma
Que canta como canta la paloma
Y gime como gime la palmera...
Las cuerdas de tu lira,
Como la voz de la primera alondra
Que llama á las demás y las despierta,
Fueron las que al arrullo de tu acento
Sonaron sobre mi alma estremecida,
Como si siendo un pájaro la vida
Quisieran despertarlo al sentimiento...

Tu nombre va ligado en mi cariño
Con los recuerdos santos y amorosos
De mis tiempos de niño,
Con los placeres dulces y sabrosos
De esa época sonriente
En la que es cada instante una promesa,
Y en la que el ángel de la fe aun no besa
Las primeras arrugas de la frente;

Tu nombre es la memoria
Del pueblo y del hogar adonde un día
Fué á estremecerme el eco de tu gloria
Y el trino arrullador de tu poesía;
La evocación de todo lo más santo
En medio de mis noches desmayadas,
Que aún tiemblan á las dulces campanadas
De aquellas horas en que amaba tanto...

Y así, cuando yo supe
Que abandonada á tu dolor morías,
Y que en tu muda y lánguida tristeza
Renunciabas á ver junto á tu lecho,
Quien, al rodar sin vida tu cabeza,
Recogiera el laurel de tu grandeza
Y el último sollozo de tu pecho;
Cuando yo supe que en la huesa insana
Te inclinabas por fin pálida y sola,
Sin que al adiós de tu alma soberana
Se enlutara la cítara cubana
Ni gimiera la cítara española;
Al darte mis adioses, los adioses
De la eterna y postrera despedida,
Sentí que algo de triste sollozaba
De mi dolor en el oscuro abismo,
Y que tu sombra que flotaba arriba,
Al extinguirse y al borrarse se iba
Llevándose un pedazo de mí mismo.
Y entonces al poder de los recuerdos
Borrando la distancia
Tendí mis alas hacia el nido blando
De los primeros sueños de la infancia;
Llegué al rincón modesto
Donde tus dulces páginas leía
A la fe y al amor siempre dispuesto

Y allí de pié frente á la blanca cuna
Donde en sus flores me envolvió el destino,
Busqué en su fondo alguna
Que aun no cerrara su oloroso broche,
Y en él hallé dormida
Ésta con la que el alma agradecida
Viene á aromar las sombras de esta noche.

Deuda que en mi cariño
Contraje desde niño con tu nombre,
Esta flor es el cántico del niño
Mezclada con las lágrimas del hombre;
Esta flor es el fruto de aquel germen
Que derramaste en mi niñez dichosa,
Y que al rodar sobre la humilde fosa
Donde tus restos duermen,
Entre sus piedras ásperas se arraiga
Recogiendo su jugo en tus cenizas,
Y esperando en su cáliz á que caiga
La gota de los cielos que le traiga
La esencia y el amor de tus sonrisas.

MANUEL ACUÑA.
(mejicano.)

1873.

BLASÓN

Para la condesa de Peralta

El olímpico cisne de nieve
Con el ágata rosa del pico
Lustra el ala eucarística y breve
Que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
Y del asa de un ánfora griega
Es su cándido cuello que inspira
Como prora ideal que navega.

Es el cisne, de estirpe sagrada,
Cuyo beso, por campos de seda,
Ascendió hasta la cima rosada
De las dulces colinas de Leda.

Blanco rey de la fuente Castalia,
Su victoria ilumina el Danubio;
Vinci fué su barón en Italia;
Lohengrín es su príncipe rubio.

Su blancura es hermana del lino,
Del botón de los blancos rosales
Y del albo toisón diamantino
De los tiernos corderos pascuales.

Rimador de ideal florilegio,
Es de armiño su lírico manto,
Y es el mágico pájaro régio
Que al morir rima el alma en un canto.

El alado aristócrata muestra
Lises albos en campo de azur,
Y ha sentido en sus plumas la diestra
De la amable y gentil Pompadour.

Boga y boga en el lago sonoro
Donde el sueño á los triste espera,
Donde aguarda una góndola de oro
A la novia de Luis de Baviera.

Dad, Condesa, á los cisnes cariño,

Dioses son de un país halagüeño
Y hechos son de perfume, de armiño,
De luz alba, de seda y de sueño.

Rubén Darío.
(centroameriano.)

VIEJO IDEAL

¡Oh mármol inmortal! Venus de Milo!
Trunca estrofa de piedra, casto aliento
Que en nunca usado y conocido estilo
Cantas un himno eterno al sentimiento!

Ni mano de mortal tu torso toca,
Ni hay pasiones humanas que te ultrajen:
Sella los labios del amor tu boca;
El supremo ideal flota en tu imagen.

Eres flor y eres astro; pudor manan
Tus pentélicas venas; no hay insidias
De mujer en tu rostro; en él se hermanan
La arpa de Homero y el cincel de Fidias.

. . . .

Al pasar por esta hoja con mi pluma
Manchada en las batallas de la vida,
El alma en su recuerdo se perfuma
Y se siente por ella redimida.

Lucio Vicente Lopez.
(uruguayo.)

EVA

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecía,
Y del Criador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.
Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,
Al ostentar magníficas sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.
Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.
El denso bosque, presintiendo el día,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordaba en flores;
El agua alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.
Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban

Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagorosos los tímidos cefiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.
Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del cäos aun deslumbrada,
Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre! Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra,
Más tupidas las flores
Y más rico y fragante el limonero;
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y cantaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
Dó más bello tendía
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.
El mundo inmaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno.
Dios miró lo criado

Y encontró que era bueno.
  Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra, dormido, de una palma
Estaba Adan. Su frente pensadora,
Su noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño se cubrían
De una vaga tristeza.
Oreaba sus cabellos el cefiro;
Blandamente su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio pasaba.

  ¿Padecía?.... ¡Quizás!.... En su retiro
Sólo el Criador con el dormido estaba.
  Era el hombre primero, y ya su labio
De la existencia en el primer momento
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno;
Pero él estaba solo.... El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano....
Entónces el Señor tendió su mano
Y el costado de Adan tocó un instante....
....
....
  Suave, indecisa, sideral, flotante
Cual ligero vapor de las espumas,
Cual casto rayo de la luna errante
En un jirón perdido de las brumas;
Cual nacida del cáliz de las flores,
Con sus pétalos hecha y sus colores,
Viviente perla de la aurora hermosa,
Lampo de luz del venideró día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,

Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adan.... Adan dormía.
La primera mujer.... ¡Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas,
¿Viste luégo en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más idëal que la mujer primera?....
La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbra con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el íris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del íris los colores
Para con ellos colorar las plumas,
Para con ellos matizar las flores;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perenal hechizo,
La del eterno Dios de la bella,
¡Oh primera mujer.... esa te hizo!....
La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios,

Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos
  Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefabla luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso....
Eva era el alma en flor del Paraíso.
  Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa:
Naturaleza toda, palpitante,
Ceñía sus contornos voluptuosa:
Las hojas la cantaban
La canción del susurro melodioso,
Al compás de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoroso:
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas,
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia,
Su pié bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luégo.
  Iba á salir el sol, amanecía;
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adan dormía.

Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreía.
Eva le contemplaba,
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos.
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno comprimido
Del corazón el férvido latido;
Sintiendo que el aliento que salía
Del labio abierto del gentil dormido
Abrasándole el suyo, la atraía,
Inclinóse sobre él....
Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante....
Se estremeció de amor el Paraíso!....
Y alzó su frente el sol en ese instante.

Manuel M. Flores.
(mejicano.)

PROFESIÓN DE FE

Es el poeta altanero
Quien debe romper el yugo:
Siempre al cantar Víctor Hugo
Tembló Napoleón tercero...
Tirteo, vate y guerrero,
Si en la canción se levanta,
En la lid crece y espanta;
Y ante el que le ve y escucha
Es un poeta que lucha
Y es un guerrero que canta...
Tal vez si entre mi palabra
Palpita un mundo en embrión...
¿Acaso sabe el botón
Lo que valdrá cuando se abra?
El canto perfora, y labra,
Y resplandece en la frente...
¿Quién sabe lo que latente
Una sola frase encierra?

La sola palabra *¡Tierra!*
Equivale á un continente...
Tal vez mi destino extraño
Deje que, en brutal empeño,
Lado á lado con el sueño
Se acurruque el desengaño.
¡Qué importa sufrir el daño
Si viene la gloria en pos!
Cual dice en la Biblia un Dios,
Más vale, como consuelo,
Mirar con un ojo el cielo
Y no el infierno con dos.
El dolor, cuanto más fiero,
Más fuerza da al que traspasa:
Es necesaria la brasa
Para templar el acero...
Tiene el triunfo verdadero
En el dolor su sostén...
De las sombras nace el bien
Y del dolor brota luz:
Más vale Cristo en la cruz
Que entrando en Jerusalén...
Por ley de inercia, la Historia
Siempre brinda al redentor
Tras el ideal el dolor
Y tras el dolor la gloria...
Cae el diamante en la escoria,
Mas no pierde su chispeo...
Siempre el poeta es un reo
Y siempre halla en su arrebato
Tras la paloma de Erato
El buitre de Prometeo.
El que á lo alto vuele ciego
Sentirá fiebre iracunda:
El crisol no se fecunda
Sino al impulso del fuego.
Yo que á combatir me entrego
Busco gloria en el fragor:
Que en las bregas del dolor
Todo es limpio y fulgurante,
¡Y vale más que un diamante
Una gota de sudor!...
Dios se duerme, el vulgo grita,
Y Cristo sube á la cruz...
Y de este mundo sin luz
Sobre la historia maldita
Hay una súplica escrita
Al lado de cada ofensa...
El espiritu que piensa
Se llena de horror profundo;
¡Y hasta el sol al ver el mundo
Se enrojece de vergüenza!...
Sólo llevo pocos años,
Llevo pocas puñaladas;
Mas cual flores marchitadas
Caerán todos mis engaños...
En espejismos extraños
Veré las empíreas salas,
Y el recuerdo de mis galas.
Brotará potente y grave:
¡Yo moriré como el ave,
Siempre batiendo las alas!...

José Santos Chocano.
(peruano.)

LA GOLONDRINA

Ave de las negras plumas,
Golondrina,
Que rasgando las espumas
Vas bebiendo en curso vago
El agua del patrio lago,
Cristalina.

Ave de rápido vuelo,
Que improvisas
Un viaje al azul del cielo,
Y al ver las campestres galas,
Vuelves al campo las alas
Indecisas.

Tú que cruzas de ola en ola,
Palpitante,
Sin mirar una vez sola
Con quién loca te entretienes,
Porque alegre vas y vienes.
Delirante.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado
Que como tú, fugitivo,
También puedo alzar mi altivo
Pensamiento!

Siempre haciendo en raudo giro
Loco alarde,
Avecilla, yo te miro
Cómo bajas, cómo subes,
Ya en el viento, ya en las nubes
De la tarde.

¿Es por la luz que te alegras
Incendiaria?
Ave de las plumas negras,
Al ver la estrellada alfombra,
¿Es que la noche te asombra
Solitaria?

Tan pronto en verde paisaje
Te contemplo,
Como en el seco ramaje,
Como en la fuente que corre,
Como en la parduzca torre
De algún templo.

Ya visitando los muertos,
Importuna,
Oyes los ruidos inciertos,
El rumor de las ciudades,
A las tristes claridades
De la luna.

Ya, si la flor campesina
Cierra el broche,
Tú te alejas, golondrina,
Por escucharla primera
La campana plañidera
De la noche.

Saliendo á veces del monte,

Sin fatiga
Vas derecho al horizonte
Con tal soltura y donaire,
Que no hay ave por el aire
Que te siga.

Y luego allá, de las nubes
Maravilla,
Después que tan alto subes,
Al ver que tus plumas ajas,
Cierras tus alas y bajas,
Avecilla.

Tal, siendo niño, gozando
Mi desvío,
Me divertía arrojando
Las conchas que iba cogiendo,
Por verlas después cayendo
Sobre el río.

Ay! entonces mi fortuna,
Mis amores,
Eran el sol, la laguna,
Sus barquillas, y los nidos
En los ramos suspendidos
De las flores.

Con los niños compañeros
De mi infancia,
Trepaba á los cocoteros;
Y cuando en lo alto me vía,
Era grande mi alegría,
Mi arrogancia.

Que acaso yo de mil modos
Me pensaba
Que era más grande que todos,
Y de orgullo satisfecho
El corazón en mi pecho
Palpitaba.

Sueño sin luz y sin nombre,
Tan profundo,
Que lanza después al hombre,
Para realizar su instinto,
Por el ancho laberinto
De este mundo;

Sueño de ardiente cariño
Sobrehumano;
Porque es allá cuando niño
Que se abriga en la memoria
Ese sueño de la gloria
Soberano.

¡Ah! ¡la gloria!....es un delirio,
Luz soñada,
Que se convierte en martirio
De la frágil existencia;
¡Ah! ¡la gloria!...¡es la demencia,
Sombra y nada!

Lo sé; más volar te veo
Por las nubes,
Ave, y mi muerto deseo
Se aviva, y lloro, y me afano,
Y quiero subir en vano
Cual tú subes.

Que si algo estimo esta vida
Transitoria,
Es que en mi mente se anida
La esperanza, el loco empeño
De darle cima á ese sueño
De la gloria.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado
Que á tu vuelo raudo, altivo,
Es igual mi fugitivo
Pensamiento!

José R. Yepes.
(venezolano.)

TRAS LOS MONTES

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
Más nido que tu amor, dulce bien mío,
Pájaro errante que á buscarte viene
Empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva;
Hierven las aguas del arroyo inquieto
Y extienden las encinas en las selvas
Sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece,
Duermen las flores y las fresas rojas,
Y á veces la luciérnaga parece
Una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
Rozan sus alas la campiña muda
Y negra nube atravesando el cielo
Como gigante víbora se anuda.

Ay! qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
El ave de tu alma entumecida,
Ha caído sin fuerzas en tu puerta.

El bosque obscuro atravesar no quiere,
Ya no quiere volar á la montaña,

La lluvia moja su plumaje, y muere
Sin sentir el calor de la cabaña.

Ábrele, que en sus alas han caído
Las hojas, secas ya, de sus amores,
Todas las nieves del eterno olvido
Y la lluvia de todos los dolores.

Manuel Gutiérrez Nájera.
(mejicano.)

ESTUDIANDO

En la sala anatómica, desierta,
Desnudo y casto, de belleza rara,
El cuerpo yace de la virgen muerta,
Como Venus tendida sobre el ara.

Lánguida apoya la gentil cabeza
Del duro mármol en la plancha lisa,
Entreabiertos los ojos con tristeza,
En los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
Del hombro haciendo torneado lecho,
Viene á cubrir la suelta cabellera
Las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta; dormida me parece,
Pero hay en ella contracción de frío:
Es que, al morir, el cuerpo se estremece.
Cuando siente el contacto del vacío.

Mas, yo, que he sido de la ciencia avaro,
Que busco siempre la verdad desnuda,
Á estudiar aquel libro me preparo,
Interrogando á la materia muda.

Al cadáver me acerco; en la mejilla
Brilla y tiembla una lágrima luciente;
¡Un cadáver que llora!...Mi cuchilla
No romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
Tanto esa gota silenciosa y yerta,
Que los raudales de mi llanto en breve
Se juntan con el llanto de la muerta.

JOAQUÍN GONZALEZ CAMARGO.
(colombiano.)

CANTO DE GUERRA DE LOS QUERANDÍES

I

¡Del Paraná señores y el llano sin fronteras,
Vagar queremos libres! Las armas extranjeras
Nunca han llegado aquí!
La no domada tribu valor y fe atesora,
Y fuerte nuestro brazo, arroja silbadora
La flecha querandí!

II

Otra arma, de su flanco el Querandí desata,
Que como el viento vuela, que como el rayo mata:
La bola Querandí!
No hay tribu que como ésta enderezarla sepa;

Es arma querandiana: su patria es la ancha estepa
Del Tubichá-miní!

III

Son nuestros esos llanos do caben mil naciones,
De pajonal cubiertos, que hermosas brillazones
Transforman en un mar;
Son nuestros esos lagos que alternan con las lomas,
Do cisnes y flamencos y garzas y palomas
Se miran juguetear.

IV

Los médanos son nuestros do el águila se posa,
La copa de las palmas, la arena deliciosa,
La sombra del ombú;
De la calandria el canto que el ánimo enagena,
El seibo de flor roja, los prados de verbena,
Las ondas del Guazú!

V

Para alcanzar el término de larga travesía
Los aires y los llanos nos dan su cacería,
Su pesca el río-mar;
Y libres recorremos después de la batalla
En campo de victoria y nuestra sed acalla
La sangre del jaguar!

VI

¡Qué vengan los que quieran probar nuestra bravura!
Cual huracán rugiente que arrasa la llanura
Sobre ellos nos tendrán!
Se place en la pelea el Querandí guerrero
Y con valor se bate, porque no teme flero
Ni el trueno de Tupán!

VII

¡Que crucen en sus naves el Paraná anchuroso!...
Al abordaje intrépido del Querandí animoso,
Su audacia pagarán!
Que asienten en un plano del llano sus moradas!
¡Cual *quemazón* que agita mil ondas inflamadas,
Ardiendo las verán!

VIII

Vencido el enemigo querrá escapar en vano:
Nosotros alcanzamos la gama que en el llano
Va huyendo hasta el confín;
Vencido el enemigo, su anonadada empresa
Ejemplo será al mundo; su lívida cabeza
Será nuestro botín!

IX

Si vienen como hermanos, con ellos gozaremos
De un cielo siempre puro; con ellos libaremos
En paz el *abatí*.
Si guerra quieren.... ¡guerra! de asalto y emboscada!
¡Tal vez será destruída.... mas nunca esclavizada
La tribu Querandí!

ADOLFO LAMARQUE.
(argentino.)

LA TOCADORA DE ARPA

En tí escuché el murmurio
Del árbol con las auras;
La queja de las olas

Que rotas en la arena se derraman.

Esa armonía incierta
Del mar dormido, en calma,
En la hora que la sombra
Con el silencio sobre el mundo avanza.

El rumor del desierto!
La silbadora ráfaga
De los vientos que cruzan
Su llanura salvaje y desolada.

Los himnos que la tierra
Rompe en tumulto al alba;
Rugidos de torrente;
El toque de oración en la montaña.

La estrofa, que en el bronce
Del estro ardiendo estalla! . . . .
Después, clamor lejano,
Notas dispersas que el pasado cantan.

Con el lamento errante,
El suspiro que abrasa;
Eco de voz querida
Que dulce en el espíritu desmaya.

Del labio amante, trémulo,
La promesa jurada;
En la noche serena
El acorde gentil que al amor llama.

Allá, como un ensueño,
Onda doliente y rápida. . . .
En el torreón sombrío
Endechas de cautiva solitaria.

La voz de la inocencia
Que á la ternura encanta;
El ruego de la madre
Por el hijo que corre á la batalla.

Del infeliz proscrito
La despedida amarga,
Dejando cuanto adora
Para morir ausente de la patria.

Tristezas y dulzuras,
Sollozos y plegarias,
En confusión sublime
Cruzaron como nubes por mi alma.

Y en mi delirio plácido
Me pareciste un hada,
El genio de las musas,
Arrullando el poeta en la desgracia.

Y un rayo de consuelo
Sentí que me inundaba,
Como entre ruinas tristes
La suave lumbre de la luna pálida.

Y el mundo de recuerdos,
Las muertas esperanzas,
Historia de la vida
Que el corazón en su sagrado guarda, —

Todo se estremecía
Al sonido de tu arpa,
Y te aclamé llorando,
Yo creía no tener más lágrimas!

ANTONINO LAMBERTI.
(uruguayo.)

CELOS

La adoras, sí; lo leo en tu mirada,
Con tus noches de insomnio lo confiesas,
Y quizás, mientras duerme confiada,
Tú en tus sueños la abrazas y la besas.
Yo creí que mi amor era en tu pecho
Como tú lo juraste, el soberano,
Reinando solo allí, como en su lecho
De nácar y coral el Oceano.
Y cuando ya orgullosa me sentía,
Temblando de placer con mi victoria,
Dices que el labio, á tu pesar, mentía,
Pues tengo una rival...: ¡amas la Gloria!
Me engañan tus halagos mentirosos,
Pues prefieres arder en otra llama,
Y al beso de mis labios ardorosos
El eco de la trompa de la Fama.
¿Y qué es la Gloria? El bronce modelado,
El eterno laurel sobre la frente,
El eco de algún nombre pronunciado
Un minuto por todo un continente;
Hipocresía á veces, siempre orgullo;
Voces que cantan, labios que enamoran,
Aplausos que semejan un arrullo,
Y muchos ojos que de envidia lloran.
Mas cuando veas que tu triunfo viene
Y lo que llamas Gloria es el vacío,
Como nada en el mundo te detiene,
Podrás ya ser eternamente mío.
Y en el hermoso libro de tu historia,
Por jornal de virtud, pasado un año,

Donde debieras escribir: *la Gloria,*
¡Escribirás con sangre: *el Desengaño!*
Traerás el corazón adolorido
Y hasta muerto quizás; mas es lo cierto
Que entre vivo y con otro compartido,
Y muerto para mí, lo quiero muerto.
¡Ama la Gloria, pues! Vé hasta la altura;
Sube, como el condor, hasta los cielos,
En tanto que yo apure mi amargura
Amándote y muriéndome de celos.
¡Aquí abajo te espero! Aquí hace frío,
Aquí todo entusiasmo ya ha acabado...
¡Yo aguardaré para llamarte mío
A que tú te apellides desgraciado!

MERCEDES ALVAREZ DE FLÓREZ.
(colombiana.)

BLANCO—PÁLIDO—NEGRO

De la cartera de un buen amigo
Que, por ser bueno, del mundo huyó,
Tomo estos versos... ¡vayan contigo!
¡Por ser tan tristes los quiero yo!

I

Entré en la alcoba con planta incierta,
Ella esperaba junto al sofá,
Pálida y blanca como una muerta...
¡Nó...! ¡Como un ángel que al cielo va!
Yo sentí dicha, miedo, ternura...
¡Por fin ya solos, solos los dos!

¡Por fin ya dueño de su hermosura!
¡Por fin ya suyo! ¡qué bueno es Dios!
Dí algunos pasos, y vacilante
Hablarla quise... ¡No pude hablar!
Y quedé inmóvil de ella delante,
Como las aves en el instante
De abrir las alas para volar.
Después... su talle preso en mis brazos,
Queriendo estarlo, queriendo huir...
Los azahares hechos pedazos
Y entre mis labios los blancos lazos
Con que sus hombros quiso ceñir.
Para esconderla, para ocultarla,
Su cabecita juntaba á mí;
Ví su garganta... logré besarla...
¡Y no sé entonces lo que sentí!
Tiembla su cuerpo... ya muy juntito
Sus rojos labios por fin besé...
Lanzó ella entonces un débil grito...
¡Ay, de ese grito, grito bendito,
Toda mi vida me acordaré!

II

Otro más débil avaro escondo
En el secreto del corazón
Que se oye apenas, y de muy hondo
Sube como alma de una canción.
...¡La misma casa! ¡todo estoy viendo!
También temblando cuando lo oí
Entré en la alcoba pero corriendo
Y hacia su lecho me dirigí.
¡Por fin el ángel tan deseado
Sus blancas alas quiso plegar!
¡Por fin el ángel había bajado!

¡Qué inmensa dicha para mi hogar!
Ella, amorosa, me sonreía...
¡La pobrecita mucho sufrió!
¿Qué en ese instante no le daría?
El alma entera, la vida mía,
Cuanto en el mundo conquiste yo.
¡Con qué alborozo nos contemplamos!
¡Todo ha pasado!... ¡Padres al fin!
¡Nada dijimos y nos besamos
En los ojitos del querubín!
¡Qué delicioso para el oído,
Qué de ternezas inspirador,
Fué ese sollozo, fué ese vagido,
A que responde mi hijo querido,
Con un inmenso grito de amor!

III

¡Ay, de otro grito conservo el eco
Siempre vibrante dentro de mí,
Como en el fondo de un nicho hueco,
...Nadie pregunta cuándo lo oí!
Sentir que el alma se nos arranca,
Sentir la vida que se nos va,
Y al verla inmóvil, blanca muy blanca,
Sin esperanza gritar: ¡mamá!
Y de rodillas caer al suelo
Diciendo en vano frases de amor,
Caer á plomo, caer del cielo
A lo profundo de un gran dolor.
¡Ah! ¡No es un grito, no es una queja,
Es toda una alma que ya se va,
Es nuestra madre que ya nos deja
Y nunca, nunca regresará!
¡Adiós! me dijo, quedo, quedito;

Besé sus labios, allí grité:
¡Qué sufrimiento tan infinito!
Con ese grito, con ese grito,
Toda mi vida sollozaré!

Manuel Gutiérrez Nájera.
(mejicano.)

SERENATA

I

Si yo del aura sollozadora
Fingir pudiera las dulces quejas
Cuando en la tarde, cuando en la aurora
Besa lasciva y aduladora
El jazminero que da á tus rejas;
Yo te hablara al oído
Cosas tan bellas,
Que tu alma se embriagara
Pensando en ellas;
Cosas escritas
Por magos misteriosos
Y morabitas.
De allá del Oriente garridas leyendas
De presas sultanas en redes de flores,
Que lloran desdenes en noches horrendas
Ó al són de la guzla deliran de amores.
De estancias ocultas, por silfos bordadas
De nítidas perlas, de rojos rubíes,
Do bajan aéreas en nubes rosadas
Brindando placeres ardientes huríes.
Y allá en la siesta, con voz sonora
Yo te contara lindas consejas,

Si de la brisa sollozadora
Fingir pudiera las dulces quejas
Cuando en la tarde, cuando en la aurora
Besa lasciva y aduladora
El jazminero que da á tus rejas.

II

En una tarde limpia y serena,
¡Siempre me acuerdo! de Mayo hermosa,
De la nostalgia la amarga pena
Llevó indecisa mi planta ociosa
Por las orillas del Magdalena.
Un viajero me seguía
Con paso leve;
De cabellera blanca
Como la nieve;
Su frente mustia
Revelaba latidos
De intensa angustia.
—¿Quién eres? me dijo; tu afán infinito
¿Qué busca vagando por estos lugares?
—Yo soy un poeta, yo soy un proscrito,
Que cuento novelas llorando pesares.
—Pues mira, en la choza que tienes delante,
Aquella á quien cubre gentil sicomoro,
Allí vivió Mila, la niña inconstante,
La niña inconstante de trenzas de oro.
En una noche... No cuento ahora
De aquel anciano memorias viejas,
Porque del aura sollozadora
Fingir no puedo las dulces quejas,
Cuando en la tarde, cuando en la aurora
Besa lasciva y aduladora
El jazminero que da á tus rejas.

III

En una gruta que el Guaire baña
Con sus corrientes limpias y suaves,
Me enseñó un indio la lengua extraña
Que hablan las brisas, que hablan las aves,
Que hablan las flores de la montaña.
Yo sé de las estrellas
Mil liviandades:
Sus amores ocultos,
Sus falsedades;
Sé las secretas
Y licenciosas citas
De esas coquetas.
Yo entiendo las notas del manso arroyuelo,
Que rueda entre juncos, gimiendo congojas;
Yo sé lo que sueñan las aves del cielo,
Yo sé le que dicen temblando las hojas;
Yo sé la tristeza que á un lirio importuna,
Si el lirio se rinde de amor al halago;
Yo sé lo que dicen los rayos de luna
Jugando en las aguas dormidas de un lago;
Y te contara lo que atesora
En mundo ignoto de las abejas,
Si yo del aura sollozadora
Fingir pudiera las dulces quejas,
Cuando en la tarde, cuando en la aurora
Besa lasciva y aduladora
El jazminero que da á tus rejas.

IV

Tú tienes mucho de la mañana,
Púrpura y nieve tu rostro enseña,
Y á más ostenta gallarda, ufana,

La donosura de la limeña,
La gentileza de la cubana.
Por un sí de tus labios
¡Tan hechiceros!
Astillaran su lanzas
Cien caballeros,
Y un rey de Oriente
Su corona pusiera
Sobre tu frente.
En éter tejido de rayos de estrellas
Tus formas envuelve, tu seno perfuma;
Te dan los alisios sus músicas bellas,
Te prestan las hadas su manto de espuma.
Es urna tu boca de perlas y mieles,
Cerrada á esos besos que dejan agravios;
Yo sé lo que lidian apuestos donceles
Por esa sonrisa, que juega en tus labios.
Y te cantara con voz sonora
La fe que siembras, la luz que dejas,
Si yo del aura sollozadora
Fingir pudiera las dulces quejas,
Cuando en la tarde, cuando en la aurora
Besa lasciva y aduladora
El jazminero que da á tus rejas.

J. Joaquín Palma.
(cubano.)

*?

I

Densa nube de incienso que borra
Del altar las imágenes santas,

En volutas fugaces asciende,
Se esparce en los aires y se hunde en la nada:
¿Dónde vas, blanca nube de incienso?
¿Qué regiones del cielo traspasas
Conduciendo en tu ser vaporoso
Temblor de suspiros, fervor de plegarias?

II

Casto velo de novia que rueda
En raudales copiosos de gasa,
Sobre curvas de carne marmórea,—
¡Capaz del martirio, capaz de la falta!—
Blanca gruta de tules ¿qué enigma
De ventura ó desdichas encarna
Esa estatua de mármol viviente
Que tiembla, que gime, que sueña, que abrasa?

III

Tierno beso de niña engendrado
Sobre dedos de puntas rosadas,
Que te lanzas al aire —¡paloma
Que busca en la selva su nido de ramas!—
¿Dónde vas, dónde vas, peregrino
De no sé qué amorosa cruzada?
¿Qué pretendes, pasión sin objeto,
Flechazo sin rumbo, caricia con ala?

IV

Sacudida nerviosa que anuncia
Con profético acierto que espanta,—
Del dolor pitonisa invisible,--
Peligro que viene, traición que amenaza.
Conmoción instantánea que avisas

Del espacio á través la desgracia;
¿Qué potencia inicial te produce,
Qué mano sin brazo, qué voz sin palabra?

V

Torva idea que surge de pronto
Del cerebro en las frágiles mallas,
Y lo colma, y lo absorbe y lo atrofia
Cual huésped perverso que incendia la casa.
Centinela perenne, ¿qué quieres?
La razón de tu ser ¿de quién sacas?
¡Si tú misma cegaste la fuente
Que torvas ideas ó límpidas mana!

VI

¡Inocente recuerdo de niño
Que tenaz en la mente se clava,
Resistiendo las iras del tiempo
Cuando otras memorias tan trágicas pasan!
Remembranza pueril, ¿cómo vives
Entre aquellas que alegran ó espantan?
Pincelazo de luz del pasado,
¿Qué mano divina te impuso en las almas?

VII

Atavismo de raza que llegas
En las horas de honor de la raza,
A poner la vergüenza en las frentes...
¡Hedor del establo que invade la sala!
¿Por qué surges, crueldad del pasado,
Cuando todo es estética y gracia?
¡Viejo rostro de mono, riendo
Detrás de la noble cabeza de Palas!

VIII

Vocación repentina que tuerce
De una vida completa la marcha,
Que retoca las almas, á guisa
De autor indeciso que borra sus dramas.
¡Florescencia invernal de la mente!
¡Ansiedades seniles de fama!
¿Quién os puso en mi pecho, lo mismo
Que en páramo yerto semilla de palmas?

IX

¡Intuición del progreso que yace
Cual simiente de fuego en las almas!
¡Atracción misteriosa, querube
Que muestra en la sombra laureles de plata!
¡Acicate de acero que azuza
La carrera de luz de la fama,
Y coloca los seres de modo
Que el sol de la vida les tiñe las caras!

X

¡Comezón de vivir, de ser siempre,
De escalar de una vez la montaña!
¿Quién os puso en la sangre? ¿Qué objeto
Tendrán los deseos, tendrá la esperanza?
Cuando vivan la vida sin muerte
Perfectas, y eternas, y libres las razas,
¿Volverán, otra vez, á la sombra
Como antes malditas, como antes esclavas?

PEDRO B. PALACIOS (*Almafuerte*).
(argentino.)

GLORIA

¡No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
¡Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira el suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo.

¡Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario obscuro!
¡Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crispa,
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
Ó águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas.
«El ave canta aunque la rama cruja:
¡Como que sabe lo que son sus alas!»

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria.

Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria.

Deja que me persigan los abyectos.
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
¡La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro;
La sombra que hace resaltar la estrella.

¡Alumbrar es arder!—Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma.
¡La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
Crece en la orilla que el olaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
Vivo, se hunde; pero muerto, flota.

¡Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
¡Consuela el corazón del que te ama!
¡Dios dijo al agua del torrente: bulle;
Y al lirio de la margen: embalsama!

¡Confórmate, mujer!—Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate,

Tú, como la paloma, para el nido,
Y yo, como el león, para el combate.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
[mejicano.]

NOCTURNO

Dóblome enfermo de honda tristeza
Porque te marchas, mi dulce amor:
Siento la fiebre de la cabeza,
Siento el vacío del corazón.

Tuya es mi vida. Con tu mirada
Priman los sueños á la razón.
Hállome grande—Sin tí, soy nada:
Tú perfeccionas la obra de Dios.

¿Qué es el talento sin el cariño?...
¿Qué es el carácter sin el amor?...
Te doy mi pobre nombre de niño,
Dame la aurora de tu pasión.

Te doy mis rimas, mis esperanzas,
Mis regocijos de trovador;
De mis recuerdos las ondas mansas;
De mis anhelos la agitación.

Te doy mi suerte, mi independencia;
Con mis defectos á tí me doy.
Tienes rivales: una, la ciencia;
Otra, la patria—dignas las dos.

Dame tú encantos, dame impresiones,
Luz, aire, fuego, vida, esplendor;

Dame las tibias inspiraciones
Que sólo parten del corazón.

Dame el aliento que tú respiras,
Tus ilusiones, tu fe, tu ardor;
Dame el espacio por donde giras
Tus ojos ebrios de seducción.

Pues nos aleja la suerte dura,
Para estrecharnos démonos hoy—
Tú, los halagos de tu ternura,
Yo, la firmeza de mi pasión.

Y si nos toman meditabundos
Las horas tristes de la expiación,
Aspiraremos ritmos fecundos
Que vida han sido de nuestro amor.

Alberto Navarro Viola.
(argentino.)

LA SOMBRA DE LOS MUERTOS

Llamé á la puerta del que fué tu amigo
Y se apagó la voz en mi garganta:
Porque no habita tu recuerdo triste
En medio de la orgía y de la danza.
Más allá vamos,
Dije á mi alma:—
La sombra de los muertos
No tiene amigos en la tierra ingrata!

Llamé á la puerta de tu amor primero
Y lleno de dolor volví la planta:

Porque la mano de tu amante misma
La frente de otro esposo acariciaba!
Más allá vamos,
Dije á mi alma:—
La sombra de los muertos
No tiene amor sobre la tierra ingrata!

Llamé á la puerta de tu hogar paterno
Y se cayó mi mano de la aldaba:
Ay! donde el ruido del festín resuena
No habita la memoria del que falta!
Más allá vamos,
Dije á mi alma:—
La sombra de los muertos
No tiene hogar sobre la tierra ingrata!

En el pálido día de difuntos
Crucé junto á una huesa abandonada,
Y doblando en su musgo la rodilla
Levanté con tu nombre mi plegaria.
Ay! no te arranques,
Dije á mi alma:
La sombra de los muertos
Sólo en la piedra del sepulcro se halla

Ricardo Gutiérrez.
1859 (argentino.)

Á ROSAS

El 25 de Mayo de 1843

I

Miradlo, sí, miradlo! No veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II

Sus hijos! por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
A tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata

Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!
Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
La Emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre gemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él!

IV

Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Y dínos de sus glorias la que te debe á tí.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños,
Quien la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dínos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
Ó acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junín;
Ó si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fín.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dínos que lidiando la hubistes en Ayuma,
Ó acaso en Vilcapujio, Toráta, ó Moqueguá.

VI

Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció,
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pié del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;

Jamás en las batallas se divisó tu espada,
Pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pié de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre á ríos se derramó do quier,
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

Qué sed hay en tu alma? Qué hiel en cada fibra?
Qué espíritu ó demonio su inspiración te dá
Cuando en tu rudo lábio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada vá?

Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
Qué atmósfera aspiraste? Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho

Para evocar visiones que su pavor te den?.
En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rujir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN..!

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia;
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino las de mi patria, NO.

XI

Por tí esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo sus piés un león,
Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo
Tu imájen colocaste sobre el sagrado altar,

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!...

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes, hay más allá exclamaron,
Su acento conmoviendo de América el confín;
Y, al trueno de los bronces, hay más allá gritaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo, y de Junín!!!

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está:
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal:
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
Ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,

Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en tí;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales,
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

José Mármol.
(argentino.)

ROSAS

El 25 de Mayo de 1850

Rosas! Rosas! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crímen has querido
Qu se hermanen tus obras con tu orígen;

Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo; y, de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
Á llamar en la tumba de Belgrano:
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la Gloria
Á esconderse en las grietas de los Andes;
Reclamando á los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen:
Se apagan los radiantes luminares;
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece dó tu pié se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas ¿despuès? tal es--atiende—
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese DESPUÉS que acusa ó que defiende
En la ruina de un pueblo, ó en su gloria.

Ese DESPUÉS fatal á que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día

Habla: y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? las bases dónde
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que á tanto crímen te impeliese tanto?
Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo transformada en hombre;
Mas ¡ay de tí que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido:
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tú no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza .

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Como elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;

Tu grandeza el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso es sólo matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crímen lleno,
Serás reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma y lo contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito;
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
Y, más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnicera,
Con sus garras métalicas la hirieron,
Cupo alguna virtud: valor siquiera!

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado;
Tigre que te encontraste en el camino

Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y sólo dejarás un nombre inmundo
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos temblando y en tu imajen fijos
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
A los cuentos que invente tu memoria;
Y, execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía,
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca á tu nombre la memoria, ingrata:
Nunca á tu maldición el pecho, tierno;

Y por último azote de tu suerte,
Verás, al expirar, que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Más que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos,

Ni dejar la señal de tus cadenas.

José Mármol.
(argentino).

EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío
Y alegres himnos amoroso exhalas
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa;

Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzado,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
Á la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonce en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento

Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente
Humillando á sus piés á las naciones
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
A la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los *sinsontes*, con notas celestiales,
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella,
Y el clamor de los himnos nacionales.

Otras veces volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores,
El lamento del mirlo entre las flores,
La querellosa voz de la paloma
De hondos suspiros llena,
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.

Asi cual del Anáhuac contemplando
La mejestad divina
Que un sol de fuego espléndido ilumina,
Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el *sinsonte* enamorado
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,

Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una armonía
Para expresar tu duelo
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.

Tienes siempre al mecerte por el viento
Para todos los goces un acento;
Á todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no háy sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
Bendita la armonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prisión nunca suspires
Triste canción de duelo;
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra patria mires
Bendita por la historia,
Y que repitas siempre en tus cantares

El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos plantanares
Y al rumor de las olas de sus mares.

José Rosas.
(mejicano.)

EL RUISEÑOR

Yo soy el ruiseñor, el pajarillo
Que, despreciando el haya y la palmera,
Fabrica entre las ramas del tintillo
Dulce lecho á su amante compañera.

Yo soy el ruiseñor, arpa del día,
Que sueña de la noche hasta en la bruma:
La música á mi voz dió su armonía
Y su sombra el crepúsculo á mi pluma.

Yo soy el ruiseñor, y luto y gala
Por la pluma y la voz al par indico:
Soy de duelo abanico si abro el ala,
Soy bandolín de amores si abro el pico.

Los que escuchan mis trinos seductores
No advierten si, de júbilo ó congojas,
Celebro el nacimiento de las flores
Ó lloro la caída de las hojas.

Que, símbolo mi voz de melodía,
Al brotar de mi seno puede tanto,
Que ya exprese el dolor, ya la alegría,
Nadie logra entender si lloro ó canto.

Yo soy el ruiseñor, yo soy el ave
Cuya lengua parlera y argentina
Del mirlo remedar el canto sabe
Y la voz de la errante golondrina.

Cuando anuncio las albas matinales
Se alegran á mi voz hasta los riscos,
Y abandonan sus lechos los zagales
Y dejan los rebaños sus apriscos.

Y al ver el sol en la mitad del cielo
Busco la sombra que el follaje presta,
Y en cualquier rama descansando el vuelo,
Yo mismo arrullo mi tranquila siesta.

Y cuando el sol en el ocaso arde
Y está el oriente ya descolorido,
Rompo á cantar el himno de la tarde
Y torno en busca de mi caro nido.

Así paso la vida hora por hora,
En libertad, feliz, cantando á una
Amenas alboradas á la aurora
Y plácidos nocturnos á la luna.

Yo soy el ruiseñor, y mientras tanto
Que en libertad, feliz, las alas vibre,
En el espacio vibrará mi canto
Del mismo modo que mis alas, libre.

MANUEL PADILLA DÁVILA.
(portorriqueño.)

CANCIÓN DE CARNAVAL

Le carnaval s' amuse!
Viens le chanter, ma Muse...

BANVILLE.

Musa, la máscara apresta,
Ensaya un aire jovial
Y goza y ríe en la fiesta
Del Carnaval.

Ríe en la danza que gira,
Muestra la pierna rosada,
Y suene, como una lira,
Tu carcajada.

Para volar más ligera
Ponte dos hojas de rosa
Como hace tu compañera
La mariposa.

Y que en tu boca risueña
Que se une al alegre coro
Deje la abeja porteña
Su miel de oro.

Únete á la mascarada,
Y mientras muequea un clown
Con la faz pintarrajeada
Como Frank Brown;

Mientras Arlequín revela
Que al prisma sus tintes roba
Y aparece Pulchinela
Con su joroba,

Dí á Colombina la bella
Lo que de ella pienso yo,
Y descorcha una botella
Para Pierrot.

Que él te cuente cómo rima
Sus amores con la luna
Y te haga un poema en una
Pantomima.

Da al aire la serenata,
Toca el áureo bandolín,
Lleva un látigo de plata
Para el *spleen*.

Sé lírica y sé bizarra;
Con la cítara sé griega;
Ó gaucha, con la guitarra
De Santos Vega.

Mueve tu espléndido torso
Por las calles pintorescas
Y juega y adorna el corso
Con rosas frescas.

De perlas riega un tesoro
De Andrade en el regio nido
Y en la hopalanda de Guido
Polvo de oro.

Penas y duelos olvida,
Canta deleites y amores;
Busca la flor de las flores
Por Florida:

Con la armonía le encantas
De las rimas de cristal,
Y deshojas á sus plantas
Un madrigal.

Piruetea, baila, inspira
Versos locos y joviales;
Celebre la alegre lira
Los carnavales.

Sus gritos y sus canciones,
Sus comparsas y sus trajes,
Sus perlas, tintes y encajes
Y pompones.

Y lleve la rauda brisa,
Sonora, argentina, fresca,
La victoria de tu risa
Funambulesca!

Rubén Darío.
Buenos Aires. 1894. (centroamericano.)

---

* EL CARNAVAL

Despuntaba á grandes pasos del Zodiaco en la gloria
El gran sol de los veranos como un triunfo de la luz,
Y su gamma de colores festejaba la victoria
Ajustándose al unísono por el ritmo de lo azul.

Y siguiendo al astro ardiente dió la vuelta por Febrero,
Cuando está de soberana la ígnea luz canicular,
Relumbrándole la cota como andante caballero,
Ese abuelo calavera que se llama *Carnaval.*

Cuando hienden las madejas de sus barbas encrespadas,
Como pájaros inquietos que se vuelan en tropel,
Con fanfarria victoriosa sus alegres carcajadas
Van gorgeando en los oídos tentaciones de placer.

Lleva un traje todo lleno de sonoras baratijas,
En los ojos le chispean mil escándalos de amor,
Y se ven saltar sus dedos, constelados de sortijas,

Repicando castañuelas en un baile á pleno sol.

Es un duende callejero que á reír y amar obliga;
Cuando guía sus mesnadas por el rumbo de la lid
Lleva uncidas cuatro yuntas á su mágica cuadriga
De esas blancas mariposas que se mueren en Abril.

Y comienza la batalla, y se ven corazas rotas,
Y olifantes y cimeros que rodando al suelo van,
Y los chorros acribillan con las salvas de sus gotas
Y granizan los puñados de confites á la par.

Y las flores mueven guerra á los labios femeninos
Mientras va sobre el concurso, que disputa con tesón,
Desatando un aguacero de matices purpurinos,
Como sangre luminosa de su seno, el Padre Sol.

Y los besos, cuyo choque con vivaz rumor se agranda,
Como crótalos que marcan las cesuras de un compás,
Se destacan de la bulla musical de la parranda
Y entre el mágico aquelarre de los céfiros se van.

Grandes nubes, por los cielos, como cálidos volutos,
Se coloran y se rizan bajo el rayo de la luz;
Y los pájaros celebran la gran fiesta de los frutos,
Y derraman los follajes un perfume de salud.

Pero cesan los combates, y al caer su último día
Las comparsas bulliciosas, convocándose en tropel,
Llevan juntos al rey mago que mandó el reino Alegría,
Y le cantan las exequias cuando empieza á amanecer.

Y se vuelven fatigadas de la alegre y franca liza,
Á llevar por todo un año, como marca de aflicción,

En las frentes inclinadas la cruz negra de ceniza.
Por tres días de placeres.... ¡todo un año de dolor!

LEOPOLDO LUGONES.
1894. (argentino.)

LAS DOS GRANDEZAS

I

LA RÁBIDA

A la puerta de un convento
Golpea un pobre mendigo;
El sol, el hambre y el viento
Lo baten, y pide abrigo.
Lleva un hijo pequeñuelo,
Pálido y triste el semblante;
Por él pide suplicante
Pan á los hombres y al cielo.
Ha sonado la campana,
Y un monje con voz serena:
—Aquí hay abrigo y hay cena,
Les dice; os iréis mañana.
—Cena busco y busco abrigo,
Contesta meditabundo:
¡Llevo en mi cabeza un mundo
Y un humilde pan mendigo!
—¡Al cielo alzad la oración,
Alzad al cielo los ojos!,
Clamó el monje; y vió de hinojos
Ante la cruz á Colón.

II

SAN YUSTE

Sutiles neblinas las sierras envuelven,
El viento silbando sacude los pinos,
De nieve cubiertos están los caminos
Y el lobo á lo lejos se siente aullar.
Cruzaba un viajero con paso seguro
La senda sinuosa que lleva al convento,
Y llega y exclama:— ¡Por Dios, que un asiento
Más alto que el mío yo vengo á buscar!
Abrieron los frailes—¿Quién sois? le preguntan
—Un hombre que busca corona de espinas,
Corona de gloria con flores divinas,
En vez de la suya que mucho pesó.
—¿Tuviste los dones que el mundo apetece?
—Riquezas y gloria mi reino tenía...
El sol en mis tierras jamás se ponía...
¡Yo soy Carlos Quinto, mi imperio pasó!

III

Así con dolor profundo,
La misma puerta tocaba
El que iba en busca de un mundo
Y el que un mundo abandonaba.
Y en el sagrado recinto,
Libre de humana ambición,
Hubo pan para Colón
Y paz para Carlos Quinto.

EDUARDO DE LA BARRA.
(chileno.)

FUSILES Y MUÑECAS

CUADRO REALISTA

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus cariños,
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos:
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea.
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más débil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra:
Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Mirándoles jugar me aflijo y callo;
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerme,
Y mientras grita el uno: FUEGO, FUEGO,
La otra murmura triste: DUERME, DUERME.

Á mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira:
¡Es toda una persona de seis años,
Que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su láguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada,
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,

Ni tiene que llorar desengañada,
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres,
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma,
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

Juan de Dios Peza.
(mejicano)

CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
Y que ha sido en sus guerras infantiles
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
Dejando en un rincón la espada quieta,
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
Mi mesa de escribir y mi gabeta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
Repetir lo que saben mil testigos:

Esa corona de oropel y raso
La debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas,
Desató el niño, de la verde guía,
El lazo tricolor en que hay impresas
Frases que él no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona
Miró las hojas con extraño gesto,
Y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención:—«¿Qué es esto?»

—«Esto es—repuse—el lauro que promete
La gloria al genio que en su luz inunda...
—«¿Y tú por qué lo tienes?»
—Por juguete
Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
Descubre el niño, de la noble gala;
Se la ciñe, faltándome al respeto,
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
Con su inocente acción enlazó ufano,
Pues con el lauro semejaba el niño
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
Irradiaban celestes resplandores,
Y que anhelaba en su imperial litera
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(No extrañéis en un padre estos asombros),
Y corrí por un trapo colorado

Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
Me transformé en su esclavo humilde y rudo,
Y—«¡Ave, César!»—le dije, dame un beso,
¡Yo, que muero de penas, te saludo!»

—«¿César?» —me preguntó lleno de susto,
Y yo sintiendo que su amor me abrasa,
—«¡César!»—le respondí—«¡César augusto
De mi honor, de mi nombre y de mi casa!

Quitéle el manto, le volví la espada,
Recogí mi corona de poeta,
Y la guardé, deshecha y empolvada,
En el fondo sin luz de mi gabeta.

Juan de Dios Peza.
(mejicano.)

* AL PASAR

Abbeville (Francia).

Sola en le campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y una toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas

Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más fresca que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Más süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

« —Cómo! ¿sois vos? me dijo conmovida,
« ¡Vos aquí en la comarca?...¿la salud
« Sentís de nuevo acaso enflaquecida,
« Y en procura volvéis de aire y quietud? »

« —No, Blanca, á otro país voy de camino;
« No cual en otro tiempo vuelvo aquí,
« Enfermo y fatigado peregrino
« En busca de la calma que perdí.

« Y bien lo siento á fe... ¡ah, quién me diera
« Habitar otra vez el romeral,
« Perderme entre la viña en la pradera,

«Beber el agua virgen del raudal!»

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira á una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldëana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando—«¡Ya murió!»

«—¡Murió! ¿cuándo murió?—Cumplirá un año
«Lo que empiecen las uvas á pintar;
«Dios alejó al pastor de su rebaño,
«¡Ah! si viérais, desierto está el hogar!»

Yo estimaba á aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

«¿De qué murió?» la dije—«Estaba fuerte
«Como el tronco que véis de ese abenuz;
«Un día entre la mies le halló la muerte
«Allí donde se alza aquella cruz!»

«—¿Y os dejó alguna hacienda?—Lo bastante
«Para vivir, la casa y más aquel
«Molino que se ve blanquear distante,
«Los bueyes, el sembrado y el verjel.»

«—¡Pobre! y tu madre?»—Llora el día entero
«Si queréis verla os llevaré, venid,
«Está allá abajo al canto del otero
«Á la sombra tejiendo de la vid.»

—«Es tarde ya»; la contesté «y aun queda
«Lejos la aldea á donde voy, á más
«Temo afligirla; el cielo la conceda
«El consuelo á sus penas, la dirás.»

—«Pero al menos» repuso, los colores
Animándola el rostro, «aceptaréis
«Del jardin de mi padre algunas flores
«Plantadas por su mano ¿os negaréis?»

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor,!
Seguíla, pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

Al punto en que á estrecharse el valle empieza
Hallábase la casa, al pié el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba á los mirtos el jazmín.

Y en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracïoso afán,
Á esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayán.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me lo dió;
Luego por una senda sombrëada,
Del arroyo á la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato són; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo

Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mnjer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

—«Quisiera ir á donde váis, quisiera
«Conocer otras tierras,» exclamó —
«Vino aquí vez pasada una extranjera,
«¡Oh, cuántas maravillas me contó!»

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino cspejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

—«Blanca,» la dije al levantarme—«habita
Aquí la paz, consérvate fiel
Al hogar de tus padres y bendita
Corra tu vida y venturosa en él.

—«No volveréis?»—¡Quién sabe! voy muy lejos
«¡Adiós! cuida á tu madre, que el amor
«De los hijos la savia es de los viejos,
«De la vida que muere último albor.»

Á tomar mi caballo junto fuímos...,
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; ya distante
La vista volví atrás....estaba allí!
Su vestido de listas ondulante

Á través del follaje distinguí....

Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imagen, que jamás podré olvidar,
Se mezclan á esas vagas armonías
Que la vida acarician al pasar!

CÁRLOS GUIDO Y EPANO.
(argentino.)

NENIA

En idioma guaraní,
Una jóven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora *ûrutaú* (1)
En las ramas del yatay, (2)
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú,
Llora, llora ûrutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra, y su saña
No ha dejado nada en pié
En el dulce Lambaré.

Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Sólo amargas penas hay;
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde *vbirapitá*,
Mi novio, que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pié sepultado está
De un verde ubirapitá.

Rasgado el blanco *tipoy* (3)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los *cambá* (4)
No pudiéndolo rendir;
Él fué el último en salir
De Curuzú y Humanitá;
¡Lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante

Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití?
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora ûrutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú;
¡Llora, llora ûrutaú!

CÁRLOS GUIDO Y SPANO·
(argentino.)

(1) *Urutaú:* ave de dulcísimo canto.
(2) *Yatay:* palmera.
(3) *Tipoy:* saya blanca que usan las paraguayas.
[4] *Cambá:* los negros.

CORONAD Á GUIDO

Cercad, cercad con rosas y laureles
La cabellera del cantor de Amira!
Dad á esa musa, que rebosa mieles,
Una urna de heliotropos y claveles
Para que guarde su cansada lira!

Dad á la tarde del ilustre anciano
Nubes y luz del inmortal mañana;
Entrelazad á su cabello cano
Una corona de perfume indiano
Tejida en nuestra selva americana!

Boyero que anidó en nuestros hogares,
Poblando con sus trovas matutinas
De la patria de Mármol los palmares,
Bien merecen sus dúlcidos cantares
Una ofrenda de palmas argentinas.

Una beldad gentil de tez morena
Corone al prócer de la ciencia gaya
Y le recuerde la beldad serena
Por él vista al pasar, rústica y buena,

Bajo los pliegues de su corta saya.

Tejed, tejed con rosas y laureles
De Nenia al trovador santuario y nido
En que elabore sus postreras mieles!
¡En urna de violetas y claveles
Guardad el arpa celestial de Guido!

Cárlos Roxlo.
(uruguayo.)

1892.

Á MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
Mi tostado alazán; ¡quién me volviera
Tu fiel y generosa compañía
Y tu mirada inteligente y fiera!

Has llorado por mí? Cuando otra mano
Limpia el polvo á la crin de tus melenas,
¿Recibes las caricias siempre ufano,
Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
Tan sólo de recuerdos ha vivido,
Y en todos los caminos de este mundo
La imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana,
La constante visión de la memoria,
El sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,

La nativa llanura abandonaste,
Y el lago cristalino y azulado
En el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡son tan bellos
Los astros que en el Plata se reflejan!
¡Con renegridos ojos y cabellos
Esclavo el corazón sus hijas dejan!

Crecen allí las flores y las mieses
Sin el cansancio de la frente humana,
Y señala el camino de los meses
Fruto sabroso que perfume emana ..

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora,
Cuando llegando á la ventana mía,
Hallaste mi cabeza indagadora
Ante el libro doblado que mentía?

Ya del oriente el resplandor velaba
Del lucero de amor la mustia lumbre,
Y la aromada brisa que reinaba,
El pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí, como incompleto
Mi ser me pareció, tendí los brazos,
Y sólo sombras y silencio quieto
Halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
Que en mi inocente corazón nacía,
Y á mi jóven, incauta inexperiencia,
Placeres y deleites prometía.

¡Placer... deleite! espinas y dolores
Sólo encontré cuando clavé los ojos
En los de una mujer, tan seductores

Que alfombra hizo á su pié de mis despojos.

¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
La vez primera que el amor sentimos,
Cuando está el corazón en primavera,
Y al sol de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampa leve
Besé de sus pisadas vagorosas,
Sobre la yerba de la senda breve
Formada de jazmines y de rosas.

Y en el arena de mi patrio río,
Cuando Ella entre las bellas argentinas,
En las auroras dulces del estío
Se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
Más de una vez has inundado el seno
De otro alazán fogoso y diligente,
Con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas á las suyas confundidas
Se vieron muchas veces en la arena,
Cuando en voces del alma desprendidas
Conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
Por mi amada en los campos preferido,
Y el paso redoblabas placentero
De mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez desde tu inquieta espalda
De flores despoblé la enredadera,
Para adornar su sien de una guirnalda
Que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,
Puesto ya el sol, su calle y su ventana,
É inclinando la frente, te parabas
Ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! del pobre desterrado,
En el variable pecho de la bella
No hay ni un recuerdo del amor pasado,
Ni en sus paternos campos una huella.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.
(argentino.)

1844.

ANTE UN CADÁVER

Y bien! aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
Á que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.

Aqní donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
Á leer la solución de ese problema
Cuyo sólo enunciado nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema
Y que en tus labios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!... tu misión no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla la asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro sér reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco

Volverás á la tierra y á su seno
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
Tu cráneo lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento

Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaba la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota
Se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.

El poderoso y fecundante abismo,
Del antiguo organismo se apodera
Y forma y hace de él otro organismo.

Abandona á la historia justiciera
Un nombre sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

Él recoje la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere.

MANUEL ACUÑA.
(mejicano.)

1872.

IDILIO REALISTA

Á RAUL CAY

I

Sale el humo en negruzcas espirales
Del fondo de la roja chimenea,
Y lejos, tras de rocas desiguales,
La onda de los mares cabrillea.

Bajo la vasta cúpula del cielo
Fulgurante de vívida escarlata,
El aire forma transparente velo
Que esmaltan crispas de bruñida plata.

Alegre salta del redil la oveja,
El viento esparce lánguidos aromas,
Zumba en el aire la dorada abeja
Y en la torre se arrullan las palomas.

Negros bueyes, jaspeados de amarillo,
Caída la cabeza entre las patas,
Aspiran la fragancia del tomillo
Evaporada de las finas matas.

Donde la plata su frescura pierde
Bajo el rayo de sol que la extermina,
Saca el lagarto su cabeza verde
Agitando la lengua purpurina.

El negro pavo de rojiza cresta
Abre la cola en forma de abanico
Ó vaga luego, en actitud modesta,
Escarbando la tierra con el pico.

Dirigiendo la vista hacia la altura,
Semejan los celajes agrupados
En el inmenso espacio que fulgura,
Islas de fuego en mares azulados.

Del río azul en las serenas ondas
Circula el pez de fúlgidas escamas,
Escuchando brotar de entre las frondas
Arrullo de aves y crujir de ramas.

Á los rayos del sol que resplandecen
Por donde quiera que dirija el paso
Las hojas de los plátanos parecen
Verdes banderas de crujiente raso.

II

Apoyando la mano en la mejilla
Y el codo sobre el rústico cayado,
Mira el pastor la rubia pastorcilla
Que saca del aprisco su ganado.

Jamás figura de contornos tales
Cogiendo flores ó segando mieses,
Resplandeció en los lienzos inmortales
De los viejos pintores holandeses.

Ni soñó nunca el numen de Virgilio
Colocar en los bosques de la Arcadia,
Una belleza femenil de idilio
Como la que hoy ante los ojos radia.

Cuando el amor su corazón agita
Ó colorea su mejilla fresca,
Tiene la idealidad de Margarita
Y la mirada ardiente de Francesa.

Viendo oscilar fragante florecilla

Del verde tallo sin piedad la arranca,
Y enseña la torneada pantorrilla
Provocadora, escultural y blanca.

Arreglando después sus trenzas blondas
Colócase la flor en sus cabellos,
Y se mira del río entre las ondas,
Del sol abrasador á los destellos.

Alegre, enamorada y sonriente,
Dirígese al pastor que la codicia
Y la espera, gozoso é impaciente,
Para hacerle al instante una caricia.

Tímida avanza hacia el follaje espeso,
Y al cir de su amante las palabras
Acompañadas de sonoro beso,
Se olvida al punto de las sueltas cabras.

Hasta que al fin con ansias voluptuosas,
Dirígense los dos enamorados
Hacia las soledades misteriosas
De los sombríos bosques perfumados.

Julián del Casal.
(cubano.)

AL AMOR

Pura gota de rocío, de los cielos desprendida
Sobre el alma que la absorbe cual las hojas del azahar,
Blanca estrella que iluminas las tinieblas de la vida
Como el faro que entre sombras se refleja sobre el mar;

Amor, tierno sentimiento que en el fondo de nuestra alma

Hallas plácido un asilo donde oculto florecer,
Como el ave que inocente sólo anhela dulce calma
Y en el fondo de los bosques va su nido á entretejer.

¿Vives sólo en nuestros pechos como chispa arrebatada
De ese fuego inextinguible, de los mundos creador?
¿Brillas sólo en la pupila de la virgen adorada?
¿Sólo impregnas los suspiros del amante soñador?

¡No! Doquiera vives grande, luminoso, omnipotente;
Como el sol, doquiera esparces tu divina claridad:
Tú desciendes en los rayos de la estrella refulgente,
Tú fecundas con tu aliento la sublime inmensidad.

Oceano que en sus ondas sin cesar electrizadas
Baña cielos, baña mundos de magnífico esplendor,
Y que arrastra en sus corrientes, temblorosas y agitadas,
Los efluvios de las almas, los perfumes de la flor.

Tú eres vida, tú eres centro de los seres y los mundos;
Tú murmuras en los vientos, en las olas de la mar:
Brotan flores en los prados con tus hálitos fecundos,
En los cielos brotan astros de tus alas al soplar;

Tú palpitas misterioso de la tierra en las entrañas,
Tú respiras en el cráter del volcán aterrador,
Tú das formas á los valles, tú levantas las montañas,
Que reflejan en su frente de los cielos el fulgor,

Tú dormir haces al lago que retrata en sus cristales
La ancha esfera que tú tiñes de arrebol y de zafir;
Tú gemir haces las olas, que entre suaves arenales
Se recuestan rumorosas en sus lechos al morir.

Tú las águilas levantas, de la cumbre majestuosa,
A los senos de las nubes encendidas por el sol;

En los aires tú diriges á la vaga mariposa
Que volando entre perfumes busca el cáliz de la flor.

Tú eres vida, tú eres alma de los seres y los mundos,
Tú murmuras en los vientos y en las olas de la mar,
Brotan flores en los prados con tus hálitos fecundos,
En los cielos brotan astros de tus alas al soplar.

PABLO GARRIGA.
(chileno.)

LA FLOR DE LA CAÑA

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
Ó quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
La flor de la caña.

La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas;
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
Como flor de caña.

Su acento divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta;
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa ríe
La flor de la caña.

El domingo antes
De Semana Santa,

Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos,
Donde le juraba,
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
La flor la caña.

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua,
Con una sortija
Que ajusta la *capa*,
Y en lugar de *tripa*,
Le encontré una carta,
Para mí más bella
Que la flor de caña.

No hay ficción en ella
Sino estas palabras:
«Yo te quiero tanto
Como tú me amas »
En una reliquia
De rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña

Ya no me es posible
Dormir sin besarla;
Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia;
Y si me preguntan

Los que saber ansian,
Quién es mi veguera,
Diré que te llaman,
Por dulce y honesta
La flor de la caña.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS (*Plácido*).
(cubano.)

LA FLOR DEL SEÌBO

Á CALISTO OYUELA

Tu «Flor de la caña»,
Ó Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada.... Su nombre
Jamás lo he sabido;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndese de ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
La dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del seíbo.

Un día,—una tarde
Serena de estío,—
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Uu chal tucumano
De mallas tejido;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de seíbo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los míos....
Tal vez un secreto
Los dos nos dijimos,
Porque ella, turbada,
Quizá por descuido
Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí é levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor á tomillo.

Al dárselo, «gracias
Mil gracias!» —me dijo,
Poniéndose roja
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entónces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído;
Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo!

La frente inclinada
Y el paso furtivo,
Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
—«Allí se columpian
Dos aves, me dijo;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seíbo.»

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas, como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino:
Detuvo sus pasos,
Y, llena de hechizos,
En pago y en prenda
De nuestro cariño,
Hurtando á las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seíbo.

Rafael Obligado.
(argentino.)

1876.

BOUQUET

Un poeta egregio del país de Francia
Que con versos áureos alabó el amor,
Formó un ramo armónico, lleno de elegancia,
En su *Sinfonía en Blanco Mayor.*

Yo por tí formara, Blanca deliciosa,
El regalo lírico de un blanco *bouquet,*
Con la blanca estrella, con la blanca rosa
Que en los bellos parques del azul se ve

Hoy que tú celebras tus bodas de nieve,
(Tus bodas de virgen con el sueño son)
Todas sus blancuras Primavera llueve
Sobre la blancura de tu corazón.

Cirios, cirios blancos, blancos, blanco lirios,
Cuellos de los cisnes, margarita en flor,
Galas de la espuma, ceras de los cirios
Y estrellas celestes tienen tu color.

Yo al enviarte versos de mi vida arranco
La flor que te ofrezco, blanco serafín:
¡Mira cómo mancha tu corpiño blanco
La más roja rosa que hay en mi jardín!

RUBÉN DARÍO.
(centroamericano.)

PARA TÍ

Yo no sueño alcanzar con mis estrofas
Para mi frente la difícil palma,
Ni en la onda perpétua de la Historia
Dejar la vibración de mi palabra.

Ellas son los acentos cariñosos
Que tu acento gentil, que me arrebata,
Arranca de las cuerdas de mi lira
Templadas al unísono de tu alma.

En el santuario de mi amor surgidas,
Ellas son una férvida plegaria,
Que repite tu nombre en cada salmo,
Buscando la caricia en la palabra.

Perfumes del altar de tu recuerdo,
Nubes que alumbran ¡sol de mi esperanza!
Ellas son el incienso de mi vida
Quemándose á la luz de tu mirada.

Adolfo Mitre.
(argentino.)

EL REMORDIMIENTO

Cuando en las horas del placer mundano
Súbita palidez tu frente asalta
Y se hiela en tu labio la sonrisa
Y estremecido el corazón se pára,

Ah! no es un vértigo
Lo que te embarga!....
Yo sé que es un fatal remordimiento
Que despierta en el fondo de tu alma!

Cuando resuena el toque de oraciones
Y en triste soledad el mundo calla,
¿Qué fúnebre clamor tu oído hiere,
Que con la mano trémula le apartas?
No es el tañido
De la campana!....
Yo sé que es un lamento de ultra-tumba
Que resuena en el fondo de tu alma!

Cuando la estrella vespertina asoma
Y un rayo melancólico te manda
Y bajo el techo del hogar paterno
Te refugias llorosa y aterrada,
Ay! no es su rayo
Lo que te abrasa!....
Yo sé que son dos ojos espirantes
Que miran hasta el fondo de tu alma!

Cuando en las horas de la noche negra
Llena de horror sobre tu lecho saltas
Y fuera de las órbitas tus ojos
Por las tinieblas aterrada lanzas,
Ah! no es un sueño
Lo que te asalta!....
Yo sé que es una mano del sepulcro
Que asida á tus cabellos se levanta!

No cruces por la tierra de los muertos
Cerca de aquella losa solitaria
Que al retumbar el paso de los vivos
Al impulso de un cráneo se levanta.

Allí te esperan,
Allí te llaman!....
Yo sé que es un espectro que te sigue
Amarrado á la sombra de tu planta!

RICARDO GUTIÉRREZ.
(argentino.)

CONSTELACIONES

EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escucha tú, que en noches de oscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas
Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura; tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al hombre. Su mente y nuestra lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante

Luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos,
Volver hacia nosotros la vista suplicante,
Tender hacia nosotros las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oasis donde salten aguas de vida eterna;
Ya llega, llama,—y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa:
El ideal anhela, requiere lo infinito,
Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al hombre, que lumbre y lodo encierra,
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—conduele tu lamento;
Poeta no nos mires—nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
Tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarosas,
Nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
Nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo á solas

El mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;
¿Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia el eterno sube?
Decid, astros, presentes á todo sufrimiento:
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¿Y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco á todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa el fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe
Y espirarán, en medios de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis ¡oh, estrellas en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

José Rivas Groot.
(colombiano.)

LEYENDA DE AMOR

Vibran por la noche, como arpas eolias,
Los álamos negros del curvo sendero,
Y un vago perfume de blancas magnolias
Se llevan al paso las brisas de Enero.

Medita despierta la flor solitaria
De aquellos contornos, la linda Dolores,
Á quien no ha rendido la dulce plegaria,
La dulce plegaria de cien amadores.

Su cuerpo desnudo, de curvas sutiles,
Un triunfo sería del arte en las lidias,
Que nunca tuvieron tan blandos perfiles
Los mármoles jonios del tiempo de Fidias.

Nadaba en sus ojos un vago destello
De cielo con luna; su frente morena
Se abría á la sombra del largo cabello
Como un horizonte de tarde serena.

Y el largo cabello tejido en dos trenzas
Que lleva en la nuca, sugeto al desgaire,
Echa por sus hombros negruras intensas
De noche estrellada con flores del aire.

Su boca es pimpollo que brinda embelesos,
(Las flores celosas le envían sus quejas)
Y como hay sabores de mil en sus besos
Es dulce tormento de amantes y abejas.

Hay alguien que implora, que implora á la ingrata
Cantando á los rayos de la luna llena
El sollozo lírico de la serenata,
Que acompaña su alma con rimas de pena.

¿Quién es el que llega calado el sombrero,
Junto al monigote de la alta ramada,
Y allí, sugetando su fiel parejero,
Golpea el postigo con suave llamada?

Es Marcos, un mozo poeta, que vive
Oculto en las selvas donde libre vaga;

Que siempre callado la ofensa recibe
Pues tiene por lengua más pronta, la daga.

Errante poeta, cantor de las flores,
Que dice sus cuitas de amor á las brisas
Y á quien, desde ha tiempo, la linda Dolores,
La linda Dolores le niega sonrisas.

Un canto la trae, de corte argentino,
De aquellos que á solas compone y estudia,
Y es un pasa-calle con dejos de trino,
El aire de amores que el mozo preludia.

Las cuerdas parecen sentir como nervios
La cifra rasgueada, cantando parejas,
Y en un bordoneo de acordes soberbios
Comienzan los tristes pregones de quejas.

La voz, que es de un timbre purísimo y terso,
Con gala de amores la décima exhorna,
Y el ritmo que sigue los cortes del verso,
De arpegios perlados lo viste y adorna.

Prolaciones tristes de cadencia baja,
Como hondos suspiros alargan el canto;
Y las notas tristes, que llenan la caja,
Fluyen como un hilo de gotas de llanto.

Y la última y triste de aquellas escalas,
Cantando en voz baja su adiós! agoniza
Y al borde del labio despliega las alas
El último verso que trae la brisa.

La linda Dolores sonríe de orgullo;
Ya tiene un poeta que unir á su gremio;
Y cuando oye el triste final del arrullo
Que muere en la sombra, le manda por premio

Unas carcajadas de sones hirientes,
Que llega á sus labios en raudo aleteo
Y el teclado ebúrneo de sus blancos dientes
Recorre á manera de loco gorjeo.

Óyese un gemido potente y salvaje,
Los aires temblaron, y hacia la infinita
Callada espesura del negro boscaje
Voló una ave negra diciendo: MALDITA!

Y junto á la tapia, ya rígido y yerto,
Del alba á los blancos nacientes fulgores,
Junto á su guitarra veíase muerto,
Al mozo poeta, cantor de las flores.

La linda Dolores ya el campo no alegra,
Nada hay que su llanto perpetuo desvíe:
Porque de sus labios vuela un ave negra,
Vuela una ave negra cada vez que ríe!

LEOPOLDO LUGONES.
(argentino.)

1895.

PROFESÍA

La popularidad es cual veleta
Alzada en la eminencia. ¡Torpe y necio
El que en ella confía! Hoy entre vítores
La turba acoge al vencedor excelso,
Himnos le entonan los poetas, flores
Alfombran su camino, y arcos regios,
Y festines después, y serenatas,

Y luminarias y árboles de fuego.
¡Oh, César! No te engrías. Ten presente
Que es muy voltario el popular afecto,
Que así Jerusalén recibió al Cristo
Y *crucifige*, en breve, gritó el pueblo.
Si hoy la veleta brisas de cariño
La mueven, ¡ay! mañana vientos recios,
Huracán de odios derribarla pueden.
En la ley de la Historia toma acuerdo,
Y no olvides que al día de los triunfos
Sigue el día sin sol del vencimiento.

RICARDO PALMA.
(peruano.)

BAJO LAS PALMAS

Morena por el sol del mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mía,
La rosa tropical de la montaña.
Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle;
En su pasión hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.
Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.
Me tiembla el corazón cuando la nombro,
Cuando sueño con ella, me embeleso,
Y en cada flor con que su senda alfombro
Pusiera una alma como pongo un beso.

Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.
Ella, la regia, la beldad altiva
Soñadora de castos embelesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas, con alfombra
De eneldos, y tapices de jacintos.
Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.
Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo los musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.
Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano.
Y por antorcha de himeneo la lumbre
Del espléndido sol americano.
Y se oyen tronadores los torrentes
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.
Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después...desmayan lánguidos los besos...
Y á la sombra quedamos de las palmas.

MANUEL M. FLORES.
(mejicano.)

* SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
Refleja la lámina de un cielo de zinc;
Lejanas bandadas de pájaros manchan
El fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
Con paso de enfermo camina al cenit;
El viento marino descansa en la sombra
Teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas que mueven su vientre de plomo
Debajo del muelle parecen gemir.
Sentado en un cable fumando su pipa,
Está nn marinero pensando en las playas
De un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
Los rayos de fuego del sol del Brasil.
Los recios tifones del mar de la China
Le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre
Ha tiempo conoce su roja nariz,
Sus crespos cabellos, sus biceps de atleta,
Su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco
Ve el viejo el lejano, brumoso país,
A donde una tarde caliente y dorada
Tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama del grís.
Parece que un suave y enorme esfumino
Del curvo horizonte borrara el confín.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
Ensaya su ronca guitarra senil,
Y el grillo preludia su solo monótono
En la única cuerda que está en su violín.

Rubén Darío.
(centroamericano.)

* SERENATA DE SCHÚBERT

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así hablara mi alma... si pudiera!
¡Así, dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida: «¡Déjame ser bueno!»
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta...
¿No la oís como dice: «Hasta mañana»?

«¡Hasta mañana, amor!» el bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: «¡Hasta mañana, beso!»

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,
Y á la nota que dice: «¡hasta mañana!»
El corazón responde: «quién lo sabe?»

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente
Como la Ofelia náufraga y doliente,
Va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nítida del llanto
Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
¡Sueños amantes que piedad imploran
Y como niños huérfanos se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte...
Que la dicha es de ayer... y que «mañana»
Es el dolor, la obscuridad, la muerte.

El alma se compunge y se estremece
Al oír esas notas sollozadas...

¡Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!
. . . .

¡Un peinador muy blanco y un pïano,
Noche de luna y de silencio afuera...
Un volumen de versos en mi mano
Y en el aire y en todo primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
¡Qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando ..
La anciana, que en silencio nos veía,
Schúbert en tu piano sollozando,
Y en mi libro Musset con su «Lucía.»

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
¡Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora!

Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!
Todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!
¡Todo está silencioso, todo triste...
Y todo alegre, como entonces, veo!

Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!
Ése, el sillón en que bordar solía...

La reja verde... y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
Que allí domina la calleja obscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!
¡La casa blanca y el follaje espeso,
El lago azul... el huerto... la arboleda,
Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!

Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oirte entre las flores,
Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el pïano...
Cerraste, virgencita, la ventana...
Y oprimiendo tu mano con mi mano,
Me dijiste también: «¡Hasta mañana!»

¡Hasta mañana!... Y el amor risueño,
No pudo en tu camino detenerte!...
Y lo que tú pesaste que era sueño,
Fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

¡Ya nunca volverás, noche de plata,
Ni unirán en mi älma su armonía,
Schúbert, con su doliente «serenata»
Y el pálido Musset con su «Lucía!»

Manuel Gutiérrez Nájera.
(mejicano)

CANTO AL ARTE

I

Sentimiento y razon! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad ¿por qué luchar crüeles
Mientras la humanidad vaga perdida,
Náufraga en los oceanos de la vida?

¿No hay más allá en el mundo,
Tras la prisión que la mirada abarca?
Y el vuelo del espíritu, ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el Arte
Que creó el sentimiento del poeta,
Es un ensueño de la mente inquieta?

La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
¿Será quizá engañosa
Transformación de la materia ciega?

Virtud, justicia! ¿sois también mentira.
Atributo del átomo que gira?
¿Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?

Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quién llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende.
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón, postrada,
Se siente por el vértigo atraída
Hacia el abismo de su propia nada.
Allí principia el Arte! Allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza á la región de lo sublime!
Es rápida cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito,
De esferas en esferas, va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se templa
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así, bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y, de süaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;

Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
Sed de infinito al corazón despiertan!

III

Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
Verdad, justicia, ¡aspiración perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el Arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?

La ciencia intenta conocer el cielo
Y la unidad descubre de las fuerzas;
Pero mira allí mismo el sentimiento
Y ve los mundos, que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna!

La razón quiso penetrar al hombre
Y sólo halló un cerebro;
Pero el Arte ha encontrado la conciencia,
Y ha visto á Dios, allí, donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!

No! no es una ilusión! no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida.

Es feliz y perfecta
Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
A las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor: en su alma
Elemental, no existe
De la severa ley, la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
No! no es una ilusión; no es un delirio
La santidad del bien! luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
Hay algo más que el átomo y la fuerza;
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio!

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
Lo bello, lo sublime, no es materia!
No es material el sér que lo proclama!

El canto poderoso de Bethoven
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz transformada el universo!

¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende
Toda virtud y gloria de la tierra?
Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga;
Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan de lo infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y á ellos ajusta la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.
Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota!

Eso es lo que sentimos
Cuando en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.

Gravitación sublime! á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;
Cadena de armonía. que vincula

El sér creado á su celeste origen.

V

Cuando en la edad primera
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba oscuro al labio balbuciente;
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.

Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.

Hasta que al fin la llama creädora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente,
Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre:—
Hay un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.

Así la humanidad se alzó del polvo,
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.

Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.

Desde entonces, por siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada;
Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no ve—que el alma siente.
Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes,
Ella es la fe que al mártir acompaña!

El frío escepticismo
Alza su estéril mano,
Y borrar lo imborrable intenta en vano;
Antes la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos, el universo sepultara!

No volverán los días
De aquel sér de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
Vive de la verdad! Su alma tocada
Por el fuego divino,
Presa no puede ser de muerte incierta;
Tiene ante sí la inmensidad abierta!
Allí, su aspiración y su destino!

Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa:

—Dios es del arte la sublime idea:
Que su revelación el arte sea!

Suprema luz increada,
Artista de los mundos! Yo te invoco!
Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

CÁRLOS ENCINA.
(argentino.)

1877.

EN EL PÓRTICO

Ya en triunfo se eleva la virgen morena:
Las liras ya entonan la fiesta de amor,
Y mezclan sus notas la flauta agarena
Y el ronco redoble de alegre tambor.

Sus amplios contornos dominan á Aspasia,
La helénica curva recuerda el cincel;
Su paje es un bardo, su esclava la Gracia
Y un cisne es su mágico, extraño doncel.

Sus ojos despiden el dardo sonoro
Que abate del paje la frente gentil;
Su risa que es timbre de su arpa de oro
Cadencia es de rosa en bruñido marfil.

Su dulce abandono fué halago en Ofelia;
De amores se forma su blanco escabel;
Sus rizos evocan la nívea camelia
Y es pompa en sus labios el rojo clavel.

Lo altivo que es púrpura y gloria y ventura,
En mi alma es bandera y es eco triunfal:
Por eso te ofrendo ¡oh altiva hermosura!
Teñido mi canto de un rojo inmortal.

¡Y elévese en triunfos la virgen morena!
¡Animen las liras su fiesta de amor!
¡Y lance sus notas la flauta agarena!
¡Al. són del redoble de alegre tambor!...

Adolfo García.
(colombiano.)

LA LUNA

Ya del Oriente en el confín profundo
La Luna aparta el nebuloso velo;
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pié con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por sólo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna! á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;
Y de la Noche el íris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,
Y en argentinas gasas se despliega,
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
Á largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

Ó al pié del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense á tu luz las fuentes y los ríos,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelvo al través de solitarias breñas
Á los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha;

Laberintos de selvas y peñones,
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del Caos, por el mundo errantes;
Náufragos rostros de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente;
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza;
Ó con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza;
Y alumbra al pié de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza,

Á tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita...

¡Se acerca el centinela de la Muerte!
¡Hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario,
Del infinito á la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende;
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
Y de hondo azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumergirme torno entre mí mismo;
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo.

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh, Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,

Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Ésta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

Diego Fallón.
(colombiano.)

PROSA BOHEMIA

Ya estoy en un fértil paisaje con lagos
Recuerdo los versos del Byron de Haydée,
Ya tengo los sueños tranquilos y vagos
Que exhala el caliente vapor del café;

Que exhalan las pipas de corte chinesco,
La gota de ajenjo que es filtro de amor.
Ahí una acuarela: el cuadro más fresco
Que han visto los meses del viejo Ecuador.

Surje del silencio de fríos vestigios.
En su candorosa boca de vestal,

Arde el rojo alegre de los gorros frigios;
Un carmín ferviente de sangre arterial.

Como en un florero duerme en su garganta
La pálida nieve de ideal jazmín;
Y la risa lírica que en sus labios canta,
Afina su fina cuerda de violín.

Arriba el crepúsculo cual pálida escena.
Sus ojos que enciende reciente pasión,
Brillan como fondo de noche serena
Con hondos fulgores de constelación.

Es una obsesora visión. Si la arranco
Del alma en que mora, anochece en mí.
Es rubia......la veo vestida de blanco.....
Todas las camelias se visten así.

Leopoldo Lugones.
(argentino.)

1895.

ADVERTENCIAS

Hombres necios que acusáis
Á la mujer, sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco
Y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
Hallar en la que buscáis,

Para pretendida, Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.

Qué humor puede ser más raro
Que el que falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata;
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel
Á una culpáis por cruel
Y á otra por fácil culpáis.

Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere,
Y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas
Las queréis hallar muy buenas.

¿Cual mayor culpa ha tenido
En una pasión errada:
¿La que cae de rogada,
Ó el que ruega de caído?

Ó cuál es más de culpar
Aunque cualquiera mal haga:
La que peca por la paga,
Ó el que paga por pecar?

¿Pues para que os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
Ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
Y después con más razón
Acusaréis la afición
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia,
Juntáis diablo, carne y mundo.

Sor Juana Inés de la Cruz
(mejicana.)

LATIDOS MUDOS

Corazón sin amor, corazón muerto,
Que en lóbrega prisión lates vacío:
El mundo es para tí campo desierto,
Sin límites, sin luz, estéril, frío.

Ya no podrás ornar con frases huecas
La triste historia del dolor humano.
¿Que son tus ilusiones? flores secas.
¿Qué son tus esperanzas? Humo vano.

Sigue marcando el rítmico latido
Que á la vida automática acompaña:
Fuiste trono, volcán, búcaro y nido;
Hoy eres, corazón, sólo una entraña.

JUAN DE DIOS PEZA.
(mejicano.)

RETRATO DE MUJER

A la luz de la tarde, en rica estancia,
Reclinada en diván de grana y oro,
Ostenta con ingénita arrogancia
De su hermosura espléndida el tesoro.

Deleitando la atónita mirada,
Forman contraste vigoroso y bello
De su tez la blancura nacarada
Y el intenso negror de su cabello.

Sus ojos de belleza deslumbrantes
Tienen, en sus pupilas misteriosas,
Densa sombra y relámpagos brillantes
Como tienen las noches tempestuosas.

Sonríe dulcemente, y muestra incierta
Con gracia deslumbrante su sonrisa,
Sus labios, roja flor recien abierta,
Sus dientes, nácar que la luz irisa.

Su hélenico perfil, do se revela
De la verdad suprema el hondo arcano,
Es el sueño que al mármol ó á la tela
Quiere el artista trasladar en vano.

De su cuerpo de vida exuberante
El contorno estatuario se adivina
Bajo el traje de tul, blanco y flotante,
Como un jirón de matinal neblina.

Las flores en graciosos ramilletes
Adornan su cabello y su cintura,
Y las piedras en ricos brazaletes
Se enroscan á sus brazos de escultura.

De sus hermosas manos escapado,
Cetro blando y gentil de la belleza,
Yace sobre su falda abandonado
Blanco abanico de oriental riqueza.

Bajo su largo traje se descubre,
Cual leve capa de brillante nieve,
Tras la nítida seda que lo cubre,
Su pié de ninfa, primoroso y breve.

Del aura de la tarde el soplo escaso
Acaricia sus bucles suavemente,

Y el sol que se va hundiendo en el ocaso
Deja un beso de luz sobre su frente.

NIEVES XENES.
(cubana.)

INCONTRASTABLE

I

El arduo monte cuyo pétreo seno
Germen fatal de cataclismos guarda;
El huracán que gemebundo emigra
Quién sabe á qué región y á qué distancia;
Los mundos del sistema ¡viejos mundos
Que el astro rey desde ab eterno amansa!
Y el mar,—el ancho mar de los contrastes,
De la onda azul y de las ondas bravas,—
Que la estrella del cielo solicita,
Que la ley del nivel doma y aplasta,
Lo mismo que esos sueños de la gloria
Encrespan la marea de las almas,
Lo mismo que esas leyes de la carne
Al espíritu audaz cortan las alas:—
No valen más que yo, por que yo siento
Cataclismos horribles y nostalgias,
Rebeliones salvajes y amarguras
Allá en mi carne vil ¡y no me matan!
Allá en mi corazón ¡y no me postran!
Allá en mi pensamiento ¡y no me amansan!
Allá en mi pequeñez ¡y no me anulan!
Allá en mi pobre ser ¡y no me apagan!

II

¡No! No tiene ese mar más amarguras,
Á pesar de lo amargo de sus aguas;—
No albergan esos mundos más despecho,
A pesar de la ley que los amarra;—
No gime ese huracán más hondamente,
A pesar de su eterna resonancia;
No encierran más dolor aquellos montes,
Á pesar de sus lúgubres entrañas;—
Que torturas diabólicas mi pecho,
¡Mi pecho ruin que de dolor no estalla!
Que el profundo gemir de mis nocturnos,
¡Gemidos ¡ay! que al huracán espantan!
Que la protesta eterna de mi vida,
¡Protesta que los mundos no levantan!
Que la hiel de mis lágrimas feroces,
¡De una sola siquiera de mis lágrimas!

III

¡No! No son más que yo, ni nunca fueron
Si se mide la mía y su desgracia,
Si se pesa mi ser y su grandeza—
¡Vientos, mares, planetas y montañas!

Pedro B. Palacios. (*Almafuerte*).
(argentino.)

* ERA UN AIRE SUAVE

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
É iban frases vagas y tenues suspiros

Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba á un tiempo, mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desafíos
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
Un coro de sones alados se oía;
Galantes pavanas, fugaces gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oir las quejas de sus caballeros
Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,
Pues son su tesoro las flechas de Eros,
El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fíe!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
La divina Eulalia, ríe, ríe, rie.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
Cuando mira vierte viva luz extraña:
Se asoma á sus húmedas pupilas de estrella
El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
Ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina
Á la alegre música de un pájaro iguala,
Con los staccati de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala á veces ocultando el pico;
Que desdenes rudos lanza bajo el ala,
Baje el ala aleve del leve abanico!

Cuando á media noche sus notas arranque
Y en arpegios áureos gima Filomela,
Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
Como blanca góndola imprima su estela.

La marquesa alegre llegará al boscaje,
Boscaje que cubre la amable glorieta
Donde han de estrecharla los brazos de un paje,
Que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto á los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,

Sol con corte de astros, en campos de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de frangancia
La regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
Con dedos de ninfa, bailando el minué,
Y de los compases el ritmo seguía
Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pié?

¿Ó cuando pastoras de floridos valles
Ornaban con cintas sus albos corderos,
Y oían, divinas Tirsis de Versalles,
Las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡Y es cruel y es eterna su risa de oro!

Rubén Darío.
1893. (centroamericano.)

EL DESIERTO

(Del poema La Cautiva)

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El desierto,
Incommensurable, abierto
Y misterioso á sus piés
Se extiende;—triste el semblante,

Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno;
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas;
Que él sólo puede sondar.

Á veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí!—¡Cuánto arcano
Que no es dado al vulgo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas,
Sin deslucir su belleza?
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba manifestando,
Como en una despedida.
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
Ó las nubes contemplando,
Como extático y gozoso,
El yajá, de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía. La calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces como el rüido,
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento,
Como baladro espantoso,
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido peturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad!—Como torbellino

Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—«Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
Á libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría magestad.

Esteban Echeverría.
(argentino.)



SINFONÍA

(Del poema *El Gaucho*)

I

Viejos bosques seculares
De mi tierra americana,
Donde en hamacas de liana
Se amodorran los jaguares;
Viejos bosques, familiares
Sólo al gaucho y á las fieras;
Intrincadas madrigueras,
Siempre sumidas en sombra,
Con jazmines por alfombra
Y techo de enredaderas.

II

Selvas, en cuyo ramaje
Palpita aún dolorido
El estridente alarido,
Con que del blanco al ultraje,
Revolcándose el salvaje
Agonizaba en las brañas;
Grito, que vuestras marañas
Guardaron, como un materno
Labio el adïos eterno
Del hijo de sus entrañas!

III

Florestas, que el corazón
De mi América alza al cielo,
Como símbolo de anhelo
Y perpetua adoración;
Mística, viva oración
De un misterïoso rito,
Que entre el perfume esquisito,
Que exhalan los incensarios
De millones de nectarios,
Se eleva hasta el Infinito!

IV

Patrios ríos, rumorosos,
De turbulento caudal.
Raras sierpes de cristal,
Que con giros perezosos
Hendís los bosques frondosos,
Lastimando entre sus ramas
Vuestras corazas de escamas;
Hervideros de centellas,
Cuando el sol lanza sobre ellas
La irradiación de sus llamas!

V

Patrios ríos, que al azote
Del huracán os airáis,
Y huís y huyendo arrancáis
De la costa al camalote,

Fatal, fantástico bote,
Do el tigre incauto se embarca,
Desventurado monarca
De la inviolada pradera,
Que corre á muerte certera
En tal veleidosa barca!

VI

Ríos que el Ande desata
Sobre sus múltiples zonas,
Y engendráis el Amazonas
El Misisipi y el Plata;
Los que viendo en catarata
Vuestra oleada agigantar,
Ansias cobráis de luchar,
Y salís, venciendo tierra,
Á dar un grito de guerra
En los dominios del mar!

VII

Montañas inaccesibles,
Que escala el condor tan solo,
Y de un polo al otro polo
Os tendéis inconmovibles;
Peñascos indestructibles,
Que en desfile sin segundo
Dobláis el cierzo iracundo,
Que ante vosotros se arredra,
Y sois vértebras de piedra
Del espinazo de un mundo!

VIII

Montañas, que un cataclismo
De las terráqueas entrañas
Dió á luz, soberbias montañas,
Que del submarino abismo
Alzasteis á un tiempo mismo
Las cabezas altaneras,
Empenachadas de hogueras;
Audaz legión de titanes,
Que con fuego de volcanes
Adornaba sus cimeras!

IX

Andes, que, así que crecisteis,
Apagasteis vuestro fuego,
Y nívea clámide luego
Magestuosos revestisteis;
Vetustos Andes, que fuisteis
Asombro de nuestra edad,
Cuando en vuestra soledad
Surgió entre murallas rotas
Y despojos de patriotas
Radiante la Libertad!

X

Pampero, monstruo en furor,
Coloso alado y sin ley,
Que del espacio eres rey,
Y de los vientos señor;
Gigante dominador,
Que en soberbio desenfreno,
Huellas la nube en el seno,
Que al verse herida, violenta
En relámpagos revienta
Y te insulta con su trueno!

XI

Pampero, rudo titán,
Primogénito de América,
Que en audaz carrera homérica
Esparces terror y afán,
Tal, que encorvándose van
Á tu capricho tirano
Sábana, pampa y océano;
Que doquiera que se muestra
Tu noble frente siniestra,
Se te aclama soberano!

XII

Pampero, Inca Pampero,
Legendario compatriota,
Que siempre viste en derrota
Al mar, al mar altanero,
Y al rayo rápido y fiero;
Tu que fuiste en el pasado
El tenaz heraldo alado,
Que gritaba á la conciencia
De América: ¡Independencia!
De independencia embriagado!

XIII

Selvas, ríos, montes, viento,
Mi alegría y mis amores,
Desatad vuestros fragores
Para eco de mi acento:
Den las aves el concento
De las hojas y los nidos;
Los ríos den sus quejidos,
Y las cúspides glaciales,
Den sus ritmos torrenciales,
Y el pampero sus bramidos!

XIV

Y entre el sublime concierto
De vuestras voces viriles,
Lejos del mundo y sus viles
Hervores de cuerpo muerto,
En el dintel del desierto,
Agigantado y de pié.
Mi poema cantaré,
Selvas, ríos, viento y montes,
Y á lejanos horizontes
Su música arrojaré.

XV

Moved las arpas, florestas,
Mirad de quien son los ruegos,
De aquel, que ya con sus juegos
Infantiles y sus fiestas
Desterró de vuestras siestas,
El triste zumbido eterno;
De aquel, cuyo afecto tierno
No vió jamás sin congojas
Revolotear vuestras hojas
Entre los piés del invierno.

XVI

Ríos, cantad! Yo os lo pido,
Yo, que enlacé mis primeras
Trovas de amor lisonjeras
Á vuestro dulce sonido.
Yo, ríos, yo que os he sido
No amigo—que es poco!—hermano;
Yo, á quien al surcar ufano

Vuestras nítidas corrientes,
Besos de espumas nacientes
Acariciaban la mano!

XVII

Y vosotros bardos blancos,,
Que acordáis vuestro laud
Al diapasón del alud,
Que despeñáis por los flancos
Á estallar en los barrancos;
Vibrad sus cuerdas potentes!
Sacudid vuestros torrentes,
Viejos Andes! Lo desea
Quien remonta con la idea,
Más allá de vuestras frentes!

XVIII

Y tú, podrás olvidar
La añeja amistad, Pampero?
Tú, que fuiste compañero
En la tierra y en el mar
De mi continuo girar
Tras un fantástico bien;
Tú, que mi pálida sien
Cariñoso desgreñaste;
Tú, que mi llanto secaste,
¡Canta, Pampero, también!

XIX

Y entre el solemne concierto
De vuestras voces viriles
Lejos del mundo y sus viles
Hervores de cuerpo muerto,
De pié en el dintel abierto
De la pampa solitaria,
Canción, endecha y plegaria,
Haré que mi lira vibre
El himno del hombre libre,
Y el alarido del paria.

XX

Canto al gaucho. Es hora ya;
Que el indómito heredero
Del indio, el bravo guerrero,
El noble gaucho, se vá.
Mañana... de él quedará
Sólo un fantasma sin vida,
Una sombra desvaida,
Que en la leyenda se oculta,
Porque la historia le insulta,
Porque la patria le olvida!

XXI

Ah, cantad! Si Dios ha dado
El porvenir al profeta,
Dióle, á su vez, al poeta
El dominio del pasado.
Cantad, cantad! Yo he soñado
En las alas de la fama!
Lo grande mi mente inflama!
Y sé de llanto y cariño
Todo un mundo! y desde niño
Sé que la gloria me ama!

XXII

Soy el bardo! Y me levanto
Á cumplir el ministerio
Del bardo, con el misterio

Indefinible del canto!
Vibrad vosotros, en tanto,
Sin cesar. El Dios, que adoro,
Al darme la lira de oro
Sembró en mi mente esta idea.
¡Cantemos, pues! y que sea
Mio el himno y vuestro el coro.

XXIII

Oh! y si, á traves de la historia
Gime una sombra quimérica;
—¡La que en el drama de América
Fué la carne de la gloria!—
Si hoy, sin premio ni memoria
La pobre sombra se pierde...
Si no hay quien de tí se acuerde...
Noble paria! ahí va el poeta
Á coronar tu silueta
Con el laurel siempre verde!

Rafael Fragueiro.
(uruguayo.)

1892.

SANTOS VEGA

EL ALMA DEL PAYADOR (1)

Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.

Cantar Popular.

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la Pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Pára la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,

Llega la sombra callada,
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncava trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,
Las brillazones remedan (2)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un ginete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega á las mágenes solas....
Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra á la espalda!

Si entonces cruza á lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y alzando, en vez de sus cantos,
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que á mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito

No llega al alma otro grito,
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.
Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Dónde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado....
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza á su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía)
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

«Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio, que halaga
Con su incesante volar
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!...»

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío;
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbre primera
Se vió una sombra ligera
En occidente ocultarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera. (3)

——

EL HIMNO DEL PAYADOR

——

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
Que asalta al cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancia, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos á ver
Si en otro pago distante,
Hay quien se ponga delante
Cuando se grita: á vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vánse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas
De cada bando contrario,
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través

Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroja al aire, gritando:
—«*¡Vuela el pato!*... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!»

Y cada bando á correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquel sale victorioso
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y á ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,
Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dála al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor,
Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Una al fin, tras la pechada
Del caballo, recia y fija,
Logra asir de la manija
La presea codiciada;
Cae su dueño, atropellada
Su horda sufre mil azares,
Y, la espuela en los ijares,
La triunfante abate, huella,
Revolviendo por sobre ella
Cual la tromba de los mares.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Vénse, entre hálitos de fuego,
Varios ginetes rodar
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos,
Y, en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen, en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento,

Y como silban las balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y, tendido, á toda rienda:
— «¡Yo solo me basto!» grita.
En pos de él se precipita,
Y tierra y cielos asorda
Lanzada á escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos
Y él los azuza y provoca,
Golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos.
Dánle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando volviéndose, el joven
Echa al tropel su tostado.

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y, silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban,
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

—«Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan
Á escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Nos da su patria española.

«Hoy mi guitarra, en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con solo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

«Ya Buenos Aires, que encierra,
Como las nubes, el rayo
El Veinticinco de Mayo
Clamó de súbito: Guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?...
De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

«¡Ah, si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente,
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde:
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía,
Que los conmueve y asombra,
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
¡Patria! á sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando á Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que el Héroe americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

—

LA MUERTE DEL PAYADOR

—

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos,
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega

A palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha, que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso,
Porque gentil y bizarra,
Se apróxima á la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega cerca,
Un ginete que se acerca
Á la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador,
Y aunque el grupo en su esturpor,
Contenerle pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo:— «Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo,
Lo mismo es Pedro que Juan».

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.

—«Por fin,—dijo fríamente
El recién llegado,—estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que estos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos».

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrío,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento».

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba;
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oidos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,

Y cantó de las auroras
Y las tardes pampëanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispëaron sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
Á esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
É, inclinando el rostro hermoso,
Dijo: — «Sé que me has vencido.»
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entornó su postrer canto:

—«Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos....
¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,
El momento de morir!»

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
—«Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció!»

RAFAEL OBLIGADO.
(argentino.)

(1) Trovador de las pampas argentinas.
(2) *Brillazón*: espejismo.
(3) Ruina.

TROVA

(Del poema LÁZARO)

El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarra
Solloza en esta guitarra
Y está llorando en mi acento:
Como es mi propio tormento
Fuente de mi inspiración,
Cada pié de la canción
Lleva del alma un pedazo
Y en cada nota que enlazo
Se me arranca el corazón.

Te ví y aunque no sentiste,
En mi corazón te amé
Con esa profunda fé
Que hay sólo en un alma triste:
Tú en un palacio naciste,
Yo en un desierto nací
Y aunque en el alma sentí

Fuerzas para alzarme al cielo,
El hombre cortó mi vuelo
Y hasta el infierno caí.

La estrella de mi destino
—No importa—un rayo lanzaba
Que á disipar alcanzaba
Las brumas de mi camino:
Ya ese rayo mortecino
Para siempre se apagó
Y sólo á alumbrar sirvió
Esta eterna noche impía
Cuando en tu alma, la mía
También el desprecio halló.

Como fiera perseguida
Piso una senda de abrojos,
Sin sueño para mis ojos
Ni venda para mi herida,
Sin descanso, ni guarida,
Ni esperanza, ni piedad,
Y en fúnebre soledad
A mi dolor amarrado
Voy á la muerte arrastrado
Por mi propia tempestad.

El cielo me ha maldecido.
El mundo me ha despreciado,
Dónde sin verme acosado
Sentaré el pié dolorido!....
No hay recuerdo, no hay olvido
Para engañar mi aflicción,
Sólo hay desesperación
Para mí en el mundo ageno....
Yo mismo huyo, de horror lleno,
De mi propio corazón!

Ricardo Gutiérrez.
(argentino.)

TROVA

(Del poema Lázaro)

Juré, Dolores, callando
Morir solo con la pena
Que me va como gangrena
Toda el alma devorando:
Hoy llorando—sí, llorando—
Crucé á verte en la oración
Para cumplir la intención
Más fija del pensamiento,

Pero al fin el sufrimiento
Estalla en el corazón.

Ya ves; me tengo en tu huella;
Toda el alma te debía;
Tómala, no es culpa mía
Si hay sólo veneno en ella:
Tan oscura fué mi estrella
Que para privar tu aprecio
Paga, como el mundo, á precio
De lágrimas tu favor,
Pero no tengo valor
Para sufrir tu desprecio.

Sé que callando y muriendo
Pude evitarte un pesar
Que á veces suelen llevar
Las horas que van huyendo;
Y al menos, hoy que estoy viendo
Que ya todo lo he perdido,
Así no hubieras sufrido
No hubieras llorado así,
Y quedaban para mí
El desprecio y el olvido!....

Pero era entonces preciso
Que yo no te hubiera amado,
Ya que un ser tan desgraciado
El mundo volverme quiso:
La gloria del paraiso
Es infierno envilecida,
Y el amor que hace en la vida
De un hombre un ser sobrehumano,
No alcanza á hacerle un villano
Ante la muger querida.

Esto está escrito en mi frente,
Mira, no sé quien lo ha escrito,
Pero aquí dice—maldito—
Aunque soy sólo inocente:
Lo lée todo ser viviente
Y huye con horror de mí:
Yo tambien, y conocí
En mi reflexión primera,
Que fuí poco para fiera
Ó mucho para hombre fuí.

Mi corazón arrojado
De toda honorable senda,
Á la orfandad más horrenda
Se encuentra al fin condenado:
Yo mismo me he despreciado,
Tan despreciado me hallé
Y á mi corazón bajé
Con el odio más impío
Para llenar el vacío
Que en toda mi alma encontré.

En fin, hasta la esperanza
De salvación me quitaron,
Que el camino me cerraron
Del bien, que hasta el cielo avanza:
El alma á explicar no alcanza
Tan implacable crueldad
Y sólo la realidad
Del desprecio y los rencores
Me han enseñado, Dolores,
Que es una horrible verdad.

Tiene el hombre todo un mundo,
Tiene la fiera el desierto,

Tiene el ave el cielo abierto,
Tiene el pez el mar profundo;
Y Lázaro el vagamundo
Como una fiera acosada
No haya solo en su jornada
Un seno amigo, un hogar
Donde poder reposar
La frente desesperada.

Gaucho el mundo me ha nombrado
Y me arranca de su seno
Como planta de veneno
Que mata al que la ha pisado;
Canalla al fin me ha llamado
Con toda su indignación,
Y en toda la creación
Con mi angustia y con mi vida
No tengo ya más cabida
Que en mi propio corazón.

Sólo de comun me aferra
Entre los seres humanos,
El hambre de los gusanos
Que han de comerme en la tierra;
Nada que encanta ó aterra
Penetra á la soledad
De la sombría orfandad
Donde mi dolor profundo
Ha levantado su mundo
Fuera de la humanidad.

Como un grito de venganza
Mil gauchos levantaría
Y al Señor hundir podría
Entre el fuego y la matanza;

Pero en mi labio se avanza
Y se cambia en maldición,
Que en la horrenda confusión
De oprimidos y opresores,
Veo hombres no más, Dolores,
Que me han roto el corazón!

RICARDO GUTIÉRREZ.
(argentino.)

ASPIRACIÓN

I

La vanidad de la tragedia humana
Voy comprendiendo al fin: todo me hastía;
El fúlgido esplendor de la mañana
Y las tinieblas de la noche fría.

En el tedio mortal que me consume,
Contempla indiferente mi deseo,
De la virtud las flores sin perfume
Y la lúbrica flor del gineceo

Huyó fugaz el tiempo en que embriagado
Por los ardores de la edad risueña,
Corría como el río desbordado,
Saltando volador de risco en breña.

Hoy este sér, que late y que razona,
Por impulso galvánico camina,
Y á todos sus caprichos se abandona,
Pero ningún capricho le domina.

Mezcla de indeferencia y de egoísmo,
Diógenes especial de bruma y lodo,
Siendo el rey absoluto de sí mismo,
Diera su cetro por amarlo todo.

Hamlet filosofando ante el desnudo
Cráneo de Yórick, encontró el sincero
Grito doliente de sarcasmo rudo
Con que mi propia ruina considero.

Soy yo mismo el qne entrando en los jigantes
Torneos borrascosos de la idea,
Sobre el rocín del héroe de Cervantes
Cabalgaba pensando en Dulcinea.

Yo el que pulía el verso apasionado,
Febriciente y sin calma, como pule,
Èl roce del abismo inexplorado,
La copa de rubí del rey de Thule.

Hoy al volver los ojos á la historia
De mis años de ardiente desvarío,
Me encuentro triste, sin virtud, sin gloria,
Con las pobrezas del cantor de Chío.

Oh corazón que hallaste á la subida
Pura la esencia de las verdes flores,
Respirables los vientos de la vida,
Dignos de amor sus pérfidos amores;

Oh corazón de pronto envejecido,
En medio de las llamas del verano,
¡Bien pudo hallarme tu postrer latido
Con la copa del brindis en la mano!

II

Pero hay en mí un amor que no se agota

Brillante disco de marmórea piedra
Que en vano artero mi destino azota;
Amor siempre vivaz, como la hiedra
Que sobre el muro derrumbado brota.

Lirio gentil de pétalos de raso
Mi sed apaga con sus ricas mieles
Y es su perfume el norte de mi paso:
El amor que me inspiran los laureles
Nacidos en la cumbre del Parnaso.

Ven, musa, ven! la cándida alborada
Ya esparce sus cambiantes de oro y rosa
Al balcón de los cielos asomada,
Como de besos y rubor bañada
Al tálamo nupcial llega la esposa.

Ven, y la luz del renaciente día
Condensa de tu canto en los fecundos
Raudales de estro y órfica armonía,
Imitando á Pitágoras, que oía
La música del coro de los mundos.

Oh embriagador ensueño refulgente!
Con la vida vivir de las edades,
Asombro ser de la futura gente
Y brillar como un sol, en cuyo oriente
No se apagan jamás las claridades!

Con qué afan te seguí desde la infancia,
Tentadora visión! Con qué arrogancia
Ya entonces á mi frente, tersa y limpia,
Juré ceñir, lidiando con constancia,
Una corona del laurel de Olimpia!

Cómo del arte, esclavo y pregonero,

Pidiendo siempre á su grandeza auxilio,
Me esforzaba en marchar por el sendero
Que aún cruzan los olímpicos de Homero
Y las abejas de oro de Virgilio!

Con qué humildad mi espíritu ofrecía
Del estro inaccesible al yugo blando
Y tras la gloria, sin cesar, corría,
Como á la ingrata Angélica seguía
El loco amor del caballero Orlando!

Y aún vá tras de la gloria mi deseo;
Aún con las iras de mi suerte en guerra,
Pienso arrancarles inmortal trofeo,
Alumbrando, rival de Prometeo,
Con elíseos relámpagos la tierra!

Si el generoso grito de la fama,
Aún en mitad de la terrestre escena,
Á los que lidian por el arte aclama,
Como los huecos de las simas llena
La asordadora voz del Tequendama.

Rigiendo de la rima los corceles
Y de mi numen orientando el paso,
Terco adalid de mis amores fieles,
Yo he de arrancar un gajo á los laureles
Nacidos en la cumbre del Parnaso.

Y si la musa, de mi sino esclava,
De la fuente inmortal, porque suspira,
Nunca en las ondas sus cabellos lava,
Como el viejo titán sobre su clava,
Me tenderé á morir sobre mi lira!

Cárlos Roxlo.
(uruguayo.)

LUCHA

Yo tenía un hogar pequeño y pobre,
Digna cuna del mártir y del paria,
Sin techo en la tormenta de su suerte,
Sin pan en su hambre, y en su sed sin agua.

Era un humilde nido, casi oculto
En las frondosas y flexibles ramas
De un bosque de fragantes madreselvas,
Albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
La pequeñez de la grandeza humana,
Pero ofrecía ilimitado espacio
Á la gigante aspiración de mi alma!

Ebrio de corrupción, jamás el mundo
Hizo estallar en él su carcajada,
Ni en su celeste atmósfera fué el vicio
Á derramar sus repugnantes miasmas!

Allí habrían las rosas sus capullos
Á la caricia de la luz del alba,
Como al calor de los primeros besos
Se abren los frescos labios de la infancia.

Embriagados de esencia, los jazmines
Sobre sus verdes tallos se inclinaban;
Encorvados ancianos parecían,
Envueltos en la nieve de sus canas.

Como regia diadema de brillantes
Que centellea en una frente casta,

Las luminosas gotas de rocío
Sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
Del canto del zorzal y la calandria,
Todo formaba un colosal poema
En aquel libro de pequeñas páginas.

Deslumbrado una tarde por el brillo
De sus hermosas y radiantes galas,
Ví de pronto caer una paloma
Bajo la fuerza de sangrienta garra.

¡Era mi juventud, rica de ensueños,
Ilusiones, anhelos y esperanzas,
Que el buitre del dolor acometía
Con sed de sangre y convulsión de rabia!

Desde entonces arrastro la cadena
Que oprime mi existencia desolada,
Luchando día á día, sin rendirme,
Con el hambre, la sed y la desgracia.

¡No es posible triunfar! Pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
Sepan que no he ganado los laureles
Ocultando la frente en la batalla.

GERVASIO MÉNDEZ.
(argentino.)

RIMAS

I

En el libro lujoso se advierten
Las rimas triunfales,

Bizantinos mosaicos, pulidos
Y raros esmaltes;
Fino estuche de artísticas joyas,
Ideas brillantes;
Los vocablos unidos á modo
De ricos collares,
Las ideas formando en el ritmo
Sus bellos engarces,
Y los versos como hilos de oro
Do irisadas tiemblan
Perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
Hallaréis alfileres punzantes,
Y en la pedrería
Trémulas facetas
De color de sangre.

VI

Hay un verde laurel. En sus ramas
Un enjambre de pájaros duerme
En mudo reposo
Sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas
Que el terral melancólico mueve,
Se advierte una lira
Sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado
De un soplo celeste,
Despertar en el árbol florido
Las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu

Mientras arde en la sangre la fiebre,
Como «un himno gigante y extraño»
Arrancar á la lira de Becquer!

IX

Tenía una cifra
Tu blanco pañuelo,
Roja cifra de un nombre que no era
El tuyo, mi dueño.

La fina batista
Crujía en tus dedos.
— ¡Qué bien luce en la albura la sangre!...
Te dije riendo.

Te pusiste pálida,
Me tuviste miedo...
¿Qué miraste? ¿Conoces, acaso,
La risa de Otelo?

Rubén Darío.
(centroamericano.)

JAMÁS

Nube naciente de espumoso encaje,
De nácar, de oro y vaporoso tul,
Ostenta al alba su vistoso traje
Que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus graciosas ondas,
Que un rayo viene de la aurora á orlar,
Y sus flotantes, purpurinas blondas,
Mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo
De las tinieblas el postrer capuz,
Y allá en el éter de entre el caos naciendo
Del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreir el cielo,
Leve la brisa por su sien vagar,
Y en el vacío que hendirá su vuelo
Fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura
Que bonancible y cristalina ve,
Y en los abismos de la nada pura
Tropiezo no halla que temer su pié.

La aurora bella que al cenit la guía
Sonrosa el cielo por do alegre va;
El sol la mima, la corteja el día,
Y al tiempo mira sonreir allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla
Del sol empaña la tranquila faz;
De horrendas nubes el cenit se puebla,
Brama rabioso el huracán voraz.

Débil juguete del airado viento,
Sus ondas ruedan al capricho allí;
Estalla el trueno su estampido cruento,
Serpea el rayo en derredor de sí.

Piélagos surca de vapor, movida
Por el antojo de brutal vaivén;
Sin ruta, guía, ni fulgor, perdida
Rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira
Las joyas de oro que vistió al nacer;

Que hace, arrancadas de doquier con ira,
Una por una el huracán caer.

Mísera en vano por seguir insiste
Su leda ruta de inocencia y paz;
Porque burlada, descompuesta y triste,
La traga al cabo el torbellino audaz.

Así es la vida: de oropel brillante,
Nube sentada sobre hermoso tren,
Que junto tiene á su primer instante
Envuelto en risas el postrer también.

Así es la vida: lontananza, estrella
De un cosmorama seductor, procaz;
Para el que empieza á contemplarla, ¡bella
Para el que llega á su mitad, ¡falaz!

Así es la vida: si al través la mira
Del desengaño la madura edad,
Es risas, bienes y placer, ¡mentira!
Es penas, llanto y maldición, ¡verdad!

Su dicha es humo, su infortunio roca;
Su dicha pasa, su infortunio no;
Nada allí queda donde el bien la toca;
Suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida: presunción dorada,
En sus principios esperanza y fé,
Y en la mitad de su carrera, ¡nada!
Visión de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su pena;
Sus goces olas, su desgracia mar;
Su copa el tiempo hasta los bordes llena
De miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Náufrago el hombre por el mar airado
Busca la playa, pero tarde ya,
Porque bien pronto debe ser tragado
Por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega,
Se dice el hombre: le tendré después;
Hasta que al cabo el desengaño llega
Sin ver de esa hora el arrebol tal vez.

Llévase el viento, como viento que era,
La pingüe renta que adquirir pensó;
Huye del fausto la falaz quimera.
Caen los palacios que en el aire alzó.

Unas tras otras se disipan luego,
Dicha, esperanza, juventud y paz;
Llévase el tiempo su pristino fuego,
Y lo que él lleva ya no vuelve más.

Agosta el llanto del dolor la risa,
La gracia y flores de la edad pueril;
Y acaba el soplo abrasador á prisa
De las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es;

Ya el hombre entonces de los hombres duda,

Ya poco ó nada sus promesas cree,
Ya en calma fría su entusiasmo muda,
Ya en todo burla y desengaños ve.

Ya le ha faltado la amistad acaso,
Ya la hermosura le burló en su amor;
Ya muchas veces tropezó en el lazo
Que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Ya no hay mañana, ni después, ni más;
De ayer apenas la fugaz idea,
Y de hoy, si pasa, el matador jamás.

CLAUDIO M. CUENCA.
(argentino.)

ECOS

I

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.
Y acaso sin sentirlo,
Y acaso sin saberlo,
Cadencias en las notas
De un arpa que yo tengo,
Sonidos en mis cantos,
Ideas en mis versos,
Confusas armonías,
Y aroma en mis recuerdos,
Amor en mis canciones,
Baladas en mis sueños,
Brotaron á raudales
Del fondo de mi pecho.
Hoy fáciles germinan,
En flores desenvueltos,
Al rayo poderoso
Y ardiente de un sol bello.
Bebieron sus raíces
La sávia de un sendero
Que riegan á torrentes
Las lágrimas que vierto.

¡Ay, quiera Dios encuentren
Alivio mis tormentos,
Cantando mis dolores
Del mundo en el desierto!

XXX

Imagínate un sol de invierno, apénas
Su luz filtrando en la morena bruma;
Debajo del follaje más sombrío,
Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pié de unos bambúes casi negros
Un humilde portal que se derrumba
Al peso de los años, al azote
Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
De un pilastrón cubierto de verdura,
Una triste paloma, triste y sola,
Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo léjos, junto á sauce añoso,
Una desmoronada sepultura,
Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
Una lozana flor, ni una flor mustia.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos
La lira que cantaba tu hermosura,
Cubierta con el polvo del olvido,
Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
Cómo serán mis sueños de ventura,
Cuando siento el dolor que siento ahora,
Cuando siento estas ansias y estas dudas!

José Peon y Contreras.
(mejicano.)

HOJAS SECAS

VII

Lo que siente el árbol seco
Por el pájaro que cruza
Cuando plegando las alas
Baja hasta sus ramas mustias,
Y con sus cantos alegra
Las horas de su amargura;
Lo que siente por el día
La desolación nocturna
Que en medio de sus pesares
Y en medio de sus angustias,
Ve asomar con la mañana
De sus esperanzas una;
Lo que sienten los sepulcros
Por la mano buena y pura
Que solamente obligada
Por la piedad que la impulsa,
Riega de flores y de hojas
La blanca lápida muda,
Eso es al amarte mi alma
Lo que siente por la tuya,
Que has bajado hasta mi invierno,
Que has surgido entre mi angustia
Y que has regado de flores
La soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,
Mis tinieblas son la duda,
Mi esperanza es el cadáver,
Y el mundo mi sepultura...
Y como de entre esas hojas
Jamás retoña ninguna;
Como la duda es el cielo
De una noche siempre oscura,
Y como la fe es un muerto
Que no resucita nunca,
Yo no puedo darte un nido
Donde recojas tus plumas,
Ni puedo darte un espacio
Donde enciendas tu luz pura,
Ni hacer que mi alma de muerto
Palpite unida á la tuya;
Pero si gozar contigo
No ha de ser posible nunca,
Cuando estés triste, y en la alma
Sientas alguna amargura,
Yo te ayudaré á que llores
Yo te ayudaré á que sufras,
Y te prestaré mis lágrimas
Cuando se acaben las tuyas.

XV

Oye, ven á ver las naves,
Están vestidas de luto,
Y en vez de las golondrinas
Están graznando los buhos...
El órgano está callado,
El templo solo y oscuro,

Sobre el altar... ¿y la virgen
Por qué tiene el rostro oculto?
¿Ves?...en aquellas paredes
Están cavando un sepulcro,
Y parece como que alguien
Solloza allí junto al muro.
¿Por qué me miras y tiemblas?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quien es el muerto?
¿Tú sabes quién fué el verdugo?

MANUEL ACUÑA.
(mejicano.)

SOBRE UNA TUMBA

¡Qué cerca y al par qué lejos
Están la muerte y la vida!
El espesor de esa piedra
¡Cuán hondo misterio implica!
De ella abajo todo es noche.
De ella arriba todo es día.
De ella abajo todo es muerte.
De ella arriba todo es vida:
Día y noche, vida y muerte
Separa sólo una línea.
Y esa sólo es la distancia
Para la cual no hay medida!

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.
(venezolano.)

TEMPESTADES

No pretendas hallar en mis cantares
La súplica menguada que se humilla;
Yo me acerco hasta el pié de tus altares
Sin doblar en el polvo la rodilla.

No busques en mis versos los rumores,
Los rumores del aura que se queja;
Busca en ellos las voces interiores
De un alma grande que en la lid no ceja.

No me digas jamás que es imposible

Saciar mis ansias de sublime loco:
Tú no eres alta cumbre inaccesible,
Ni yo abismo sin límites tampoco.

No temas que el amor de que me ufano
Le rinda al oro adoración ferviente;
Se corrompen las aguas del pantano,
Pero jamás las aguas del torrente.

Yo miro con desdén la indiferencia
Que opones á mi amor en la porfía;
La nieve que se cuaja en la eminencia
No resiste el calor del mediodía.

Es preciso luchar con heroísmo
Hasta encontrar la muerte ó la victoria
Y salvar, como César, el abismo
Para subir al cielo de la gloria.

No te muestres cobarde porque escuches
Rugir la tempestad sobre mi frente;
Para vencer no es fuerza que tú luches,
Sino que luche yo como valiente.

Yo no busco la calma soñolienta
De que prados y bosques están llenos;
Yo quiero, como el ave de tormenta,
Vivir entre relámpagos y truenos.

Nada importa que el vulgo me desprecie,
Ni que me azote con sangrienta mofa;
Que cuanto más la tempestad arrecie,
Tendrá más alta vibración mi estrofa.

¿Qué le importa el suplicio á Prometeo
En su prisión enorme de montañas,
Si aviva su rencor el aleteo

Del buitre que le rompe las entrañas?

No temas, pues, que en medio del combate
Se apodere de mi alma la flaqueza;
Sólo el que lucha y lucha y no se abate
Es capaz de rendir la fortaleza.

Y déjame seguir. No me intimida
La perspectiva de un peligro incierto:
No se llega á la tierra prometida
Sin vencer las fatigas del desierto.

AUGUSTO N. SAMPER.
(colombiano.)

INTRODUCCIÓN

(Del poema TABARÉ)

I

Levantaré la losa de una tumba;
É internándome en ella,
Encenderé en el fondo el pensamiento
Que alumbrará la soledad inmensa.

Dadme la lira, y vamos: la de hierro,
La más pesada y negra;
Esa, la de apoyarse en las rodillas,
Y sostenerse con la mano trémula.

Mientras la azota el viento temeroso
Que silba en las tormentas,
Y, al golpe del granizo restallando,
Sus acordes difunde en las tinieblas.

Là de cantar sentado entre las ruinas
Como el ave agorera;
La que, arrojada al fondo del abismo,
Del fondo del abismo nos contesta

Al desgranarse las potentes notas
De sus heridas cuerdas,
Despertarán los ecos que han dormido
Sueño de siglos en la oscura huesa;

Y formarán la estrofa que revele
Lo que la muerte piensa;
Resurrección de voces extinguidas,
Extraño acorde que en mi mente suena.

II

Vosotros, los que amais los imposibles,
Los que vivís la vida de la idea;
Los que sabéis de ignotas muchedumbres,
Que los espacios infinitos pueblan,

Y de esos seres que entran en las almas
Y mensajes oscuros les revelan,
Desabrochan las flores en el campo
Y encienden en el cielo las estrellas;

Los que escucháis quejidos y palabras
En el triste rumor de la hoja seca,
Y algo más que la idea del invierno
Próximo y frío á vuestra mente llega,

Al mirar que los vientos otoñales
Los árboles desnudan, y los dejan
Ateridos, inmóviles, deformes,
Como esqueletos de hermosuras muertas;

Seguidme hasta saber de esas historias
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan,
La que narra el ombú de nuestras lomas
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,
El ñandubay, los talas y las ceibas;
La historia de la sangre de un desierto,
La triste historia de una raza muerta.

Y vosotros aun más, bardos amigos,
Trovadores galanos de mi tierra,
Vírgenes de mi patria y de mi raza
Que templáis el laúd de los poetas;

Seguidme juntos á escuchar las notas
De esa elegía que en patria nuestra
El bosque entona cuando queda solo,
Y todo duerme entre sus ramas quietas;

Crecen laureles, hijos de la noche,
Que esperan liras para asirse á ellas,
Allá en la oscuridad en que aun palpita
El grito del desierto y de la selva.

III

¡Extraña y negra noche! ¿Dónde vamos?
¿Es esto cielo ó tierra?
¿Es lo de arriba? ¿Lo de abajo? Es lo hondo,
Sin relación, ni espacio, ni barreras.

Sumersión del espíritu en lo oscuro,
Reino de las quimeras,
En que no sabe el pensamiento humano
Si desciende, ó asciende, ó se despeña.

El caos de la mente que pujante
        La inspiración ordena;
Los elementos vagos y dispersos
Que amasa el genio y en la forma encierra.

Notas, palabras, llantos, alaridos,
        Plegarias, anatemas,
Formas que pasan, puntos luminosos,
Gérmenes de imposibles existencia;

Vidas absurdas, en eterna busca
        De cuerpos que no encuentran;
Días y noches en estrecho abrazo,
Que espacio y tiempo en que vivir esperan;

Líneas fosforescentes y fugaces,
        Y que en los ojos quedan
Como estrofas de un himno bosquejado,
Ó gérmenes de auroras ó de estrellas;

Colores que se funden y repelen
        En inquietud eterna,
Ansias de luz, primeras vibraciones
Que no hallan ritmo, no dan lumbre, y cesan.

Tipos que hubieran sido y que no fueron
        Y que aun el sér esperan;
Informes creaciones, que se mueven
Con una vida extraña é incompleta.

Proyectos, modelados por el tiempo,
        De razas intermedias;
Principios sutilísimos que oscilan
Entre la forma errante y la materia;

Voces que llaman, que interrogan siempre
        Sin encontrar respuesta:

Palabras de un idioma indefinible
Que no han hablado las humanas lenguas;

Acordes que, al brotar, rompen el arpa,
Y en los aires revientan
Estridentes, sin ritmo, como notas
De mil puntos diversos que se encuentran,

Y se abrazan en vano sin fundirse,
Y hasta esa misma repulsión ingénita
Forma armonía, pero rara, absurda,
Música indescriptible, pero inmensa;

Rumor de silenciosas muchedumbres,
Tumultos que se alejan...
Todo se agita en ronda atropellada,
En esta oscuridad que nos rodea;

Todo asalta en tropel al pensamiento,
Que en su seno penetra
Á hacer inteligible lo confuso,
Á enfrenar lo que huye y se rebela;

Á consagrar del ritmo y del sonido
La dulce unión eterna,
La del color y el alma con la línea,
De la palabra virgen con la idea.

Todo brota en tropel, al levantarse
La poderosa piedra,
Como bandada de aves que chirriando
Brota del fondo de profunda cueva;

Nube con vida que, cobrando formas
Variables y quiméricas,
Se contrãe, se alarga y se revuelve
Por sí misma empujada en las tinieblas.

Allí cuajó en mi mente, obedeciendo
Á una atracción secreta,
Y entre risas, y llantos, y alaridos,
Se alzó la sombra de la raza muerta;

De aquella raza que pasó desnuda
Y errante por mi tierra,
Como el eco de un ruego no escuchado
Que, camino del cielo, el viento lleva.

Tipo soñado, sobre el haz surgido
De la infinita niebla;
Ensueño de una noche sin aurora,
Flor que una tumba alimentó en sus grietas;

Cuando veo á tu imagen impalpable
Encarnar nuestra América,
Y fundirse en la estrofa transparente,
Darle su vida, y palpitar en ella;

Cuando creo formar el desposorio
De tu ignorada esencia
Con esa forma virgen, nítida, que el genio
Para su amor ó su dolor encuentra;

Cuando creo infundirte, con mi vida,
El sér de la epopeya,
Y legarte á mi patria y á mi gloria
Grande como mi amor y mi impotencia,

El más débil contacto de las formas
Desvanece tu huella,
Como al contacto de la luz, se apaga
El brillo sin calor de las luciérnagas.

Pero te ví. Flotabas en lo oscuro,

Como un girón de niebla;
Afluían á tí, buscando vida,
Como á su centro acuden las moléculas,

Líneas, colores, notas de un acorde
Disperso, que frenéticas
Se buscaban en tí; palpitaciones
Que en tí buscaban corazón y arterias;

Miradas que luchaban en tus ojos
Por imprimir su huella,
Y lágrimas y anhelos y esperanzas
Que en tu alma reclamaban existencia.

Todo lo de la raza: lo inaudito,
Lo que el tiempo dispersa,
Lo que unido jamás cabrá en la forma
Sensible y frágil, limitada y yerta.

Ha quedado en mi espirítu tu sombra,
Como en los ojos quedan
Los puntos negros de contornos ígneos
Que deja en ellos una lumbre intensa...

Ah, no, no pasarás, como la nube
Que el agua inmóvil en su faz refleja;
Como esos sueños de la media noche
Que en la mañana ya no se recuerdan:

Yo te ofrezco, ¡oh ensueño de mis días!
La vida de mis cantos, que en la tierra
Vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,
Forma imposible de la estirpe muerta!

Juan Zorrilla de San Martín.
(uruguayo.)

NUESTROS NOMBRES

I

Sobre la arena grabó mi nombre
Y leve viento lo arrebató:
Quedó la playa serena y fría
De negra noche bajo el crespón.

Años más tarde, de su memoria
También mi nombre desapareció...
¡Como la playa, como la noche
Quedó sereno su corazón!...

II

Grabé su nombre sobre la nieve
Y al levantarse radiante el sol,
¡Letra por letra, gota por gota,
Como llorando lo disolvió!

Cuando su olvido me hirió en el alma
Borrar yo quise mi ardiente amor,
Y, sin embargo, cuando la nombro
Llora en silencio mi corazón!

ADOLFO LEÓN GOMEZ.
(colombiano.)

AUSENSIA

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazón con ellas,

Y besarlas... besarlas, escuchando
De tu amor las dulcísimas querellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu lánguida cabeza,
Y escuchar, como enantes, tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar casto y süave
Mi cariñoso labio en tus cabellos,
Y que sintieras sollozar mi alma
En cada beso que dejara en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarme luego
Con que alumbrar la soledad del alma!

¡Oh! quién me diera ser tu misma sombra
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y, por besar tus ojos celestiales,
La lágrima que tiembla en tu pestaña.

Y ser un corazón todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores,
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de sus amores.

Pero en su triste soledad el alma
Es sombra y nada más, sombra y enojos...
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
Disipará la aurora de tus ojos?...

Manuel M. Flores.
(mejicano.)

PRIMAVERA LÚGUBRE

Primavera gentil, al mundo tornas;
Vida, luz, esplendor sobre él derramas;
De hojas, flores y pájaros adornas
Las antes secas y desnudas ramas.

Las leves alas fúlgidas abiertas,
Tocas los llanos y las altas cimas;
Te acercas á la flor y la despiertas,
Te avecinas al sol y lo reanimas.

Pasas sobre los campos y levantas
El débil tallo, las menudas hierbas;
En el murmullo de las aguas cantas
Y la bravura de la ola enervas.

Nido la golondrina hace en tu manto,
Y, del hogar bajo el tranquilo techo
Resuena el canto, el armonioso canto
Que alegra el alma y que conforta el pecho.

Doquiera vas el júbilo te espera,
Perfume al aire das, música al viento,
Y parece que el mundo recibiera
En tus cálidos besos el sustento.

Yo, solo en mis tristezas, Primavera,
Ciego para tu luz, sordo á tu arrullo,
Ni hallo en tu cielo el sol que el alma espera,
Ni músicas encuentro en tu murmullo.

Ya no me atrae el campo silencioso,
Ni á su plácida sombra la arboleda,

Ni el turbio arroyo, manso y perezoso,
Que en hondas grietas por el llano rueda,

Ni tus puestas de sol, ni tus auroras,
Dicen nada á mi espíritu sin bríos;
Ni es mi delicia ya pasar las horas
Jugando en la corriente de los ríos.

¿Por qué? Porque estoy solo, sin alientos,
Y léjos de volar, que antes solía,
Entrega á los caprichos de los vientos
Sus alas rotas la esperanza mía.

Porque la enamorada compañera
Que encanto fué de mis mejores días,
Ya no puede como antes, Primavera,
Conmigo compartir tus alegrías.

Y aunque el retoño vigoroso rompa,
Por asomar al día, la corteza,
Y vista el mundo deslumbrante pompa,
Y prodiguen los cielos su belleza;

En la honda pena en que sin fuerzas yace
Envuelto en noche triste, en noche negra,
Sólo mi corazón ya no renace,
Sólo mi corazón ya no se alegra!

ENRIQUE E. RIVAROLA.
(argentino.)

AÑO NUEVO

Á Julio Piquet.

A las doce de la noche por las puertas de la gloria
Y al fulgor de perla y oro de una luz extra terrestre,

Sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara,
De que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;
Y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para
Salomón.

Sus piés cubren los joyeles de la Osa adamantina,
Y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;
Y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¿va encontrar el áureo barco,
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero?
Ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;
Le sustenta el frío Polo, lo corona el blanco Invierno,
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
Doce aljabas, cada año, para él trae el rey Enero;
En la sombra se destaca la figura vencedora
Del Arquero.

Al redor de la figura del gigante se oye el vuelo
Misterioso y fugitivo de las almas que se van,
Y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
Con sus alas membranosas el murciélago Satán.
San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes,
Del celeste Vaticano se detiene en los umbrales
Mientras himnos y motetes canta un coro de laúdes
Inmortales.

Reza el santo y pontifica; y al mirar que viene el barco
Donde en triunfo llega Enero,
Ante Dios bendice al mundo; y su brazo abarca el arco
Y el Arquero.

Rubén Darío
(centroamericano.)

LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos; la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.
Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.
Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.
Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.
De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.
Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un íris que cruza el cielo.
Ábrense cuando desata
Á la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Azucenas de alabastro.
Presta al rizado plumaje
De los pájaros, colores;
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje
Perlas, pájaros y flores.
Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas,
Roja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el río.
La oscura selva, rumores;

El torrente, centelleos
De divinos resplandores;
La alameda, ruiseñores;
Los risueños, gorjeos.
Todo la naturaleza,
Cuando el sol la da calor
Al peso de su grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor.
Lasciva al placer, arroja
Del pudor los blancos velos,
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja,
Ya tienen, bajo los cielos,
Los arroyos más cristales
Las rosas menos espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreón más golondrinas!

AGUSTÍN F. CUENCA
(mejicano.)

* EL BORRACHO

Ya van tres noches de festín. En ellas,
Ávido el corazón de un algo inmenso,
Toda una vida en el placer condenso
Y aún tengo hambre de placer y amor!
Quiero beber mi juventud de un sorbo
Del goce en la frenética locura,
Como en el ansia de la sed se apura
Una copa repleta de licor!

Afluye á mi cerebro en onda cálida
La sangre haciendo estremecer el pulso,
Y vacilante, trémulo, convulso,
Con nerviosa inquietud,
Siento que el aire á mis pulmones falta;
Mi pecho en sorda agitación palpita
Y el golpe seco al retumbar imita
Del martillo clavando el ataud!

Corra el deleite para mí á raudales;
Más que la tempestad, temo la calma;

Tormentas de placer sacudan mi alma
Que harto conoce ya las del pesar!
Dadme el ardor de las pasiones locas,
Dadme un edén de tropicales flores;
Quiero aturdirme en frenesí de amores
Y en un salvaje vértigo gozar!

Yo antes amé la vida del desierto
Á donde libre el corazón se espande,
Á donde el hombre, inculto pero grande,
Parece dominar la inmensidad;
¡Ah! yo envidiaba al hijo de la Pampa,
Al rey de la llanura primitiva
Cuando tenía en su extensión nativa
Por único rival la tempestad!

Hoy busco las ciudades; hoy prefiero
La sucia fonda que con luz mezquina
Amarillenta lámpara ilumina,
Á un paisaje bellísimo con sol;
La taberna es mi hogar; en este sitio
Donde se goza porque en él se olvida
Vengo á tomar venganza de la vida
Usando como un arma el alcohol!

Aquí llegan los náufragos del mundo;
Aquí en la pobre y mísera taberna
El pueblo alivia la tristeza eterna
De un color cuyo fondo nadie vé;
Este es el sitio, la fatal guarida
En donde á unos la miseria lanza,
Á otros un amor sin esperanza
Y á muchos como á mí.... yo no sé qué!

Es como esas honduras que en los montes
Doran apenas pálidas vislumbres;

Á veces lo que rueda de las cumbres
Es allí donde cáe;
Sordas borrascas su interior conmueven,
Estallan silenciosos cataclismos
Y tiene, como todos los abismos,
El misterioso vértigo que atráe!

Irresistible vértigo.... conozco
Un hombre de alto ingenio allí perdido;
Ebrios los padres de su padre han sido,
Su padre y sus hermanos ebrios son;
Los tristes frutos de su amor, los rasgos
De esa fatal herencia llevan fijos,
Y ebrios serán los hijos de sus hijos
¡Ay! hasta la postrer generación!

Yo he visto en frente á una taberna el cuérpo
De un joven bello de elegante talle
Que un día sobre el cieno de la calle
Entre un charco de sangre amaneció;
Nadie sabe su historia ni su nombre,
No tuvo quien lo asista moribundo;
Su último y doloroso ¡adios! al mundo
Nadie en el mundo oyó!

Eso me espera á mí....pero bebamos!
Adentro, mis gozosos camaradas
Bailando con mujeres alquiladas
Se agitan al compás de un acordeón.
Allí en un charco de licor un ebrio
Resbala y cáe con palmoteo y mofa
Y caïdo en el suelo filosofa....
He ahí al hombre, al rey de la creación!

De un organillo que en la calle suena
Mezclan al vago acorde, sus ronquidos,

Los que chorreando baba allí tendidos
Duermen en el sopor de la ebriedad;
Al fin se tiñe este grotesco cuadro
Con la luz virginal de la mañana;
Yo me acerco á mirar de una ventana
El lento despertar de la ciudad.

La vista de la aurora me trasporta
Á un mundo y á una época lejana;
Es la hora del toque de la diana
Y en distante cuartel suena un clarín.
¡Lo escucho en una orgía, y es el mismo
Que allá en los tiempos de la patria, grandes,
Retumbó en las quebradas de los Andes
Y en los campos de Máipo y de Junín!

¡Oh patria, yo, que hasta de Dios blasfemo
Y desprecio los ídolos del hombre,
Yo me arrodillo al pronunciar tu nombre;
Tú eres mi única fé, mi último amor!
¡Cuánto envidio á los mártires sin gloria
Que con la sangre ardiente de sus venas
Mojaron del desierto sus arenas,
Su vida dando por guardar tu honor!

¡Quién fuera de esos héroes ignorados
Que cuando cáen, á tu bandera fieles,
Reclinan su cabeza sin laureles
En sepulcros sin flores ní inscripción;
¡Ah, pero ahora en vez de noble sangre
Inmundo barro nuestro suelo alfombra!
Ni siquiera morir bajo la sombra
Se puede de tu amado pabellón!

¡Almas de ardiente inspiración bañadas,
Jóvenes bardos de la patria mía,

No olvidéis que la grande poësía
Es hija de la santa libertad!
¡Cantáis brisas y flores, cuando al pueblo
Hay manos que sacrílegas lo oprimen!
¡Escarneced al criminal y al crímen,
Ó el cobarde laúd despedazad!

Para marcar el rostro de los siervos
Ó al amo imbécil fustigar con ira,
Con las cuerdas de bronce de la lira,
Poetas, es ya tiempo de imitar,
Al gaucho noble, al payador valiente
Que arranca una bordona á su guitarra
Y al extremo de un látigo la amarra
Cuando precisa herir al azotar!

¡Oh patria, al ver que tu destino entregas
Á estúpidos mandones, me parece
Que de cólera el Plata se estremece,
Y pienso en los delirios de mi fé,
Que hasta las piedras de las calles sienten
Ira y vergüenza de que pisen ellos
Donde en los días de tu gloria, bellos,
Próceres y héroes han sentado el pié!

¡Cuidad de Mayo, que en un tiempo has sido
La joya de la América latina,
Pueblo de Juan Chassaing y Adolfo Alsina,
No, tú no eres el que viendo estoy!
Has perdido el vigor; tus ciudadanos
Se han hecho más cobardes que mujeres
Y una turba ruin de mercaderes
Depositaria de tu suerte es hoy.!

¡Comprendes el oprobio y lo soportas,
Envilecida estás, y estás contenta!

Te has puesto abajo de la misma afrenta
Impávida gozando en tu abyección!
Yo degradado en jóven, soy tu imágen;
Pero así en tu desgracia, patria mía,
Yo te amo y tus ultrajes lavaría
Con sangre de mi propio corazón!
....

Aquí, desde este sitio y á esta hora
Voy el mundo á mirar á la manera
Que solitario en árida ribera
Contempla el pobre náufrago en la mar,
Las tablas sueltas de la rota nave
Donde viajaba á los amados puertos,
Y mira, de otros náufragos los yertos
Cadáveres flotar!

Allí para un bautismo han madrugado
Y á un niño envuelto con pañales finos,
Le ponen entre el cura y los padrinos
El sello de la santa religión,
Como en la fiesta de la *yerra* ponen
Una señal al infeliz ternero
Cuyo destino es ir al matadero
Ó á tirar el arado en la opresión!

Cruza después un fúnebre cortejo;
Con pompa en él la vanidad disputa
Los homenajes que el dolor tributa;
¡Hoy cuántos llorarán al que murió!
Y ántes que el cuerpo frágil se disuelva
Bajo la triste lápida mortuoria
Tal vez se habrá borrado su memoria
Entre los seres que en el mundo amó!

Después el cuadro cambia, y de una boda

El grupo alegre desde aquí contemplo;
Se agolpan los curiosos hácia el templo,
Y en las delirios de su tierno afán,
Los novios sueñan que al eden caminan,
Sin pensar en su férvido alborozo
Que marchan ciegos de pasión y gozo
Y los ciegos no saben donde van!

No saben que el amor como la muerte
Nos lleva en dirección desconocida;
Toma al azar las almas en la vida,
Les hace un cielo próximo entrever,
Y las arrastra al vértigo y la noche;
Yo hallé un calvario al fin de ese camino;
Implacable al herir es el destino
Cuando tiene por arma á la mujer!

Yo quise á una.....La adoraba tanto
Como si la pasión de muchas vidas
Estuvieran en mi alma refundidas;
¡Era un amor salvaje y tropical!
Pero fría y tenaz calculadora
Me inmoló sin piedad á su egoísmo;
Por su culpa me arrastro en un abismo,
Por ella soy borracho y criminal!

¡Y ella vive triunfante, y yo caído,
Y aún siento que de allá desde su altura,
Me tiene como atado á su hermosura
Pendiente en el dogal de mi dolor:
Así un árbol hermoso en campo ameno
Gentil se ostenta sobre verde alfombra
Sosteniendo un cadáver que á su sombra
Lívido cuelga de una rama en flor!

Me traicionaron cuando yo tenía

Sed de emociones y hambre de placeres;
¿Pero á qué maldecir á las mujeres?
No son todas así;
Muchas saben amar; y lo que arroja
Más hiel y luto en mi existencia triste,
Es que yo veo que el amor existe
Y sé que ya no existe para mí!

¡Yo necesito emborrachar el alma!
Y anhelo, que á mi ocaso sin fulgores
Le presten arrebol con sus colores
Las rosas más lozanas del jardín;
Quiero unír la alegría de las rosas
Al horror de los túmulos abiertos
Y que me sirva el cráneo de los muertos
De copa en un sacrílego festín!

¡Oh tú, jóven beldad, hija del pueblo,
Que tras del mostrador de esta taberna
Te han condenado en una orgía eterna
Á que marchites tu mejor edad:
Ven y deshoja flores en mi vaso;
Juntemos mi dolor con tu tristeza;
Joya en el barro, pierdes la pureza,
Y aún guardas, pobre niña, tu bondad!

Entre el horror de la embriaguez y el juego
Estallando en salvaje paroxismo,
Te ví, rayo de luz en este abismo,
Oleadas de furor apaciguar;
Si el dolor de los grandes infortunios
Arranca el llanto de tus ojos bellos,
Alma piadosa, llora por aquellos
Que como yo, no pueden ni llorar!

El extraño poder que rije al orbe,

Sin consultarme, sin que yo lo pida,
Me hizo el presente griego de la vida
Que no puedo en verdad agradecer;
Al mundo me lanzó como en la noche
Arroja el mar un náfrago á la playa;
De este destierro cuando al fin me vaya
¿Dónde irá lo que hay de íntimo en mi ser?

Á la nada, al infierno, á cualquier parte.
Que sea lejos, lejos de este mundo,
Astro maldito, globo moribundo,
Que nutre á la podrida humanidad,
Donde abriendo la Muerte á cada paso
Á nuestros piés alguna tumba nueva,
Una mitad del corazón nos lleva
Y nos deja á sufrir la otra mitad!

Los trovadores que con pulcro estilo
Hacen gemir sus liras enlutadas,
Comparan con las rosas deshojadas
Una vida infeliz;
La mía es cual las yerbas de un camino
Que al sol y á la intemperie se marchitan
Y el casco de las bestias que transitan
Las seca y las arranca de raíz.

Es malo ser poeta, pero á veces
Es grata de los versos la armonía;
El pueblo siempre amó la poesía
Y yo amo todo lo que vibra en él;
Tengo delirio por las arpas de oro
De Mendez, Rivarola y Obligado
Que en la sien de la patria han enlazado
Flores del arte al bélico laurel!

Yo solo á falta del amor ó el vino

Ó cuando el vino ó el amor me hastía,
Llamo á las musas que invocar solía,
Y siempre acude á mí la del dolor;
Ella con ronca voz me dicta cantos
Sin el ritmo feliz de la belleza;
Francos y rudos, tienen la aspereza
De la tosca canción del payador!

Es que en la selva que asoló el incendio
No anidan ya los pájaros cantores;
El árbol del desierto no da flores
Y cuando da, las seca el huracán.
No tiene rosas, ni verdor, ni tiene
Blandas ondulaciones de colina
La roca agreste de una cumbre andina
Cráter tal vez de incógnito volcán!

....

Pero ya escucho que de lo alto suena,
Llamando á la oración de la mañana,
En la vecina iglesia la campana
Con metálica y lenta vibración.
Allí gentes del pueblo se encaminan
Á elevar sus plegarias á los cielos;
El mundo de los últimos consuelos
Para las almas es la religión.

Yo ayer al templo fuí donde mi madre
Á misa en otro tiempo me llevaba,
Y al pié del mismo altar en que ella oraba
Con profunda emoción me arrodillé.
Desde que ella murió, yo me hice incrédulo;
Ya no pisaba las iglesias nunca;
Quise rezar; la Salve medio trunca
Fué la única oración que recordé.

Al hallarme, después de larga ausencia,
Bajo esas naves donde tantas veces
Mi pobre madre levantó sus preces
Á Dios, por mis hermanos y por mí;
Al mirar las imágenes que objeto
Eran de su piedad, me parecía
Que aún algo de ella en el recinto había,
Y como una mujer me enternecí.

Yo en mi cansado espíritu sentía
Lo que debe sentir el peregrino
Si lo llevan las vueltas del camino
Á un sitio en que antes disfrutó de paz;
Y allí descansa y piensa entristecido
Que tiene que seguir su marcha errante,
Más penosa después de aquel instante
De reposo fugaz.

Mi pasado evoqué. . . .Cuando la mente
En volver al pasado se encapricha,
Ay, los recuerdos de la muerta dicha
Vienen en ronda fúnebre á vagar
Por las sombras del alma, como dicen
Que en la alta noche de misterios llena,
Salen las tristes ánimas en pena
El sueño de los vivos á turbar!

Se elevan como pálidos espectros
Desde el limbo interior de mi memoria
Los falsos espejismos de la gloria,
Las vanas sombras del perdido bien!
Remonto el curso de mis bellos días
Hasta la dulce edad de los amores,
Y hallo el tendal de las marchitas flores
Que me hicieron soñar con un edén!

La imágen ¡ay! de mi primer afecto,
Único que gozé sin desengaños,
De mi casta pasión de quince años
Dulce idilio de amor primaveral,
Trae á mi mente los contornos vagos
De una figura angelical y tierna
Cuya memoria en mi alma será eterna
Si el alma, como espero, es inmortal!

¡Después, reminiscencias de la infancia...
Y la escuela y sus juegos inocentes,
Y los séres queridos, hoy ausentes,
Que antes poblaban mi desierto hogar!
Cuando el pálido sol de esos recuerdos
De mi hondo hastío derritió la calma,
Sentí de lo recóndito del alma
Que porfiaba una lágrima en brotar!

¡Ella subió por último á mis ojos!
Al fin como la onda contenida,
Al fin iba á encontrar una salida
Tanto dolor que á solas devoré;
Yo no sé desahogarme, ignoro el llanto;
Pero en esa ocasión, aglomeradas,
Todas mis amarguras no lloradas
En la lágrima aquella condensé.

¡Y cuando iba á verterla, en el instante
En que brotaba ya, con torpe ejemplo
Un fraile vino y me arrancó del templo
Como se arroja un perro de un salón!
Salí á la calle y regresé á la orgía;
De entonces como en lóbrega caverna
Gotea el agua en filtración interna,
Me cáe el llanto aquel al corazón!

¡Ay!, desde entonces con afán profundo,
De mi fría existencia en la aridez,
Para olvidarme y olvidar el mundo
Busco el aturdimiento en la embriaguez.

En la sorda ansiedad que me devora,
Yo de mi propio ser preciso huir;
Duda el que piensa, y el que siente, llora;
Vale más no pensar y no sentir.

Vale más en un torpe desenfreno
Matarse en el suicidio del placer;
El alcohol es el mejor veneno;
El mejor, exceptuando la mujer!

Hiel en el fondo y néctar en el borde
Es de la vida el vaso engañador;
Música alegre en el primer acorde
Y al fin sollozo de mortal dolor!

Cuando en la orgía estúpida me abismo
No bebo por el gusto de beber;
Bebo porque en el fondo de mí mismo
Tengo algo que matar ó adormecer!

¡Y el hombre es un mendigo de placeres,
El mundo es una orgía en confusión,
Y en la escala infinita de los serés,
Borrachos todos en la vida son!

Los dandys y coquetas cuando exhiben
En los teatros, las plazas y las calles
Vistosos trajes y elegantes talles,
Ebrios, los pobres, van de vanidad!

Muñecos bien vestidos con que juega
En su existencia frívola y ociosa

Esa niña voluble y caprichosa
Que llaman sociedad!

La guerra es noble y su venganza justa
Si va en defensa de una santa idea,
Pero nunca, jamás cuando se emplea
Con un bastardo afán.
Para mí, esos laureados asesinos
Que logran por sus crímenes un solio,
Las gradas al trepar del Capitolio
Ebrios de sangre van!

El tribuno inspirado cuyo acento
Escucha el pueblo con asombro y pasmo
Y á quien la turba en férvido entusiasmo
Lleva en marcha triunfal por la ciudad,
Entre las muchedumbres que lo aclaman
En el día feliz de la victoria,
Ebrio de gloria vá, porque la gloria
Es tambien una rápida ebriedad!

La pareja gentil de adolescentes,
Que bebiéndose el alma en las miradas,
Con las trémulas manos enlazadas
Se encienden por instantes en rubor,
Y por instantes, con ardiente rapto,
En dulces, largos, resonantes besos,
Unen sus lábios abrasados....esos
Están ebrios de amor!

Las plantas se emborrachan con rocío;
Vaso de rica esencia son las flores
Donde van los insectos zumbadores
Y alegres liban su licor de miel.
Hasta el cóndor andino, cuando al alba
Vuela y se posa sobre una alta cumbre,

Bebe rayos de sol, y ebrio de lumbre
Se lanza al éter á reinar en él!

El artista en sus noches de delirio,
Cuando frente á la gran naturaleza,
Buscando el ideal de la belleza
Le brinda inspiración la soledad,
Ebrio de ideas el cerebro siente
Y es de su alma en la celeste orgía,
Su divino licor la poesía,
Y su vaso la azul inmensidad!

¡Ah, yo también en las contadas horas
Que en esta vida disfruté de calma,
Gozé de esa embriaguez que siente el alma
Cuando se tiene inspiración y amor;
Hoy que yo mismo agoto mi existencia
En la agonía de un suicidio lento,
Siento un constante vértigo, me siento
Borracho de dolor!

Todo se bambolea en torno mío;
Todo á mi oído fúnebre retumba;
Y ebria la humanidad hácia la tumba
Marcha en carnavalesca procesión;
El hombre errante y huérfano en la tierra,
La tierra errrante y huérfana en el cielo,
Y en un sollozo universal de duelo
Refundida la voz de la creación!

El aire está impregnado de sollozos,
Estériles los campos y sombríos,
Crecen con sangre y lágrimas los ríos
Llevando sangre y lágrimas al mar!
Como fiera en acecho está el abismo,

Y en la naturaleza y en el alma
Torva domina esa siniestra calma
Que suele las borrascas presagiar!

¡Todo es noche y dolor! Allá en la tarde
Ebrio se acuesta el sol en el ocaso
Y las estrellas con incierto paso
Ebrias caminan de su disco en pos!
¡La tierra es un sepulcro de que el cielo
Es la lápida inmensa y triste y muda;
¡Todo es noche y dolor! . . . . Ebrio sin duda
Cuando hizo el universo estaba Dios!

¡Amigos, maldición sobre la vida!
Cuando yo caiga á vuestro lado, inerte,
Con una orgía festejad mi muerte
Y al campo mi cadáver arrojad.
Haced como en las islas magallánicas
Las tribus de sus páramos incultos,
Donde dicen que entregan insepultos
Los muertos á la vasta soledad!

¡Qué espléndido ataud el de un paisaje
Que baña en luz la bóveda celeste,
Ó el alta cima de un peñón agreste
Siempre batido por el ronco mar!
Antes que me devoren los gusanos,
Bajo un montón de piedras bien cubierto,
Con mi cuerpo á las aves del desierto
Un salvaje banquete quiero dar!

Ellas son más benignas que los hombres;
Solo devorarán mi carne fría,
Mientras lo grande que en mi ser había,
El mundo lo desgarra sin piedad!
¡Compañeros, un brindis á la muerte!

Si queréis nuestra fiesta interrumpamos
Para clavarnos un puñal, y vamos
Á continuarla allá en la eternidad!

¡Y que claro, que espléndido está el día!
¡Cómo brilla la luz, la luz sagrada,
Que en la grande, en la excelsa obra creada
Fué la hija primogénita de Dios!
¡Si alguien, amigos, en la tierra os ama,
Mandadle vuestra triste despedida;
Yo en la hora fatal de la partida
No tengo á quien enviar mi último adios!

Resto viviente del antiguo caos,
Naúfrago de un inmenso cataclismo,
Nací de las tinieblas del abismo
Y aún laten sus borrascas en mi ser;
Cuando descienda al mundo de las sombras
Con mi dolor se agrandará el infierno,
Y mi alma errante en el espacio eterno
Hará la noche universal crecer!

JOAQUÍN CASTELLANOS.
(argentino.)

1887.

Á SU MAJESTAD JOSEFINA HERRERA

(En su proclamación de reina de la belleza)

SEÑORA: Por la más bella,
Por la rosa, por la estrella,
Vuelvo á mis mejores días;
Tú sola (después de *aquella*)
Hacerme cantar podrías.

Tú sola, fulguración
Del cielo, mágico hechizo,
Seductora perfección

Que el supremo Escultor hizo
En arranque de pasión.
Tomó grana, azul y oro
Esmaltados de destellos,
Y con matices tan bellos
Hizo tu boca, un tesoro,
Tus ojos y tus cabellos.
Y luego de terminar
Lo que no se ha vuelto á ver,
Dijo tu boca: —¡á encantar!,
Tus ojos: — ¡á estremecer!,
Tus cabellos: —¡á enredar!
De todo el tiempo que fué
Yo la historia repasé
Desde China hasta el Perú,
Y en ningún sitio encontré
Reina alguna como tú,
Ninguna de tus hermanas,
Las princesas y sultanas
Reunió tus gracias divinas;
Ni famosas circasianas
Ni célebres granadinas,
Ni las hadas del Mogol
Ni las ninfas del Tirol,
Ni las magas de Stambul...,
Nadie en cuanto baña el sol
Bajo la techumbre azul.
¿Qué exraño que á tu hermosura
Nadie pudiera vencerla,
Si forjada tu escultura
Ha sido con mezcla pura
De oro y rosa, lirio y perla?
Yo te busco con empeño
En mis horas de beleño,
Porque no se te concibe
Más pue en éxtasis de sueño
Ó en mundo que no se vive.
Lo bello en mi alma doliente
Me ilumina y me recrea,
Como cuando centellea
Relámpago que, fulgente,
La negra comba platea;
Ó como cuando domina
La noche en valle y colina
Y rompe el denso capuz
La claridad diamantina
De algún insecto de luz,
Coloca como blasones
Propios de tus seducciones,
En tus cuarteles azules,
Millares de corazones
Muertos en campo de gules.
Y por corona triunfal
La que de rosas y palmas
En tu frente virginal
Dejan sumisas las almas
Que forman tu corte real.
Tu excelso triunfo pregono
En regocijados sones,
Y en el más rendido tono
Mando *mi adhesión al trono*
Como á las instituciones.
Emperatriz de la Habana,
Debes encontrarte ufana
Por ser, caso excepcional,
La primera soberana
Por sufragio universal.
Si republicano era

(No estoy cierto que lo fuera),
Sólo hasta hoy lo sería,
Que acato la dinastía
De JOSEFINA PRIMERA.
Con mis votos ardentísimos
Por vuestra felicidad,
Y con mi lira contad;
Y beso los remonísimos
Pies de Vuestra Majestad.

MANUEL S. PICHARDO.
(cubano.)

EL NIDO DE CÓNDORES

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea

Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente.

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante.»

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
¡En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza á las nubes en Oriente;

¡Ó con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana—¡inolvidable día!—
Ya iba á soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
Á celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
¡La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y ginetes avanzaban
Desnudos los aceros,
¡Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente, y desgarró su entraña! (1)

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía

Más rudo azote el piélago profundo,
Van á morir ó libertar un mundo!

III

Pensativo á su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
Á la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: «¡éste es el grande!»
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: «¡mirad! ¡ésa es mi gloria!»

VI

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
¡Y á sus roncos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó á su nido
Rugidos de marea;
¡Y descendió á la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en són de guerra!

¡Porfiada era la lid!—Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,

¡Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañores,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid!--En la humareda
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin entre relámpagos de gloria,
Vino á alzarla en sus brazos la victoria! (2)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
¡Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Girones de estandartes castellanos!

V

¡Desde entonces, ginete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde dél mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín, y hasta en aquella

Noche de maldición, noche de duelo,
En que despareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
¡Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos! (3)

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
¡Y envuelto en su magnífico vislumbre,
Tornó soberbio á la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
¡Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente!

¿Á dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
Á cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!

¡Va á posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera

Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarlo; como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Éste es el grande!

OLEGARIO V. ANDRADE.
(argentino.)

1877.

---

(1) Pasaje de los Andes.—23 de Enero de 1817.
(2) Batalla de Chacabuco.—12 de Febrero de 1817.
(3) Sorpresa de Caneha Rayada.—19 de Marzo de 1818.

* ELOGIO DE LA SEGUIDILLA

Metro mágico y rico que al alma expresas
Llameantes alegrías, penas arcanas,
Desde en los suaves labios de las princesas
Hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las almas harmoniosas buscan tu encanto,
Sonora rosa métrica que ardes y brillas,
Y España ve en tu ritmo, siente en tu canto
Sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,
El músico te adula, te ama el poeta;
Rueda en tí sus fogosos paisajes pinta
Con la audaz policromia de su paleta.

En tí el hábil orfebre cincela el marco
En que la idea-perla su oriente acusa,

Ó en tu cordaje harmónico formas el arco
Con que lanza sus flechas la airada musa.

Á tu voz en el baile crugen las faldas,
Los piececitos hacen brotar las rosas
É hilan hebras de amores las Esmeraldas
En ruecas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, paloma arisca,
Por tí irradia, se agita, vibra y se quiebra,
Con el lánguido gesto de la odalisca
Ó las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica de vino llena
Compuesto por la dulce musa Alegría
Con uvas andaluzas, sal macarena,
Flor y canela frescas de Andalucia.

Subes, creces, y vistes de pompas fieras;
Retumbas en el ruido de las metrallas,
Ondulas con el ala de las banderas,
Suenas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira: tienes las manos
Que acompasan las danzas y las canciones;
Tus órganos, tus prosas, tus cantos llanos
Y tus llantos que parte los corazones.

Ramilletes de dulces trinos verbales,
Javalina de Diana la Cazadora,
Ritmo que tiene el filo de cien puñales,
Que muerde y acaricia, mata y enflora.

Las Tirsis campesinas de tí están llenas,
Y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;
Así riegas tus chispas las nochebuenas

Como adornas la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de Manzanilla
Que esta azulada concha del cielo baña,
Polífona y triunfante, la seguidilla
En la flor del sonoro Pindo de España.

Rubén Darío.
(centroamericano.)

1892.

SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón, ya mío,
Lanzó su vida de mi planta en pos:
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas. . . . vacío
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar?

¡Fuí tan crüel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión,
Para arrancar á la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada á los pobres del saber;
Y á quince años, hermana de la luna,
Guardaba aún el sello de la cuna

Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en su frente inmaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
Rozando mi tostado á su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuóso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba
Lanzando á la carrera su corcel,
Y una rama á los molles arrancaba:
—¿La quieres para tí?—me preguntaba,
—Se parece al laurel!

Ó si no, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas,
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos á buscar;
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía,—
Que soy tu dueño, que tu lira es mía,
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol
De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubierta con las alas desplegadas

De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa
De guïarme en la marcha:—¡Por aquí!—
Repetía mil veces afanosa,
Y murmuraba á intérvalos quejosa:
—No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía á mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
A temblar.... y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y, sin querer,
Su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde—murmuraba—
¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora
Al cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,
Su palabra, caricia tembladora,
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pié,
Y triste, y solitario, y peregrino,
Con la sombra inmortal de mi destino

Del valle me alejé.

¡Fuí crüel, muy crüel! Alma perdida
En la noche sin astros del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar:
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia:
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oídò
Como el eco tenaz de la expiación;
Rayo de luna á mi pupila asido,
Tu blanca imagen arrullando el nido
Es mi eterna visión.

MARTÍN CORONADO.
(argentino.)

1877.

MÍSTICA

(EN UN CANCIONERO)

Si en tus jardines, cuando yo muera,
Cuando yo muera brota una flor;
Si en un celaje brota un lucero,
Brota un lucero que nadie vió;
Y llega una ave que te murmura,

Que te mumura con dulce voz,
Abriendo el pico sobre tus labios,
Lo que en un tiempo te dijo yo;
Aquel celaje y el ave aquella,
Y aquel lucero y aquella flor,
Serán mi vida que ha transformado,
Que ha transformado la ley de Dios!
Serán mis fibras con otro aspecto:
Ala y corolas, ascua y vapor;
Mis pensamientos transfigurados:
Perfume y éter, arroyo y sol.
Soy un cadáver; ¿cuándo me entierran?
Soy un viajero, ¿cuándo me voy?
Soy una larva que se transforma...
¿Cuándo se cumple la ley de Dios?
¿Seré yo entonces, mi blanca niña,
Celaje y ave, perfume y flor?

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
(mejicano.)

* WALT WHITMAN

En su país de hierro vive el buen viejo,
Bello como un patriarca sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo
Algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;
Son sus robustos hombros dignos del manto;
Y con arpa labrada de un roble viejo,
Como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote que alienta soplo divino,

Anuncia en el futuro tiempo mejor.
Dice al águila: «¡Vuela!» «¡Boga!» al marino,

Y «¡Trabaja!» al robusto trabajador.
¡Así va ese poeta, por su camino,
Con su soberbio rostro de emperador!

Rubén Darío.
(centroamericano.)

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

[Viendo sn retrato pintado por Casals]

Ojos llenos de vaga poesía,
Cual los de un angel del celeste coro,
Obscura cabellera y tez de moro
Tostada por el sol del mediodía.

Prosador de brillante fantasía
Brotan las frases de su pluma de oro,
Como las aguas de un raudal sonoro
Cubiertas de irisada pedrería.

Yo nunca lo veré, pero le amo,
Y en los instantes de dolor le llamo
Queriendo echar mis brazos á su cuello;

Porque se que en su espíritu atesora
La pureza de una alma soñadora
Y el amor insaciable de lo bello.

Julián del Casal.
(cubano.)

DAGUERREOTIPO

El corazón sangriento. La cabeza
De artista por los sueños visionada.
Hosca la faz hombruna. La mirada
Humedecida de invernal tristeza.

Sin ambición. Altivo en la pobreza.
En la lucha tenaz. Alto en la nada.
La fe, de Cristo. La conciencia, honrada.
Apóstol del amor y la belleza.

Así avanzo en las sombras del camino,
Y mi alma vencedora del destino
Sus energías mundanales mueve

Cuando, estóico soldado de la idea,
Me lanzo delirante á la pelea,
Don Quijote del siglo diecinueve.

Diego Fernández Espiro.
(argentino.)

GRITO DE ALIENTO

Á Joaquín Castellanos.

Te asombra verme con la frente erguida
De pié como el guerrero en su muralla,
Desafiando el horror de la batalla
Y oprimiendo los bordes de su herida.

Como la tuya se templó mi vida,
El pesar ni me rinde ni avasalla
Y arrostro del obstáculo la valla
Con la fé por el Arte engrandecida.

Haz como yo: levanta la cabeza,
Ahoga las serpientes del deseo,
Sé fuerte y resignado en la tristeza.

Rompe de la ilusión los suaves lazos,
Como Hércules luchando con Anteo,
Estrangula el dolor entre tus brazos.

Leopoldo Díaz.
(argentino.)

HOMENAJE

Despojos de las rudas tempestades
Que el alma azotan como el mar profundo,
Errante voy atravesando el mundo
Al fulgor de siniestras claridades.

El espíritu soy de otras edades,
Rico de gloria y en dolor fecundo:
El poeta infeliz, el vagabundo
Trovador de las hondas soledades.

Soñador inspirado, visionario,
Trepo altivo y estóico en mi locura
El áspera pendiente del calvario.

Y arranco á mi dolor la última nota
Para adorar rendido la hermosura

Arrojando á sus piés mi lira rota.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.
(argentino.)

LUZBEL

No es el ángel rebelde condenado
Á la eterna expiación de su delito.
Es el soberbio criminal maldito
Que en la tiniebla se revuelve airado.

Demoniaco fantasma del pecado,
Lanza en las sombras estridente grito
Y cruza sobre el piélago infinito
En la heróica actitud del renegado.

Bello y altivo y orgulloso y fuerte
Invade con satánica alegría
Los oscuros dominios de la muerte.

Su flamígera espada centellea,
La cólera celeste desafía
Y en los umbrales del Eden bravea.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.
(argentino.)

SATÁN

Á Joaquín V. Gonzalez

Mudo, de pié, sobre el peñón erguido
Se agita en la tiniebla el condenado;
La cólera divina aun no ha doblado
La indómita cabeza del vencido.

Su rostro por el rayo ennegrecido
De nuevo iergue el inmortal forzado,
Y como Prometeo encadenado
Crece el orgullo de Satán caído.

Es el primer rebelde, el primer grito,
La más altiva imprecación lanzada
Ante la augusta faz del infinito.

La primera ambición desenfrenada
Y la horrible serpiente del delito
Que entre la sombra se retuerce airada.

Leopoldo Díaz.
(argentino.)

FLORES

Mi corazón fué un vaso de alabastro
Donde creció, fragante y solitaria,
Bajo el fulgor purísimo de un astro,
Una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma,
Cual virgen consumida por la anemia,
Hoy en mi corazón su tallo asoma
Una adelfa purpúrea: la blasfemia!

JULIÁN DEL CASAL.
(cubano.)

AL PASAR

Ayer el pavimento sonoro de Florida
Sintió trotar el tronco de potros de Inglaterra,
Que arrastra la victoria donde al amor convida
La faz de la morocha más linda de esta tierra.

El coche se perdía camino de Palermo,
Cuando pasó á mi vista, sentada en su cupé,
Una divina rubia que como un niño enfermo,
Tenía triste y pálida su faz de rosa té.

De esa visión porteña quedó en mi mente escrita
La página vibrante que es hoy una canción:
Á tus azules ojos, celeste Margarita!
Á tus miradas negras, hermana de Mignón!

RUBÉN DARÍO.
1893. (centroamericano.)

*
* *

Dicen los sabios que la blanca luna
Las aguas mueve del tranquilo mar;

Una mirada de tus ojos, una,
El mar de mi alma consiguió agitar.

PEDRO GOYENA.
(argentino.)

Á CRISTOBAL COLÓN

Desgraciado almirante! tu pobre América,
Tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
La perla de tus sueños es una histérica
De convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu Tierra;
Donde la tribu unida blandió sus mazas,
Hoy se enciende entre hermanos perpétua guerra,
Se hieren y destrozan las mismas razas.

Á ídolo de piedra reemplaza ahora
El ídolo de carne que se entroniza,
Y cada día alumbra la blanca Aurora
En los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando á los reyes nos dimos leyes
Al són de los cañones y los clarines,
Y hoy, al favor siniestro de negros reyes,
Fraternizan los Incas con los caínes.

Bebiendo la esparcida sangre francesa
Con nuestra boca indígena semiespañola,
Día á día cantamos la *Marsellesa*
Para acabar danzando la *Carmañola*.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques,
Soñadas libertades nacen deshechas:
¡Eso no hicieron nunca nuestros caciques
Á quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,
Ceñidas las cabezas de raras plumas;
¡Ojalá hubieran sido los hombres blancos
Como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla
De la raza de hierro que fué de España,
Mezcló su fuerza heróica la gran Castilla
Con la fuerza del indio de la montaña.

¡Plugiera Dios, las aguas, antes intactas,
No reflejaran nunca las blandas velas;
Ni vieran las estrellas estupefactas
Arribar á la orilla tus carabelas!

Libres como las águilas, vieran los montes
Pasar los aborígenes por los boscajes,
Persiguiendo las pumas y los bizontes
Con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el jefe rudo y bizarro
Que el soldado que en fango sus glorias finca,
Que ha hecho gemir al zipa bajo su carro
Ó temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste padece mengua,
Y tras encanalladas revoluciones,
La canalla escritora mancha la lengua
Que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque,

Barrabás tiene esclavos y charreteras,
Y la tierra del chibcka Buzco y Palenke
Han visto engalanadas á las panteras.

Duelos, espanto, guerras, fiebre constante
En nuestra senda ha puesto la muerte triste:
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
Ruega á Dios por el mundo que descubriste!

Rubén Darío.
(centroamericano.)

---

* LA OFRENDA DE HERODES

Á Rubén Darío.

I

Hinchado el cuello en incitante escorzo,
Y cimbreando su flexible torso
Con nerviosa elegancia de pantera,
Danza la hermosa hebrea ante el Tetrarca,
Cuya mirada voluptuosa abarca
La escultura triunfal de su cadera.

El arpa en su vibrante nervadura
Hila los ritmos de la danza impura;
Y cuando el paso bárbaro termina,
Con viril insolencia de sicario
Manifiesta el intento sanguinario
La boca de la virgen asesina.

II

En el rejio vetíbulo aparece
Torvo idumeo, que impasible ofrece
En cincelado plato, helada y yerta,

Una cabeza que segó el deguello.
Y sangra el tajo del robusto cuello
Cual la corola de una rosa abierta.

Anubla las arrugas de la frente
Que cincelara en cobre el sol de Oriente,
Una sorda tormenta que reposa.
Y al postrer crispamiento en que agoniza,
En los siniestros pómulos se eriza
El bosque de la barba tenebrosa.

III

Frío mortal sobre la Corte baja:
La inmensa palidez que la amortaja
Se ha encendido en relámpago de enojos;
Y vibrando fatídico reproche,
Un rayo cruza el fondo de la noche
Que duerme en el abismo de sus ojos.

LEOPOLDO LUGONES.
(argentino.)

1896.

¡OH CORAZÓN!...

¡Oh corazón! ¿Qué vales ni qué puedes
De este vivir en el artero abismo,
Si presa tú de las mundanas redes
Eres siervo y señor á un tiempo mismo?

¿Quién á tu ley su vanidad no humilla?
¿Á quién, si ruegas, tu humildad no mueve?
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?
¿Guardas lo eterno, ó lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia
Entre el yo pensador y el sentimiento?
¿Al pensamiento guardas obediencia,
Ó dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente
Si tu latir á otro latir responde?
¿Dónde guardas del odio la serpiente,
La torpe envidia y la ambición en dónde?

Yo no lo sé; mas la virtud y el vicio
Juntos te inspiran por extraño modo:
Si abnegado, capaz del sacrificio;
Réprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso enfrena;
Múltiple forma á tu capricho mudas:
Tétrico en Hámlet, triste en Magdalena,
Sublime en Jesucristo, real en Judas.

Amas al mundo y sueñas con el cielo,
Tremenda lucha en que tu ser exhalas;
Así el ave nacida para el vuelo
Calienta el nido en que plegó las alas.

Ruedas á veces á la cripta muda,
De beatífica fe sublime ejemplo,
Y otras, roído por sangrienta duda,
Mártir expiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo,
Ya deleite sensual de amante pena;
Ora fe y religión, ora ateísmo,
Dogma que salva y duda que condena.

Penumbra ó claridad, verdad ó mito,

Vives, palpitas, gozas y padeces:
Por el amor confiesas lo infinito,
Y aceptas el infierno si aborreces.

¡Qué batallar con la pasión á solas!
¡Qué fiera lid á solas con la idea!
¡Qué dejar en el ara en que te inmolas
Carne que abrasa y sangre que caldea!

¡Qué vida tan inquieta la del mundo!
¡Qué promesa tan dulce la del cielo!
La Muerte... ¡qué misterio tan profundo!
La Nada... ¡qué terrible desconsuelo!

Cese ya, corazón, tu lucha fiera
Y que la luz al pensamiento acuda.
Si eres fango no más, ¿por qué se espera?
Si eres obra de Dios, ¿por qué se duda?...

¡Misterio nada más!... ¿Y quién osado
Pretende conocerte?... ¡Pobre loco!
Vives, para ser barro, demasiado,
Y para ser verdad, vives muy poco.

Laura Méndez de Cuenca.
(mejicana.)

UNA CONFESIÓN

Á José de Armas y Cárdenes.

En una iglesia ayer, con vivo anhelo,
Estas frases oí, que murmuraba
Una mujer cubierta con un velo,
Que muy cerca de mí se confesaba.

«Padre ¡no puedo más! mi amor refreno,
Pero en la horrible lucha estoy vencida;
Esta pasión se extinguirá en mi seno,
Con el último aliento de mi vida!...

Cuando el no está á mi lado, desolada,
Maldiciendo mi mísera existencia,
Siento sobre mi frente fatigada
El peso abrumador de la conciencia.

Pero al verlo olvidando mis enojos,
En vano á la razón ansiosa llamo,
Y aunque callan mis labios, con los ojos
No ceso de decirle ¡yo te amo!...

Vos me habláis de la gloria y del martirio,
Del enojo del cielo que provoco,
Pero ¿no comprendéis que es un delirio
Hablar de todo eso al que está loco?...

¡Su amor! ese es el cielo que yo ansío
De mi pasión en el afán eterno,
Y encuentro más horrible su desvío,
Que todos los tormentos del infierno!...

Mis ansias ahogaré desesperadas,
Pero el verá en mis ojos sus ardores,
Porque siempre al mirarlo, mis miradas
Serán besos de amor abrasadores!...

En vano espero sin cesar rezando,
Encontrar en la fe consuelo y calma,
Y en vano mis entrañas desgarrando
Quiero arrancar su imagen de mi alma!

Mi amor es el incendio desatado

Cuya llama voraz nada sofoca,
El torrente que rueda desbordado
Arrastrando á su paso cuanto toca!...

Decís que iré á la gloria si mi anhelo
Logro vencer, y de su lado huyo,
Pero ¿habrá alguna dicha allá en el cielo
Comparable siquiera, á un beso suyo?...

Oyendo del deber la voz airada,
Fuerzas á Dios para luchar le pido,
Y al verle, de pasión enajenada,
Deber y religión todo lo olvido!

Vos, juzgando el amor á vuestro modo,
Decís que no es un mal desesperado,
Decís que con la fé se alcanza todo!
¡No sabéis qué es estar enamorado!

Os digo que prefiero, delirante,
De mi loca pasión en los anhelos,
La dicha de mirarlo un solo instante,
Á la eterna ventura de los cielos!...

¡Ay Padre! en vuestra santa y dulce calma,
Rogad á Dios que evite mi caída,
Porque este amor se extinguirá en mi alma
Con el último aliento de mi vida!...

Nieves Xenes.
(cubana.)

1887.

ÚLTIMA RIMA

Yo he soñado en mis lúgubres noches,
En mis noches tristes de penas y lágrimas,
Con un beso de amor imposible,
Sin sed y sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Yo no quiero el deleite que enerva,
El deleite jadeante que abrasa,
Y me causan hastío infinito
Los labios sensuales que besan y manchan.

¡Oh mi amado, mi amado imposible,
Mi novio soñado de dulce mirada!,
Cuando tú con tus labios me beses,
Bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Dame el beso soñado en mis noches,
En mis noches tristes de penas y lágrimas,
Que me deje una estrella en los labios
Y un tenue perfume de nardo en el alma.

Juana Borrero.
(cubana.)

VIRGEN TRISTE

(JUANA BORRERO)

Tú sueñas con las flores de otras praderas,
Nacidas bajo cielos desconocidos
Al soplo fecundante de primaveras
Que, avivando las llamas de tus sentidos,

Engendran en tu alma nuevas quimeras.

Hastiada de los goces que el mundo brinda,
Perenne desencantos tus frases hiela,
Ante tí no hay coraje que no se rinda,
Y siendo aún inocente como Graciela,
Pareces tan nefasta como Florinda.

Nada de la existencia tu ánimo encanta,
Quien te habla de placeres tus nervios crispa
Y terrores secretos en tí levanta,
Como si te acosase tenaz avispa
Ó brotaran serpientes bajo tu planta.

No hay nadie que contemple tu gracia excelsa
Que eternizar debiera la voz de un bardo,
Sin que sienta en su alma de amor el dardo,
Cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa
Y, al mirar á Eloísa, Pedro Abelardo.

Al roce imperceptible de tus sandalias
Polvo místico dejas en leves huellas,
Y entre las adoradas sola descuellas,
Pues sin tener fragancia, como las dalias,
Tienes más resplandores que las estrellas.

Viéndote en la baranda de tus balcones,
De la luna de nácar á los reflejos,
Imitas una de esas castas visiones
Que, teniendo nostalgia de otras regiones,
Ansían de la tierra volar muy léjos.

Y es que al probar un día del vino amargo
De la vid de los sueños, tu alma de artista
Huyendo de su siglo materialista
Persigue entre las sombras de hondo letargo

Ideales que surgen ante tu vista.

¡Ah! Yo siempre te adoro como un hermano,
No sólo porque todo lo juzgas vano,
Y la expresión celeste de tu belleza,
Sinó porque en tí veo ya la tristeza
De los seres que deben morir temprano.

Julián del Casal.
(cubano.)

Á GOYA

Poderoso visionario,
Raro ingenio temerario,
Por tí enciendo mi incensario.
Por tí cuya gran paleta,
Caprichosa, brusca, inquieta,
Debe amar todo poeta;
Por tus lóbregas visiones,
Tus blancas irradiaciones,
Tus negros y bermellones;
Por tus colores dantescos,
Por tus majos pintorescos
Y las glorias de tus frescos.
Porque entra en tu gran tesoro
El diestro que mata al toro,
La niña de rizos de oro,
Y con el bravo torero,
El infante, el caballero,
La mantilla y el pandero.
Tu loca mano dibuja
La silueta de la bruja
Que en la sombra se arrebuja,
Y aprende una abracadabra
Del diablo patas de cabra
Que hace una mueca macabra.
Musa soberbia y confusa,
Ángel, espectro, medusa,
Tal apareee tu musa.
Tu pincel asombra, hechiza;
Ya en sus claros electriza,
Ya en sus sombras sinfoniza;
Con las manolas amables,
Los reyes, los miserables,
Ó los Cristos lamentables.
En tu claroscuro brilla
La luz muerta y amarilla
De la horrenda pesadilla,
Ó hace encender tu pincel
Los rojos labios de miel
Ó la sangre del clavel.
Tienen ojos asesinos

En sus semblantes divinos
Tus ángeles femeninos.
Tu caprichosa alegría
Mezclaba la luz del día
Con la noche obscura y fría.
Así es de ver y admirar
Tu misteriosa y sin par
Pintura crepuscular,
De lo que da testimonio:
Por tus frescos, San Antonio;
Por tus brujas, el demonio.

RUBÉN DARÍO.
(centroamericano.)

LOS ZAPATICOS DE ROSA

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir á estrenar
Su sombrerito de pluma.

—«¡Vaya la niña divina!»
Dice el padre, y le da un beso:
«Vaya mi pájaro preso
Á buscarme arena fina.»

—«Yo voy con mi niña hermosa,»
Le dijo la madre buena:
«¡No te manches en la arena
Los zapaticos de rosa!»

Fueron las dos al jardín
Por la calle del laurel:
La madre cogió un clavel
Y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
Con oro, y balde, y paleta:
El balde es color violeta:
El aro es color de fuego.

Vienen á verlas pasar:
Nadie quiere verlas ir:
La madre se echa á reir,
Y un viejo se echa á llorar.

El aire fresco despeina
Á Pilar, que viene y va
Muy oronda:—«¡Dí, mamá!
¿Tú sabes qué cosa es reina?»

Y por si vuelven de noche
De la orilla de la mar,
Para la madre y Pilar
Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
Todo el mundo está en la playa:
Lleva espejuelos el aya
De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
Que salió en la procesión
Con tricornio y con bastón,
Echando un bote á la mar.

¡Y qué mala, Magdalena
Con tantas cintas y lazos,
Á la muñeca sin brazos
Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
Sentadas con los señores,
Las señoras, como flores,
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
Tan serios, muy triste el mar:
Lo alegre es allá, al doblar,
En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
Mejor allá en la barranca,
Y que la arena es muy blanca
Donde están las niñas solas.

Pilar corre á su mamá:
—«¡Mamá, yo voy á ser buena:
Déjame ir sola á la arena:
Allá, tú me ves, allá!»

—«¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojes:
Anda, pero no te mojes
Los zapaticos de rosa.»

Le llega á los piés la espuma:
Gritan alegres las dos:
Y se va, diciendo adios,
La del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy léjos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fué la niña á jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó,
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrerito callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar ¿qué es lo que tiene
Pilar que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Porqué le cuesta el andar:
—«¿Y los zapatos Pilar,
Los zapaticos de rosa?

¡«Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¡Dí donde, Pilar!»—«Señora,»
Dice una mujer que llora:
«¡Están conmigo: aquí están!

«Yo tengo una niña enferma.
Que llora en el cuarto oscuro
Y la traigo al aire puro
Á ver el sol, y á que duerma,

«Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto:
Me dió miedo, me dió espanto,
Y la traje, y se durmió.

«Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando;
Y yo mirando, mirando
Sus piececitos desnudos.

«Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y ví
Esta niña frente á mí
Con su sombrero de pluma.

—«¡Se parece á los retratos
Tu niña!» dijo: «¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡si quisiera!...
¿Y porqué está sin zapatos?

«Mira: ¡la mano le abrasa,
Y tiene los piés tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos:
Yo tengo más en mi casa!»

«No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después:
¡Le ví á mi hijita en los piés
Los zapaticos de rosa!»

Se vió sacar los pañuelos
Á una rusa y á una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos:
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho,
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
De la enferma la señora:
¡No quiere saber que llora
De pobreza una mujer!

—«¡Si, Pilar dáselo! ¡y eso
Tambien! ¡tu manta! ¡tu anillo!»
Y ella le dió su bolsillo,
Le dió el clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
Á su casa del jardín:
Y Pilar va en el cojin
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vió desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

José Martí.
(cubano.)

Á BYRON

Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo;
El astro y el espectro en el cometa;
Todo un siglo hecho hombre; todo un siglo

De befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;
Y bello y tentador y altivo y fiero,
Fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
Un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo;
Pasmaste con enigmas la fé ciega;
Te pusiste la máscara de un tipo,
Como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
Subió un vapor que oscureció tu juicio;
Te dejaste arrastrar por la corriente,
Y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu númen fué entonces un mal hado,
Nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
Para cada fanal tuvo un nublado,
Y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías
Como cediendo á impulsos espontáneos;
Profanabas la tumba en tus orgías,
Bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
El grito aterrador, el grito mismo
Que los bajeles de Tiberio oyeron
Bajo una tempestad sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
Vino tu genio, condiciaba palmas,
Y fué el corcel en que montó la Muerte
En ese Apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
Entre tanta ceniza y tanto escombro,
Pasaste con tu cítara en la mano,
Como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
Y en medio de una convulsión, caiste:
Pisaste ortigas al tocar la tierra,
Y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración jamás extinto
Te arrojó sin cesar sobre las naves:
Errar de clima en clima es un instinto
En ciertos génios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas
Vivo placer á las riberas solas
Cuando, soberbio nadador, rasgabas
Desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
Reflejabas el cielo á que tendías;
Y, audaz y atronador y hecho montaña,
Te alzabas hasta él y lo escupías!

No envidiabas al piélago sus dones:
Tú tenías también ímpetus, brumas,
Trombas, brillos, honduras, explosiones,
Monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco?... Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
Nunca ha sido ni artista, ni vidente.
Ni paladín, ni redentor... ni nada!

Cuán grandes fueron tus postreros días!

Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung Fran: querías
Caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
¿Por qué robarte á Missolonghi? ¿Acaso
Fué nunca tierra para tí extrangera
La tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
Tu ilustre polvo con su arena récia:
Grecia guardó tu aparición sublime;
Tu verdadero monumento es Grecia!

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto
Mientras palpite el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
Eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
Dispare un dardo á tu azarosa vida,
La heróica sombra de tu muerte augusta
Interpondrá su redentora egida.

Salvador Díaz Mirón.
(mejicano.)

BYRON

Á Joaquín Castellanos.

Dos hombres, á la vez, pasman la tierra;
Su lumbre, el genio, entre los dos reparte;
Napoleón, ese Byron de la guerra;

Byron, sublime Napoleón del arte.

¡Igual enigma en su destino incierto!
Fundidos en un molde sobrehumano,
Tiene aquel la grandeza del Desierto,
Y éste la magestad del Oceano.

En rápido bajel, sobre el undoso
Piélago que al azar surcó el marino,
El cantor de Don Juan va silencioso
Navegante sin rumbo en su camino.

No le arredra el naufragio de las olas,
Sabe que ruje el mar y que se calma:
Es el naufragio de las vidas solas
El que conoce y el que teme su alma.

Sobre su frente un mundo se desploma,
Y el hijo de la lucha y del estrago
Habla con los sarcófagos en Roma,
Con los viejos escombros en Cartago.

Nada le infunde espanto ni le asombra,
¡Exelsior! en su frente lleva escrito,
Y sigue dialogando con la sombra,
Luminoso y audaz, bello y maldito.

Y cruza las tinieblas, fulgurante,
Como en la noche sideral meteoro:
Carbón que se transforma en un diamante;
Grano de arcilla convertido en oro.

Dióle Satán, con su viril orgullo,
La altivez de su indómita energía,
El piélago insondable su murmullo,
Y el dolor su titánica elegía.

Irónica deidad le presta aliento,
Le persigue el demonio del hastío,
Y palpita su insomne pensamiento
Como en su cauce desbordado río.

El león es fuerte y reina en su guarida,
Tiene su nido el águila en la roca,
Y él, águila y león, la frente herida,
Jamás la cumbre de sus sueños toca.

Un lívido crepúsculo reviste
Con densa nube sus inquietos lares,
Y siempre gemebundo, siempre triste,
Se yergue la visión de sus pesares.

Y, cual fantasma, impenetrable y muda,
En árduo monte, ó desolada estepa,
Sigue al bardo la esfinge de la duda
Sobre el potro jadeante de Mazzepa.

Tántalo de la dicha, en su desvelo,
Asir la sombra de un delirio quiere:
La ilusión, como el cóndor, busca el cielo,
Y, al abatirse sobre el polvo, muere.

¡Cuánto misterio en su alma de coloso!
Asomarse á sus bordes es lo mismo
Que sondear el abismo tenebroso....
¡Y quién mide la hondura del abismo!

Germen de un mundo, en ráfagas dispersos,
Jirones de su espíritu, vibrantes,
Van en tropel flamígero sus versos
Arrastrando sus caudas centelleantes.

Caravana de génios luminosa

En fúlgida espiral sigue sus rastros,
Cual en vaga, distante nebulosa,
Los astros se aproximan á los astros.

Con sus alas enormes toca el suelo,
Sin que el lodo le alcance ni el delito,
Y al volar, es la curva de su vuelo
Parábola que asciende al infinito.

Sus nobles lauros profanar intenta
La envidia, que á los grandes acompaña,
Y él se yergue humillando toda afrenta,
Como surje, entre valles, la montaña.

¡Cuál esplenden sus altas concepciones!
Hay en sus gigantescas fantasías
Iris, nieblas, estruendos, convulsiones,
Relámpagos, sollozos y armonías.

Consigo mismo en infernal contienda,
Algo lo empuja en su vaivén eterno:
Como el ave, en la gálica leyenda,
Del invierno tenaz pasa al invierno.

Connubio de lo humano y lo divino,
De su cruel fatalidad se engríe,
Y es, en trágica lid con el Destino,
Placer que llora y lágrima que ríe.

De su espíritu excelso en lo más hondo
Resplandecen ignotas maravillas:
Oculta el mar sus perlas en el fondo,
Y la espuma abandona en las orillas.

No gime con estériles gemidos;
Su vida en la batalla se acrecienta,
Como aquellos normandos aguerridos

Que peleaban al són de la tormenta,

Y cuál rebelde Arcángel despeñado;
Ni trégua brinda, ni piedad implora:
Sus armas refulgentes le han quebrado,
Pero no su fiereza vengadora.

Los antros pavorosos de los mares,
Y las cumbres cerúleas de los montes,
Palpitan en sus cantos seculares
Y les dan sus soberbios horizontes.

Con un nuevo ideal, ámplio y fecundo,
Que de la humana pequeñez se mofa,
El génio-tempestad recorre el mundo,
Ya el látigo blandiendo, ya la estrofa.

Sus poemas, sus héroes, sus hazañas,
Brotan con sangre de su herido pecho:
Pelícano que rasga sus entrañas
Y ofrece al mónstruo el corazón deshecho.

Lleva en su ser,—nostálgico sublime,—
Tiniebla y luz, crepúsculo y aurora,
Y en su alma, rebelión, brisa que gime,
Trueno que ruge, vendabal que llora.

Le place el aquilón cuando levanta
Su cimera de nítidas espumas,
Y, como Ariel sobre la nube, canta
El bardo de las ondas y las brumas.

Italia le circunda de esplendores,
Corónale de mirto en sus placeres,
Y, al semidios britano, sus amores
Le da el coro triunfal de sus mujeres,

Es perfume, y es aura, y es latido,
Blasfemia, imprecación, llanto y locura;
Es raudal, y torrente, y alarido,
Noche, arrebol, celaje y amargura.

¡Fascinador gentil!.... Ante su paso
Encadena las almas soñadoras,
Las envuelve con brumas del ocaso,
Y las incendia con fulgor de auroras.

Sueña con él la virgen pensativa
En las pálidas noches de Venecia,
Y le manda suspiros de cautiva,
Huérfana, y viuda, y sollozante, Grecia.

La voz augusta del martirio siente
Y, al salvaje clamor del victimario,
Responde alzando la apolínea frente
Con el férvido afán de un visionario.

¡Cómo en su fibra el entusiasmo late!
¡Qué brillo extraño en su mirar chispea!
Es Aquiles corriendo hácia el combate:
Pigmaleón despertando á Galatea.

¡La Libertad! La Libertad le inspira;
Oye rugir en cólera sagrada,
Y, arrancando las cuerdas á su lira,
Con su lira de hierro hace una espada.

Voluptuosos festines abandona,
De su errante bajel tiende la vela,
Y, ciñéndose el casco por corona,
Hácia la patria de los dioses vuela.

¡Qué cuadro!....Con sus jóvenes guerreros
Botzaris...., La montaña.... El enemigo....

El raudo fulgurar de los aceros,
El mar azul de Jonia por testigo;

La homériea embriaguez de la batalla,
El agudo vibrar de los clarines,
El fúnebre estridor de la metralla,
Y la noche avanzando en los confines...

Por olímpica alfombra de laureles
Allá corre el gallardo peregrino,
Sobre alados indómitos corceles
Le arrebata en su senda el torbellino;

Y, á la sombra de helénicos pendones,
Mientras el duro batallar arrecia,
Entre el himno marcial de las legiones
Muere el bizarro paladín de Grecia.

¡Astro que roja claridad difunde
Y se derrumba en explosión ardiente,
Como una hoguera en que, á la vez, se funde
El metal ígneo y el crisol hirviente!

Á saludarle en el postrer recinto
Llorando van las últimas sirenas,
Se alzan los rotos bronces de Corinto
Y los tronchados mármoles de Atenas.

Su triunfo el Orbe estremecido aclama;
¡Byron!....repiten las riberas solas....
Y al hondo porvenir vuela su fama
Como va el huracán sobre las olas.

Albión, la ingrata Albión, su polvo encierra.
Grecia es página en mármol de su historia,
Y servirá de pedestal la Tierra

Al bronce eterno de su eterna Gloria.

LEOPOLDO DÍAZ.
(argentino.)

1894.

CASTALIA BÁRBARA

Para Salvador Rueda.

I

Un Dios misterioso y extraño visita la selva;
Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Cuando la hija de Nhor espoleaba su negro caballo,
Le vió erguirse de pronto á la sombra de un añoso fresno,
Y sintió que se helaba su sangre
Ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

II

De la fuente de Imér en los bordes sagrados más tarde,
La noche á los Dioses absortos reveló el secreto;
El Águila negra y los Cuervos de Odín escuchaban
Y los Cisnes que esperan la hora del canto postrero.
Y á los Dioses mordía de espanto
Ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

III

En la selva agitada se oían extrañas salmodias;
Mecía la encina y el sauce quejumbroso viento;
El bisonte y el alce rompían las ramas espesas
Y al través de las ramas espesas huían mugiendo;
En la lengua sagrada de Orga

Despertaban del canto divino los divinos versos.

IV

Thor, el rudo, terrible guerrero que blande la maza
Y en sus manos es arma la negra montaña de hierro,
Va á aplastar en la selva á la sombra del árbol sagrado,
Á ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos;
Y los Dioses contemplan la maza rugiente,
Que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo.

....

V

Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmodias
Ni la voz amorosa de Freya que canta á lo lejos;
Agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada
Y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.
Sólo, erguido á la sombra de un árbol
Hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

RICARDO JAIMES FREIRE.
1894. (boliviano.)

---

* Á NUMA POMPILIO LLONA

Autor de la ODISEA DEL ALMA

¡Aun resuena en el fondo de mi pecho
Ese apóstrofe inmenso de tu alma!
¡Aun chispea mi espíritu, encendido
En el rayo vivaz de tu palabra!

Hoy que el fuego del genio me circunda,

Hoy que azota mi frente con sus llamas,
¡Cómo laten mis sienes! ¡Cómo hierve
Tumultuosa mi sangre americana.

¿Qué volcan en los Andes inflamado,
Dió á tu pecho el aliento con que abrasas;
Y qué eléctrica nube tempestuosa,
La tremenda explosión de la borrasca?

¿En qué selva del trópico lujoso,
En qué oculta sonora catarata,
Aprendiste la música sublime
Que en tus versos suspende y embrïaga?

¡Oh! dímelo, poeta!.... Muchas veces
En las llanuras de mi hermosa patria,
He ofrecido á los vuelos del Pampero
Para arrancarle su rugido, el arpa.

¡Vano empeño! Jamás la lira mía
Exhaló de sus cuerdas agitadas
Ardiente grito, como aquel que rompe
De la imponente soledad la calma.

¡Dime cóndor audaz del pensamiento,
En qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan
Esos tintes de espléndida belleza,
Que yo pueda tender allí mis alas!

Si; yo siento también como tu sientes,
De la suprema inspiración las ansias;
Un incendio en mi mismo que deslumbra
Como un astro deshecho en llamaradas!

Y, admirando la lira de la Grecia,
Que las piedras y fuentes apartaba,

He soñado el Poeta á cuyo acento
Se suspende en silencio el Tequendama!

¡El poeta inmortal del Nuevo Mundo
Que recorra sus sendas ignoradas
Con el alma de América en los labios,
Con el fuego de Dios en la mirada!

El Homero, cantor de sus victorias,
Que, por cima del humo y la metralla,
Clave audaz en el Sol nuestra bandera;
En el Sol, que es la cuna de Atahualpa!

¡Ah! tal vez eres tú! ¡Quizá en tu lira
Duermen todos los himnos que levanta
De su hirviente cristal el Amazonas;
De su olëaje turbulento el Plata;

Quizá duermen los genios que suspiran
Del argentino Paraná en las playas;
Los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,
Deslumbrante diadema al Aconcagua!

¡Quizá gimen los vientos ¡ay! los vientos,
Cargados con las sombras y las lágrimas
Que las nubes del cielo de la América
Dejan caer en las dolientes huacas!

Y resuena el magnífico concierto
De tu espléndida tierra ecuatoriana,
Allí donde se yergue el Chimborazo
Y el sol del Inca á coronarle baja!...

¡Salve, cóndor audaz del pensamiento!
Dígnate descender hasta mi estancia:
¡Que yo toque contigo las estrellas

Aunque ruede después bajo tus alas!

RAFAEL OBLIGADO.
1876. (argentino.)

EL POETA

Al eminente poeta don Rafael Obligado

Por entre el vulgo que se agita y clama
En luchas y delirios de una hora,
Solo pasa, en su frente soñadora
Llevando excelsa misteriosa llama!

El fuego oculto que su mente inflama
La savia toda de su ser devora;
Y por la inquieta Humanidad que llora
Su destrozado corazón derrama;

En sacrificio augusto, frente al Numen
Que es de las Cosas implacable azote
Y cuyos ígneos rayos le consumen,—

Sin que jamás su abnegación se agote,—
Lleva en sí mismo, en trágico resumen,
LA VÍCTIMA, EL ALTAR Y EL SACERDOTE.

NUMA P. LLONA.
(ecuatoriano.)

SAN JUAN

De fieras poblado, de selvas cubierto
Que vieron erguidas cien siglos pasar,
Allá en Nicaragua se extiende un desierto
Su historia.... ninguna! su límite.... el mar.

Montañas sin nombre las nubes asaltan
Del yermo lanzadas do esconden el pié:
Sus faldas en vano de verde se esmaltan,
De alfombras se cubren que el hombre no ve.

No guarda en su seno ni mieses ni flores,
No viste sus valles de espléndidas galas,
No danzan en ellos ni cantan amores
Apuestos donceles con lindas zagalas.

Sin templos, sin puentes, sin arcos, sin muros,
Ni granjas, ni apriscos, ni huellas humanas,
Por esos desiertos callados y oscuros
Ni cúpulas brillan ni suenan campanas.

Ni triscan ganados, ni hogares humean,
Ni riegan jardines arroyos suaves,
Ni cultas campíñas la vista recrean,
Ni trillan la tierra domésticas aves.

Sus vegas infestan salvajes desnudos
Cruzando sus aguas en toscos acales:
Caimanes feroces, voraces, membrudos
Disputan con ellos sus turbios canales.

Allí la serpiente sus roscas arrastra
Colgada la vista del leve esquirol,

En húmedo surco trazando su rastra
Que nunca secaron los rayos del sol.

Sus alas fornidas el águila tiende
Del monte corona, del viento sultana,
La atmósfera gime que rápida hiende
Apénas descubre su presa lejana.

Del tigre sangrienta la cuádruple garra,
Su paso revela grabada en la tierra,
Ó el bálsamo duro y el cedro desgarra,
En cuya corteza profunda se entierra.

Parece el desierto coloso dormido
Que inmóvil ostenta su máquina inerte;
Gigante que yace por tierra tendido
En torno velándole un ángel de muerte.

Azul y amarillo sus anchas espaldas
Un manto cobija, con montes por borlas
Y abismos por pliegues, haciendo á sus haldas
Del mar las espumas blanquísimas orlas.

Del mar al oriente, conturban las olas
¡Oh páramo inmenso! tu mágica escena,
Royendo tus playas ardientes y solas,
Tragando tus ríos, mordiendo tu arena!

Tus fastos publican, sin más monumentos
Ni rotas columnas que marquen tus eras,
Tus ceibas que arrancan con raíces los vientos
Ó heridas del rayo tus altas palmeras.

Mortales aromas tus auras derraman,
Tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracán,
Tus trovas de amores las ondas que braman

Tus luces la hoguera que arroja el volcán.

Tus hojas devoran la luz de la luna
Al suelo robando sus rayos de plata:
Distante, dormida, la clara laguna
Su disco refleja, su imágen retrata.

Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano (*)
Sobre él derramaste tu odioso veneno
Apénas bebiendo su aliento lozano
El hálito impuro que brota tu seno.

Por él te maldigo! por él te saludo!
Mis lágrimas guarda, maldito desierto,
De prados, de mieses, de flores desnudo,
De fieras poblado, de selvas cubierto.

José Batres y Montufar.
(centroamericano.)

(*) Alude á la muerte de D. Juan Batres, hermano del autor, acaecida en San Juan de Nicaragua.

PLEGARIA Á DIOS

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
Á voz acudo en mi dolor vehemente;
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrançad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos sólo sois mi defensor, Dios mío:

Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos; todo fenece
Ó se reanima á vuestra voz sagrada:
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adam, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mustia y llorosa
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Por aquella de Regla venerada
Que un tiempo en Monserrate apareciera
De refulgente aureola iluminada,
Sobre radiante disco placentera:
Por aquella tu esposa idolatrada
Que en su seno divino te tuviera,
Tiende, Señor, el iris de bonanza,
Y al monstruo horrendo en el abismo lanza...

Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia

Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia...
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mío!...

Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido.*)
1844. (cubano.)

A......

Quisiera ser la lumbre de tus ojos,
El timbre de tu voz,
El calor voluptuoso de tu aliento,
Tu sueño bienhechor.

Quisiera ser el Dios que te bendice
Cuando piensas en él,
La madre cariñosa que te arrulla
Y acaricia tu sien.

Porque tú eres mi bien sobre la tierra,
Mi eterno cavilar...
Más que á la idea de mi gloria te amo,
Mucho más!...mucho más!

II

Tengo celos del sol, de las estrellas
Que te prestan su luz,
Tengo celos de Dios cuando te humillas
Á los piés de la cruz.

Yo no quiero que nadie te acaricie
Ni el sér que te engendró,

Más quiero verte en el infierno hundida
Que amada del Señor.

Tú eres mi bien, mi luz sobre la tierra
Mi eterno cavilar...
Como á la sombra de mi madre te amo.
Cual nadie te amará!

III

Yo no quiero que alguno te consuele
Cuando me muera yo,
Quiero que asida á mi cadáver yerto
Te consuma el dolor;

Quiero que el llanto de tus ojos bañe
La desierta mansión,
Quiero quearranques de tu pecho acentos
Que crispen de pavor...

Tú eres mi bien, mi Dios sobre la tierra,
Mi eterno cavilar...
Más que á la idea de mi gloria te amo,
Mucho más! Mucho más!

Pedro B. Palacios *(Almafuerte.)*
(argentino.)

CAMPO SANTO

Oh! cuando el surco de mis piés errantes
Sobre la tierra de los muertos pasa
Y al través de una nube de tristeza
Fijo sobre las tumbas la mirada,

Como una piedra
Como una lápida
Me oprime el corazón desfallecido
La verdad ¡ay! de la miseria humana!

Allí se abruma la existencia mía,
Allí su golpe el corazón desmaya,
Allí me cierra la opresión el pecho
Y allí un sollozo la ansiedad me arranca:
Allí se abate
Sobre mi palma,
La frente llena del pesar que anubla
El último fulgor de la esperanza!

Silencio y soledad! Campo de muertos,
Aquí los labios para siempre callan
Y con eterna y enlutada cifra
Sólo la piedra de las tumbas habla!
Qué es lo que dice
Su negra página?
«Aquí yace—aquí duerme—aquí reposa»
Adiós! última luz de la esperanza!

Duerme bajo la sombra de mi angustia
Y entre el silencio de mi vida calla;
Duerme, sola verdad de la existencia,
Bajo el disfraz de una sonrisa falsa!
Que no te lean
Tras una lágrima
Los ojos de la madre enternecida,
Los ojos ¡ay! de la muger amada!

Ricardo Gutièrrez.
(argentino.)

SONETOS

(Del libro **Les Trophées**)

BRISE MARINE

L' hiver a défleuri la lande et le courtil.
Tout est mort. Sur la roche uniformément grise
Où la lame sans fin de l'Atlantique brise,
Le pétale fané pend au dernier pistil.

Et pourtant je ne sais quel arome subtil
Exhalé de la mer jusqu'à moi par la brise,
D'un effluve si tiéde emplit mon cœur qu'il grise;
Ce souffle étrangement parfumé, d'où vient-il?

Ah! Je le reconnais. C'est de trois mille lieues
Qu'il vient, de l'Ouest, là-bas où les Antilles bleues
Se pâment sous l'ardeur de l'astre occidental;

Et j'ai, de ce récif battu du flot kymrique,
Respirè dans le ven qu'embauma l'air natal
La fleur jardis éclose au jardin d'Amérique.

LE BAIN DES NYMPHES

C'est un vallon sauvage abrité de l'Euxin;
Au-dessus de la source un noir laurier se penche,
Et la Nymphe, riant, suspendue à la branche,
Frôle d'un pied craintif l'eau froide du bassin.

Ses compagnes, d'un bond, à l'appel de buccin,
Dans l'onde jaillissante où s'ébat leur chair blanche
Plongent, et de l'écume émergent une hanche,

De clairs cheveux, un torse ou la rose d'un sein.

Une gaîté divine emplit le grand bois sombre.
Mais deux yeux, brusquement, ont iluminé l'ombre.
Le Satyre!...Son rire épouvante leurs jeux;

Elles s'élancent. Tel, lorsqu'un corbeau sinistre
Croasse, sur le fleuve éperdument neigeux
S'effarouche le vol des cygnes du Caÿstre.

L'ESCLAVE

Tel, nu, sordide, affreux, nourri des plus vils mets,
—Esclave—vois, mon corps en a gardé les sygnes—
Je suis né libre au fond du golfe aux belles lignes
Oú l'Hybla plein de miel mire ses bleus sommets.

J'ai quitté l'île heureuse, hélas!... Ah! si jamais
Vers Syracuse et les abeilles et les vignes
Tu retournes, suivant le vol vernal de cygnes,
Cher hôte, informe-toi de celle que j'aimais.

Reverrai-je ses yeux de sombre violette,
Si purs, sourire au ciel natal qui s'y reflete
Sous l'arc victorieux que tend un sourcil noir?

Sois pitoyable! Pars, va, cherche Cléariste
Et dis-lui que je vis encòr pour la revoir.
Tu la reconaîtras, car elle est toujours triste.

LA SIESTE

Pas un seul bruit d'insecte ou d'abeille en maraude,
Tout dor sous les grands bois accablés de soleil
Oú le feuillage épais tamise un jour pareil
Au velours sombre et doux des mousses d'émeraude.

Criblant le dôme obscur, Mide splendide *y* rôde
Et sur mes cils mi-clos alanguis de sommeil,

De mille éclairs furtifs forme un réseau vermeil
Qui s'allonge et re croise á travers l'ombre chaude.

Vers la gaze de feu que trament les rayons,
Vole la frêle essaim des riches papillons
Qu'enivrent la lumiére et le partum des séves.

Alors mes doigets tremblants saississent chaque fil,
Et dans les mailles d'or de ce filet subtil,
Chasseur harmonieux, j'emprisonne mes réves.

LE CYDNUS

Sous l'azur triomphal, au soleil qui flamboie,
La triréme d'argent blanchit le fleuve noir
Et son sillage y laisse un parfum d'encensoir
Avec des sons de flûte et des frisons de soie.

A la proue éclatante oú l'épervier s'eploie,
Hors de son dais royal se penchant pour mieux voir,
Cléopâtre debout en la splendeur du soir
Semble un grand oiseau d'or qui guette au loin sa proie.

Voici Tarse, oú l'atend le guerrier désarmé;
Et la brune Lagide ouvre dans l'air charmé
Ses bras d'ambre oú la pourpre a mis des reflets roses;

Et ses yeux n'on pas vu, présage de son sort,
Auprés, d'elle, effeuilliant sur l'eau sombre des roses,
Les deux Enfants divins, le Désir et la Mort.

ANTOINE ET CLEOPÂTRE

Tous deux ils regardaient, de la haute terrasse,
L'Égypte s'endormir sous un ciel étouffant
Et le Fleuve, á travers le Delta noir qu'il fend,
Vers Bubaste ou Saïs rouler son onde grasse.

Et le Romain sentait sous la lourde cuirasse,
Soldat captif berçant le sommeil d'un enfant,
Ployer et défaillir sur son cœur triomphant
Le corps voluptueux que son étreinte embrasse.

Tournant sa tête pâle entre ses cheveux bruns
Verse celui qu'enivraient d'invincibles parfums,
Elle tendit sa bouche et ses prunelles claires;

Et sur elle courbé, l'ardent Imperator
Vit dans ses larges yeux étoilés de points d'or
Toute une mer immense oú fuyaient des galéres.

LA VIE DES MORTS

Au poéte Armand Silvestre.

Lorsque la sombre croix sur nous sera plantée,
La terre nous ayant tous deus ensevelis,
Ton corps refleurira dans la neige des lys
Et de ma chair naîtra la rose ensanglantée.

Et la divine Mort que tes vers ont chantée,
En son vol noir chargé de silence et d'oublis,
Nous fera par le ciel, bercés d'un lent roulis,
Ver des astres nouveaux une route enchantée.

Et montant au soleil, en son vivant foyer
Nos deux esprits iront se fondre et se noyer
Dans la felicité des flammes éternelles;

Cependant que sacrant le poéte et l'ami,
La Gloire nous fera vivre á jamais parmi
Les Ombres que la Lyre a faites fraternelles.

LA MORT DE L'AIGLE

Quand l'aigle a dépassé les neiges éternelles,
A sa vaste envergure il vent chercher plus d'air

Et le soleil plus proche en un azur plus clair
Pour échauffer l'éclat de ses mornes prunelles.

Il s'enléve. Il aspire un torrent d'étincelles.
Toujours plus haut, enflant son vol tranquille et fier.
Il monte vers l'orage oú l'attire l'éclair;
Mais la foudre d'un coup á rompu ses deux ailes.

Avec un cri sinistre, il tournoie, emporté
Par la trombe, et, crispé, buvant d'un trait sublime
La flamme éparse, il plonge au fulgurant abîme.

Heureux qui pour la Gloire ou pour la Liberté,
Dans l'orgueil de la force et l'ivresse du rêve,
Meurt ainsi d'une mort éblouissante et bréve!

José María de Heredia. (1)
(cubano.)

(1) Descendiente de su homónimo, José María Heredia, autor de «Al Niágara.»

Á VICTOR HUGO

1

La negra selva por doquier! el viento
Como inquieto lebrel encadenado
Aullando en la espesura!
La noche eterna por doquier! el cielo
Como un mar conjelado,
Y el mar como una inmensa sepultura.

De tarde en tarde brilla,

De la aurora boreal el rayo frío,
Y á su vislumbre pálida, los astros
Que ruedan lentamente en el vacío,
Enormes buques náufragos semejan
Que al ronco són del trueno,
Van llevando sin rumbo
Cadáveres de mundos en su seno!

Hay vida en la creación, vida embrionaria
Pero embotada y fría — Allá á lo léjos,
En la extensión inmensa y solitaria,
Islas y continentes van surgiendo
De la muriente aurora á los reflejos,
Como monstruos del mar que se dirigen
En confuso rebaño hacia la orilla;
Y los montes lejanos,
Gigantes de armaduras de granito,
Parece que esperasen de rodilla,
El mandato de Dios, para lanzarse
Á escalar la región del infinito!

II

Era la edad en que la densa noche
Del polo sobre el mundo se extendía,
La noche de la calma aterradora,
En cuya soledad, lóbrega y fría
Como raudal helado, dormitaba
La savia engendradora!
No hay noche sin mañana. . . .
En el cielo, en la historia, donde quiera
La sombra es siempre efímera y liviana,
La nube, por más negra, pasagera;
Y aquella noche al fin iba á rasgarse
Como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorgeos, ruidos de álas,

La alegría del nido en la espesura,
Flotaron en la atmósfera ligera,
Y antes de desplegar la luz sus galas
Entonó una ave la canción primera!

Al eco de la insólita armonía
La tierra despertó—La selva oscura
Con ansia de volar, batió las ramas;
Misteriosa y extraña vocería
Se alzó del mar en la siniestra hondura,
Cual si ensayasen sus salvajes himnos
La borrasca y la tromba asoladora,
Y de la informe larva del abismo,
Mariposa de luz, surgió la aurora!

III

También la historia tiene
Torvas noches de horror, como el Oceano,
Noches glaciales en que duerme todo
La vida, el arte, el pensamiento humano.
También como en la selva primitiva
De mústias cicadeas,
La savia del espíritu dormita,
Sin reventar en frutos ni cuajerse
La flor de las ideas!

Qué lentas son las horas de la historia!
Qué largo y qué sombrío
El imperio del mal!—cuando parece
La conciencia pasmada,
Profundo cráter de apagada escoria,
Desierto cauce de agotado río,
Y en la noche callada
No se oye más rumor que el de la orgía
Ó el áspero crujir de la cadena,

Mientras del cielo en la extensión vacía,
La ronca voz de los espantos truena!

IV

Tarda el amanecer, pero al fin llega,
Oh mal! no eres eterno!
Así como en la noche de la tierra,
Profunda noche de aterido invierno,
El mundo despertó cuando en las ramas
De la selva dormida
El primer himno resonó del ave
Que desplegaba el ala entumecida
Presintiendo á la aurora:

Así la humanidad despierta inquieta
En la noche moral abrumadora
Cuando surge el poeta,
Ave tambien de vuelo soberano,
Que en las horas sombrías,
Canta al oído del linaje humano
Ignotas armonías.
Misteriosos acordes celestiales,
Enseñando á los pueblos rezagados
El rumbo de las grandes travesías,
La senda de las cumbres inmortales.

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
La copa del placer—En sus altares,
Los ídolos extraños recibían
Cobarde adoración—No era la esposa
Sencilla del Cantar de los cantares,
No era la Vírgen de Israel, gallarda
Como las palmas de Samir: ajada
La tez de rosa y ulcerado el pecho,

Con inquietud febril se revolcaba
Del vicio impuro en el candente lecho!

Viento de corrupción! viento de muerte
Soplaba sobre el mundo—Babilonia,
Del deleite en los brazos reclinada,
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo
Para blandir el hierro,
Y á la orilla del Eúfrates sentada,
Á los pueblos vecinos daba cita
En las lúbricas danzas del Becerro
Ó á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como Bacante
Ebria al compás de báquicas estrofas,
Al són de besos, al rumor de orgías,—
Cuando á las puertas del cerrado templo,
Torvo y airado apareció Isaías!
Y tronó en los espacios vengadora
Su voz, hondo murmullo
De rayos, fulminando
Al crímen, á la guerra y á al orgullo,
Prediciendo á la plebe pecadora
Largas horas de llanto, tras las cuales,
Purificada y bella, surgiría
La ciudad del Señor; y á Babilonia,
Á Babilonia la soberbia, el día
En que el Medo feroz, los vasos de oro
Y las sedas de Persia, el arpa siria
Con que encantaba al mundo,
Las águilas de bronce, los jardines
Aéreos, todo, todo,
Iba á hollar insensible
De sus corceles bajo el casco inmundo!

VI

Dos razas batallaban
En campo estrecho con furor insano—
La vieja raza de la historia, aquella
Señora un tiempo del destino humano,
Abuela de naciones;
La que templó sus armas
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas
Del Indus y del Tígris sus legiones,—
Y la raza nacida
Del sol levanta al ósculo de fuego,
Que llevaba en la frente
La centella de luz del genio griego!

Cuál iba á sucumbir? La raza vieja
Esclava del destino, mar volcado
De Tesalia en el valle sonriente,
Avanzaba tenaz—Ya estaba mudo
De Maratón el bosque consagrado!
Ya no brillaba en el combate rudo
De Leonidas la diestra refulgente,
Cuando la musa helena,
La musa de alas de águila de Esquilo,
Hendió los aires y voló á la escena,
De la rapsodia enervador asilo,
Y con voz que aun resuena
Del mar Egeo en la sonora playa,
Ceñida de laurel la sien divina,
Al cadencioso són del ritmo jonio,
Y entre el fragor de la feral batalla
Lanzó el himno triunfal de Salamina!

VII

Ya Roma, no era Roma, la que un día

Encadenó á su paso la fortuna,
La Roma de los grandes caractéres—
Mudo el foro, desierta la tribuna,
En sus plazas y circos no se oía
Más que el rumor de esclavos y mugeres
En bulliciosa confusión danzando
Al són lascivo de los himnos griegos,
Ó el palmotear de cortesana impura
Del vil histrión en los obscenos juegos—
Ya Roma, no era Roma—No anidaban
Del Aventino en la gloriosa cima,
Emblema de una raza gigantea,
Las águilas de Júpiter Tonante,
Sinó en mansa, blanquísima bandada,
Las palomas de Venus Citerea!

Dormido estaba el rayo—como duerme
En el monte la lava rugidora
Y en la cumbre el turbión—Llegó la hora,
Y el rayo despertó—Vibró en la lira
De Juvenal, no en caprichoso alarde,
De dulce verso ó de canción sonora,
De torpe mofa ó de cobarde duda;
Sinó implacable, acerbo, burilando
En carne viva la comun ofrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
Alzó sobre la sien calenturienta
De aquel rebaño humano,
Y fué marcando con eterno mote,
Á la falsa virtud, al crímen pálido,
Al vulgo y al tirano!

VIII

Eclipse de la historia, la Edad Media,
Crepúsculo sin día!

Pesaba sobre el mundo, como inmenso
Torrente de tinieblas despeñado
Del ancho cielo en la extensión vacía—
Astro sin luz, el pensamiento, mústia
Lámpara de un altar abandonado
Que el cierzo helado azota,
Al través de las sombras perseguía
De un prometido bien la luz remota!

Dante entónces, noctámbulo divino,
Bajó del corazón al antro oscuro
Á descifrar la letra del arcano,
La misteriosa cifra del futuro—
Y con voz, ora triste y ora grave,
Mezcla á veces de cántico y lamento,
Dijo á la muchedumbre horrorizada:
Quien sabe de dolor, todo lo sabe!
Y de su siglo la conciencia helada,
Se despertó á su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
La caravana humana, halla un poeta
Que espera en el dintel, alta la frente
Coronada de pálidos luceros,
Sacerdote y profeta,
Para enseñarle el horizonte abierto
Y bendecir los nuevos derroteros!

A ti te tocó en suerte, soberano
Del canto! inmortal Hugo!
La más ruda jornada de la historia—
Ya no es una nación que rompe el yugo
De la opresión, ni el canto de victoria
Tras las horas durísimas de prueba—

Hoy es la humanidad que se emancipa!
Hoy es la humanidad que se renueva!

Todo lo tienes tú, la voz del trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
Encarnó, para ejemplo de los siglos,
La idea del derecho en Prometeo,
La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Daniel latino,
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna, de los cantos
Del viejo Gibelino!

Todo lo tienes tú! por eso el cielo
Te dió tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
Espacios que no se abran á tu genio—
Cantas al porvenir, y los que sufren,
Esclavos de la fuerza ó la mentira,
Sienten abrirse á sus llorosos ojos
De la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo y se levantan—
Mágico evocador de edades muertas!
Como viviente, inmenso torbellino,
Razas extintas, pueblos fenecidos,
Fantasmas y vestiglos,
Para contarte en misterioso idioma
La colosal *Leyenda de los Siglos!*

Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:
Profeta, precursor, mártir, proscrito—
Gigante en el dolor te levantaste
Cuando en la noche lóbrega sentiste

Temblar los mares, vacilar la tierra
Con pavorosa conmoción extraña,
Cual si un titan demente forcejease
Por arrancar de cuajo una montaña—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
Anida el genio humano,
La Francia de tu amor, que tambaleaba
Herida por el hacha del germano,
Y arrojando la lira en que cantabas
La *Canción de los Bosques y las calles*
Fuiste á tocar llamada
De Paris sobre el muro ennegrecido
En el ronco clarín de Roncesvalles!

Desde aquí, teatro nuevo
Que Dios destina al drama del futuro,
Razas libres te admiran y se mezclan
Al coro de tu gloria —
Orfeo que bajaste
En busca de tu amante arrebatada,
La santa democracia,
Á las más hondas simas de la historia!
Desde aquí te contemplan
Entre dos siglos batallando airado
Y arrancando á la lira,
La vibración del porvenir rasgado
Ó el triste acento de la edad que espira!
Y al través de los mares,
Astro que bajas al ocaso, envuelto
En torrentes de llama brilladora,—
Entonando tus cantos seculares
Te saludan los hijos de la aurora!

OLEGARIO V. ANDRADE.
(argentino.)

VICTOR HUGO

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
Ese rey triunfador á cuya planta
Es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo,
Desafiando al rayo,— que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo;
Espíritu y volcán, torre y encina?
¡El cóndor gigantesco de los Andes,
El buitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes,
Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!

El poeta es el antro en que la oscura
Sibila del progreso se revuelve;
El vaso en que la vida se depura,
Y, libre de la escoria, se resuelve
En verdad, en virtud y en hermosura!
¡No hay gloria de más claros arreboles
Que la de ser, en la penumbra inmensa,
Uno de esos crisoles
En que la luz del alma se condensa,
Como el fuego del éter en los soles!

El vidente está allí, noble y sereno:
Si los hombres lo afligen porque es bueno
Y en su yerma heredad siembran la ortiga,
Él los consuela, y del terruño ajeno

Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
¡Árbol que el viento del otoño hiere
En la hoja, en la flor, en el retoño!
¡Árbol que al viento del otoño muere
Y que perfuma el viento del otoño!
Todo el vapor que del pantano sube,
Miasmático y sombrío,
Se cuaja arriba en tormentosa nube,
¡Pero desciende en bienhechor rocío!
¿Qué importa que el sublime Prometeo,
Bajo el chispazo que su frente atrae,
Muerda el polvo en la lid, si, como Ateneo,
Se endereza mayor siempre que cae?
La ráfaga que zumba
No ha de apagar la estrella.
¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
¡La luz de su estro, como nunca bella,
Brotará por las grietas de su tumba!

¡Oh soñador excelso!—Yo te he visto
Tocar el cielo en el batido estuario,
Ara de tu ideal!—Tú, como Cristo,
Completaste el Tabor con el Calvario!
Misionero de luz propicio al ciego,
Tu genio, semejante á un meteoro,
Llovió desde el zenit lenguas de fuego
Y abrió en la inmensidad surcos de oro!

—No es cierto que tu espíritu esté falto
De esa unidad espléndida y bruñida
Que constituye el mérito más alto
De un libro, de un diamante y de una vida;
Pero pagaste el natural tributo!
Primero, el huevo, y en seguida, el ave!
Es fuerza que la flor preceda al fruto

Y el hombre empiece donde el niño acabe!
Roja y azul, la sangre que te anima
Hizo de tí la aurora que refleja
La púrpura del sol que se aproxima
Y el zafir de la noche que se aleja.
Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
Puede alzarse sin mancha! Dios te impele.
Nadie reprocha á la rastrera oruga
Que se convierta en mariposa y vuele!—

Envueltos en su túnica inconsutil,
Tus veinte años de destierro gimen...
El crímen te absolvió... ¡Pero fué inútil!
¡Tú no absolviste al crímen!
Y allí, de pié sobre tu peña sola,
Nueva Pathmos, ceñida por la ola;
Allí, vuelto á los réprobos distantes,
Y en tu lenguua de hipérboles y elípsis,
Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
Relámpagos de un nuevo Apocalipsis!

—Y tú no fuíste el único en el duelo,
En la pena, en el Gólgota, en la injuria...
Cuanto era cumbre ó remontaba vuelo
Sufrió el embate de la misma furia.

Mas, ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,
Qué ingente cataclismo
Decapitó de un golpe la montaña,
Aventando sus crestas al abismo?
¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
Qué estallido de horno
Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
Arrojando sus águilas en torno?
¡Profanado el augusto tabernáculo

Y erguidos y triunfantes los protervos!
¡Apagada la zarza en el pináculo
Y allí agrupados en festín los cuervos!
¡El pueblo subyugado por la tropa;
El pueblo audaz que con ardor fecundo,
Dando su sangre en holocausto á Europa,
Reivindicó la libertad del mundo!
¡Radiante y vencedor el culto falso!
¡La virtud perseguida con encono!
¡El deber expirando en el cadalso
Y la infamia sentándose en el trono!
¡Oscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
—¿En dónde estaba Dios, que no veía,
Puesto que así dejaba
Prevalecer la noche sobre el día?—

¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
Es cual la estatua que el egipcio estulto
Honraba por sonora:
Tiene el supremo pedestal: el culto,
Y la suprema inspiración: la aurora!
Sin rival cuando canta y cuando gime,
Tu voz reina en el duelo y en la fiesta.
Tus versos son la música sublime,
No de una lira, sinó de una orquesta!
No hay nota por tu acento no emitida:
Tan grande en la inquietud como en la calma,
Tocas todo el registro de la vida,
Recorres todo el diapasón del alma!
Siempre con igual éxito, tu numen
Brota en odas, idilios y elegías;
Y es que en tí se completan y resumen
Píndaro, Anacrëonte y Jeremías!
Tu genio no es el bólido infecundo
Que en vano estalla en el celaje incierto:

Es la columna que dirige al mundo,
Camino del Edén, por el desierto!
El ideal que el porvenir reserva
Y que hace ahora su primer ensayo,
Saldría de tu frente, cual Minerva
Surgió de la cerviz del dios del rayo!
Angeles que combaten con vestiglos
Y que alcanzan victoria tras victoria,—
Tus himnos brillan como el sol!—La historia
No ha producido en los mayores siglos
Gloria que pueda superar tu gloria!

....

¡Contemplad al coloso!
Ved cómo lucha y lucha y nó desmaya;
Cómo pisa, radiante y majestuoso,
El más alto crestón del Himalaya:
Cómo allí,—puesto en Dios el pensamiento,
Revela un nuevo mundo en cada grito...
¡Atlas en que se apoya el firmamento!
¡Atalaya que explora el infinito!

Salvador Díaz Mirón.
(mejicano.)

Á VICTOR HUGO

¿Quién soy para ofrecerte mis cantares?..
Hablarte en tu lenguaje fuera mengua:
Al que es grande y profundo cual los mares,
Le canta el huracán y no la lengua.

En desusado atrevimiento raya

Hablar en verso provocando mofa,
Al que tuvo por lira un Himalaya.
Cun una tempestad en cada estrofa.

Querer medir tu magnitud, abisma.
Todo un siglo te sirve de proscenio.
Eres, más que un mortal, la Francia misma,
Hecha de carne y fulgurante en genio.

Con cada frase que tu labio dice,
Cae un trono y se quiebra una corona;
Eres la humanidad cuando maldice,
Y la austera virtud cuando perdona,

Los pensamientos que en tu mente hirvieron,
Cauda te forman de inmortales rastros;
De tu cerebro colosal surgieron,
Cual de la mano del Señor los astros.

Para cantar tu genio, que hoy aprecia
Como el más alto el Universo entero,
Preciso fuera, conmoviendo á Grecia,
Ir en su tumba á despertar á Homero.

En un trono de luz dejarte solo,
Tender bajo tus piés la mar Egea,
Y sentado á tu diestra al dios Apolo
Y á tu siniestra á Venus Citerea;

Al rayar del Olimpo la alborada,
Que Homero te conozca, que se asombre,
Y con su *stylo* que escribió la Iliada,
Que esculpa al pié del Partenon tu nombre.

Que en pentélico mármol Praxiteles
Labre tu estatua, y al pasar severos,

Se inclinen saludando tus laureles
Admirados los siglos venideros.

¿Quién te puede juzgar en nuestros días?
¿Quién de tu gloria llamará á las puertas?
Ya murieron Homero é Isaías,
Y Atenas y Sión están desiertas.

¿Cómo juzgarte, pensador gigante?
El solo peso de tu genio abruma.
Se necesitan planchas de diamante.
Y en la lumbre del sol mojar la pluma.

Entra al Olimpo... Llevas por delante
La columna de fuego de la Historia.
Diga el mundo de ti cuanto es bastante:
¡Nació francés, mas lo engendró la gloria!

Juan de Dios Peza.
(mejicano.)

EL TAGIVO (1)

I

Cuentan viejas leyendas guaycuruyanas
Que ha habido en las comarcas americanas
Un árbol misterioso que en vez de flores
Criaba mariposas de mil colores,
Y en los días serenos de primavera
Ostentaban su gala más hechicera.

En su lecho de aromas y á las caricias
Del sol, que les brindaba gratas delicias,

Veían las mariposas encantadoras
Deslizarse tranquilas sus dulces horas,
Sin pensar que las penas son una herencia
Que reciben los seres con la existencia.

Pero pronto llegaba para su daño
El día inevitable del desengaño
Y, al sentir que las flores cerraban mustias
Sus asilos queridos, llenos de angustias,
Aquellos pobres seres de amor cautivos,
Cayendo junto al tronco de los tagivos,
Cavaban sepultura con entereza
Y allí enterraban juntas vida y tristeza:
Que el deseo de muerte fiero le asalta
Á quien ama de veras y amor le falta.

Mas allí, transformadas de ser en planta,
Comenzaba otra vida más noble y santa,
Pues, alzando sus ramas hasta las flores
Defendían el nido de sus amores
De los rayos ardientes del sol de estío
Que sus senos hería con dardo impío.

II

Yo he sido un tiempo, niña, la mariposa
Que en la flor de tu pecho vivió dichosa,
Y hoy sufriendo las penas de tu destierro
He caído á tus plantas y allí me aferro
Para servirte un tiempo de suave alfombra
Y, cambiando de vida bajo tu sombra,
Ofrecerte el escudo de mi experiencia
Contra las asechanzas de la existencia.

Oculto entre las sombras del desencanto,
No verás de mis ojos brotar el llanto;

Porque quiero que creas que el dulce olvido
Para mi mal de amores bálsamo ha sido,
Á fin de que el aspecto de mi agonía
No envenene las horas de tu alegría.

Yo he de seguir tu huella con fiel empeño
Yo he de estar á tu lado, velar tu sueño,
He de ahuyentar las penas que te buscasen,
Evitar los peligros que te amenacen
Y, el día que te aflija dolor tirano,
He de abrirte los brazos como un hermano,
Para que allí sepultes con tus enojos
El llanto que derramen tus bellos ojos.

JUAN M. OLMOS.
(argentino.)

---

(1) El tagivo es una especie de guayacán que se cría en las Misiones del Paraguay, y del cual decían los indios que criaba mariposas en las flores, las que se enterraban al pié del árbol y del axila de sus alas brotaban los retoños de la nueva planta. Talvez ellas llevaban en su vientre las semillas del árbol y al descomponerse dejaban las semillas ya enterradas. (véase Padre Lozano —Historia del Paraguay y del Río de la Plata.)

PENTÉLICA

El viejo sol: Osiris,
Que las arenas del desierto dora
Después que enciende con la luz del iris
Las transparentes gasas de la aurora,
Esplende en el cenit.

Su roja hoguera,
Que finge el brillo de purpúreas clámides,
Los átomos inflama y reverbera

Al pié de las pirámides.

Mudas las aguas del sagrado Nilo,
Sueñan con inundar pueblos remotos;
Y moviendo las ondas con sigilo,
Sobre azulados cálices de lotos
Asoma la cabeza un cocodrilo.

Entre el follaje verde,
Que la ribera esmalta,
Pareja de Ibis jugueteando salta,
Y otra en el seno del maizal se pierde.

El viejo sol: Osiris,
Que colorea con la luz del iris
Las gásas de la aurora y de la tarde
En lo más alto de los cielos arde,
Y á través del desierto solitario,
Se divisa, á lo lejos del camino,
La silueta borrosa del beduino
En la giba dorsal de un dromedario.

ANDRÉS A. MATA.
(venezolano.)

LA TEJEDORA DE ÑANDUTÍ (1)

Á Daniel Muñoz.

Graciosa, esbelta, pura y sencilla,
Con aleteos de *mainumbí*, (2)
Al brazo lleva su canastilla
La tejedora de ñandutí.

Flores de ceibo su boca imita,
Su talle es fino como el *pirí*. (3)
¿Quién la resiste, si es tan bonita,
Y hace tejidos de ñandutí?

Carlos la adora, y oye en el sueño
Dulces palabras en guaraní,
Y que le llama su amado dueño
La tejedora de ñandutí.

Ayer la dijo:—¡Qué hermosa eres!
¡Oh, paraguaya, muero por tí!
Juntos haremos, si tú me quieres,
Muchos tejidos de ñandutí.

—«Gracias, responde, pues soy dichosa
En las riberas del Tacuarí,
Donde es amada como una diosa
La tejedora de ñandutí.

«Mi novio cuida sus lindas cabras,
Siembra mandioca, planta maní;
Más primorosas son sus palabras
Que mis tejidos de ñandutí.

«En su *canoa* me lleva al lado,
Me dá fragante *peripotí*... (4)
¡Si lo supieras! le tengo atado
Con suaves lazos de ñandutí.

«¿Quién es más noble, quién es más *rico*
Que mi adorado? ¡Feliz de mí!»
Y coqueteaba con su abanico
Lleno de estrellas de ñandutí.

Cogió, sonriendo su canastilla
Y, con la gracia del *mainumbí*,

Siguió su ruta, tierna y sencilla,
La tejedora de ñandutí.

VICTORIANO E. MONTES.
(uruguayo.)

Ñandutí: Palabra guaraní, con que se designa un tejido indígena muy fino y delicado.
Mainumbí: Picaflor.
Pirí: Especie de junco
Peripotí: Flor silvestre muy fragante.

EL PINTOR DE BATALLAS

(Doctor Julio Fernandez Villanueva, muerto en el combate del Parque el 26 de Julio de 1890)

¡Salve, artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que anhela el sacrificio,
Y sucumbe en la lid gallardo y fiero!

Te dió su inspiración Echeverría,
Castelli el alma, Necochea el brazo,
Mármol su tormentosa fantasía,
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como un sol, está irradiando.
¡En himnos mil la admiración estalle,
Oh, pintor, que has caído batallando
Á los piés de la estátua de Lavalle!

De la patria del alma el vilipendio
Tu noble corazón de angustia crispa,
Como crispa á los robles el incendio,
Esa prole siniestro de una chispa.

¡Cómo tu pecho enardecido late
Al oír de la patria los clamores,
Al entonar los himnos del combate,
Sirenas de la guerra, los tambores!

En explosiones bélicas estallas,
Y el pintor se transforma en el soldado,
Como hombre que ha pintado las batallas,
Y que ama las batallas que ha pintado.

¡Salve, artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que amaste el sacrificio,
Y caíste en la lid gallardo y fiero!

El generoso jóven de alma fuerte,
Que adore el arte, y como tú batalle,
Suspirará por tu sublime muerte
Al pié del monumento de Lavalle.

¡Cual soñaría tú alma de gigante
Al trasladar al inspirado lienzo,
Lleno de unción, con el pincel vibrante,
Los muertos de tu Maipo y San Lorenzo.

Y juraste, en transportes peregrinos,
De una visión profética á los lampos,
Lidiar como esos héroes argentinos,
Y hallar la muerte en tan gloriosos campos,

¡Oh, pintor! en tus cuadros opulentos
Vibra el clarín y ondean los pendones,
Vuelan á combatir los regimientos,
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea
Al trazar la silueta de los bravos,

Que hicieron fulgurar en la pelea,
El sable redentor de los esclavos!

Tú con corceles de tremantes crines,
Con morriones, penachos y oriflamas,
Y arenga de tambores y clarines,
En patriótico ardor el pecho inflamas.

Se vé, se asiste al bélico torneo;
Ruedan allí las armas hechas trizas...
¡Oh, del pincel altisímo Tirteo,
Tú apostrofas, tú incendías, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,
Tempestades, catástrofes, escombros,
Antros, cumbres, hipérboles, desmayos,
Estampidos, relámpagos y asombros.

Siguiendo al Héroe en su triunfal carrera,
¡Cuál tu númen el vuelo audaz ensaya!
Si tú no hubieses muerto...¡el mundo viera
Al Andes saludando el Himalaya!

Huérfano de tu mano cariñosa,
¡Ah! ¡qué harán tu paleta y tus pinceles,
Ellos debieran coronar tu fosa
Convertidos en bosques de laureles!

Y allí, al silencio nocturnal profundo,
Dando el ramaje al huracán que zumba,
Publicar, sollozando, por el mundo,
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas
Conquistarán, de Grecia en el recinto,
La admiración de Apeles en Atenas,

Y el lauro de los héroes en Corinto.

Dale ¡oh, gloria! un mirífico destello,
Dadle ¡oh poetas! vuestro excelso canto,
Pintar los triunfos de la patria es bello,
Y morir por la patria es noble y santo.

Victoriano E. Montes.
1890. (uruguayo.)

EL VIAJE ETERNO

Á mi amigo querido Dr. J. H. Martinez Castro

El hombre es el sacerdote de la creación.

Lamartine.

Como la fuente de los grandes ríos
La cuna está del pensamiento humano
En los bosques sombríos;
El también vá á perderse en otro Océano,
Es un río también ancho y profundo
Que ora apacible se desliza y lento,
Ora se precipita turbulento
Como un mar desbordado sobre el mundo!

Es el río inmortal de las ideas,
Que por el cauce inmenso de la vida
Corre á desembocar al infinito,
Y con el limo universal que encierra
Pasa á través de arenas y de hielos,
Fecundando la tierra
Y reflejando en su cristal los cielos!

Habitador del bosque primitivo,
Fiera errante en la lóbrega espesura,
El hombre en la Natura
Antes de ser su rey, fué su cautivo;
Cautivo de los ciegos elementos,
Siervo infeliz de la materia bruta,
Su vida es una presa que la muerte
Al infortunio sin cesar disputa!

Con misterioso anhelo
En su cerebro apenas aletea,
Sin fuerza aun para tender el vuelo,
El ave de la idea!
No tiene patria aun, hogar, ni calma,
Y apenas si en sus sendas escabrosas
Lo guía un vago instinto de las cosas
Especie de crepúsculo del alma!

Crepúsculo que anuncia
El día para el mundo del espíritu;
Vaga y confusa irradiación de un astro
Que allá en su oriente misterioso espera
Un mandato de Dios para lanzarse
Á iluminar la esfera!
Alborada indecisa que precede
Con vagos arreboles
Al sol del pensamiento,
Reina invisible de los otros soles!

Como una jóven madre cuando siente
El fruto de su amor dentro su seno,
Así la tierra toda
Se estremece con júbilo sagrado,
Y hasta el cielo sonríe alborozado
Con la sonrisa del azul sereno!

Ya tiembla la montaña amenazada
Por un audaz dominador de cumbres;
Ya siente casi hollada
La nieve vírgen de su intacta cima
Oyendo á la distancia en la espesura
Los pasos de un titán que se aproxima
Con firme intento de escalar la altura!

De aquel mísero ser abandonado
Qne cruzaba el desierto desvalido,
¿Qué luz sobre su frente ha descendido?
¿Qué diadema inmortal le ha coronado?
¿Por qué las selvas vírgenes y hermosas
Inclinan su ramaje
Y ante su planta deshojando rosas
Le rinden homenaje,
Y le ofrecen los árboles sus flores,
Las flores sus perfumes más süaves
Los campos sus vistosos atavíos,
Su más sonoro cántico las aves,
Y su más blando murmurar los ríos?

Es que ya lanza el fuerte Prometeo
Su grito audaz de rebelión y guerra,
Henchido de recónditos anhelos
Ya se apercibe un hijo de la tierra
Para el rapto de fuego de los cielos!

Es que el ave de luz, que en otros días,
En el cerebro de la bestia humana,
Dormitaba sin voz y sin aliento,
Ha batido con ímpetu sus alas
Pronta á lanzarse á desafiar el viento!
El huésped peregrino de las selvas,
Huérfano morador de la espesura,

Oye en el aire extrañas armonías,
Misteriosos llamados de la altura!
Sale de su guarida, avista el llano,
Y el rayo en su mirada centellea!
¡Es que ha brotado la primer idea!
¡Es que ha nacido el pensamiento humano!
Es que con pasmo siente
Que de su sér entre el caos profundo,
Ya se elabora en aparente calma
El misterioso génesis del alma
Más sublime que el génesis del mundo!

Salvaje aún, soberbio ya se muestra,
Y al ir del monte por la agreste falda
Suena el carcaj de flechas á su espalda,
Y el arco de Nemrod vibra en su diestra!

Vencedor de la fieras en el bosque,
Cuando regresa en busca del sosiego
Con los despojos de la res herida,
¿Quién ha encendido fuego
Al umbral de su rústica guarida?
¿Quién le sale al encuentro á su llegada?
¿Quién lo espera de júbilo sonriente
Con guirnaldas de flores en la frente
Y caricias de amor en la mirada?

¿Quién? La mujer, su eterna compañera,
La que su rostro sudoroso enjuga,
La que con llanto sus heridas lava,
La que en hechizos y en ternura hermosa,
Entónces era la sumisa esclava
Para más tarde ser la noble esposa!
Y la madre bendita,
Y la madre fecunda, en cuyo seno

La venidera humanidad palpita!

Magnético poder, fuerza gigante
Latir hacía á la creación entera;
Y la tierra en su infancia
Bajo un cálido sol de primavera
Tibia exhalaba matinal fragancia!

El mundo ébrio de gozo,
Se estremeció en presencia del sagrado
Misterio del amor; la exuberante
Vírgen naturaleza primitiva
Sintió arder y agitarse en ese instante
Todo el torrente de su sávia viva!
Vencida por la mágia de un influjo
Desconocido y de un placer sin nombre
Pródiga desplegó todo su lujo
Para las bodas de su rayo; el hombre!

En la hora feliz de sus amores
Brindóle allí en las selvas tropicales
Un tálamo de céspedes y flores!
Por antorchas nupciales
Le dió los astros vívidos que alumbran
Las noches de los climas orientales!

Cuando dos séres por su bien perdieron
Esa inocencia estúpida, esa calma
Estéril de la bestia;
Allá en la vasta soledad sintieron
Con la del cuerpo, la atracción del alma!
Cuando al rumor del agua cadencioso,
Y á los vagos murmullos del ramaje
Mezcló su eco armonioso
El verbo humano en un eden salvaje,

La voz de la palabra modulada
Reveló al mundo incógnitas delicias,
La selva obscura se pobló de encantos.
El aura fresca suspiró caricias,
Y aprendieron las aves nuevos cantos!

Suspiros de pásión, vagos acentos,
Voces por vez primera articuladas,
Notas nunca escuchadas
Volaron sobre el ala de los vientos;

Y á la vista de Dios en los desiertos,
Síntiendo en noche cálida y hermosa
El impulso de un éxtasis sin nombre,
Unos labios de rosa
Con sus lábios de fuego tocó el hombre!
Los deleites del cielo
Gustó la tierra por la vez primera;
Los campos florecieron de improviso;
De ese ósculo brotó la primavera;
Donde nació el amor, fué el paraíso!

Así su vida en trabajosa senda
Del aislamiento á la familia pasa
Forma la tribu en fin y alza la tienda
Ese rústico esbozo de la casa!

Con el cuerpo robusto ya cubierto
Por la piel de una fiera
Doma al bruto y se lanza á la carrera
Por el ámbito inmenso del desierto!
Y el desierto le atrae y habla á su mente
Con la voz de la roncas tempestades,
Y allí su alma confundir se siente
Al alma de las vastas soledades!

Allí en sus obras Dios se le revela,
Y su infinita majestad admira;
No en la biblias humanas
Donde la imágen del Creador se vela
Con celajes de fábula y mentira
Que empequeñecen su inmortal grandeza,
Sinó en tu libro eterno
¡Oh, santa y colosal naturaleza!

Poeta y sacerdote de lo creado
Mezclaba el hombre en los primeros días,
El himno y la plegaria
Del mundo á las primeras armonías!
Sus holocaustos ofreció en el templo
Grandioso de las selvas seculares,
Á la luz de los ámplios horizontes,
Sirviéndole de altares
La enhiesta cima de los altos montes!

Como fuente en su origen, clara y pura,
El alma humana vírgen todavía,
Llena de fuerza y de candor vivía
En contacto filial con la natura
Y en relación con Dios. Era su culto
El culto espiritual de los que oraban
Al aire libre en el espacio abierto;
Sencilla religión que profesaban
Los antiguos patriarcas del desierto!

Aún las nubes del error no eclipsan
Al sol del pensamiento,
Ni absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento!
No había aún los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,

Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre!
Y bendicen el crímen,
Entónces aún no había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

El pensamiento humano
Va siempre en busca de un ideal divino;
Tiene la vasta inmensidad por rumbo,
La tierra por camino!
Es una tempestad de tempestades,
Donde se agitan férvidos anhelos,
Y su vida á través de las edades
Una ascención sin término á los cielos!

Lanzado á la conquista del espacio
Su marcha en las naciones
Es primavera fúlgida de gloria,
Su triste alejamiento es un invierno
Moral. Los grandes hechos de su historia,
Son las jornadas de su viaje eterno!

La India con sus espléndidas llanuras
Y sus altas cadenas de montañas
De colosal vegetación cubiertas,
Turbando el polvo de las razas muertas
Lo sintió circular por sus entrañas!

Buscando un nuevo y apartado asilo
Se lanza hácia el Egipto misterioso,
Páramo inmenso que fecunda el Nilo!
Vasto oásis, isla de verdura,
Que sobre el mar de arenas del desierto
Á los rayos del sol duerme cubierto
Con la pompa oriental de su hermosura!

Dejó su nombre escrito
Allí con portentosos monumentos!
Esfinges y obeliscos de granito
Cuyos rotos fragmentos,
Despojos del naufragio de una raza
En el inquieto mar de las edades,
En tristes y calladas soledades,
De arenas sobre estériles colinas,
Parecen hoy cubiertos por la yedra,
Que del mudo poema de las ruinas
Son colosales páginas de piedra!

Sólo quedan de pié como guardianes
Del tiempo en esos anchos horizontes,
En altos conos que parecen montes
De apagados volcanes!
Las sombrías pirámides
Que la grandeza humana y la existencia
De las razas que han muerto,
Proclaman en presencia
De la grandeza eterna del desierto!

Hijo de las regiones de la aurora
Siempre con rumbo al Occidente avanza,
Y de la sombra en dirección se lanza
Para ahuyentar la noche aterradora
Cual otro sol que como el sol camina
Del Oriente al Ocaso, (1)
Y detuvo su marcha peregrina
Cuando de Grecia en la región divina
Una patria feliz halló á su paso!
Dejando en ella espléndidos vestijios,
Y haciendo de sus obras monumentos,
En cada esfuerzo realizó prodigios
Y á cada idea ejecutó portentos!

En una lengua por el arte amada
De dulce ritmo y celestiales voces,
Á cantar destinada
La gloria de los héroes y los dioses,
Inspira en melodioso balbuceo,
De su existencia en el primer periodo,
La Teogonía mística de Hesiodo
Y los sagrados cánticos de Orfeo!
Despues levanta á su zenit glorioso
Al astro Inteligencia,
Y una inmortal constelación de génios
Del Arte y de la Ciencia
El firmamento espléndido corona,
Cuando en pasmoso y acabado estilo
Canta en Homero, en Píndaro y Esquilo
Y en Platón y Aristóteles razona.
Con el Homero del cincel, con Fidias
El gigantesco Paternón eleva,
Esa Iliada de mármol,
Y á las inquietas turbas populares
Con la voz de Demóstenes subleva
Como subleva el huracán los mares!

Enamorado de ese suelo hermoso
Donde la eterna Venus palpitaba,
De ese suelo que Flora embellecía
Y Céres fecundaba,
El errante viajero de los siglos
Delumbrado por mágicos colores,
Entre embriagueces lánguidas yacía
Aprisionado por la red de florss
Que el génio de la Fábula tejía!
En dulce adoración de la belleza,
La verdad descuidaba,
Que es de su ruta el anhelado extremo,

Y en su culto á la gran Naturaleza
Ciego olvidaba el Hacedor Supremo!
Hasta que en medio á las alegres voces
Sócrates hizo oír su voz severa,
Á cuyo acento retembló en la esfera
El viejo Olimpo y sus caducos dioses!

Es que las nubes del error ya eclipsan
Al sol del pensamiento,
Y absurdos dogmas la razon empañan
Como al limpio cristal impuro aliento;
Había ya los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre
Y bendicen el crímen;
Es que entonces ya había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

Ellos, los que al filosófo de Atenas
Dieron la copa de cicuta; ellos
Que en su arrogancia vana
Creen que se mata la conciencia humana
Porque un campeón en su defensa muera,
Ellos darán mañana
La cruz á Cristo y á Juan Hus la hoguera!

La marcha del espiritu en los tiempos
Es como una Odisea de la historia:
Ulises es el símbolo, el emblema
De sus rudos contrastes y su gloria!
El pensamiento humano,
Que abate tronos como el héroe griego
Y se alza vencedor entre ruinas
Hollando sangre y destrucción y fuego,

También por las borrascas combatido,
Náufrago á veces se le mira errante
Vagar por entre escollos, perseguido
De enemigas deidades;
¡Rey destronado que de zona en zona
Navega por el mar de las edades
En busca de su patria y su corona!

Después se lanza á otra feliz ribera,
Y en pos de Grecia, la nación artista,
Levanta á Roma la nación guerrera
Destinada del orbe á la conquista.
Su trono asienta en el verjel latino
Que el Tíber baña en abundante riego,
Allí donde alza al éter cristalino
Su cúpula de nieve el Apenino
Y el Vesubio su cúpula de fuego!

Como la diosa Palas, ese pueblo
Nació armado á la vida
Para arrojarse con ardor fecundo
Á la ciclópea lucha sostenida
Durante doce siglos contra el mundo!
Probando contra Aníbal su constancia
Se alzó más grande al borde del abismo
Y en la Iberia domó con su heroismo
El épico heroismo de Numancia!
Extendiendo hácia el África abrasada
Su cuerpo giganteo
Fué en sus brazos Cartago sofocada
Como en los brazos de Hércules, Anteo!
En tanto que la gloria conducía
Sus vencedoras águilas; en tanto,
Que de sus armas el fragor hacía
Trémulo el orbe enmudecer de espanto;

Mientras de la señora de los pueblos,
Sobre la regia frente, que de Marte
Los rayos coronaban,
Sus vates con amor entrelazaban
Al guerrero laurel, flores del arte!
Mientras hacían resonar el viento
De la epopeya con la nota grave,
Con el lírico acento
De la oda entusiasta y la süave
Cadencia del idilio
En deliciosos sáficos, Horacio,
Y en sublimes exámetros, Virgilio,
Roma se apoderaba del espacio!

Pero el espacio hambriento que devora
Lo que en sus negros ámbitos se abisma,
La hunde agobiada bajo el peso enorme
De su grandeza misma!

En vano por instantes se incorpora,
En vano asirse á la extensión desea;
Vacila y cae, y la extensión la absorbe,
Haciendo en pavoroso desconcierto
Despertar á las razas del desierto
Y en su ancha base estremecer al orbe!

Así volcado en rápido hundimiento
Cae en el mundo romano
Como vieja montaña desquiciada;
Pero se salva el pensamiento humano!
Porque su vago y misterioso efluvio
Flota sobre los grandes cataclismos,
Como en las vastas aguas del diluvio
Sobrenadaba el Arca en los abismos!
Y viendo entonces por doquier rüina

Fué del sagrado Gólgota á la cumbre
Buscando un foco en que avivar la lumbre,
Con que el orbe ilumina.

Ya en posesión de la verdad divina
Sale al encuentro de esas nuevas razas
Hijas de una región desconocida
Que vomita el desierto,
Y hallando el mundo á su expansión abierto
En busca de la luz van á la vida!
Sale á su encuentro y las detiene, y hace
Cuando la enseña de la cruz levanta,
Que se arrodillen con fervor profundo,
Ellas, á cuya planta
Se arrodillara con temor el mundo!
Después las alza con la frente ungida
Por el bautismo de la nueva idea,
Y entre el caos de los feudales tiempos
Donde la edad moderna se elabora
Sobre la noche universal pasea
El alma de Jesús como una aurora!

Siglos y siglos se escuchó en la tierra
El hurrah de las razas vencedoras
Que en el futuro su poder distinguen
Mezclado al largo, incógnito y perdido
Sollozo de las razas que se extinguen
Rodando hácia el silencio y el olvido!
Dios preside en el alto firmamento,
Y preside el espíritu en la tierra
De una inmutable ley al cumplimiento,
Ley que el progreso universal encierra
Y hace que en pos de cien transformaciones
Se conviertan, dejando eternos rastros,
Las nebulosas pálidas en astros,

Y las razas errantes en naciones!

Nacen y mueren pueblos en la Italia;
Los Francos herederos de su gloria
Celebran el festín de la victoria
Sobre la tumha de la antigua Galia!
De la que sólo queda entre rüinas
Cubiertas por el manto de la yedra,
Las sombras de las druídicas encinas
Sobre los grandes dólmenes de piedra.

La abrupta cima de las altas rocas
Teniendo por asiento,
Y dominando en torno la campiña,
Se alzaban el castillo y el convento
Como nidos de aves de rapiña!
Del pueblo se hacen el sangriento azote
Cuando instituyen como santo fuero,
La servidumbre física, el guerrero,
La esclavitud moral, el sacerdote!

Dos poderes al mundo esclavizaban
Dictándole sus leyes:
Los reyes á los pueblos dominaban
Los papas á los pueblos y á los reyes!
La injusta guerra por doquier ardía,
El pueblo soportaba los horrores
Y obediente la Europa á sus señores
Oraba y combatía!
La Iglesia omnipotente
Alzando aquí un cadalzo, allí una hoguera,
Tiraniza el espíritu, le oprime
Y castiga con bárbaro escarmiento
El delito sublime
De pensar en su propio pensamiento!

La noble España, émula de Roma,
La que á la sombra del pendón guerrero
Dando á las artes venturoso asilo,
Tuvo en Cervantes un rival de Homero
Y en el gran Calderón un nuevo Esquilo,
La nación que abarcando
Mayor espacio en la terrestre esfera
Hizo retroceder los horizontes;
Pueblo que en medio de los pueblos era
Lo que el monte Himalaya entre los montes!
Volcánico cometa que á su paso
Dejó un reguero fúlgido en la historia
Y fué á caer en silencioso ocaso
Desde el zenit del cielo de la gloria!
Es que en hondo sopor aletargado,
Fué al peso agoviador del fanatismo;
Coloso que rodó despedazado
Con pavoroso estrépito al abismo.

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,
El clero oraba hipócrita de día,
Y de noche, á espaldas de los templos,
En bacanales lúbricas reía!
Reía; en tanto el pueblo,
La inmensa masa anónima que vive
Entre la pena de infortunios viejos
Y la congoja súbita que asombra,
Sollozaba allá léjos,
En las profundidades de la sombra!

¡El pueblo, eterno mártir olvidado,
Que espirante en la tienda de campaña,
En el taller hambriento y fatigado,
Y hambriento y desvalido en la cabaña,
Exhala su lamento,

Ese largo gemido sin respuesta
Que los monarcas en su alegre fiesta
No saben dónde se lo lleva el viento!
Aunque caen silenciosas,
Las lágrimas del pueblo no se pierden!
Son riego de simientes misteriosas!
Los hondos, tristes y llorosos ayes
Que lanzan las dolientes multitudes,
Como el vapor que brota de los valles
Del trópico en las altas latitudes,
Primero es una masa que invisible
Se extiende, y luego se condensa sube
Hasta formar la nube.
En donde el rayo estallará terrible!

Hierve la tempestad en los abismos
Haciendo que un rumor profundo y grave,
Retumbe sordo y pavoroso ruede
Del globo en las entrañas silenciosas;
Es la inquietud inmensa que precede
Al cumplimiento de las grandes cosas!

Por el cáncer del vicio corroída,
La Iglesia vacilaba en desconcierto
De Jesús con la túnica arropada;
Era un cadáver fétido cubierto
Con un manto de púrpura sagrada!
El grande, el inmortal Savonarola
Sacerdote y tribuno,
Apóstol de la ley del evangelio
Y el noble pensador Giordano Bruno,
Mártir del evangelio de la ciencia,
En la hoguera espiraron
Para los redentores encendida
Porque con mano intrépida arrancaron

Algo del velo de esa fé mentida;
Hasta que ardiendo en entusiasmo santo
Lutero apareció como un mesías,
Y en medio al estupor de las naciones
Hizo pedazos ese impuro manto
Y la tierra barrió con sus girones!
Ese hondo tabernáculo de vicios
Así del todo abierto,
Así desnudo el ídolo del todo,
Mostró á la Europa atónita lo que era
La Iglesia: brillo y esplendor por fuera;
Por dentro, sangre y podredumbre y lodo!

Lutero, este Jesús del Occidente
Que restituye al hombre la conciencia
Y Gutemberg, cuyo sublime génio,
Presta á la inteligencia
Las alas fulgurantes del relámpago,
Socavan el cimiento
Del Vaticano y con pujanza altiva,
Ponen en libertad al pensamiento
Como se suelta un águila cautiva!

Cuando el humano espíritu alborea
Despues de largo eclipse,
Los primeros fulgores de la idea
Del génio brillan en la excelsa frente,
Como al alzarse el sol en el Oriente
Lo que primero dora, son las cumbres!
Los génios son los grandes emisarios
Que Dios al mundo envía,
Los que alzando sus índices gigantes
Del progreso y la luz muestran la vía!
Galileo y Colón con noble audacia,
Y con el torpe fanatismo en guerra

Hallaron como premio á sus anhelos,
El uno nuevos mundos en la tierra
El otro nuevos astros en el cielo!

El hombre un tiempo en su soberbia dijo:
«Los cielos y la tierra
Se han hecho para mí; yo soy el hijo
Predilecto de Dios; yo soy su imágen!
La mansión de mi vida
Alumbra el sol desde el inmenso espacio
Como perenne lámpara encendida
En la bóveda inmensa de un palacio!
Prendiendo el manto azul del firmamento
Con diamantinos broches,
Los ángeles suspenden las estrellas
Para que en el misterio de las noches
Mi vista ociosa se deleite en ellas!»
¡Sueños de vanidad! Con mente osada
Copérnico adivina el movimiento
De la jigante máquina del mundo,
Y vé la triste humanidad inquieta
El puesto humilde que en los cielos tiene
Nuestro pobre planeta;
Y débil humillada
Siente el hondo pesar del que despierta
Bajo el duro rigor de áspero dueño
Y en profundo abandono,
Despues de creerse en la ilusión de un sueño
De pié en el alto pedestal de un trono!

Mirando todo bajo un plan diverso
Al que su necia presunción forjara,
La vasta inmensidad del universo
Con su humillante pequeñez compara;
Pero Kepler se espande

En portentosos cálculos, mostrando
Que en esa pequeñez hay algo grande,
Puesto que él desde el polvo de la tierra,
Mísera habitación de los mortales,
Átomo leve en la extensión perdido,
Se eleva á los espacios siderales
En alas de su espíritu atrevido;
En frente allí de la creación inmensa
Rásgase ante él de la verdad el manto,
Tiene sublimes éxtasis; y piensa
Pensamientos de Dios!
Mas ay! en tanto
Que audaz el genio humano
De la tierra exploraba el hondo abismo
Y audaz por los espacios discurría,
La esencia de su ser desconocía,
Se ignoraba á sí mismo!
Pero Descartes penetró del alma
En el mundo invisible, cuyo imperio
Estaba como un bosque primitivo
Poblado de tinieblas y misterio!
Al entrar derribó viejos errores
Y abrió nuevos senderos,
Como el valiente leñador que avanza
Y se interna en la lóbrega espesura,
Los troncos bate de árboles antiguos
Y abre camino en una selva oscura!

Halley, ese profeta de la ciencia,
Sublime indagador del infinito,
Con quien tuvo su espíritu gigante
Largas horas de muda confidencia,
Dice al cometa errante:
«Tal día brillarás en nuestro cielo,»
Pasa un siglo, y á la hora prefijada

Un nuevo astro con triunfante vuelo
Se presenta en la bóveda azulada!

Franklin la mira en días de tormenta,
Pero su mente á las alturas sube
Y en el aire extendiendo
El brazo de metal del pararrayo
Roba su chispa eléctrica á la nube!
¡Franklin ya tiene en su poder el rayo,
El arma de los dioses!
Y al valeroso Washington la entrega
Cuando en su patria llega
De la esperada libertad la hora,
Para que sea en sus robustas manos
La espada redentora
Con que arrebate el cetro á los tiranos!

¡Instantes de suprema espectativa!
Oscura nube espesa,
Fatídica se cierne en los espacios
Y en tanto en la mansión de los palacios
Nunca el rumor de los festines cesa!
El vicio entre la púrpura se engríe,
Algo en el seno de las sombras lucha;
La voz de los filósofos se escucha,
El pueblo lee y medita; Voltaire ríe!
El horizonte lóbrego y profundo
Fulgura al brillo de lejanas teas;
La atmósfera es de fuego, las ideas
Cruzan como relámpagos el mundo!
Armado avanza el pensamiento humano
Sin que nada en su senda lo desvíe,
Por grados la contienda recrudece,
Rousseau los corazones enardece
Diderot argumenta y Voltaire ríe!

Y en esa risa irónica y potente
Hay un vago estertor de multitudes,
Un rumor sordo de cadenas rotas
Que hace temblar la mitra y la diadema;
Esa risa sublime tiene notas
De burla, de sollozo y de anatema!

La descreida humanidad se hundía
En torpe y sibarítico marasmo;
Ya no la conmovía
La virtud, ni la fé, ni el entusiasmo;
Fué entonces que Voltaire con mano airada
Le azotaba la faz desvergonzada
Sirviéndole de látigo el sarcasmo!

Fué su implacable sátira el terrible
Demoledor ariete á cuyos golpes,
Temblaron con su pompa y con sus leyes,
El trono envilecido de los Papas
Y el trono ensangrentado de los reyes!
¡Papado, Monarquía!
¡Nuevas Babeles del orgullo humano
Que levantara audaz el despotismo,
Que tiene por cimiento la ignorancia
Y por cúpula inmensa el fanatismo!
Para que brille el día
Después de las tristezas de esa larga
Noche de pavorosa tiranía
Que fué del mundo horror y vilipendio,
No de los astros él fulgor bastaba;
Esa noche moral necesitaba
La llama abrasadora del incendio!

Y el incendio estalló, y ardió en la tierra;
Se levantó como un titán el pueblo,

Y cetros y coronas
Echando al fuego de sangrientas piras;
Hizo al salir de su mortal desmayo
Ministro de sus cóleras al rayo
Y al trueno heraldo de sus justas iras!

Como un mar azotado por los vientos
La muchedumbre ruje,
Y al estallar su contenido encono,
Se agita, se abalanza, y á su empuje
Deshechos ruedan el altar y el trono!
La Francia en honda convulsión lanzaba
Grito de libertad tan alto y fuerte
Que, para siempre sonará en la historia;
Fué un volcán en fusión que vomitaba
Lava de muerte en erupción de gloria!

Siempre en pos de los grandes cataclismos
En que se agita el mar ó los volcanes,
Soplan los tempestuosos huracanes,
Esa respiración de los abismos!
Poderoso huracán que en su carrera
Arrebata ciudades;
Que las selvas deshoja, hincha los ríos,
Traspasa las calladas soledades,
Trepa á la cima de los Alpes fríos,
Desciende de sus altos
Picos de nieve perennal cubiertos,
Se ensancha, crece, el horizonte llena,
Cruza los mares, vuela á los desiertos
Y se revuelca en la caldeada arena;
Surcado de relámpagos
Su torbellino denso,
Los potentes obstáculos arrasa;
Pero derrama por doquier que pasa

Pólen fecundo en el espacio inmenso;
Eso fué Bonaparte!
Rayo de génio y huracán de gloria,
Que al rojo brillo de incendiarias teas
El pólen exparció de las ideas
Con que la Francia iluminó la historia!

Después que desató esas tempestades
¿Por qué cruza de nuevo el océano,
El viajero inmortal de las edades,
El pensamiento humano?

Es que más altas cimas
Quiere para brillar; es que anhelando
Espacios mas profundos,
Busca como Colón ignotos climas
Y encuentra nuevos mundos!

Quiere encender el faro de su lumhre
Donde le dé la libertad su amparo,
Y halla para columna de ese faro
Del Chimborazo la soberbia cumbre!
Su brillo se dilata
Por la vasta extensión de un continente
Y se reflja fúlgido y potente,
En el espejo colosal del Plata.

La voz del heroismo
Lanza su gritó enérgico de alerta
Y en los antros sin luz del fanatismo
El alma de la América despierta;
San Martín y Bolivar, los titanes
De las patrias contiendas
Que serán el Alcides y el Teseo
De futuras leyendas,
Libre entregaron á la raza humana

Inmenso campo para obrar prodigios;
El Plata, el Marañón y el Amazonas
Conservan de sus pasos los vestigios;
Y todo, todo en las extensas zonas
Que en triunfo recorrieron
Su genio y sus proezas atestigua;
Son en el nuevo mundo lo que fueron
Los semidioses de la edad antigua!
Para librar naciones
Sus pobres pero intrépidas legiones
Atravesaron páramos sombríos;
Tiñeron con su sangre de leones
Las pampas y las selvas y los ríos;
Treparon las mesetas de los Andes,
Y pueblo alguno ni época en la historia
Hombres y hazañas contempló tan grandes
Sobre tan alto pedestal de gloria!
Al pié de esas gigantes cordilleras
Que hacen la tierra aproximar al cielo
Y bañarla en su luz; en las riberas
De ríos dilatados como mares,
De llanuras sin fin sobre la alfombra
Y bajo el ancho pabellón de sombra
De inexplorados bosques seculares,
Su trono asienta el pensamiento humano,
Rey del orbe moderno,
Y en el vergel del argentino llano
Detiene el curso de su viaje eterno!
¡Y aquí demorará siglos y siglos,
Que al fin encuentra en esta tierra vírgen
En donde el sol del porvenir asoma,
Una patria más bella que la Grecia,
Más potente que Roma!
La patria americana,

En cuyo suelo espléndido y fecundo
Vendrá por fin á realizar el mundo
La libertad de la conciencia humana!

Es nuestra hermosa América un oásis
Á donde en pos de las jornadas rudas
Por áridos desiertos,
La peregrina humanidad acampa;
Aquí la mente y la palabra vuela
Libre como los vientos de la pampa;
Sávia primaveral nutre la vida,
Rumbo de oriente las ideas toman,
Se abaten viejos ídolos, altares
Caducos se desploman!
Y el hombre fuerte de la edad presente
Que corta istmos para unir los mares,
En este mundo jóven mira y siente
Perforación de montes,
Cumbres que invitan á gigantes vuelos,
Vastos ensanchamientos de horizontes,
Inmensa sed de espacio, hambre de cielos!

En vano los eternos rezagados
En la marcha ascendente del progreso
Que dan la espalda al sol que se levanta,
Sobre el fango de tiempos ya pasados
Quieren hacernos resbalar la planta;
No lo conseguirán. Se puede al águila
Aprisionar, mas sólo cuando inerme
Sobre las grietas duras
Herida cae ó descuidada duerme,
Más no cuando se cierne en las alturas!
Y hoy dueño del espacio
El pensamiento es águila de lumbre
Que vuela por los ámbitos profundos

De la insondable selva de los mundos
Hasta posarse en Dios, excelsa cumbre!

No es una ciencia atea,
Un futuro sin Dios, lo que predican
Los defensores de la nueva idea;
Son los fuertes obreros que edifican
El nuevo santuario de las almas;
Son los profetas que en su ardor fecundo
Anuncian entre víctores y palmas
La religión del porvenir, al mundo!
Es el templo en escuela convertido,
Y el culto inmaterial de la conciencia
Lo que en su ardiente prédica reclaman;
No es la ciencia sin Dios lo que proclaman,
Sino á Dios revelado por la ciencia!

¡Alma del infinito,
Desconocido espíritu sin nombre
Cuya grandeza por doquier contemplo,
La tierra es tu ara, la creación tu templo,
Y el sacerdote de ese templo, el hombre!

JOAQUÍN CASTELLANOS.
1884. (argentino.)

* TRISTISSIMA NOX

I

¡Hora de inmensa paz! Naturaleza,
Entregada en las horas de la noche,
Á insomnes trasgos y fantasmas fieros,
Breves instantes dormitar parece

En espera del alba. Cae el viento,
Con las alas inmóviles, en tierra;
Duerme la encina; el lobo soñoliento
Se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
Que no agitan las lluvias torrenciales
Y sólo turban en el duro invierno
Lentas lloviznas ó menuda lluvia.
Es el inmenso sueño: paso á paso
La pantera que ha poco devoraba
Á la mísera res, busca en silencio
El hediondo cubil; ya no se oye
De la culebra rápida el silbido,
Y entre grandes lumbradas, que alimentan
Las rajas crepitantes de la encina,
Recuéstase el viajero de los bosques
Al lado de su vieja carabina

Todo reposa: por los aires huye,
Tras diabólica bruja, el ágil duende;
Se aproxima la luz, el mal concluye,
Suben las almas y la paz desciende!

II

La noche es formidable: hay en su seno
Formas extrañas, voces misteriosas;
Es la muerte aparente de los seres,
Es la vida profunda de las cosas.
Dios deja errar lo malo y lo deforme
En las sombras nocturnas: de su encierro
Salen fieras y brujas y malvados;
En el dormido campo ladra el perro,
Maúlla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes:

Ya de infeliz mujer es el quejido,
Ya el trote de caballos invisibles
Ó de salvaje hambriento el alarido;
Plegarias, maldiciones y sollozos;
Cantos de bardo; cláusulas tremendas
De indignado profeta; el grito agudo
De las aves nictálopes que pasan;
El balar de la oveja en cuya nuca
El leopardo feroz las uñas hinca;
El confuso rumor de la hojarasca
Que remueve el venado cuando brinca;
Choque de escobas que en el aire azotan
Las malévolas brujas, y clamores
De dolientes espíritus que flotan
Como cuerpos de niebla entre las flores;
Todo en violento remolino sube
Y al viajador errante aterroriza;
Todo en el aire negro se propaga,
Cuaja la sangre y el cabello eriza!
Bocas sin cuerpo gritan en la sombra,
Cruje la puerta de reseca tabla;
Los diablos llaman, el pavor nos nombra,
El monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
Que en su profunda oscuridad se abren,
Aparecen sangrientas en el lobo,
De amarillo color en la lechuza.
Todas despiden luces infernales
É iluminan la marcha silenciosa
Del gato montaraz y los chacales,
La astuta comadreja y la raposa.

Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
Que ardientes lucen como vivas fraguas,
En los fuegos errantes de los aires,
En las ondas plomizas de las aguas.

Cuando la luz expira el color duerme:
Lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
Tiene las cerdas ásperas del oso
Ó las manchas obscuras del leopardo.
Las plumas de los pájaros nocturnos,
Con la densa tiniebla se confunden,
Y cual delgadas láminas, hirsutas,
En la carne se hunden.

Cuando en la noche tenebrosa alienta
Es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
La serpiente lucífuga se arrastra;
En el alto ciprés se pára el buho;
El cuervo acecha; lo que vuela baja;
Y, cautelosa, la terrible hiena
Despacio marcha y vigorosa encaja
Las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no desciende de los cielos,
Es oleada densa y tenebrosa
Que sube de los antros: mirad cómo
Aduéñase primero del abismo,
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y, cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario,
Y en la copa del cedro, en la alquería
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
Surge la sombra: amedrantada sube
La triste claridad á los tejados,
Al árbol, á los picos elevados,
Á la montaña enhiesta y á la nube!
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz, el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros!

V

Y con ella se van la paz amiga,
La dulce confianza, el noble brío
De quien alegre, con vigor trabaja,
Y para consolarnos, mudo y frío,
Con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
En el establo, los pesados bueyes;
En el aprisco, el balador ganado;
En la cuna pequeña, la inocencia;
En su tranquilo hogar el hombre honrado,
Y el recuerdo impasible en la conciencia,

Mil temores informes y confusos
Del hombre y de los brutos se apoderan;
En la orilla del nido, vigilante,
El ave guarda el sueño de su cría
Y esconde la cabeza bajo el ala;
El noble perro con mirada grave
Interroga la sombra y ver procura;
Los caballos piafando se encabritan
Y con pavor ó sobresalto evitan
Los altos montes y la selva obscura.
Si en la extensa llanada le sorprende,

Con su cortejo fúnebre la noche,
El potro jóven á su hermano busca
Y en su lomo descansa la cabeza.
Todo tiende á juntarse en esta hora,
Todo en la vasta soledad se hermana,
Hasta que alegre la triunfal diana
En el áureo clarín toca la aurora!

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
En tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
Á tu favor alzándose, ya graznan
Como torvas lechuzas; ya semejan
Endriagos fabulosos; ora rugen,
Ora con voz tristísima se quejan!
Son los sueños: habitan las cavernas
Invisibles del aire, ó bien se ocultan
Dentro del propio sér; la luz evitan
Y para ser visibles y palpables
El fondo de la noche necesitan.

Se acercan: con sus garfios y tenazas
De retorcido bronce, al lecho llegan,
Y á nuestra boca trémula de espanto,
Labios helados y viscosos pegan.
Éste, iracundo, con sus piés de cabra
Las sábanas araña; aquél, riendo,
Muestra los agudísimos colmillos;
Ese, felino monstruo, nos contempla
Con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue;
Ya, vivos, en la fosa nos entierran;
Ya, como el ave, rápidos hendemos
El aire tenue, cuando abrupto flanco

Destroza nuestras alas y caemos
Al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
Por soberano astrólogo evocadas,
Pasan ante los ojos impacientes
Las figuras amadas:
La madre que del seno de la fosa
Nos llama, y acorrerla no podemos;
El padre ausente; la culpable esposa
Que en otros brazos, iracundos vemos!
Y si en el lienzo obscuro se perfila
La casta sombra de la amada muerta,
Huye el sueño veloz de la pupila,
Y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
Trazan, á veces, los traviesos duendes,
Grotesca historia, lances inconexos,
Figuras que parecen retratadas
En espejos convexos,
Como frisos de gnomos que entrelazan
Canijas piernas, en tumulto cruzan
Enanos retozones que se abrazan
Y en el aire sus miembros desmenuzan.
Ata nuestra garganta férreo nudo,
Y entre el bullicio de la turba loca,
Sentimos del murciélago velludo
Las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
Pueriles y fantásticos terrores,

Basta para amargar nuestra vigilia
El recuerdo tenaz de los dolores,
En tanto que la luz el cielo inunda
Dormitan en sus celdas los recuerdos;
Más, como hileras de callados monjes
Que al claustro cruzan y á rezar maitines,
Calada la capucha, entran al coro,
Así, ceñudos, los recuerdos vienen
Cuando la noche lúgubre promedia,
Y torvos junto al lecho se detienen
Levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! Con cuánta ansiedad espera el alma
Como el árbol y el pájaro, la hora,
Que sobresaltos y temores calma,
Luctuosa madre de la rubia aurora.
También la prisionera, la cautiva
Del miserable cuerpo, luz desea,
Como la flor que en sótanos obscuros,
Buscando la enrejada claraboya
Trepa difícilmente por los muros

Un sosiego infinito se difunde
En alcobas y campos: el enfermo
Cierra, por fin, los párpados cansados;
Y la esposa, que vela diligente
Ahogando los sollozos de su pecho,
Deja ya de rezar, dobla la frente,
Y duerme fatigada al pié del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
La golondrina matinal gorjea,
Y alegre llama á la primera misa
La aguda campanita de la aldea.

Cerrado está el cancel, la iglesia obscura;
Pero ya se oye en la pequeña nave
La tos cascada del anciano cura
Y el rechinar de la vetusta llave.
Se aproxima la luz: el gallo canta.
Pronto al primer agudo cacareo
Otro en la casa próxima contesta
Y luego cien y mil: la ranchería,
Las dispersas cabañas, los corrales,
Elevan la sonora greguería
Con que saludan el albor del día
Los vigilantes gallos matinales.
Á la voz de la alondra en los encinos
Los zenzontles contestan: los pinzones
Con las tórtolas charlan en los pinos
Y en el fresno rebullen los gorriones.
El leñador, de cuyo fuerte cincho
El hacha cuelga, deja su cabaña;
Y suena y se propaga en la montaña
De los nobles caballos el relincho;
El toro lentamente se endereza,
Alza el testuz, sacude la cabeza
Y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebrel. Madrugadores,
Se alejan los alegres cazadores
Por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
Á tí se vuelve la creación entera!
De tu mirada brota la alegría;
De tu beso nació la primavera!
No apareces aún y ya presiente
Tu aparición la tierra jubilosa;

Escucha tus pisadas en la cumbre
Del nevado volcán; por cada poro
Quiere absorber la matinal frescura,
Y en tanto Venus sus pestañas de oro
Abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
Impaciente la vida ya despierta.
Más temprano que el alba se levanta
Para esperarte ¡oh virgen! en la puerta.
Te precede el perfume: los jilgueros
Se empinan en las ramas temblorosas,
Y tus heraldos, leves y ligeros,
Van derramando perlas en las rosas!
En la alcoba que aun tan sólo espías,
Bocas enamoradas cuchichean
Y en los encajes de la luz que envías
Almas de nuevos seres aletean.
Solícitas bajando por las lomas
Á la luz del lucero matutino,
Corren las brisas esparciendo aromas
En la atmósfera azul de tu camino.
Y como lluvia de purpúreas flores
Caída de las pálidas estrellas,
Bajan los sueños lúbricos de amores
Al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
La tierra, como casta desposada
Que espera, en el umbral de la alquería
De blancos azahares coronada,
Púdica y amorosa se estremece,
Los níveos brazos en el pecho junta,

Y con trémula voz que desfallece
Por su amado á los céfiros pregunta.

Vas á llegar! estremecida y muda
La novia espera en el hogar abierto,
Y con voz formidable te saluda
El soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
Halla en el mar incógnita guarida,
Y, vencedora al fin, surges radiosa
¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(mejicano.)

Á FRANCIA

Los bárbaros, Francia! Los bárbaros cara Lutecia!
Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.
Del cíclope al golpe ¿qué pueden las risas de Grecia?
Qué pueden las Gracias si Herákles agita su crín?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,
El viento que arrecia del lado del férreo Berlín,
Y allí bajo el templo que tu alma pagana desprecia
Tu vate hecho polvo no puede sonar tu clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina,
Oh Roma, suspende la fiesta divina y mortal!
Hay algo que viene como una invasión aquilina

Que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal,
Tannhäuser! Resuena la marcha marcial y argentina,

Y vése á lejos la gloria de un casco imperial.

Rubén Darío.
(centroamericano.)

París, Junio de 1893.

LAS AVES

Cuántas aves que anidan sin recelo
En un árbol, que es luego cruz ó nave,
Tienden por fuerza misteriosa y grave,
Como el árbol también, al mar ó al cielo...

El ave es ambición que huye del suelo
Y es alerta estentóreo ó trino suave;
Que el canto más glorioso es el del ave
Y la línea más pura es la del vuelo...

Nada importa—si el sol rasga las brumas—
Que el mal persiga al bien, el buitre altivo
Á la paloma hecho un Satán con plumas;

Que mientras alas tengan y garganta,
Serán las aves el emblema vivo
De todo lo que vuela y lo que canta!...

José Santos Chocano.
(peruano.)

LA HERMANA DE LA CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,

Para abrir una fuente de ternura
Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que ora
Junto al desierto lecho del que espira?
Quién eres tú, que llora
Por la desgracia agena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
Al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
De la feroz matanza,
El rastro de la muerte vas siguiendo
Por el ¡ay! que se lanza,
Y entre la sangre y el dolor perdida,
Donde se dá la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
Ángel del moribundo,
Bálsamo misterioso del herido
Y patria en fin del huérfano y el triste
¿De qué estrella caíste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urña de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?
Oh! qué caudal de abnegación encierra,
Que no acaba, regado
Sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
Más que un ser, nada más, que templa y calma
Tanto dolor profundo
Con el insomne afán de su ternura....

Te adivina mi alma!...
Eres mujer, sublime criatura!

Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres!
Y los vivos albores
De la ilusión galana,
No alumbran el Edén de tus amores!

Y tu rostro tan bello
No es flor del mundo en el jardín viviente!
Y tu blondo cabello,
En ondas melancólicas caído,
No es tesoro de un lábio enardecido
Ni espléndida corona de tu frente!

Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan sólo á Dios y al moribundo mira!
Y la frescura de tus lábios rojos
Sólo se vá perdiendo y marchitando,
La hedala cruz besando
Y la pálida frente del que espira!

Oh! ¿qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
En el consuelo del dolor y el llanto,
Que el placer de la tierra
Á cambio de él el corazón olvida?

Angel de caridad! alma templada
Del mismo Dios en el amor fecundo,
Tórtola de Noé desamparada!
Eres flor bendecida,
Bajo la sombra de la cruz nacida,

Donde espiraba el Salvador del mundo!

Tu enardecido corazón sublime
Es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
Allí pide una lágrima el que llora,
Y allí pan y allí un cobre
Aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frío,
Van á llamar el huérfano y la viuda,
Con la carne desnuda
Y el pié despedazado
Bajo la noche del invierno impío,
Sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
Se pára junto al lecho de la vida,
Lleva su mano inerte
El que está solo en su dolor horrendo,
Para besar tu mano bendecida
Y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo
Sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo....
Patria es del mundo entero!

Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también solo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne,
Seco también las lágrimas del suelo
Y cierro las heridas de la carne
Como tú las del alma!

Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linaje humano!
Ay! sólo pide mi ambición precaria
Que en el último asiento del camino
Pongas en mí tu mano
Y levantes mi vida en tu plegaria!

RICARDO GUTIÉRREZ.
(argentino.)

MESALINA

Tus ojos vuelve á los pasados días,
Oh mujer, y repasa en la memoria
El tropel de culpadas alegrías
Que componen el libro de tu historia.

No intentes disculparte: si amargura
En vasos de oro tu destino escancia,
¿Quién, si no tú, rasgó la vestidura
Para acortar al vicio la distancia?

Ni casto amor, ni endechas cariñosas
Han de encauzar de tu pasión la fuente;
Fuera parar con pétalos de rosas
El caudal impetuoso del torrente.

Caíste: de tus sueños virginales
Ya ni gráciles ráfagas esplenden;
Y brillan de tus ojos los cristales
Con llamas rojas qne la sangre encienden.

Tú provocas, tú incitas: imprudente
Das al amante, en cita romancesca,

No de Julieta el ósculo inocente,
Sino el sensual é impuro de Francesca.

Á la fuga de un huésped trashumante
Tu seno maternal horror te inspira,
Y aprietas á su curva vergonzante
El áureo cinturón de la hetaíra.

Tú, con despejo criminal que aterra,
Apartas tu regazo al pequeñuelo:
¡Pobres hijos que arrojas en la tierra
A la dudosa protección del cielo!

Roto el lazo social, el deber roto,
Flotas por cimas del desprecio humano,
Arrogante y altiva como el loto
Que emerge de los limos el pantano.

¿Y hablas de redimirte? ¡Qué ironía!
Tiene surcos tu faz, y tienes canas;
Magdalena era hermosa todavía
Cuando huyó de las lides cortesanas.

Para aguardar la muerte tu desecho,
Abre sus fauces y su vientre ensancha,
Vendrá primero el numerado lecho,
Después la disección sobre la plancha.

Laura Méndez de Cuenca.
(mejicana.)

ENTRA Á UN CONVENTO

Get thee lo anunnery: why wouldst thou a breeder of sinners?... We are arrant knaves, all; believe none of us. Go thy ways to a nunnery!....

HAMLET.

Yo que veo tu gracia y tu pureza
Perdidas entre el ruido y el tumulto;
Yo que absorbo la luz de tu belleza;
Yo que te rindo culto;

Yo que en la noche solitaria, aspiro
La fresca emanación de tu perfume,
Y apago en el rumor de tu suspiro
La sed que me consume;

Yo que he puesto en tu fe mis ilusiones,
Yo que te amo en silencio, vida mía,—
¡Maldigo la impureza y las pasiones
De esta perpetua orgía!

Mira, y deplora nuestra triste historia!
Uno rueda en la sima de la suerte,
Otro va á la pasión, otro á la gloria...
Y todos á la muerte!

Aquél vuelve con paso vacilante
Del seno de las torpes bacanales,
Y prostituye en vértigo incesante
Sus horas virginales.

Este se abraza á la ambición, y el mundo
De cadáveres siembra su camino,

Mientras lo alumbra el esplendor fecundo
De su inmortal destino!...

Tú que contemplas sin rencor ni pena
La turba que se arrastra ante tu planta,
Angel que sufre su mortal condena
Y en el destierro canta;

Tú que eres pura, como el sol que extiende
Su púrpura en la nieve de la cumbre,
Y, al caer el crepúsculo, la enciende
Con moribunda lumbre;

Dí, ¿no comprendes con pesar profundo
Que te mata la hiel de la existencia,
Y que el mismo turbión seca en el mundo
La flor y la conciencia?

¡Huye de sus halagos! Su veneno
Lacera el pecho. Su desdén lo agita.
Su ódio lo impregna de dolor...Sileno
Corrompe á Margarita!

Y, al hundirla en las sombras solitarias,
Va tras otro placer, siempre risueño,
Sin dejar á esa muerta sus plegarias
Para arrullar su sueño!...

Oh! yo lo sé! Cuando agitado espío
Tu forma palpitante y seductora
Que cruza en el crepúsculo sombrío
Como una blanca aurora;

Cuando lleno de gloria me imagino
Ver una confidencia en tus sonrojos,
Y llevar, por estrella, en mi camino
La llama de tus ojos;

Cuando contemplo en la penumbra incierta
Tu rostro libre de pesar y agravios,
Y, al mismo tiempo que la voz, despierta
El iris en tus labios;

Cuando todas tus gracias centellean;
Cuando mi triste corazon te invoca,
Y, como aves de amor, revoletean
Los besos en tu boca;

Cuando el triste pasado se derrumba
Y todo marcha á agonizar perdido:
La barca al mar, los hombres á la tumba,
Las almas al olvido;

Cuando digo á las brisas rumorosas
Una palabra que, al pasar, te agita;
Y encierro en las estrofas armoniosas
El verso que palpita;

Cuando te llamo trémulo y te imploro,
Me ciega la visión de tu pureza,
Virgen! me quema tu esplendor, y lloro
Tu espléndida belleza!

Escucho de las turbas el murmullo;
La loca vanidad de la opulencia;
Siempre el vicio, la muerte y el orgullo...
Y nunca la inocencia!

Sondeo la tiniebla descarnada
Donde cruzan las almas expiatorias,
Para hallar en la nada de esa nada
Alguna de mis glorias!

Y ¡ay! todo hiere al corazón sombrío!...
La flor dobla su tallo macilento

Y el placer, en el fondo del hastío,
Deja remordimiento!

Todo es tortura, vanidad, mentira;
La gloria un sueño, la verdad un nombre;
Besa la mano del poder la lira;
Y el hombre huye del hombre!...

¿No oyes brotar el doloroso grito
De la pasión, los odios, las quimeras
Que arrojan en el vértigo infinito
Sus voces lastimeras?

¿No ves al hombre combatiendo, presa
De un tirano fatal que lo domina,
Unir al labio que la herida besa,
La mano que asesina?

Oh! si lo ves! Cuando en la noche gime
El viento en la arboleda solitaria,
Algo cuenta tu espíritu snblime
Á Dios en la plegaria!

Algo que enciende tu emoción; que vela
El límpido cristal de tu ternura
Y, como el canto de las aves vuela
Perdido en la espesura!

Algo que te habla con rumor doliente
Y te lleva al abismo del pasado,
Como un nido que arrastra la corriente
Del río desbordado!...

Pero el mundo te espera. Sus fulgores
Te embriagan, sus sonrisas te iluminan;
Y ante tu paso sus vistosas flores
Con emoción se inclinan!

Y cuando, al fin, la ráfaga impetuosa
De la pasión, marchite tus encantos;
Y respondan á tu alma quejumbrosa,
Risas en vez de llantos;

Cuando descubras el pesar inquieto
Debajo de la máscara sonriente,
Y la tormenta de un dolor secreto
Haga estallar tu frente;

Cuando en los brazos del amor liviano
Agotes el placer de los sentidos,
Y en tu desierto corazón, en vano
Quieras buscar latidos;

Marchitarás tu juventud inquieta,
Te arrancarás del corazón su llama,
Como el histrión se arranca la careta
Cuando termina el drama!

Huye! no escuches la palabra impía
Del crímen que devora la conciencia;
Guarda pura en tu pecho, vida mía,
La luz de tu inocencia!

Huye del vicio y la maldad sin nombre;
Del vértigo terrible de un momento;
De la mentida majestad del hombre...
Y pronto entra á un convento...

MARTÍN GARCÍA MÉROU.
(argentino.)

1881.

Á GARIBALDI

El aura popular me trajo un día
Un nombre que la fama y la victoria
Coronaron de luz y poesía
En la tierra del arte y de la gloria.

Brotando del estruendo de la guerra,
De patricia virtud germen fecundo,
Cruzó como relámpago la tierra,
Y como himno triunfal vibró en el mundo.

Símbolo de una causa redentora,
Conquistó aplausos, lauros, alabanza,
Y brilló sobre Italia como aurora
De libertad, de unión y de esperanza.

¡Garibaldi! con júbilo exclamaba
Entusiasmado el pueblo por doquiera,
Y América ese nombre lo agregaba,
Como nuevo blasón, á su bandera.

¡Oh titán indomable! tú traías
Sobre tu fe la inspiración del cielo,
Y eras para tus pueblos el Mesías
Anunciado por Dante y Maquiavelo.

En la lucha león, niño en el trato,
Clemente y fraternal con los vencidos,
Fué tu palabra el toque de rebato
Que despertó los pueblos oprimidos.

Por donde quiera que tu faz asoma,
Su salvador el pueblo te proclama,
Y Bolonia, Milán, Nápoles, Roma,
Responden á tu esfuerzo y á tu fama.

Es de un hijo de Esparta tu bravura;
Fuego de Grecia en tu mirar entrañas;
Y en el Tirol tu bíblica figura
Parece un semidiós de las montañas.

Tu abnegación sublime me conmueve;
No es mi laúd quien tu alabanza entona:
La eterna voz del siglo diez y nueve
Por todo el mundo tu valor pregona.

Tuviste siempre corazón entero
Donde ningún remordimiento anida,
Pecho de bronce, voluntad de acero,
Ojos radiantes de esperanza y vida.

Marino en la niñez, acostumbrado
Á combatir la tempestad á solas,
Diste á tu genio el vuelo no domado
Del huracán al encrespar las olas.

No me asombra en Egipto Bonaparte
Que las altas pirámides profana;
Me admiras tú, clavando tu estandarte
En la desierta pampa americana.

Al César vencedor el turbio Nilo
Aun en sus ondas con terror retrata,
Mientras tu rostro escultural, tranquilo
En su cristal azul dibuja el Plata.

¿Dónde habrá más virtud y más nobleza:
En el que al mundo en su ambición oprime,

Ó en el que, sin corona en la cabeza,
Unifica su patria y la redime?

¡Eras un gladiador! Te halló más fuerte
Que un cedro de los Alpes tu destino.
Forma, desde tu cuna hasta tu muerte,
Un bosque de laureles tu camino.

Cuando la hiel de todos los dolores
Cayó en tu abierto corazón de atleta,
Fué la cruz de los grandes redentores
La visión de tu numen de profeta.

Viendo en toda la Italia una familia,
Tanto te sacrificas en su abono,
Que cuando audaz conquistas la Sicilia,
Por no romper la unión, la das al trono.

¡Bendigo tu misión! El mundo ingrato,
Que hoy aplaude tu nombre y lo venera,
Olvidará que fuiste un Cincinato
En tu retiro augusto de Caprera.

Negará que tu fé republicana,
Iluminando siempre tu horizonte,
Brilló en Palermo, deslumbró en Mentana,
É irradió como un sol en Aspromonte.

Olvidará también que tus legiones
Llevaron siempre combatiendo, fieles,
Por escudos sus nobles corazones,
Las glorias de la patria por laureles.

Mas no podrá negar que, entre prolijos
Goces, te vimos con amor profundo,
Dar tu sangre y la sangre de tus hijos
Por defender la libertad del mundo.

No sólo Roma con viril acento
Ensalzará tu nombre, ilustre anciano,
Que ya dejas perpetuo monumento
En cada corazón americano.

Francia se enorgullece con tu nombre;
Méjico rinde culto á tu memoria;
Y no hay una nación que no se asombre
De tu fe, de tu genio y de tu gloria.

Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarde tu ceniza.

La República fué tu culto santo,
La unión de Italia tu ambición suprema,
La blusa roja tu purpúreo manto,
Y el gorro frigio tu imperial diadema.

Juan de Dios Peza.
(mejicano.)

EXCÉLSIOR

(Traducción del inglés por el argentino Luis L. Domínguez)

Las sombras de la noche iban cayendo
Cuando un jóven gallardo iba subiendo
Por un paso difícil la montaña;
En sus manos flameaba una bandera
En la que había esta leyenda extraña:
¡Excélsior!

Bajo su frente pálida, sus ojos
Como una espada al sol resplandecían,
Y esos ojos parece que decían,
Cual voz que sale de una trompa de oro
Ó como el eco de celeste coro:
¡Excélsior!

Miró al pasar los vívidos reflejos
Del encendido hogar de la familia
Agrupada y contenta, y á lo lejos
La altísima nevada cordillera;
Pero avanzó, clamando en voz entera:
¡Excélsior!

«No te aventures, que el peligro es grande
El anciano le dice con ternura;
Ruge la tempestad allá en la altura
Y no hallarás el vado del torrente.»
Él responde con voz firme, estridente:
¡Excélsior!

«Aguarda, ven, le dice la doncella:
Descansa tu cabeza aquí en mi seno,
Que pronto el cielo quedará sereno.»
Una lágrima él siente en su pupila,
Mas otra vez exclama y no vacila:
¡Excélsior!

«Cuidado con las ramas de los pinos
Que caen sobre la senda de la cuesta;
La nevada ha borrado los caminos.»
Tal fué el último adiós de los pastores.
Una voz desde lo alto les contesta:
¡Excélsior!

Del monte San Bernardo en el convento,
Al asomar la luz del nuevo día,

Las preces se mezclaban con el viento,
Y en la región del águila y las nubes
Una voz por los aires repetía:
¡Excélsior!

Los perros de la ermita, entre la nieve
Que la cima cubrió de la montaña,
Descubren un viajero sepultado
En cuya mano, que la muerte ha helado,
Aún se mantiene la leyenda extraña:
¡Excélsior!

A la luz matinal, pálido, yerto,
Sin vida, pero bello, allí yacía;
Mas no todo con él había muerto,
Pues del cielo sereno una armonía
Oyóse descender que así decía:
¡Excélsior!

Enrique Wadsworth Longfelow.
(norteamericano.)

LAS NUPCIAS DE LA MUERTE

Al doctor Pablo Arosemena.

Pavor tenuit me et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt. Putredini dixi: Pater meus et mater mea, et soror mea, vermibus.

Job.

Estaba solo yo en el pavoroso
Imperio del silencio y de la muerte:
Moraba fría é inerte
La sombra en mi redor.

En los limbos de mi alma conmovida,
Como el eco perdido de un lamento,
Vagaba un pensamiento
De hondísimo dolor.

De pié: la pesadumbre de mi frente
La temblorosa mano sostenía
Sobre la losa fría
De mármol sepulcral.
Era una tumba nueva: ideal divino
Del ángel del pudor, allí risueño,
De pié, velaba el sueño
Precoz de la beldad.

Sobre la blanca faz del ángel bello
Caían de un sauce mústias y llorosas
Las ramas rumorosas
Cual manto de aflicción.
De la corona cándida las flores
Que el viento deshojaba una por una
Caían de la columna
Del túmulo en redor.

De un caos de negras nubes asomaba
La triste luna, y su fulgor dudoso
Temblaba en el quejoso
Ramaje del ciprés.
Fuegos sin luz poblaban las tinieblas
Leve rumor que alzaban juntamente
Las brisas y la fuente
Vagaba por do quier.

Mil ecos, como voces de otro mundo,
Como sentidos llantos sin consuelo
De tristísimo duelo,

Como un postrer ¡adiós!
Se alzaban de los pálidos sepulcros,
Como pidiendo lágrimas y flores,
Cual reclamando amores
Que el mundo ya olvidó.

De repente....¡Gran Dios! llegó á mi oído,
(¡Recuerdo de terror!)....bajo esa losa
Voz débil, amorosa
De virginal candor.
Y á aquella voz dulcísima, otro acento
Del fondo de la huesa respondía
Amargo de ironía,
Urente, mofador.

Sentí mi sangre helada coagularse,
«Los pelos de mi carne se erizaron,»
Mis dientes se chocaron,
Me poseyó el terror.
Compredí que el gusano consumaba
Un himeneo de horror con la doncella,
Que departía con ella
De su execrable unión.

——

LA DONCELLA

No es ilusión....La noche venturosa
De mis soñadas nupcias llegó al fin,
Y este es el dulce lecho de la esposa,
Mullido para mí!
Es la hora en que arrobado de ternura
Llega el esposo al tálamo nupcial,
Y embriagado y demente en su ventura,
El azahar y la rosa,
Corona de la esposa,
Sobre su frente cándida

Se goza en deshojar.

EL GUSANO

Será larga y profunda, pobre niña,
Esa deseada noche nupcïal!
¡Ay! El horario incierto del olvido
Gira tan lentamente y sin ruido
En este vácuo imperio sepulcral!
La muerte nos juntó con lazo estrecho
De indisoluble unión;
Esta olvidada fosa es nuestro lecho;
Es nuestro Edén el vasto panteón.

LA DONCELLA

¡Qué tarde es ya! Ven, adorado mío,
Pónme sobre tu ardiente corazón!
Estréchame en tus brazos! Tengo frío!
Siento un vago terror!
Ven á volver con tu ósculo primero
Á mis helados lábios el calor:
Ven y reposa, dulce compañero,
Á mi lado; aunque el lecho
De tu esposa es estrecho,
Mi amor hará de él tálamo
Feliz para los dos.

EL GUSANO

Largo de cinco piés y dos de anchura,
Medido con prolija exactitud;
Mas, es estancia demasiado dura
Para tan largo sueño, el ataud.
Tu esposo no vendrá; feliz ahora
Cautivo de otro amor, no piensa en tí,
Vámos: reposa, extiéndete en tu lecho,

Cruza los blancos brazos sobre el pecho
Y espera el fin del tiempo junto á mí.

LA DONCELLA

Ah!!. . .Este beso frío y sin aliento
No es el beso de un vivo. . .¿De quién es
Esta boca sin labios que yo siento
Solicitar la mía con avidez?
¿Quién?...Á mi izquierda...¡Nadie! yermo, frío;
A mi derecha. . .¡Nadie!! ¿Es ilusión?
¡Ah! no era él!...¡Gran Dios!...¡Esposo mío!
¡No responde! ¡Oh tormento!
Tiemblo de horror, y siento
Que el frío glacial de ese ósculo
Me hiela el corazón!

EL GUSANO

Ese beso es el mío: soy el gusano...
Silencioso guardián del cementerio,
Soy el esposo,—cifra de un misterio
Que guardaba la muerte en su hondo arcano
Á tu postrer caricia virginal.
El tremendo misterió se ha cumplido
Y tomo posesión de tu beldad:
Eres mi esposa;—con clamor de duelo
Anuncia el buho en azorado vuelo
Tus bodas á la muda soledad.

LA DONCELLA

¿Es, pues, mi tumba? ¡muerta! ¡abandonada!
Si álguien pasase al ménos por aquí...
Ay! ¡...! No puedo! ¡que losa tan pesada!
En vano levantarla pretendí!
¡Nadie!...Y ese hombre que abre nuestra fosa

Duerme más que sus muertos!...Ni un rumor
Por la desierta calle silenciosa!
Solo se oyen lamentos
De los nocturnos vientos
En las abiertas bóvedas
Del yermo panteón.

EL GUSANO

Toda eres mía: la nieve de tus senos
Y tus torneados brazos de marfil;
Míos son tus miembros mórbidos y llenos
Que tu pudor cuidaba para mí.
Es mía tu mano cándida y sedosa,
Y la pulida forma de tus piés,
Y tu aromada boca, y este beso,
Que de tenaz virtud en el exceso,
Negabas al amor con esquivéz.

LA DONCELLA

!Es él!...¡es él!...¡qué horror!!...en mi costado
Hincó su agudo diente con furor!...
¡Ay!! que profunda herida...ha penetrado
Mi seno ya, me roe el corazon!...
¡Qué tormento, gran Dios! ¿En mi agonía?
Quién me valdrá? ¡Qué angustia tan cruel!...
Ah! por piedad!!.. ¡Hermana! ¡madre mía!
¿Qué hacéis, que así el oído
Cerráis á mí gemido?
¿Qué fué de vuestras lágrimas
Y vuestro amor de ayer?

EL GUSANO

Frescas están las rosas y azahares
De tu gentil guirnalda virginal;

Y del acerbo llanto
De aquellos ojos que te amaban tanto,
Sólo un vago recuerdo queda ya.
Este sudario, gala de la muerte,
Fué el postrimero don de su piedad...
Después, la indeferencia y el olvido,
—Volviendo el gozo á tu materno nido,—
Vinieron en tu huesa á reposar.

LA DONCELLA

Una piedra, una cruz dicen al hombre:
—«Tu hermano yace ahí: llora por él...»—
Pero ¿qué cruz señala ni que losa,
En el confín del alma misteriosa,
La oscura tumba de un amor infiel?
Sí, menos pronto crecen los abrojos
Sobre un sepulcro en la honda soledad,
Que el desamor en torno á los despojos
Del deudo y del amigo!...
Ay! que lleva consigo,
Hasta el recuerdo póstumo,
La muerte sin piedad!...

EL GUSANO

El recuerdo del mundo no es la vida,—
La muerte es una nueva creación,—
La rosa al pié de un túmulo nacida
Se ostenta más florida,
Más rica de perfumes y color.
Que su raiz sedienta penetrando
En tus entrañas, hallará vigor;
Y más copioso, en torno, y verde, y blando,
El césped crecerá; porque en el mundo
Todo, todo es fecundo

En las excelsas manos del Señor.

Voz de indecible, comprimida pena,
Que sale de una fosa no distante,
Demanda suplicante
La turbada quietud del panteón.
Pálida luz, relámpago lanzado
Del seno de las criptas,—no del cielo—
Súbito, allí, sin velo
El fondo de las tumbas alumbró.

Y ví todos los muertos en su lecho,
—Cariados esqueletos cavernosos,
Cadáveres medrosos,
De inconocible, lacerada faz.—
Todos,—viejos y jóvenes.—confusos,
—Pueblo glacial del reino de la muerte,—
Legión muda é inerte,
Que espera allí la voz del día final.

Ay! Esos pobres muertos, olvidados,
Que en su abandono no oyen otro acento
Que del nocturno viento
El lúgubre gemido aterrador.
Y que, tal vez de tédio consumidos,
Por un recuerdo acaso torturados,
Los días allí pasados
Miden con honda, intrépida emoción!...

Y con sus ojos cóncavos, vacíos,
Quieren, en vano, ver la hora que cuenta
Allí la mano lenta
Del tiempo en el horario sepulcral!...
....
....

. . . .

Todo se hundió entre lóbregas tinieblas!...
Yo me alejé turbado; confundida
El alma y poseída
De inquieta duda, de terror mortal!

José Ignacio Trujillo.
1872. (colombiano.)

EN LA ÚLTIMA PÁGINA DEL QUIJOTE

Hoy, como ayer, en la tierra
¿Qué vemos? Solemnes zotes
Que, echándola de Quijotes,
Viven con el juicio en guerra.
Es ello verdad que aterra;
Pero, en el social fermento,
¿Qué es el hombre, ese portento
Que á los demás avasalla?
Un loco siempre en batalla
Con los molinos de viento.

¿Qué es su ciencia? Negaciones.
¿Y sus hazañas? Locuras.
Ciego que camina á obscuras,
Juguete de sus pasiones.
Acariciando ilusiones
No sabe lo que desea,
Y en la revuelta pelea
De angustias y de esperanzas,
Va siempre rompiendo lanzas
En pro de una Dulcinea.

El doctrinario ambicioso
Que va quimeras sembrando
Corre, en sus sueños de mando,
Tras la dama del Toboso.
¡Gloria! Miraje engañoso,
¡Fortuna! Mar sin bonanza.
Tras una ú otra se lanza
Que, al cabo, en la tierra impía
Cada loco ha su manía,
Como dijo Sancho Panza.

Mientras más, señor Miguel,
Corren del hombre los años,
Trayéndole desengaños
Amargos como la hiel;
Mientras más el oropel
De la vida le fascina,
Vuestra pluma peregrina
Más le llama á la razón,
Y aunque es perdido el sermón,
¿Quién no aplaude la doctrina?

Ricardo Palma.
(peruano.)

EL MONJE

FRAGMENTO PRIMERO

I

Noche.—No turba la quietud profunda
Con que el claustro magnífico reposa,
Más que el rumor del aura moribunda
Que en los cipreses lóbregos solloza.
Mustia la frente, la cabeza baja,
Negro fantasma que la fiebre crea;
Cadáver medio envuelto en su mortaja,
Un monje por el claustro se pasea.
De cuando en cuando de sus ojos brota
Un súbito relámpago sombrío:
El trágico fulgor del alma rota
Que gime y se retuerce en el vacío.
No lo acompaña en su mortal desmayo
Más que la luna que las sombras ama;
Que una lágrima azul en cada rayo
Sobre las frentes pálidas derrama...

II

Es jóven. Es su edad la del *allegro;*
La del himno, el sueño y el efluvio,
En que es terso azabache el bucle negro;
En que es oro bruñido el bucle rubio.
Sin conocer placeres ni pesares,
Se alejó del hogar siendo muy niño,
Y fué á poner al pié de los altares
Un corazón más puro que el armiño.

Algún recuerdo de la infancia, acaso,
Rompe tenaz su místico sosiego;
Y desata en su espíritu á su paso
huracánicas ráfagas de fuego.
Acaso las borrascas de la tierra
Traspasan las barreras de su asilo;
Y van con ronco estrépito de guerra
Á desgarrar su corazón tranquilo...

III

Un día vió en el templo, de rodillas,
Desde un triclinio de solemne coro,
Una virgen de pálidas mejillas,
De pupilas de cielo y trenzas de oro.
Y su gallarda imagen tentadora
Le persiguió con incesante empeño;
Turbó su dulce paz hora tras hora;
En el recreo, y la oración y el sueño.
¡Cuántas veces, orando en el santuario,
No veía flotar en su ansia viva,
Envuelta en la espiral del incensario,
Su fantástica sombra fugitiva!
¡Cuántas veces, con hondo desvarío,
Allá en sus noches de nostalgia loca,
No despertaba, trémulo de frío,
Buscando el beso ardiente de su boca!...

IV

De súbito interrumpe su paseo,
Y lívido y extático se queda.
Y mira con extraño devaneo
La blanca luna que á lo lejos rueda.
Y en la cúpula azul de pompa fídica,
Del templo secular de estilo mágico,

Ensaya el ritmo de su voz fatídica
El ave de Satán, el cuervo trágico.
Y los cipreses lóbregos se quejan,
Y al vaivén de sus copas que se alcanzan,
Sus siluetas se acercan y se alejan
Como espectros fantásticos que danzan.
Y tras los horizontes de Occidente
La luna melancólica se escombra
Y allá en su corazón el monje siente
Crecer la soledad, crecer la sombra!...

FRAGMENTO SEGUNDO

I

¿Por qué, por qué, sin fé para el combate,
El alma alada que á la cumbre vuela,
Olvida que es espíritu y se abate
Cuando la frágil carne se rebela?
¿Por qué, ludibrio de borrasca loca,
La conciencia vacila y gime y calla,
Cuando el brutal instinto la provoca
Á sostener con él recia batalla?
¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra
Que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
Siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
Siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta,
Y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
El himno eterno de la vida canta
Con magníflco ritmo cada cosa.
Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda
Oye sólo zumbar el ala incierta

Con que el lóbrego cierzo de la duda
Bate las ruinas de su fe ya muerta.
Envuelto en el fantástico sudario
De su austera y flotante saya mística,
Se arrodilla temblando en el santuario,
Delante de la lámpara eucarística.
Es insondable, es infinito el velo
De la fúnebre noche que le ofusca.
En un fantasma; es un sarcasmo el cielo:
Huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo
Siempre sin esperanza, siempre en vano,
Y de sentir la nada de si mismo,
Le abre su corazón á un monje anciano.
Lleno de santa unción y amor profundo,
El viejo monje largo tiempo le habla
De que busque en el piélago del mundo
Sólo en la Cruz su salvadora tabla.
—¡Ay! le dice, del alma que blasfema,
Y que se olvida de su excelso rango,
Y que arrastra su fúlgida diadema
Y sus cándidas alas por el fango!
El alma que á sí mismo se abandona,
Y que entre el mal y el bien, el mal prefiere,
Rompe el lazo que al cielo la eslabona:
Vive para Satán: para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
Armado de una férula sangrienta,
Á compás de una lúgubre pleglaria,
Verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
Lleno de santa cólera se azota,
Y de dolor su carne se retuerce,
Y roja sangre de su carne brota.
Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego,
Y á través de las sombras del delirio
Él ve flotar una visión de fuego.
Es la visión de la mujer que adora;
Que con su carne pone su alma en guerra;
Que le acosa tenaz hora tras hora;
Que le hace al cielo preferir la tierra!

FRAGMENTO TERCERO

I

Tiende la noche sus flotantes tules.
Y se envían los astros desde lejos,
Á través de los ámbitos azules,
Dulces besos de amor en sus reflejos.
Y hunde el monje en el éter infinito
Los tristes ojos con afán profundo.
Acaso escruta lo que Dios ha escrito
Allá en el corazón de cada mundo.
Y bajo el nimbo de su luz risueña,
La blanca luna en cada rayo exclama:
«¡Soy una virgen pálida que sueña,
Soy una virgen que se arroba y ama!»
Y ensaya el aura tibia sin sosiego,
En las trémulas copas de los álamos,
Ritmos lejanos de ósculos de fuego
De bocas que se encienden en los tálamos.

II

Hace instantes no más.—¡Con qué inocencia,
La blonda virgen pálida que adora,

Le abrió ante el tribunal de la conciencia,
Por la primera vez su alma de aurora!
Hondas huellas de horror en él dejaron
Los recios golpes de la lid sin nombre
Que en su lóbrego espíritu trabaron
El ministro del cielo con el hombre.
Cada revelación que ella le hacía
Era un tremendo vendabal deshecho
Que sin piedad crispaba y retorcía
Las recónditas fibras de su pecho.

III

—Padre, le dijo, perdonad mi queja;
Siempre que caigo ante el altar de hinojos
Mi pensamiento del altar se aleja
Y se llenan de lágrimas mis ojos.
Al mismo altar, con una audaz porfía
Que hace que los sentidos se me arroben,
Sigue mis pasos, tras la sombra mía,
La sombra melancólica de un jóven.
Busco la soledad. Y en ella vago,
Y de amor cada cosa me habla en ella:
Me habla de amor la música del lago;
Me habla de amor el ritmo de la estrella.
Dadme, pues, padre mío, algun consuelo.
Es ya inútil luchar, Estoy vencida.
¿No es verdad que el amor brota del cielo?
¿No es verdad que sin él no hay sol, no hay vida?

IV

Y él exclamó:--No es este un gran problema
Dios manda que ame cuanto ser existe;
Y su mandato es una ley suprema
Á cuyo imperio ningún ser resiste.

Pero el amor su fin tan sólo alcanza
Cuando con la conciencia se concilia;
Cuando es su aspiración y es su esperanza
Fundar el santo hogar de una familia.
Mas el amor que ofende á la conciencia,
Dando pábulo á instintos que la oprimen,
Deja de ser sagrado, y es demencia;
Deja de ser sagrado, y es un crimen!

V

Y el monje suspendió súbitamente
Su evangélica plática sencilla,
Y una lágrima trémula y ardiente
Resbaló sin rumor por su mejilla.
La virgen núbil, por su rostro mudo,
Desde el humilde sitio de su alfombra,
Ver rodar esa lágrima no pudo,
Porque esa lágrima resbalóen la sombra.

FRAGMENTO CUARTO

I

Tarde estival.—El cielo se dilata
Por el gigante piélago sonoro
Como una inmensa túnica de plata
Cuajada de soberbias flores de oro.
Habla todo de Dios: la limpia onda
Que su albo nimbo por la playa tiende:
La casta estrella que en la bruma blonda
Del pálido crepúsculo se enciende.

II

Cubierto el monje con su tosca saya,
Mumurando en silencio:—Dios lo exige,
Hacia una agreste aldea, por la playa,

Bajo el sol que ya muere, se dirige.
Él allá en sus salvajes horizontes
Olvidará tal vez sus agrias penas;
Respirará la brisa de los montes;
Recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano
Que cumple su misión con santo anhelo;
Que en cada feligrés ve un tierno hermano
Que Dios le ordena conducir al cielo.
Mas ya no puede soportar la carga
De su labor de apóstol y profeta.
El peso de la edad ya le aletarga.
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice el monje:—Serás tú el baluarte
De la grey que Dios puso á mi cuidado:
Tú empuñarás el místico estandarte
Que yo abandono, porque estoy cansado.
Y el monje le oye y le obedece y calla.
Y con fervor á la labor se entrega,
Y mayor goce en la labor él halla,
Mientras mayor abnegación despliega.

V

Allá, cuando á lo lejos ya declina
El blanco sol entre celajes rojos,
El monje hacia la playa se encamina,
Trémulo el paso y húmedos los ojos.
Sus olas á sus piés el mar prosterna
Con ritmo á un tiempo unísono y diverso,
Y le habla sin cesar del alma eterna

Que difunde la vida al universo.
Del alma que es efluvio en la laguna,
Y en la undívora brisa, ritmo eólico;
Y en la serena temblorosa luna,
Lágrima azul del cielo melancólico.
Del alma que es visión que canta y vaga
Allá en la nube trémula y bermeja;
Y que en la mustia estrella que se apaga
Es recuerdo que llora y que se aleja!...

FRAGMENTO QUINTO

I

En la capilla de la aldea tosca
Denso gentío, de entusiasmo lleno,
Se agita como el piélago que enrosca
A la luz del relámpago su seno.
Ante el altar del monje se dibuja,
Lívido el rostro; la mirada triste;
Extraño al gran tumulto que se empuja;
Extraño á todo cuanto en torno existe.

II

Avanzan al altar con pié seguro,
Y reflejando en la pupila el cielo,
Un apuesto doncel de traje obscuro
Y una niña gentil de blanco velo.
El monje les contempla un corto iustante
Con el hondo y supremo paroxismo
De quien se ve de súbito delante
De la inmensa pendiente de un abismo.
En la diáfana tez de nieve y rosa,
Y los bucles aurinos y sedeños,
Y el talle de palmera de la esposa,
Él descubre á la virgen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,
En vano, en vano, en su interior batalla
Con el volcán de su pasión que grita,
Con el volcán de su pasión que estalla!

III

Le absorbe. Se transporta. Y á lo lejos,
Desde el místico altar al lecho cálido
Ve marchar bajo un nimbo de reflejos
Una novia gentil y un novio pálido.
Y oye entre raudos y variados giros
De misteriosas y argentinas brisas,
Aleteos de besos y suspiros,
Y músicas de arrullos y de risas.
Y ve jugar, bajo la luz eterna,
Al umbral de un hogar, lleno de efluvios,
Sobre el regazo de una madre tierna,
Un enjambre auroral de ángeles rubios.

IV

Y tiende á otro horizonte la mirada,
Y allá en el pálido confín divisa
Una lóbrega celda abandonada
Donde una triste lámpara agoniza.
Forman su techo, que jamás se alegra,
Ásperas tablas de nudosos troncos,
Siempre cubiertas por la noche negra,
Siempre azotadas por los cierzos roncos.
Y á la luz de la lámpara que oscila,
Ve arrodillarse un monje ante el vacío;
Le ve enjugarse á solas la pupila,
Y en su abandono tiritar de frío!

V

Y domina su bárbaro tormento,
Y la hiel de sus lágrimas devora;

Y á un hombre que no es él, con dulce acento,
Desposa el mismo la mujer que adora.
Y al soplo del dolor con que está en guerra,
Siente su sangre transformarse en hielo;
Huir veloz bajo sus piés la tierra;
Sobre su frente derrumbarse el cielo.
Y entonces ¡ay! á su pupila asoma
La noche allá en su espíritu escondida.
Y al pié del ara santa se desploma,
Rígido el cuerpo, la razón perdida!

PEDRO A. GONZÁLEZ.
1896. (chileno.)

¿POR QUÉ NO CANTO?

¿Por qué no canto? Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el oriente el sol,
Con tierno arrullo su canción levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?
¿Y no la has visto cuando el sol avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,
Que fatigada tiende silenciosa
Su ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz?
Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera nos sonríe esa edad,
Y publicamos nécios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar!
Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,

Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compás de una canción!
Pero después...nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde oscuridad!
Solo en oscuro, en retirado asilo
Puede tranquilo el corazón gozar;
Solo en secreto sus favores presta,
Siempre modesta
La que el hombre llamó *felicidad.*
¿Conoces tú la flor de batatilla
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece en la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol.
Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que, herido
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiración!
Porque la lira, en cuyo pié grabado
Un nombre amado por nosotros fué,
Debe á los cielos levantar sus notas,
Ó hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.
¡Pero cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará!...
Pero cantar cuando jamás se eleva
Y el aire lleva
Perdida la canción, triste es cantar!
Triste es cantar cuando se escucha al lado

De enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar, cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir á su canción!
Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
Al sentimiento más nobleza das;
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laud... Debes cantar!
Canta, y arrulle tu canción sabrosa
Mi silenciosa, humilde oscuridad!
Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir... Debes cantar!
Pero no puedes como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibracion de tu laud.
No hay sombras para tí. Como el cocuyo
El génio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZALEZ.
(colombiano.)

CARTA ABIERTA

Tiene el amor su código, señora,
Y en él mi crímen pago con la vida:
¡Así es mi corazón! Ama una hora...

Es amado después, y luego... olvida.

En ese tren expreso en que viajamos,
Aman siempre al vapor los corazones;
Que así como el trayecto que cruzamos,
Tiene el alma también sus estaciones.

¿Quién detiene en su giro la veleta?
¿Quién á sus plantas encadena el viento?
¿Dónde se halla el Alcides que sujeta
Al Icaro inmortal del pensamiento?

¡Amor...! Cada alborada que amanece
De nuestros sueños en la bruma vaga,
Se derrama en los aires, crece, crece,
Y cuando vamos á mirar se apaga.

Soñamos con amar, y nos agita
La volcánica lava del deseo:
Matamos nuestro amor, y resucita
Con las múltiples formas del Proteo.

Hoy es una mujer que nos adora;
Mañana una mujer que nos desdeña;
Y mientras más por el amor se llora,
Con más ahinco en el amor se sueña.

¡Así es el hombre! Tántalo que tiene
La sed del ideal, la poesía:
Una mujer á su camino viene
Y exclama el corazón: ¡Esa es la mía!

Es suya esa mujer, los goces nacen,
La ve, la palpa, sus mejillas besa...
Las alas del querube se deshacen,
Y exclama el corazón: ¡no! ¡no era esa!

No dañan las escarchas del invierno
Al árbol que sin hojas ha quedado;
Así el amor, para que viva eterno,
Tiene que ser por fuerza desgraciado.

Tú, sí, dolor, los sueños eternizas;
Tú, sólo tú de la creación monarca;
¡Tú que formar supiste con cenizas
La escultórica Laura de Petrarca!

¡Qué estéril es la dicha! Si su nido
Al Tasso hubiera abierto tentadora,
¡Cómo se hubiera al fin desvanecido
La pálida silueta de Leonora!

Amor es un laúd, es una lira
Que vibra en el espacio y enmudece:
Amor es una Ofelia que suspira...
No la queráis tocar... ¡se desvanece!

Ya veis, señora, que si el crímen mío
Fué el querellaros una vez de amores,
Me ha sorprendido de la noche el frío,
Sin una estufa en que abrigar mis flores.

Como es muy triste el sol en el ocaso,
El apurar la dicha me da miedo:
Sois hermosa y feliz, me amais acaso...
Os quisiera querer... ¡pero no puedo!

Busco las dichas del hogar sencillas;
Para eso guardo mi postrer cariño:
Yo quiero que descanse en mis rodillas
La rubia cabecita de algún niño.

Dejad que busque luz para mi noche
Si la pasión con sus fulgores pierdo,

Y no arrojéis la gota del reproche
En el sublime néctar del recuerdo.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(mejicano.)

LA AGONÍA DE PETRONIO

Tendido en la bañera de alabastro
Donde serpea el purpurino rastro
De la sangre que corre de sus venas,
Yace Petronio, el bardo decadente,
Mostrando coronada la ancha frente,
De rosas, terebintos y azucenas.

Mientras los magistrados le interrogan,
Sus jóvenes discípulos dialogan
Ó recitan sus dáctilos de oro;
Y al ver que aquellos en tropel se alejan,
Ante el maestro ensangrentado dejan
Caer las gotas de su amargo lloro.

Envueltas en sus peplos vaporosos,
Y tendidos los cuerpos voluptuosos
En la muelle extensión de los triclinios,
Alrededor, sombrías y livianas,
Agrúpanse las bellas cortesanas
Que habitan del imperio en los dominios.

Desde el baño fragante en que aun respira
El bardo pensativo las admira,
Fija en la más hermosa la mirada,
Y le demanda con arrullo tierno,

La postrimera copa de Falerno
Por sus marmóreas manos escanciada.

Apurando el licor hasta las heces,
Enciende las mortales palideces
Que obscurecían su viril semblante,
Y volviendo los ojos inflamados
Á sus fieles discípulos amados,
Háblales triste en su postrer instante.

Y como se doblega el mustio nardo,
Dobla su cuello el moribundo bardo,
Libre por siempre de mortales penas,
Aspirando en su lánguida postura
Del agua perfumada la frescura
Y el olor de la sangre de sus venas.

JULIÁN DEL CASAL.
(cubano.)

* SALMOS DEL COMBATE

Escuchas?—Mientras lloras y suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafrén de generosas iras,
Y triunfa en las estrofas y en las liras
La épica militar de los combates.

Ardua es la ruta de las nuevas zonas
En que el Dolor á combatir obliga
Despojando de palmas las coronas,
Como el recio molar de las tahonas
De sus féculas dulces á la espiga.

Deja el pomposo harem de tus sultanas;
Ya han bajado al estadio los atletas;
Ya cantan á las huestes parnasianas
El pregón victorioso de las dianas
Con sus claras gargantas las trompetas.

Deja el huerto lilial de los amores,
Resuella en los clarines de tu rima.
Yo estoy en el tropel de luchadores.
La corona que ciño no es de flores,
Es de zarza de Horeb: quema y lastima!

Hay un refrán de Momo en cada empresa.
Y una cola de lobo en cada hazaña!
Si el abismo á tu paso se atraviesa,
Como los bellos pájaros de presa
Guarda intacto el honor de tu montaña.

Ven! el combate purifica al fuerte.
La espuma nace del furor de la onda.
Si el rencoroso error tu sangre vierte,
Canta el aria del triunfo ante la muerte
Como el grupo inmortal de la Gironda.

Álzate como enhiesto centinela
Sobre la noche hostil, ante los odios.
Álzate y calza en el talón la espuela:
Ya está pronta la heroica escarapela
Que premia los gallardos episodios.

Ya dejando las tristes serenatas,
El bardo afina su clarín sonoro,
Y en los pendones de las luchas gratas
Flamean agresivas escarlatas
Donde embravece el Sol cóleras de oro.

LEOPOLDO LUGONES.

1896. (argentino.)

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor! Caber no puede
Donde impera tu imágen adorada,
Patria, gloria, amistad....cuanto solía
Mi pecho conmover....¡ya todo cede
Á la ardiente mirada
De tus luceros bellos!
Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta,
Como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracán sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó va á estrellarse en el peñasco rudo:
Así en la fiebre do anhelando gira
Esta alma delirante,
Tus ojos son, Amira
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

¿Y este vaivén continuo, esta perpetua
Conmoción es la vida?—¡Cuántas horas
Mudo, yerto, insensible,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba.

Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta,
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!

Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en tí habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
En tí no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad, ¿do estás? Este vacío
Que al dilatarse el corazón no llena,
Ven ocúpalo tú. Si ronco suena
El guerrero clarín, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime:
¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra
Al són triunfal de los preñados bronces
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?

En el tropel del mundo
Yo también te busqué. Torvo guerrero
Sobre carro veloz?, de lauro honrado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba,
Y en tanto «aquí domina»,

Otro desde la tumba le gritaba.

¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí?—Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!...
¡Y los años volaban!...
Las hojas de los árboles caían,
Las hojas en los árbóles brotaban.

¡Una mujer! con su flotante velo
Tocó al pasar, mí frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repénte:
Los brazos tiendo á la fantasma bella,
Mas al asirla, alzada
Ví una ara ante mis piés, y detrás ella,
Mi visión adorada:
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación...delito!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído.
¡Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera
Lanzándome una lánguida mirada,
Cual si sus puertas el infierno abriera
Á un alma condenada.

¡Ah! ¿qué me importa? Agitación sublime,
¡Yo te adoro! Tú eres
Alma de mi existencia.—Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta,
Inunda, inunda la mejilla en lloro;

Clamar me oirás entre congoja tanta;
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

VENTURA DE LA VEGA.
1832. (argentino.)

CANTO DE LA SANGRE

Á Miguel Escalada.

Sangre de Abel. Clarín de las batallas.
Luchas fraternales; estruendos, horrores;
Flotan las banderas, hieren las metrallas,
Y visten la púrpura los emperadores.

Sangre del Cristo. El órgano sonoro.
La viña celeste da el celeste vino;
Y en el labio sacro del cáliz de oro
Las almas se abrevan del vino divino.

Sangre de los martirios. El salterio.
Hogueras; leones, palmas vencedoras;
Los heraldos rojos con que del misterio
Vienen precedidas las grandes auroras.

Sangre que vierte el cazador. El cuerno.
Furias escarlatas y rojos destinos
Forjan en las fraguas del obscuro Infierno
Las fatales armas de los asesinos.

Oh sangre de las vírgenes! La lira.
Encanto de abejas y de mariposas.
La estrella de Venus desde el cielo mira
El purpúreo triunfo de las reinas rosas.

Sangre que la ley vierte.
Tambor á la sordina.
Brotan las adelfas que riega la Muerte
Y el rojo cometa que anuncia la ruina.

Sangre de los suicidas. Organillo.
Fanfarrias macabras, responsos corales,
Con que de Saturno celébrase el brillo
En los manicomios y en los hospitales.

Rubén Darío.
(centroamericano.)

1894.

SALTO DE BARRIO-NUEVO

I

Al pié de dos montañas colosales,
Un río transparente
Remueve sus cristales,
Y entre riscos y juncos y zarzales
Con estrépito lanza su corriente.

Cercado de perpetua primavera
Regala su frescura
Bañando la pradera,
Retratando á su paso por doquiera
Palmas y cielos en su linfa pura.

Crece la flor en su escarpada orilla
Luciendo sus colores,
En tanto que sencilla
Canta feliz la tímida avecilla
Querellando sus rústicos amores.

Allí el pastor respira los aromas
De lirios y alelíes;
Y al par de las palomas,
Bajan de tarde las cercanas lomas
Á mitigar su sed los jabalíes.

Interrumpe su curso de repente,
Cortada en dura peña,
Hondísima pendiente,
Y convertido desde allí en torrente
Sobre un lecho de roca se despeña.

Un iris forma de belleza suma
Cuando su mole agita
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de sonante espuma
En multitud confusa precipita.

Y hierve el agua en el revuelto seno
Del hondo abismo frío,
Zumbando como el trueno,
Y las ondas avanzan, y sereno
Sigue su marcha majestuoso el río.

II

Un instante contemplé
Tu belleza singular,
Y breve y amargo fué,
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.

En tu curso misterioso
Por sendas desconocidas,
Corres tranquilo y medroso,
Ya en un cauce pedregoso,
Ya sobre alfombras mullidas.

Encuentras á cada instante
Un escollo en tu camino,
Y andas y andas anhelante,
¡Siempre adelante, adelante!
Sin conocer tu destino.

Humilde como las fuentes
Lamiendo vas tus orillas,
Al murmurar tus corrientes
Los amores inocentes
De las tórtolas sencillas.

Ó acaso tu lecho ahondando
Rugiente y negro te lanzas,
Y van tus aguas pasando
Como en la tierra llorando
Los hombres sus esperanzas.

Y sin que sepas jamás
Adonde tus ondas ruedan
Cuando caminando vas,
Caminas ¡ay! sin que puedan
Volverse un instante atrás:

Como nunca retornaron
Las ilusiones que fueron,
Ni los seres que se amaron,
Ni las horas que pasaron,
Ni las flores que murieron.

Sobre el espejo en que nacen,
Tus blancas espumas miro
Pasar en rápido giro;
Y cuán pronto las deshacen
Las brisas con un suspiro.

Así su dicha también,
Los que sollozan sin calma
Por el mundanal Edén,
Volar presurosas ven
En un suspiro del alma.

Tú en la gaya primavera,
Al pasar por la ribera
Llevas las flores que tocas;
Las amas, y en tu carrera
Se van quedando en las rocas.

Así el hombre en sus errores
Con indecible cariño
Guarda avaro sus amores,
Y va, desde que es muy niño,
Perdiendo en el mundo flores.

Y al fin, después de luchar
En esta mundana guerra,
Tendremos que descansar,
Los hombres bajo la tierra
Y tú en el fondo del mar.

José Peón Contreras,
(mejicano.)

REIR LLORANDO

Viendo á Garrik—actor de la Inglaterra—
El pueblo al aplaudirlo le decía:
«Eres el más gracioso de la tierra,
Y más feliz........»
Y el cómico reía.

Víctimas del *spleen*, los altos lores
En sus noches más negras y pesadas,
Iban á ver al rey de los actores,
Y cambiaban su *spleen* en carcajadas.
Una vez, ante un médico famoso,
Llegóse un hombre de mirar sombrío:
«Sufro – le dijo—un mal tan espantoso
«Como esta palidez del rostro mío.
«Nada me causa encanto ni atractivo;
«No me importan mi nombre ni mi suerte.
«En un eterno *spleen* muriendo vivo,
«Y es mi única pasión la de la muerte.»
—Viajad y os distraeréis.
—¡Tánto he viajado!
—Las lecturas buscad.
—¡Tánto he leído!
—Que os ame una mujer.
—¡Si soy amado!
—Un título adquirid.
—¡Noble he nacido!
—¿Pobre seréis quizá?
—Tengo riquezas.
—¿De lisonjas gustáis?
—Tántas escucho....!
—¿Qué tenéis de familia?
—Mis tristezas.
—¿Váis á los cementerios?
—Mucho...mucho...
—¿De vuestra vida actual tenéis testigos?
—Sí, mas no dejo que me impongan yugos:
Yo les llamo á los muertos, mis amigos;
Y les llamo á los vivos, mis verdugos.
—Me deja—agrega el médico—perplejo
Vuestro mal, y no debo acobardaros;

Tomad hoy por receta este consejo:
«Sólo viendo á Garrik podréis curaros»
—¿Á Garrik?
—Sí, á Garrik... La más remisa,
Y austera sociedad le busca ansiosa;
Todo aquel que lo ve, muere de risa:
¡Tiene una gracia artística asombrosa!
—¿Y á mí me hará reír?
—¡Ah! sí, os lo juro;
Él, sí; nada más que él; mas...¿qué os inquieta?
—Así—dijo el enfermo—no me curo:
¡Yo soy Garrik!... Cambiadme la receta.

¡Cuántos hay que, cansados de la vida,
Enfermos de pesar, muertos de tedio,
Hacen reír como el actor suicida,
Sin encontrar para su mal remedio!
!Ay! ¡Cuántas veces al reír se llora!
¡Nadie en lo alegre de la risa fíe,
Porque en los seres que el dolor devora
El alma llora cuando el rostro ríe!
Si se muere la fe, si huye la calma,
Si sólo abrojos nuestra planta pisa,
Lanza á la faz la tempestad del alma
Un relámpago triste: la sonrisa.
El carnaval del mundo engaña tanto,
Que la vida son breves mascaradas;
Aquí aprendemos á reír con llanto,
Y también á llorar con carcajadas.

Juan de Dios Peza.
(mejicano.)

OLÍMPICOS

I

Vislumbrar una luz á lo lejos,
Cuya luz en el yo se retrata,
Cual se observa, á la vez, una estrella
Rodando en el éter, rielando en las aguas:
Es tener vocación y sentirla;
Guerreär con divisa y con armas:
Armas propias, divisa de fuego
Que el arduo pasaje del héroe señalan.

II

Avanzar con la carne en el polvo,—
Carne vil que del polvo no se alza,—
Mientras forja la mente indomable
La escena y el cuadro, la estrofa y la estatua:
Es haber aflojado las cuerdas
Que á la torpe materia nos atan:
Ostentar como el clásico Alcides,
La leche de Juno vibrando en la casta.

III

Recibir el dolor y sufrirlo
Con no sé que mental arrogancia,
Cual pudieran sentir,—si sintiesen,—
Los nobles metales la acción de la fragua:
Es tenerse por hombre y gozarse
En su propia virtud y sustancia:
Merecer la corona de espinas
Que es nimbo y diadema, que es yelmo y tiära

IV

Aceptar el placer y vivirlo
Con un dejo de hastío y nostalgia,
Cual pudiera entregarse á los faunos,
Fozada de Jove, la púdica Diana:
Es probar un espíritu fuerte
Refractario á las artes de Onfalia:
Sacudir, todavía, en los hombros,
Del ángel caído las místicas alas.

V

Sospechar una mano en la sombra
Que combina fantásticos dramas,
Que describe una red de caminos
Por donde las fuerzas del orbe se lanzan:
Es tener la intuición de la ciencia,—
De una ciencia profunda y exacta,
Que á esta suma de causas y efectos
Supone un efecto; supone una causa.

VI

Esperar esa vida futura,—
Vida plena, sin nubes ni pausas,—
Donde todo es amable, y adonde
No cabe, siquiera, la cólera santa:
Es sentir la pasión de lo hermoso
Al supremo nivel exaltada:
Presumir la estrategia sublime
De aquel que en el seno del tiempo trabaja.

VII

Percibir en la propia conciencia
La noción de lo bueno que canta,

Como el eco de un mundo invisible
Que es centro, y es fuerza y es vida, y es gracia:
Es tener un blasón sobre el pecho;
Es llevar las insignias humanas;
Es reinar sobre el lodo y las bestias
Y ser hijo de Dios y ser alma!

PEDRO B. PALACIOS, (*Almafuerte*).
1893. (argentino.)

ANTÍTESIS

El alma que estudie
Las leyes eternas,
Sentirá hácia la vida un desprecio
Que no habrá ya mayor en la tierra;
Y si habre los ojos
Á la luz de las lunas serenas,
Mirará que la sombra es precisa
Para hacer resaltar las estrellas;
Y amará de la sombra
Las masas inmensas
Al saber que la estrella no vive
Si no vive también la tiniebla....

¡Qué caprichos tan raros
Tiene el sino altanero:
Son caprichos de príncipe loco
Barajando patricios y siervos;
Y poniendo con mano nerviosa
La flor en el cieno
Y la perla en los mares obscuros
Y en las tumbas el último fuego;

Y estampando con furia
De la noche en el lóbrego lienzo,
Pinceladas de luz—los cometas—
Y gotitas de sol—los luceros!

¿Por qué la Pobreza
Es la madre de todos los sabios:
Madre seca de frente callosa
Y senos chupados,
Que bautiza con sangre á sus hijos
Y los deja después en el charco....?
¿Cuál será la pupila suprema
Que inspecciona este loco fandango,
Y no se obscurece
Cuando vé que en el polvo de este astro
El sabio sólo halla
Un pesebre y después un calvario:
Al nacer un puñado de hierbas
Y al morir una cruz y tres clavos!...

Pensar ¡ay! que el hombre
Que tiene alas de fuego y no vuela,
Es puñado de polvo, lo mismo
Que la planta y el bruto y la piedra!
Pensar que la hermosa
De curva opulenta
Será polvo, fué polvo y es polvo
Como el bruto, la planta y la piedra!
Ah! Mefisto se ríe de Fausto
Que pide calores y fuerzas,
Cuando ve á Margarita impasible
Hilando en la rueca;
Por que el diablo agudísimo sabe
Que toda esa inefable belleza
Pasará como pasan las formas

En la planta y el bruto y la piedra!

Corazón arrugado no puede
Perder sus arrugas....
El licor de Mefisto
Si en el vaso echa nuevas espumas;
No por eso el vaso transforma
La ya vieja y tronchada figura....
Podrá el sol al morir lanzar rayos,
Mas no puede escapar de la tumba....
Ilusión, ilusión: eres múltiple!
Juventud, juventud: eres una!

Cuando en pesos iguales
Se equilibre la eterna balanza,
Y la carne no vaya hácia el polvo,
Y hácia el humo las glorias no vayan;
Cuando todo tranquilo,
Olvidando las fiebres pasadas,
Sueñe sólo el ensueño profundo
De una vida sin fin y sin vallas,...
Oh! entónces, entónces
Podrá haber la igualdad anhelada;
Que mientras nos clave
Sus dientes la Parca,
Habrá siempre esa antítesis fija
De todos los cuerpos con todas las almas!

José Santos Chocano.
(peruano.)

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría

En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía;
Y el arte prostituído blasfemaba,
Y en el estruendo de perpetua orgía
La miserable humanidad rodaba....
Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos
Sintiendo al Dios que el Universo encierra,
Alzó la frente al cielo
¡Y cayó de rodillas en la tierra!

¡Así la humanidad fué redimida,
Así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
Así desde el espanto de la muerte
Á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
Solo la cruz alcanza:
¡Ella es la tabla en que salvó el abismo
Desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila
El ideal del arte se transforma;
La estirpe humana misma
Girando en el perpetuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios cambia de forma.
La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte,
¡Y enciende el pensamiento soberano,
Que en la frente del hombre reverbera
Como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,
Qué ha sido del poder y de la gloria
Con que la España deslumbró la historia
Al pisar en la América ignorada?
¡Lo que fué de la estela
Que en las olas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela
Que guïó de Colón la fé cristiana!
¡Sólo quedó la cruz del Misionero
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
Lo ve la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma en su esperanza tierna:
Todo pasa en el mundo,
Todo cambia en los ámbitos del orbe:
¡La cruz sólo es eterna!

. . . .

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
¡Yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...
Yo soy su misionero,
Yo soy su combatiente solitario;
¡Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
De la familia humana,
¡El hogar de la paz y la alegría
Se cierra para siempre al alma mía,
Que ata el lazo bendito
Que el padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,

Pongo el sello de Dios sobre tu frente;
Y en el lecho doliente
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
¡Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida
Y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate
Con la sandalia de mi pié llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla
Que ocultan á los cielos tus despojos,
¡Te hago besar la Cruz en la batalla
Y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
¡Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la Cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina!
¡La Cruz más poderosa que la Espada!

La Cruz que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;
La Cruz, donde repite el niño tierno
La oración de la madre y de la esposa;
La Cruz que en el regazo
De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra,
Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron

Y á la espantada Europa sorprendieron
Y entre sus propias ruinas la abismaron,
El *Fraile* moribundo
Hasta en las Catacumbas perseguido,
Salvó en las Catacumbas escondido
El progreso del mundo:
¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
Qué fué tu patria entera
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano
Que recibe del bárbaro la flecha,
Y abre en sus hordas la primera brecha
Al pensamiento humano!
¡Y sobre el rastro de la sangre mía
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
En la vida de glorias rodeada
Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?
¡El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohada,
Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!

¡Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, sólo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbría...
El gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
Por la gloria del hombre eternamente...
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡Escúpeme en la frente!

Ricardo Gutiérrez.
(argentino.)

---

* PARA CECILIA GUTIÉRREZ NÁJERA

En la cuna sin par nació la airosa
Niña de honda mirada y paso leve,
Que el padre le tejió de milagrosa
Música azul y clavellin de nieve.

Del sol voraz y de la cumbre andina
Con lira nueva, el séquito de bardos
Vino á regar sobre la cuna fina
Olor de myosotís y luz de nardos.

Á las pálidas alas del arpegio
Preso de cinta á la trenzada cuna
Colgó liana sutil el bardo regio,
De ópalo ténue y claridad de luna.

Á las trémulas manos de la airosa
Madre feliz, para el collar primero,
Vertió el bardo creador la pudorosa

Perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
Surgió la niña mística, cual sube,
Blanca y azul, por el solemne espacio,
Lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
Niña, y en ellos tiembla la mirada
Cual onda vírgen de la mar, viajera
Presa, al pasar, en concha nacarada.

Fina y severa, como el arte grave,
Alísea planta en la existencia apoya,
Y el canto tiene y la inquietud del ave,
Y su mano es el hueco de una joya.

Niña: Si el mundo infiel al bardo airoso
Las mágias roba con que orló tu cuna,
Tú le orlarás de nuevo el milagroso
Verso de ópalo ténue y luz de luna.

José Martí.
(cubano.)

EL RELOJ

Deslizóse por mi alcoba cierta noche una hada hermosa
Y me dijo:—«Vengo á hacerte por capricho, aqueste don:
En el día más infausto de tu vida borrascosa
En pedazos mil, deshecho, mirarás este reloj.»

Dijo y fuése. Desde entonces, del salón en el testero,
Con monótono, pausado, quejumbroso y grave són,
De las horas el transcurso con su largo minutero
Señalaba un hermosísimo y fantástico reloj.

Cuando tristes desengaños, cuando algún dolor punzante,
Derramaban en mi pecho la onda amarga del dolor,
Mis miradas se volvían hacia el mágico cuadrante...
¡Impertérrito marchaba, sin romperse, aquel reloj!

Cuando negras infidencias de la suerte me arruinaron,
—¡Ah!—exclamé—de los dolores este sí que es el mayor.—
Al salon corrí al momento...mas mis fuerzas desmayaron,
Pues miré de horror transido que aun marchaba aquel reloj!

Cuando seres que adoraba, del destino el rayo odioso,
Por llevarlos á otros mundos de mi lado arrebató,
Yo me dije sollozando:—¡No hay dolor más espantoso!—
Y miré con honda angustia que aun marchaba aquel reloj.

Cuando dos pupilas negras en las mías se fijaron
Y sentí que un algo inmenso me oprimía el corazón,
Con afán mis ojos tímidos al reloj se levantaron...
¡Y en pedazos mil, deshecho, ví estallar aquel reloj!

José Miró, *(Julián Martel).*
(argentino.)

1893.

ODISEA DEL ALMA

À la santa memoria de
mi tierna y abnegada madre,
consagro este poema.

SUMARIO

I. Al despertar.—Viaje del alma hacia el pasado.—El valle de la infancia.—Ensueños.—Los juegos olímpicos de la vida.—Aspiraciones.—II. Vuelta del alma á la realidad.—Historia íntima.—El palenque de la existencia.—El presente.—III. Combate diario.—Desolación.—El anfiteatro del mundo.—Grito supremo.

I

Hasta mi estancia, entre el confuso ruido
Que forma la ciudad en la mañana,
En alas de la brisa conducido,

Ha llegado, al través de mi ventana,
De distantes vacadas el mugido:—

De amor y alarma alto y profundo acento;
Largo clamor de tristes vibraciones;
Ronco grito, ardoroso llamamiento
Que,—por lentas graduales inflexiones,—
Acaba en un hondísimo lamento:

En cuyos tiernos sones prolongados
La salvaje hermosura y la tristeza
Se siente de los bosques y los prados,
De las rudas montañas y collados,
¡De toda la inmortal naturaleza...—

Al oírlo en fantásticos *mirajes*
Ha cruzado delante de mi älma,
Bajo hermosos espléndidos celajes,
Panorama feliz de agreste calma,—
Risueños cuadros,—rústicos paisajes:

Un encantado valle, al que sombríos
Bosques dan paz, misterios y frescura;
Entre el follaje blancos caseríos;
Campos amenos de feraz verdura;
Murmuradores espumosos ríos...

Y, de amor y ternura estremecida,
Abandonando el mísero presente,
Mi alma llorosa, en instantánea huída,—
Ha remontado hasta su antigua fuente
El dilatado curso de mi vida.

¡Vuelvo á ser niño—¡veinte y nueve años
Para mí no han pasado, de dolores,
De inquietudes y acerbos desengaños!...—

En torno á la heredad de mis mayores
Mugen, al alba, inquietos los rebaños;

Su nota resonante y altanera
Alza á lo lejos vigilante gallo;
Y el silencio y la paz de la pradera
Sólo turba el clamor de alguna fiera
Ó el vibrante relincho de un caballo;

Al oriente del cielo aun tenebroso
Tiñe ya leve azul el horizonte,
Y su rayo indistinto y misterioso,
Bajando oblicuo del lejano monte,
Baña los mudos campos en reposo;

Bajo su influjo, con gentil sonrisa,
Lentamente la tierra despertando,
De su niebla despójase indecisa,
Cual de velo importuno; y ya la brisa
Pasa ramas y flores columpiando;

Orlado el río de salvajes cañas
Que unen lianas y agrestes madreselvas,
Con sesgo curso y músicas extrañas
Desciende entre las ásperas montañas
Que, al fondo, cubren azuladas selvas;

Entre el follaje del vecino huerto
Corren las fuentes con parleras ondas,
Y el coro de las aves, ya despierto,
Salta y entona el matinal concierto
Bajo las verdes y temblantes frondas...—

Allá en el interior de la alquería,
En mi oscuro aposento, abro los ojos
De pronto heridos por la luz del día

Que, entrando por la junta celosía,
Raya la sombra en trémulos manojos...

Y aun empapado en plácido beleño
Mi ser, entre ese vago claro-oscuro
De luz y sombra, de vigilia y sueño,—
Y entre el vago misterio del futuro
Y el presente dulcísimo y risueño,—

Indeciso, confuso y soñoliento,
Flota y revuela en giro vagabundo,
Cual si el alma cerniérase un momento
Entre el postrer confín del firmamento
Y los primeros límites del mundo...

Pero al fin mis sentidos indolentes
Á la vida despiertan, extasiados,
Al lejano rumor de los torrentes,
Al murmullo sonoro de las fuentes,
Al profundo balar de los ganados.

En la vecina estancia, á mis abuelos
Oyendo estoy que con murmullos graves
Alzan sus diurnas preces á los cielos;
Y en el jardín, despiertos con las aves,
Juegan ya mis hermanos pequeñuelos.

Por los patios y vastos corredores
La agitación percibo y los afanes
De labriegos que apresian sus labores
Entre confusos rústicos rumores
Y al agudo ladrido de los canes;

Y oigo también las voces diferentes
De la turba de siervos que, á porfía,
Pasando de las trojes á las fuentes,

Principian ya con manos diligentes
Las faenas domésticas del día;

¡Y,—presidiendo á esa campestre escena
Trasunta de los tiempos patriarcales,—
Grave, afectuosa, musical, serena,
Con acentos sublimes é inmortales
La voz sagrada de mi madre suena!...

Al eco de esa voz sonora y pura
De magia llena y de celeste calma
Como un himno de incógnita dulzura,
Henchida siento hasta su fondo mi alma
De adoración y de filial ternura;

Y desde allí, ya estática divisa
Mi mente su bellísimo semblante
Y, á otra ninguna igual, esa sonrisa,
Suave cual del Edén fragante brisa,
Cual la luz de los astros, rutilante!...—

¡Esa sonrisa! ¡donde, á toda hora,
Mi alma encontró felicidad cumplida,
Y cuya luz perenne y seductora
Fué la celeste misteriosa aurora
Que alumbró la mañana de mi vida!

¡Perpetuo manantial, donde bebía
Mi ser, en dulce calma venturosa,
Néctar divino, mágica ambrosía...
¡Y que espero encontrar en algun día
En la infinita eternidad gloriosa!...

Y mientras que oigo, así, desde mi lecho,
Resonar esa voz en lontananza
Del santo hogar bajo el tranquilo techo,

Siento latir mi estremecido pecho
De ansiedad, de ambición y de esperanza.

Arder yo siento dentro el alma mía
Precoz, secreta, irresistible llama;
Y lleno el porvenir de poesía,
Se ostenta ante mi absorta fantasía
Como un vasto y sublime panorama;

Y mi ardoroso espíritu nutrido
De la Grecia y de Roma en las lecciones
Y de sus vates por la voz mecido,
Queda por largo espacio sumergido
En grandiosos ensueños y visiones... —

¡La vida ante mi vista se despliega
De la edad juvenil en los dinteles,
Cual noble circo: cual palestra griega
En campo inmenso que el Eurotas riega
Entre bosque de mirtos y laureles:

Más allá de las ondas cristalinas,
Como un risueño marco, sus alturas
Muestran frondosas plácidas colinas,
Por cuyas misteriosas espesuras
Cruzan faunos y ninfas peregrinas;

Cerca ya del confín del horizonte,
Envuelta en nieblas blancas y confusas,
La sacra cima elévase bifronte
Del misterioso inaccesible monte,
Mansión divina de las castas Musas;

Del alto Olimpo en la remota cumbre
Muestran los dioses sus augustas sombras...
¡Y, del sol de la Grecia entre la lumbre,

Del valle por las fértiles alfombras
Se agita numerosa muchedumbre!...

Revestidos de clámides brillantes,
Y en círculo de vasto, inmenso radio
Agolpados sin fin los circunstantes,
Con ansiedad profunda, sus semblantes
Vuelven al centro del glorioso estadio;

¡Percibo allí las lenguas diferentes
De cien extraños pueblos y naciones,
Los clamores de ansiosos combatientes,
La voz de los heraldos impacientes,
Temblar penachos y flotar pendones!...

¡Y suena, al fin, para el ardiente atleta
La alta señal!... ¡en polvorosa nube
Se precipita hacia la ansiada meta
La lidiadora multitud inquieta;
Y el gran rumor hasta el empíreo sube!

¡Y sólo, entre la vasta polvareda
Se ve, que cubre el anchuroso campo,
El raudo huír de una fervіente rueda
Ó el refulgir de un eje que remeda
En denso nublo repentino lampo;

Ó la ansiosa figura de un auriga
Que, en el ardor de la marcial contienda,
Desdeñoso del riesgo y la fatiga,
Sus corceles indómitos hostiga,
Tendido, audaz, sobre la suelta rienda!...

¡Y llega al fin hasta la opuesta valla
El tropel de los carros! grito inmenso
Por todo el circo en derredor estalla;

Mas inmóvil, después, el pueblo calla,
Del fallo de los árbitros suspenso...

¡Y pronuncia una voz, en alto grito,
De los triunfantes los excelsos nombres,
Que cunden de la arena en el circuito...
Y que, en eco creciente é infinito,
De siglo en siglo escucharán los hombres!

¡Soberbia, altiva, en rumoroso vuelo,
Cual fúlgido celeste meteoro
Que, rasgando los aires, baja al suelo,
Tiende veloz por el azul del cielo
La victoria inmortal sus alas de oro;

É inmarcesibles palmas y coronas
Arroja á los insignes vencedores,
Por sobre el vulgo de diversas zonas
Que llena el campo con sus mil rumores,
Como la grande voz del Amazonas!...

Y en pos surgiendo la gigante Fama
Hasta el cenit entre esplendente pompa,
Con rostro audaz que el entusiasmo inflama
El triunfo al orbe atónito proclama
En su vibrante sonorosa trompa!

¡Y el gran concurso en cánticos triunfales
Rompe, y en *vivas* y entusiastas coros
Al feliz vencedor de sus rivales,
Al compás de las músicas marciales
Y al estruendo de címbalos sonoros!...

Y allá de las frondosas arboledas
Por los claros y opacas lontananzas,
De los efebos y las ninfas ledas

Cruzar se miran las festivas ruedas
Y el círculo armonioso de sus danzas...

Y,—entre las multitudes agitadas
Como al soplo del austro espesas mieses
Ó cual ondas del mar,—contemplo alzadas
De los héróes las frentes coronadas,
Por cima de los fúlgidos paveses.

Y en las gradas, después, de excelso templo
Inundado en elíseas claridades,
En celeste apoteosis les contemplo,
Como sublime é inmortal ejemplo
Á las remotas pósteras edades!!

....
....
....
....
....
....

«¡Yo también! ¡yo también! ¡oh madre! ¡siento
Del lidiador intrépido y del vate,
Dentro de mi alma, el generoso aliento!
¡También, para el olímpico combate,
El potente vigor y el ardimiento!

«Yo, por las venas de mi ser difusa
Siento una llama ardiente, un fuego santo;
Y en mis entrañas una voz confusa,
Como la voz de la divina Musa,
Como un continuo y melodioso canto!

«Y aquella voz recóndita y extraña
Llena de misteriosas vaguedades,

Por do quiera mis pasos acompaña,
Junto al río, en el valle, en la montaña,
De la selva en las vastas soledades...

«¡La flor, la nube, el bosque, la laguna,
Del ruiseñor las trémulas querellas,
El sol que muere, la naciente luna,
En el azul profundo las estrellas...
Cuanto en su seno el Universo aduna,

«Todo una extraña embrïaguez me inspira!
¡Todo habla á mi alma un mágico lenguaje;
Y á su influjo mi ser tiembla y suspira,
Cual, suspensa de un sauce entre el ramaje,
Murmura al viento una templada lira!...

«¡Cuando de algún poeta soberano
Oigo los bellos himnos palpitante,
Ó recorre sus páginas mi mano,
Como el acento de un distante hermano,
En mi alma se alza un eco semejante!...

«¡Oh madre! ¡oh madre! ¡aquí bajo mi frente
Y aquí en mi ansioso estremecido seno,
Llevo encerrado un mundo efervescente,
Crepuscular, incógnito, naciente,
De incomparables esplendores lleno!

«¡Siempre, del vulgo frívolo distinto,
He sentido emociones misteriosas
De mi alma recogida en el recinto;
Siempre he sentido un poderoso instinto
Que me empujaba hacia las grandes cosas!

«¡Con augusta emoción, de mi conciencia
En el secreto fondo, de contino

Siento una extraña enérgica potencia
Que me impele alcanzar alto destino
En la revuelta lid de la existencia!...

«¡Oh madre! ¡oh madre! ¡cuán divina llama
Ciñe á esos héroes, de su patria orgullo!
¡Cuán dulces son los ecos de su fama!
¡Del porvenir cuán plácido el murmullo
Que allá en los siglos su victoria aclama!

«¡Cuán vivos son y claros los destellos
De esa radiante é inmortal corona
Que ciñe, perfumados, sus cabellos!...
¡En generosa lid triunfar como ellos
Mi arrebatado espíritu ambiciona!...

«¿Y de la excelsa cumbre en el asalto
Quedará, oh madre, mi ambición vencida?
¿Será posible que, de aliento falto
En ascensión difícil, de lo alto
Al fondo baje con fatal caída?...

«¡No! ¡no puede mentir este entusiasmo,
Esta nativa aspiración y anhelo,
Que llevo en mi alma con secreto pasmo!
¡No puede, no, con bárbaro sarcasmo,
Mis nobles ansias traicionar el cielo!

«¡Yo también! ¡yo también! cual fuerte atleta
En la azarosa lid lanzarme quiero;
Y tocando ante todos la ardua meta,
Conquistar los laureles del poeta
De la esplendente Gloria en el sendero...

«¡Campo libre dejadme! armas iguales
Dad á mi osada y vigorosa diestra;

Y, sin miedo al tropel de mis rivales,
Ya veréis, ya veréis que en la palestra
Logro alcanzar coronas inmortales!

«¡Virgen como la América, me anima
De ardiente inspiración soplo fecundo
Que manda al labio sonorosa rima;
Y levanta mi espíritu y sublima
El genio celestial del Nuevo Mundo!

«¡Cual de sus grandes selvas los raudales,
En la penumbra, así, del alma mía
Bullir siento armoniosos manantiales;
Y alza en ella sus cantos ideales
El fénix de una nueva poesía...

«¡Campo!... ¡del triunfo preparad la copa
Para el joven cantor americano;
Porque él, en medio de apiñada tropa
De los insignes vates de la Europa,
Va á desplegar su esfuerzo soberano!

«¡Y os mostrará que,—aunque extranjero vate
Venido de comarcas tan remotas,—
Para su sien que de entusiasmo late
Sabe arrancar las palmas del combate
Que crecen cen las aguas del Eurotas!

«¡Campo libre dejadme! ¡abridme paso!
¡Con noble arrojo, con viril denuedo,
Yo escalaré la cumbre del Parnaso...
Mi estro inflama los cánticos del Tasso,
Los arrebatos líricos de Olmedo!

«¡Oyendo sus acentos inspirados,—
En torno de mi sien, nobles y grandes

Revuelan en tropel entremezclados
Los manes de los ínclitos cruzados,
Los legendarios héroes de los Andes!

«¡Abridme paso!...¡por mi patria lucho!...
¡Veréis que, si del mundo en el proscenio,
Como á mis padres relatar escucho,
Lució ayer los laureles de Ayacucho,
También ciñe las palmas del ingenio!

«¡Verán, sí, de la Europa las naciones,
Al contemplar mis líricos trofeos,
Que si tiene la América varones
Émulos de Milciades y Escipiones,
También tiene patrióticos Tirteos!...

«¡Luchando audaz con indomable brío,
Quiero hacer perdurable mi memoria;
Y que escriba inclinada el nombre mío
En las tablas de bronce de la historia
Con pluma de oro la severa Clío!...

«¡Abridme campo! ¡que en la lucha ardiente
Quiero alcanzar con invencible brazo
Una palma, y un lauro refulgente,—
Que poner de mi madre en el regazo!
¡Que ceñir de mi América á la frente!...

«¡Ah! ¡lo obtendré!...¡me dice un grito interno
Que en la palestra arrancarán mis manos
La gran corona, el galardón eterno,
Entre el inmenso júbilo materno
Y el grito de placer de mis hermanos!»

....

....

. . . .

. . . .

II

¡Así, en amor de gloria enardecido,
Soñaba el niño en el repuesto valle!... —
Mas cesa en la distancia ya el mugido:
Y, en ecos mil, de la vecina calle
Sube á mi estancia el tumultuoso ruido...

Como en la faz del piélago azulado
Disipa el viento la flotante espuma;
Como en el cielo, de arrebol bañado,
Vasto edificio de impalpable bruma;
Así se borra el sueño del pasado;

Y el valle de mi infancia, y la alquería,
Y aquél de gloria cuadro refulgente
Huye, que acarició mi fantasía;
Y súbito se encuentra el alma mía
Delante de su mísero presente!

¡Y al salir de ese ensueño tan profundo
De antiguas dichas, de esperanza y gozo,
Y al ver deshecho ese brillante mundo,
Mi corazón doliente y gemebundo
Prorrumpe en un misérrimo sollozo!...

¡Oh dolor! ¡Á esos años de ventura
Presto siguiendo porvenir infausto,
En la flor de su edad y su hermosura
Mi santa madre, emblema de ternura,
Nos dió su dulce vida en holocausto:

Por sus hijos luchando valerosa
En tierra extraña contra adversa suerte,

Cayó sin fuerzas en la helada fosa
Y hace ya cinco lustros que reposa
En el inmóvil sueño de la muerte!

Como dos lirios, pálidos y bellos,
Miré también á dos de mis hermanos,
De sus ojos ya opacos los destellos,
Mezclados en la fosa sus cabellos,
Y entrelazadas sus pequeñas manos.

Traslado fiel de la virtud materna,
Consuelo de mis hórridos pesares,
Mi amada hermana cariñosa y tierna
Duerme al presente en soledad eterna
Al sordo arrullo de extranjeros mares.

¡Y mi padre, proscrito, triste, anciano,—
Bajo el brazo durísimo, de hierro,
De su destino reluchando en vano,—
Su vida en suelo terminó lejano,
En las perpetuas ansias del destierro!

¡Y del asilo de mis dulces sueños,
De la quinta cerrada de colinas
Y orlada de vergeles tan risueños,
Tan sólo quedan, bajo extraños dueños,
Mudos escombros, dolorosas ruinas!...

¡Y yo, aunque adolescente todavía,
Probando ya del hado la fiereza,
Y crecido en atmósfera sombría,
Sentí sobre mi prístima alegría
Nube extenderse de mortal tristeza;

Y aquella opaca sombra de dolores
Que envolvió mi temprana adolescencia,

De la dicha extinguiendo los fulgores,
Para siempre sus fúnebres colores
Proyectó sobre toda mi existencia!

¡Mas, en las fraguas del dolor templado,
Y en sed de gloria el alma aun encendida,
Jóven, audaz, de mi valor armado,
Me lancé, como intrépido soldado,
En el abierto campo de la vida!...

¡Ah!... ¡no era ella esa inmortal palestra
Donde, en luchas valientes y leales,
Dando el atleta de su esfuerzo muestra,
Puede alcanzar en medio á sus rivales
Inmarcesibles palmas con su diestra!

Donde, del sol á la briliante lumbre,
Puede sus sienes circundar de gloria
Ante absorta infinita muchedumbre,
Y percibir desde sublime cumbre
Los futuros aplausos de la historia...

No era siquier caballeresca justa
Donde triunfa el impávido guerrero
Que con diestra maneja más robusta
La fuerte lanza y el templado acero,
Y á que preside la equidad augusta;

No era el vasto magnífico torneo
Donde, al vencer en generosa lucha
El paladín bajo marcial arreo,
Con noble orgullo en derredor escucha
Del pueblo el entusiasta clamoreo!...—

¡Era un vil campo, una siniestra lidia,
En donde esgrime la traición artera

La daga envenenada de la insidia,
En donde oculta anónima visera
El pálido semblante de la envidia!...

¡En donde lucha solitario el bueno,
Bañado el rostro en gélidos sudores,
Los piés hundidos entre sangre y cieno,
Y por los golpes destrozado el seno,
De adversarios astutos y traidores;

Y al revolver en torno desoladas,
En su abandono y en su angustia acerba,
Hacia el concurso inmenso las miradas,
Sólo escucha las torpes carcajadas
De vendida ó estúpida caterva!

¡Y si entrega á los hombres su memoria,
Es también engañosa su esperanza;
Pues la ambición ó intriga proditoria,
De los contemporáneos y la historia
También el fallo á corromper alcanza!

¡Y si la vista, en su congoja ruda,
Levanta hacia la bóveda del cielo,
La ve, sintiendo pavorosa duda,
Cual cúpula de bronce, sorda y muda,
Como inmenso sarcófago del suelo!...

¡Circo fatal, de cuyas gradas, llenas
De festivo rumor, las multitudes
Luchando miran contra horribles penas
Á las dolientes mártires virtudes,
Cual contra tigres y feroces hienas!

¡Vasta, sangrienta fosa de leones
Cual la del babilónico Profeta,

Do, de su ser dejando los jirones,
Sólo afronta el magnánimo poeta
Del vulgo vil las hórridas pasiones!...—

¡Campos de negros odios y rencillas,
Donde contra los buenos y los probos
Se unen de los malvados las gavillas,
Cual de canes famélicas traíllas,
Como bandadas de voraces lobos;

Y con faz torva y ademán villano
En torno suyo puestos en acecho,
Al fin le hieren con traidora mano,
Y despedazan su sangriento pecho,
Cual la raposa atroz del espartano!...—

¡Palenque de continuas asechanzas,
De dolor, de impostura y artificio,
De rastreras hipócritas venganzas;
Do son secretos vínculos de alianzas
De los malvados, sus comunes vicios!

¡Do el generoso sobre redes pisa;
Y con frecuencia la ira y los rencores,
Consternado y atónito, divisa
Ocultos tras de plácida sonrisa,
Cual áspid negro entre risueñas flores!...—

¡Campos de asaltos súbitos y fieros,
De encarnizada lucha cotidiana,
En donde de *hoy* los falsos lisonjeros,
Los amigos y amados compañeros,
Son tal vez los contrarios de *mañana!*

¡Donde, al caer las sombras de la tarde,
El pretenso magnánimo adversario

Que hizo ante el sol de su nobleza alarde,
De improviso conviértese, cobarde,
En asesino infame y sanguinario;

Y do á sus enemigos impotentes
El paladín,—depuesta la armadura,—
Siente en la sombra levantar las frentes,
Y clavarle su aleve mordedura,
Cual deformes maléficas serpientes!...—

¡Inmenso espacio de la fuerza asiento;
Do fijó la justicia su reinado;
Donde ve sin cesar el firmamento
Del justo el doloroso vencimiento,
La insolente victoria del malvado!...

¡Del mal inexpugnable ciudadela,—
En los siglos su sólido baluarte,—
En cuya cumbre el infortnnio vela;
Do ante los orbes desplegado vuela
Su silencioso fúnebre estandarte!...

¡Del escarnio y oprobio ancho sendero,
Donde la humanidad á su Mesías,
Abrumado bajo áspero madero,
Arrastra siempre hacia suplicio fiero
Del pasado en las negras gemonías;

Y sobre el monte, de su cruz pendiente,
Al mirarle de júbilo nefario
Estremecidas sus entrañas siente...!
¡De la maldad Tabor resplandeciente,
De la virtud cruentísimo Calvario!!

....

....

. . . .

. . . .

. . . .

Ví que era duelo y sombra la existencia;
Y círculo del Dante el vasto mundo;
Y me enseñó inflexible la experiencia
Que es el desprecio universal profundo
El último resumen de su ciencia!...

¡Eso era el mundo!... ¡ay cielos! ¡cuán diverso
De aquel Edén de gloria y de alegría,
De ese de luz espléndido universo,
Que,—aun ignorante del destino adverso,—
En su espacio elevó mi fantasía!...

¡Y he luchado seis lustros, sin embargo,
Domando mudo mi dolor interno;
Mas, después del combate crudo y largo,
Siento mi corazón, cual hiel, amargo,
Y oscuro como noche del invierno!...

¡Todas las esperanzas que mi cuna
Circundaron cual bellas dulces hadas,
Ví perderse en el cielo, una por una,
Al acento feroz de mi fortuna,
Como blancas palomas desbandadas!

Busqué la gloria; y,—con la sangre, rojas,
Que destilaba de mi herido seno,
Y tras largas fatigas y congojas—
Alcancé de su lauro escasas hojas;
¡Mas encerraban un letal veneno!...—

¿Ni cómo alzarse el alma á las serenas
Cumbres del ideal, cuando enclavada

Se halla en las cimas ásperas terrenas;
Y del vivir las ímprobas faenas
Se disputan, sin tregua, su jornada?

¿Cuándo sufre el poeta, á toda hora,
De la feroz fatalidad el yugo;
Y sobre la alta mente soñadora
Sintiendo está su mano abrumadora,
Como la férrea mano del verdugo?

¿Cuándo en el diurno é ínfimo combate
Contra vulgares penas é inquietudes
Sus nobles fuerzas desperdicia el vate?
¿Cuándo su ardor la indiferencia abate
De ignorantes ó ciegas multitudes?...

....
....
....
....
....

¡Y he perseguido, sin cesar, mi viaje
Por el lodo y malezas del camino,
Sin que nadie entendiera mi lenguaje
De las gentes que hallaba á mi pasaje,
Cual de otros mundos triste peregrino!...

¡Mi ventura tronchóse como el lirio
Que el cierzo arrastra entre espinosas breñas!
¡Se hundió en la nada mi falaz delirio!
¡Y aun gimen, recordando mi martirio,
Del sendero las rocas y las peñas!...

¡Ay!...¡Desde el fondo de la antigua *hacienda*,
Por climas diferentes y naciones

De mi largo vivir cruzó la senda;
Ancho rastro de sangre y de aflicciones
Do quier dejando en la fatal contienda!

¡Y esas eran, las ínclitas empresas
Con que mi alma soñó llenar la vida!
¡Las altas realidades eran esas!
¡La suerte, así, de mi niñez florida
Me cumplió las dulcísimas promesas!...

....
....
....
....
....

Henchida al alma de tediosa pena,
Hoy yazgo como el náufrago navío
Lleno de aguas salobres y de arena,
Tumbado sobre el áspero bajío,
Y en cuyo flanco la borrasca truena.

Con formidable estrépito profundo
Se ha desplomado en mis endebles hombros
De mi esperanza el gigantesco mundo;
Y hoy vago sollozante y gemebundo
Entre su inmensa ruina y sus escombros!...

¡Y he aquí que de repente me despierto,
Tódos deshechos mis ensueños vanos,
En medio de un vastísimo desierto
De negro luto el corazón cubierto,
La sien rugosa y los cabellos canos!

....
....

. . . .

. . . .

. . . .

III

¡Silencio!... derramando viva lumbre;
Ya el sol del horizonte se desvía
Y lento asciende hacia la etérea cumbre:
Yá empezó la afanada muchedumbre
El bullicioso tráfago del día.

¡Es tiempo ya de que con firme empeño
Á combatir volvamos contra el hado,
Y á afrontar de la vida el duro ceño:
Ya transcurrió la hora del ensueño;
La hora de la lucha ya ha sonado!

Ya nos reclama la fatal tarea:
¡Aun tu gemido! ¡oh corazón! ¡acalla!
¡Afuera ya la multitud vocea...
¡Volvamos otra vez á la pelea!
¡Volvamos otra vez á la batalla!...

Aun prosigamos con tenaz coraje
Ésta de la existencia lucha extraña,
Que es una lid y es á la vez un viaje,
Cual la *senda de guerra* del salvaje
Ó en tierra ignota múltiple campaña;

Guerra en que el enemigo está en acecho
Detrás de cada roca y cada tronco;
Ó nos espera en cada paso estrecho;
Y puede coronar cada repecho
De sus trompetas al estruendo ronco...

Y puede hallarse tras de cada monte
Su hueste ya en batalla desplegada,

Ó en la línea asomar del horizonte;
Como en la peligrosa retirada
Del relato inmortal de Jenofonte...

Mas, para ese combate largo y fiero,
Marchemos con las armas bien templadas
Y guarnecidos de infrangible acero,
De la cabeza al pié, como el guerrero
Solitario y audaz de las Cruzadas!

¡Y adelante animosos prosiguiendo,
Por la ancha ruta que la sangre riega,
Del contrario escuadrón el choque horrendo
Resistamos, sin tregua combatiendo
Entre el alto clamor de la refriega!...

Si alguna vez nuestra templada cota
Llegamos á sentir, en la batalla,
Al duro filo de la espada, rota,
Y nuestra sangre de la herida brota
Entre el tejido de la férrea malla;

Si adversa lanza, con empuje rudo
A nuestra frente intrépida asestada,
Nos hiende el fuerte triplicado escudo;
Y, rodando por tierra la celada,
Nuestro rostro en la lid queda desnudo...

¡Que nunca de dolor un solo acento
Brote de nuestros labios! ¡ni del alma
Revele el congojoso desaliento!
¡Que ni un pliegue de oculto sufrimiento
Turbe de nuestra faz la inmóvil calma!

¡No demos, corazón, al vulgo indigno
De nuestros sufrimientos la alegría;

Que no sorprenda su mirar maligno
En nuestra frente involuntario signo
Del dolor ó la íntima agonía!

¡Que hallen siempre sus ímpetus feroces
De mi ancho pecho la invencible roca,
Y sus ardientes cóleras atroces,
Sus insultantes clamorosas voces,
La altanera sonrisa de mi boca!

¡Sobre esa turba, sin flaqueza ó miedo,
Fulminemos la aguda y fuerte lanza
Ó la tajante espada de Toledo!...
¡Que comprenda de mi ánimo el denuedo!
¡Que sienta de mi brazo la pujanza!

¡Y aunque rugiendo pugne y se revuelva
En mi redor en denso remolino;
Aunque contra mi pecho airada vuelva
De agudas picas erizada selva;
Hacia adelante abrámonos camino!

¡Como allá en Roncesvalles, de Rolando
Descollaba la talla gigantea
Entre el opuesto innumerable bando
Que, ante sus golpes hórridos cejando,
Por largo trecho temeroso ondea;

Cual, bramando impotente, la oleada
En torno al alto escollo se desborda;
Así, ante los mandobles de mi espada,
Cejará confundida y espantada
De la mundana multitud la horda!...

Y si, con fiero empuje y ronco amago,
Me abruma al fin su inmensa pesadumbre,

De adversa sangre verterá ya un lago
Y ancha brecha abriré de horrendo estrago
En medio de esa airada muchedumbre!

¡Pecho á pecho lidiando, frente á frente,
Golpe por golpe, herida por herida...
Mientras mi mano el hierro aun sustente,
Mientras mi osado corazón aliente
Un postrer soplo, un hálito de vida!...

....
....
....
....
....

¡Yo bien sé, corazón, que sólo encierra
Tribulación suprema este momento;
Que, solitario en tan terrible guerra,
Adversa tienes para tí la tierra
Y adverso ó silencioso el firmamento!...

¡Mas qué importa! ¡Á la suerte no se humilla.
Ni se postra jamás varón estoico;
Luchando sin cesar, con la rodilla
Á su enemigo, al fin, doblega heroico,
Ó espera en calma la fatal cuchilla!...

¡Aunque su enojo contra mí redoble
Tremendo el hado y su pujante saña,
Á su furor resistiré yo inmoble,
Como á los viento corpulento roble
En la cumbre de la áspera montaña!...

¡Reina en torno el dolor! Queja doliente
Viene á mí desde el fondo del pasado;

Cubierto de amargura está el presente;
Cual de la Esfinge la inmutable frente
El futuro de bruma está velado;

Se siente en la extensión del ancho mundo
Grande desolación, tristeza muda;
Cruza el aura sollozo gemebundo;
Y de los cielos en lo más profundo
El espectro se cierne de la duda...

¡Mas aunque un solo rayo de esperanza
Niegue el Olimpo al consternado suelo,
De Ayax superaremos la pujanza,
Nuestro broquel blandiendo y nuestra lanza
Bajo la inmensa oscuridad del cielo!...

....
....
....
....
....

¡Oh alma mía! De nobles luchadores
El palenque inmortal por tí soñado,
¡Era un anfiteatro de dolores,
Inmensurable circo ensangrentado
De fieras y de esclavos gladiadores!

¿No ves en torno la terrible escena?...
Sentado en la lejana gradería
En derredor de la espaciosa arena,
Alza el mundo confusa gritería,
Como el susurro de una gran colmena!

En la primera fila, las vestales
De castidad llevando sus coronas

Se muestran entre cándidos cendales;
Y ocupando más lejos sus sitiales,
Patricios y tribunos y matronas...

¡Sobre el excelso trono, del *velario*
Bajo el dosel flotante y purpurino,
Monarca de la tierra sanguinario,
Silencioso, ceñudo y solitario
Descuella inmóvil el fatal destino!

¡Del día entre las luces ya menguadas
Vagar se ven en el celeste abismo,
Por sobre el vasto circo, cual bandadas
De fugitivas aves espantadas,
Los dioses del caduco paganismo!

¡En la arena mortal, que charcos rojos
Manchan de sangre aun espumosa, á trechos,
Siniestros grupos muéstranse á los ojos,
De lidiadores de jadeantes pechos
Y palpitantes lívidos despojos!—

Aquí un robusto *mirmilón* quebranta,
Con terrible ademán y con faz torva,
De su enemigo el pecho con su planta,
É inclinando sobre él, la espada corva
Le acerca inexorable á la garganta;

Y el caído,—la faz ya demudada,—
Alza en señal de súplica la mano,
Y angustiosa revuelve su mirada
Á la plebe que, en júbilo inundada,
¡Muere! responde con clamor insano.

En oblicua actitud, baja la frente,
Recogidos los miembros, un *retiario*,

Agitando su red, súbitamente
Desde lejos envuelve á su adversario,
Y le ultima veloz con su *tridente*!

Extendido de espaldas sobre el suelo
Yace más lejos gladiador membrudo,
Vuelta la faz hacia el inmenso cielo
Que mudo vió su servidumbre y duelo
Y su cádaver hoy contempla mudo!

Y en tanto, cual del trueno roncos sones
Ó como sordos subterráneos ruidos,
Allá desde sus lóbregas prisiones,
Formidables se elevan los rugidos
De los hambrientos tigres y leones!...

¡Oh alma llena de eterna pesadumbre!
¿No miras, á los pálidos reflejos
De la postrera vespertina lumbre,
Indistintos bullir allá á lo lejos
Los rostros de esa inmensa muchedumbre?

¿No ves cómo en continuo movimiento
Hierve y ondea, y sin cesar se agita?
¿No escuchas en las ráfagas del viento
De su millón de voces el acento
Y su discorde clamorosa grita?

¿No ves cuál, con malévola esperanza,
Aquella atenta multitud te observa?
¿Y tu mirada á distinguir no alcanza,
Cual relámpago de odio, en lontananza
De sus semblantes la sonrisa acerba?

¿No ves que ansiosa y ávido te espía,
Y desde lejos sin cesar escucha?...

¡Con amarga sarcástica ironía,
Viene á mirar tu postrimera lucha
Y á gozarse en tu mísera agonía!

¡Ya te ha llegado aquel temido turno
Que llega al fin á cuantos vanos seres
Los astros miran en su giro diurno
Y que, extraño á sus duelos ó placeres,
El hado inmola fiero y taciturno!

¡Ya sonó la señal: hierro y escudo
Blandiendo para esa última pelea,
Y probando en silencio el filo agudo,
Ya del destino el escuadrón sañudo
Desde lejos te envuelve y te rodea!

¡Ya llegó para tí el mortal instante!
¡El instante supremo para el hombre!...
¡Cual de luz un abismo fulgurante,
Tienes para la gloria de tu nombre
El anchuroso porvenir delante!

¡Triunfando al fin denuestro aciago sino,—
Como el león en su postrero salto,
Álzate en fiero arranque repentino
¡Oh corazón!...y elévate más alto
Que el miserable mundo y el destino!

¡Pues, por traición de la cobarde suerte,
No pudo ser espléndida tu vida,
Muéstrales que eras generoso y fuerte,
Con el ejemplo de tu gran caída,
Con el ejemplo de tu heroica muerte!...

¡Ea, pues! ¡á la lid! ¡la espada esgrime,
Y ejecutando altísima proeza

En tu muerte revélate sublime;
Y el sello de tu prístina grandeza
Sobre el vil polvo de la tierra imprime!...

¡Que de tu paso las profundas huellas
Borrar no pueda en la mortal llanura,
Donde con marcas de dolor las sellas,
Ni el volver de las cosas, ni en la altura
El eterno girar de las estrellas!...

¡Yo, cuando en esa lucha al fin reciba
El mortal golpe de la espada ó dardo,
Ante la atenta multitud festiva
Sabré caer con expresión altiva
Y *en ademán artístico y gallardo*!

Y al reclinarme sobre el ancho escudo;
La faz alzando, gritaré al destino
Que preside la arena inmoble y mudo:
¡Oh de la tierra Emperador divino!
¡Al tiempo de morir, yo te saludo!

Y al morir, comprimiendo mi honda herida,
Que suene, hasta las últimas edades,
El grito postrimero de mi vida...
¡Y que aplaudan los hombres mi caída,
Y del oscuro Olimpo las deidades!

NUMA POMPILIO LLONA.
(ecuatoriano.)

1876.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

Á sus hijos.

Duerma en el seno de la madre altiva
El que á la madre con el arpa honró!
Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

Colgad el arpa de bruñido acero
En la flexible cripta del palmar;
Que la encuentren las rachas del pampero,
Su soplo inspirador, menos ligero
Que el pangaré gallardo de Celiar!

Que la estrella del Sur circunde y dore
El arpa con su nítido fulgor,
Cuando el zorzal entre los guindos llore
Y se despierte el puma concolor!

Cuando se amustie el día en los juncales,
Y en la carda se encierre el colibrí,
Y acaricien las brisas estivales
El purpúreo florón de los ceibales
Donde se cimbra el viejo camuatí!

La ruda lira de bruñido acero
Bien en los patrios montes estará,
Entre las verdes cintas del romero
Que ronda zumbador el mamangá!

La cercarán de espléndida armonia
Los genios del arroyo y del ombú;
Y á besarla saldrán, cuando huya el día,

Con sus amores virginales, Lía,
Con su salvaje amor, Caramurú!

Allí su templo está; de sus canciones
La selva el numen y el encanto fué,
Donde el charrúa se esparció en malones
Y en las ondas verdea el yacaré!

Colgad el arpa de los dioses lares
Donde su copa agita el urunday;
Allí, donde entre esencias y cantares,
Bajo un toldo de ceibos y palmares,
Nuestras costas fecunda el Uruguay!

Duerma en el seno de la madre altiva
El que á la madre con el arpa honró!
Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

Duerma, patria, velado por tu gloria
Quien sólo tuvo rimas para tí;
El noble bardo de tu vieja historia
Que guardaba vibrante en su memoria
El himno triunfador de Sarandí!

El rebelde compás de las canciones
En que los viejos tiempos nos pintó,
Con ruido de cureñas de cañones
Y relucir de lanzas se nutrió!

Tuvo su numen la beldad severa
Con que se viste de la noche el tul,
Y la cívica fe guardando entera,
Siempre vieron sus ojos tu bandera
Como un fragmento del espacio azul!

La contemplaron sus amantes ojos
Siempre teñida en cándido arrebol,
Puesto el altivo corazón de hinojos
Ante la imajen tutelar del sol!

Él sorprendió los juegos de la indiada
En las tranquilas tardes del aduar,
Y la súplica, dulce y delicada,
De la vihuela, por la novia orlada
Con un ramito de silvestre azahar!

Las auras de la ría le dijeron,
Al mover los cintajos del ombú,
En qué paraje de la costa hicieron
Su nidada las hembras del ñandú!

Él supo oir con religioso espanto
Los nocturnos alertas del chajá,
Y perfumar las notas de su canto
En las flores que oscilan en el manto
Del siempre trepador burucuyá!

Él nos contó los lances de la yerra,
Las hazañas del lazo y de la res,
Y amante de las cosas de su tierra,
Trébol y espigas emparvó á sus piés!

Muda y sin cuerdas ya su arpa de acero,
Tranquilo el trovador puede dormir;
Lo vela el alma de su pueblo entero
Y las liras jigantes del pampero
Sus estrofas dirán al porvenir!

CÁRLOS ROXLO.
(uruguayo.)

NOCTURNO

I

Pues bien! yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
Con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro
Que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto
Y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
Que ya hace muchos días
Estoy enfermo y pálido
De tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
Las esperanzas mías,
Que están mis noches negras,
Tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni donde
Se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
Mis sienes en la almohada
Y hacia otro mundo quiero
Mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
Y al fin de la jornada
Las formas de mi madre
Se pierden en la nada
Y tú de nuevo vuelves
En mi alma á aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
Jamás han de ser míos,
Comprendo que en tus ojos
No me he de ver jamás;
Y te amo y en mis locos
Y ardientes desvaríos
Bendigo tus desdenes,
Adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos
Te quiero mucho más.

V

Á veces pienso en darte
Mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
Y hundirse en mi pasión,
Mas si es en vano todo
Y el alma no te olvida,
¡Qué quieres tú que yo haga,
Pedazo de mi vida,
Qué quieres tú que yo haga
Con este corazón!

VI

Y luego que ya estaba
Concluído tu santuario.
Tu lámpara encendida
Tu velo en el altar;
El sol de la mañana
Detrás del campanario,
Chispeando las antorchas,
Humeando el incensario,
Y abierta allá á lo lejos
La puerta del hogar...

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
Vivir bajo aquel techo,
Los dos uninos siempre
Y amándose los dos;
Tú siempre enamorada,
Yo siempre satisfecho,
Los dos una sola alma,
Los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
Mi madre como un Dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
La horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
Por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
Mi santa prometida.
Y al delirar en eso
Con la alma estremecida,
Pensaba yo en ser bueno
Por ti, no más por ti,

IX

¡Bien sabe Dios que esa era
Mi más hermoso sueño.
Mi afán y mi esperanza
Mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
Cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
Bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
Cuando me vió nacer!

X

Esa era mi esperanza...
Mas ya que á sus fulgores
Se opone el hondo abismo
Que existe entre los dos,
¡Adiós por la vez última,
Amor de mis amores;
La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores;
Mi lira de poeta,
Mi juventud, adiós!

MANUEL ACUÑA.

1873. (mejicano.)

Á UN POETA SUICIDA

(MANUEL ACUÑA)

Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
De un porvenir feliz, todo en una hora
De soledad y hastío
Cambiaste por el triste
Derecho de morir, hermano mío!

En vano el mundo inclinará la frente
Sobre tu tumba; en vano del abismo
Querrá arrancar el lúgubre secreto
De tu heroico egoísmo;
El drama de tu vida se encontraba
Desde la cuna en tu interior escrito;
Era un germen que en tu alma fermentaba,
En tu alma que buscando lo infinito
En un mundo raquítico se ahogaba.
¡Ay! tú eras de otra raza ya perdida,
La muerte heló en tu boca el postrer grito
De incurable dolor y de anatema
Con que, en tu sangre juvenil teñida,
Arrojabas al mundo tu diadema:

Eras un rey proscrito;
Y antes que presentar tu frente altiva
De espinas coronada
Al ultraje, á la burla, á la saliva
Del mundo miserable;
Antes que al hombre revelar tu suerte,

Te encubriste en tu lecho de dolores
Con la púrpura regia de la muerte.

Tiempo hace te faltaba
El beso maternal que el pecho escuda;
Como águila en la noche se agitaba
Tu alma en la inmensa noche de la duda.
Tiempo hace que tu cielo se apagaba......
Los soles escaló tu fantasía,
Y creíste que el orbe fatigado
En su manto de estrellas se moría.

Buscaste el más allá, nada saciaba
La aspiración suprema de tu pecho,
Y de tu vuelo al ímpetu gigante
El rumbo de los astros era estrecho.
Nada encontraste....el ala de la ciencia
Sobre tu espalda se quebró, y volviste
Á posar de la tierra en la indigencia
Solo, sublime, triste.....

Y así, arrojaste el guante en el *Pasado*
Á nuestra pobre sociedad idiota,
Que tu audacia aplaudió sin comprenderte,
Y nos cantaste en tu postrera nota
Tus divinos amores con la muerte.
¿Qué te importaban, dime,
El odio ó el amor de los mortales?
Nada más eran que átomos pequeños
Que un instante anublaron
La luz crepuscular de tus ensueños.

¿Qué te importaba á ti, niño sublime
Por el destino cruel amortajado
En el dolor sin tregua y sin olvido,

Algunas hojas de laurel sagrado
Por el llanto agostadas en tu nido?
¿Qué te importaba á ti la grita impía
Del enano, tus plantas lastimando
Con su ponzoña vil; qué la porfía
En insultar tu faz, del vulgo necio?
¿No le queda al poeta todavía
El Olimpo mortal de su desprecio?

Manuel, mi hermano, el poeta incomparable,
El divino cantor del pensamiento,
¿Á qué pedir razón á los despojos,
De tu postrer aliento?
Que nos baste el inmenso sentimiento
Que en lágrimas empapa nuestros ojos!

Si en tu hora postrimera
Nada hallaste en el seno de la noche
Que á la angustia de tu alma respondiera:
Si te quisiste erguir buscando el aire
De una región mejor de fe y poesía,
Y el silencio rodeó tu desventura
Y te sentiste solo en tu agonía;
Si viste el cielo, si él sagrado nombre
De tu madre á tus labios se acercaba,
Si, como en tu niñez buscabas triste
Su rostro en tu alma angelical impreso,
Y al tiempo de espirar sentir quisiste
Como perdón de Dios, su último beso!

. . . .

Adiós, adiós, mañana
En torno de tu tumba habrá callado
La pompa estéril de la gloria humana;
¡Ah! la historia cruel de tus dolores

Será la sombra que huye fugitiva;
Como hoy el mundo tu recuerdo esquiva,
Tal vez tu tumba esquivarán las flores.
¡Cuántos te olvidarán! Nunca el que pudo
Escuchar un instante tu gemido......
El que una vez sintió bajo su mano
De tu alma enferma el fúnebre latido.

¿Cómo olvidarte? No. Siempre en las horas
En que llegue la sombra funeraria
Escuchará tu voz, como en la noche
El grito de la errante procelaria.
Se mezclará tu nombre á sus amores.
Tu memoria bendita á su plegaria,
Tus versos al perfume de sus flores....
Cerca del fuego de su hogar, vacío
Te esperará un lugar, y si el impío
Duelo visita su mansión oscura,
Como el sollozo de letal quebranto,
Se mezclará en la copa de su vida,
Gota perenne de insecable llanto,
El nombre infortunado del suicida!

Adiós, hermano, adiós, ya en lontananza
Tu estrella se apagó, nuestra alma herida
Como señal de eterna despedida.
En tu sepulcro escribirá: *esperanza.*

JUSTO SIERRA
(mejicano.)

CINEGÉTICA

Duerme la loba.
Cual colérica ceja

Está encorvado el arco de caoba.
El dardo va, como una enorme abeja
Zumbando al viento;
Y del ijar á las nerviosas patas
Cae un chorro sangriento
Cual racimo de adelfas escarlatas.

Alza un Nemrod coloso
El gran bronce del busto entre las ramas,
Crispa un soplo febril su vello de oso,
Su túmida nariz resuella llamas.
Brillan de bélico deseo
Sus pupilas de halcón en la espesura
Y hay heroicas barbaries de trofeo
En la furia triunfal de su escultura!

Es un Ocaso:
Incendiado de sol el bosque arde;
Y un águila gigante va de paso
Reinando en los azures de la tarde.

LEOPOLDO LUGONES.
(argentino.)

1897.

IMPROMPTU

—La dulce Ofelia pasa; su rubia cabellera
Como hebras de oro vírgen, adorna una guirnalda.
—Errante y melancólica recoge en la pradera
La flores que constelan el lino de su falda.
—Ya sólo hay negras sombras en su cerebro inerte;
Sudario de su cuerpo será la linfa pura:
¿Qué quieres de esa niña que marcha hácia la muerte?
—Las flores, compañeras de su triste locura.

—La blonda virgen pasa; la blonda y grácil Elsa,
La flor de las riberas del magestuoso Rhín.
—El lirio inmaculado—La prometida excelsa
Del blanco caballero, del místico Lohengrin.
—Qué excelsa es la blonda Elsa! —Gentil jóven liróforo,
¿Qué quieres de esa virgen de pureza lilial?
— El vino de sus labios en el divino enóforo
Do bebió el caballero del misterioso Graal.

—Lucrecia Borghia pasa; la trágica heroína,
Sus armas son el odio y el rápido veneno.
—Como un cisne de nieve su ebúrneo cuello inclina
Y hay fuego en sus miradas.—Y sierpes en su seno!
—Dos rosas son sus labios.—Que matan con un beso.
—Dos lirios son sus manos.—Y muere cuanto toca:
¿Qué quieres de Lucrecia?—Entre sus brazos preso,
Morir bajo los besos de su asesina boca!

CÁRLOS ORTIZ.
1897. (argentino.)

RESPONSO Á VERLAINE

Á Angel Estrada, poeta.

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
Que al instrumento olímpico y á la siringa agreste
Diste tu acento encantador;
Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
Hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste,
Al són del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,

Que se humedezca el áspero hocico de la fiera,
De amor si pasa por allí;
Que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
Que de sangrientas rosas el fresco Abril te adorne
Y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
Ahuyenten la negrura del pájaro protervo,
El dulce canto del cristal
Que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
Ó la harmonía dulce de risas y de besos,
De culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,
Que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
Sino rocío, vino, miel:
Que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
Y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
Bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,
En amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
Tu nombre ponga en la canción;
Y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,
Con ansias y temores entre las linfas luche,
Llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
De las Visiones, pase gigante sombra extraña,
Sombra de un Sátiro espectral:
Que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
De una extra–humana flauta la melodía ajuste
Á la harmonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
Tu rostro de ultratumba bañe la luna casta

De compasiva y blanca luz;
Y el Sátiro contemple sobre un lejano monte,
Una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
Y un resplandor sobre la cruz!

RUBÉN DARÍO.
1896. (centroamericano.)

Á VERLAINE

Fué Pan. Llegó de Grecia. Y atravesó los mares,
Envuelto en vagos nimbos de luz crepusculares,
Como una misteriosa y extraña evocación.
Fué Pan. Llegó de Grecia. Y en las florestas mudas
Á las sagradas vírgenes acarició desnudas,
Y supo del divino lenguaje de Quirón.

Nació de las augustas entrañas de Cibeles:
Efebos le ofrendaron guirnaldas de laureles
Y le ciñeron pámpanos y mirtos y arrayán;
Danzaron una pírrica Bacantes y Faunesas,
Y Náyades y Ninfas y lúbricas bellezas
Cantaron en el génesis magnífico de Pan.

Supremo lampadóforo de un culto ya extinguido,
¿Por qué como las blancas hieródulas, te has ido?
El musgo muerde al mármol, como á la vida el Mal.
La trípode está muda y el ara está desierta,
Oh! adorado estático de la divina Muerta,
Que sepultó, cayendo, la torre del Ideal!

¿Quién nos dirá del blando rumor de las colmenas.
De los azules golfos poblados de Sirenas,

Y de la roja sangre que hierve en el lagar?
¿Quién nos dirá las viejas canciones de Dyonisos,
Los cálidos misterios que buscan los citisos,
Y los epitalamios en flor, al estallar?

Por los agrestes campos vibró tu caramillo
Con pastorales notas y con rumor sencillo,
Oh! descendiente lírico de Moscus y Bión!
Y, como entre quijarros, sobre la costa yerma
Suele una rosa pálida brotar mustia y enferma,
Surgió de tu alma herida la gran Desolación.

Tus pasos las riberas del Hambre conocieron:
Las pálidas Erynnias del Odio te siguieron
Como la flecha el blanco, como Satán la fe;
Y en la lejana y mística región de los ensueños
Fué á desgarrar tus fibras y amortajar tus sueños.
La garra inexorable de un trágico Ananké.

En la profunda noche de las angustias hondas
Surcó tu esquife raudo las encrespadas ondas
Llevado por los vientos alisios del dolor:
Soñabas con los himnos triunfales de victoria
Soñabas con las áureas trompetas de la gloria
Soñabas con el plinto, como un conquistador.

En tus sepulcros nazcan los tristes asfodelos,
Dolientes y simbólicos hermanos de tus duelos,
Amargos cual tu vida, que prodigó la miel;
Y que las negras zarzas no enreden sus espinas
Á las que ensangrentaron tu corazón en ruinas.
Oh mártir! ¡Oh proscripto! ¡Oh atenaceado Ariel!

LEOPOLDO DÍAZ.
(argentino.)

1896.

VOLVIENDO ATRÁS

Auras de amor, de luz y de armonía,
Relámpagos de dichas lisonjeras,
Esperanzas del alma mensajeras,
Mariposas de fuego y poesía.

Afectos de dulcísima ambrosía,
Ilusiones y gratas primaveras,
Imágenes hermosas y hechiceras
Me acariciaron ¡ay! tan sólo un día!

Todo pasó como cendal de espuma...
Ya nada miro en mi destino incierto;
Vago sin rumbo como débil pluma;

Contemplo mi camino... ¡está desierto!
Me miro el alma....¡su trialdad me abruma!...
Me toco el corazón...¡y lo hallo muerto!

L. Torres Abandero.
(venezolano.)

PAX ANIMÆ

No me habléis más de dichas terrenales
Que no ansío gustar. Está ya muerto
Mi corazón, y en su recinto abierto
Sólo entrarán los cuervos sepulcrales.

Del pasado no llevo las señales
Y á veces de que existo no estoy cierto,

Porque es la vida para mí un desierto
Poblando de figuras espectrales.

No veo más que un astro oscurecido
Por brumas de crepúsculo lluvioso,
Y, entre el silencio de sopor profundo.

Tan sólo llega á percibir mi oído
Algo extraño y confuso y misterioso
Que me arrastra muy léjos de este mundo.

JULIÁN DEL CASAL.
(cubano.)

ALTE VIR

Con más vigor, con varonil coraje,
Yo podré levantarme como Anteo:
Quiero alcanzar el triunfo que deseo
Y devolver ultraje por ultraje.

No arrancarás, Dolor, el homenaje
De mi cobarde llanto cual trofeo,
Y nunca esperes que medroso reo
Mi frente humille ni mi vista baje!

Altivo y fuerte, trás el golpe rudo
Que abrió en mi pecho la fatal herida,
Con más alientos al combate acudo.

Y si es fuerza caer, será sin vida,
Con espartano ardor, sobre mi escudo,
Como el Niágara, grande en la caída.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO.
(argentino.)

ROMANZA

Si entre la bruma de los ensueños,
Surge tu imagen y mi alma ve
Lucir tus dulces ojos risueños,
Albear tu cutis de rosa thé,

A un sol ardiente, tus rizos de oro.
Las aves blancas de mi ilusión
Tienden el ala y en raudo coro
Van murmurando: Ninón, Ninón.

Si te contemplo, si tu mirada
Como un efluvio crepuscular,
Baña con tibia luz de alborada
De mis tristezas el hondo mar,

Las mensajeras de mi ventura,
—Aves azules de mi pasión,—
Mientras se rasga la noche obscura
Van repitiendo: Ninón, Ninón.

Cuando te alejas, la noche avanza
Y un sol muy débil se ve lucir:
El astro limpio de mi esperanza
Que en la tiniebla se va ya á hundir.

Pero aunque ausente de tu belleza,
Allá en el fondo del corazón
Las aves negras de mi tristeza
Dicen muy quedo: Ninón, Ninón.

FRANCISCO M. OLAGUÍBEL.
(mejicano.)

JORGE ISAACS

Y lo besó en la frente, la pálida, la mustia,
La que amorosa extingue con besos sin calor
El íntimo sollozo de la suprema angustia,
La lágrima postrera y el último dolor.

Entonces la cabeza dobló tranquilamente,
Cerró los turbios ojos cansados de llorar,
Y huyeron en bandadas los sueños de su mente
Y el corazón del bardo cesó de aletear.

Su espíritu radiante dejó la carne, y puro
Como el primer celaje del rubio amanecer,
Con los perfumes acres del viejo monte obscuro
Voló..... y en lo infinito se vió desparecer.

Oyéronse rumores y risas de querubes
Y de la fresca aurora bajo el pomposo tul,
Sus clámides rasgaron las soñolientas nubes,
Formando un arco inmenso de claridad azul.

Y allí surgió entre blandos e idílicos cantares
Un ángel, más que un ángel! la novia de Efraín,
Con su vestido blanco cubierto de azahares
Y de sonrisas llenos los labios de carmín.

Tendió las níveas manos hacia la tierra y luego
Ciñó algo con sus brazos del cielo en el zafir....
Y de su boca ardiente cayó una flor de fuego,
Talvez la flor....de un beso que nadie pudo oir.

Cerráronse las nubes; al sepulcral abismo,
Fué el cuerpo del poeta la vida á elaborar,

Y al cabo....como siempre quedó todo lo mismo:
La flor, la brisa, el ave, la tierra, el cielo, el mar.

JULIO FLORES.
(colombiano.)

---

* EL CANTO DE LA TÓRTOLA

Yo cruzo peregrina la selva hospitalaria,
Buscando en su recinto las huellas de mi amor:
Mi canto es el remedo de fúnebre plegaria....
Soy arpa de la noche que vibra de dolor.

Mi pluma, que carece de primorosas galas,
Revelación patente de mi destino es:
Es pardo el cuello mío, y obscuras son mis alas
Lo mismo que las hojas marchitas del ciprés.

En un ciprés marchito de la montaña verde
Suspenso está mi nido, mansión de dulce paz,
Y en su regazo estrecho mi cántiga se pierde,
Como mi angustia acerba, como mi bien fugaz.

Fugaz, lejos, muy lejos huyó mi bien perdido,
Mis gratas ilusiones huyeron de él en pos,
Rodearon mi existencia las sombras del olvido,
Tomaron mis arrullos el aire de un adiós.

Yo soy un haz de plumas henchida de retama,
Mi vida es un misterio, un símbolo sin ser,
Yo soy una avecilla que tórtola se llama...,
Amar es mi martirio, mi sino es padecer.

Por eso al ver las aves, al despuntar el alba,
Del seno de los bosques salir de dos en dos,

Mi soledad contemplo, y al escuchar su salva,
Mientras que cantan ellas, murmuro triste ¡adiós!

MANUEL PADILLA DÁVILA.
(portorriqueño.)

TROVAS ARGENTINAS

*

Presa el alma del dolor
Con el corazón marchito
Soy como el árbol maldito
Que no da fruto ni flor.
Muerte, ven á mi clamor
Que en ti mi esperanza anida,
Ven, acaba con mi vida,
Ven en silencio profundo;
Como mi dolor al mundo
Ven, muerte, tan escondida.

Quizá el mundo en su embriaguez
Sin conocer mi martirio
Tenga mi afán por delirio
É hijo de la insensatez.
Y al ver mi ardiente avidez
Por acabar de existir,
Los que estiman el vivir
Como suprema ventura,
Dirán que es en mí locura
¿Por qué el placer del morir?

Ah! si vieran la inclemencia
Con que en mí el dolor se goza
Que hoja por hoja destroza
Las flores de mi existencia,
Comprendieron la vehemencia
Cou que anhelo tu venida,
Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Y el gusto de verte herir
No me vuelva á dar la vida.

* * *

De balde te estoy mirando
Cara á cara y frente á frente:
Yo no te puedo decir
Lo que mi espíritu siente.

Eres la preciosa flor
Que entre mil se alza triunfante,
Por su aroma más fragante
Más bella por su color.
Yo soy triste picaflor,
Que á tu alrededor volando
Va eternamente anhelando
Hasta tu caliz llegar;
Mas no lo puedo alcanzar
De baldc te estoy mirando.

Eres luz esplendorosa
Y el que te mira enceguece

Y ante tí sombra parece
La estrella más luminosa;
Yo, ligera mariposa,
Quiero en ella, febriciente,
Consumirmè de repente;
Más no puede ser así
Aunque me encuentro de ti
Cara á cara y frente á frente.

Eres la hermosa sirena
Que con su canto enamora,
De sonrisa seductora,
De mirada que enagena.
Tú, mujer de encantos llena,
No sabes lo que es sufrir,
Sin poderlo resistir
Lloro perdida la calma;
Pero lo que siente el alma
Yo no te puedo decir.

Eres el ángel divino
Que allá en la imaginación
Ha formado la ilusión
Que endulzará mi destino.
Hoy te encuentro en mi camino
Y suspiro tristemente
Al mirar que inútilmente
Por ti sufre el alma mía;
Tal vez sepas algún día
Lo que mi espíritu siente.

*
* *

La suerte que tan tirana
Cupo á la existencia mía,
Me tuvo á tu lado un día
Para ausentarme mañana.
Por eso mi alma se afana;
Pero así tiene que ser,....
No me puedo detener,
Y ya que de ti me alejo
Este recuerdo te dejo
Por si no te vuelvo á ver.

Para un corazón que siente
Y alimenta una ilusión,
Triste es la separación
Que ha de matarle inclemente:
Ya me tienes de ti ausente
Y pronto lejos de aquí;
Pero si me voy así,
Porque el destino me obliga,
Ruego á Dios, mi dulce amiga,
Que no te olvides de mí.

Y aunque para mi tormento
Me vea de ti alejado,
Eternamente á tu lado
Estará mi pensamiento,
Y hundido en triste lamento
Será mi consuelo creer
Que en tu memoria ha de haber
Un recuerdo para mí;
Mientras yo pensaré en tí
Hasta que te vuelva á ver.

Sólo anhela el alma mía
Que Dios la dicha te ofrezca,
Sin que una nube oscurezca

El cielo de tu alegría;
Que no llegue el triste día
En que tengas que sufrir;
Que no te venga á afligir
Una pena dolorosa:
Que sabiendo eres dichosa
Contento yo he de vivir.

Aun cuando con mi existencia
Pueda mi amor acabarse,
Siempre la flor al secarse
Deja en la planta su esencia:
Así yo con la vehemencia
De quererte hasta la muerte
Dejaré en mi cuerpo inerte
La esencia de mi cariño,
Y con la calma de un niño
Moriré creyendo verte.

***

Aun cuando lejos de ti
Me detiene el hado impío
Sé que me quieres bien mío
Y que has de pensar en mí:
Ójala que siempre así
Guarde tu pecho inocente
Ese amor en que presiente
Tanta dicha el alma mía,
Y sin el cual viviría
Desgraciado eternamente.

Y aunque de ti separado,
Por mil causas que lamento,
Mi amoroso pensamiento
No se aparta de tu lado.
Tu nombre siempre adorado
Constituye mi ventura;
Y en sus horas de amargura
Se alegra mi corazón
Recordando con pasión
Tu cariño y tu hermosura.

Mi ardiente imaginación
Mira en ti un ángel del cielo,
Bajado á traer el consuelo
Que falta á mi corazón!
Mi más risueña ilusión
Ha sido, hermoso lucero,
Demostrarte el verdadero
Amor que mi pecho siente
Y que á tu lado ó ausente,
Vida mía, yo te quiero.

En ti morena querida
Toda mi dicha se encierra;
Y eres lo único en la tierra
Que me hace desear la vida.
Mi corazón no te olvida,
Por más que no pueda verte,
Y este anhelo de quererte
Que alimenta mi existencia
Tan sólo con su inclemencia
Podrá extinguirlo la muerte.

***

Despues de tanto penar
Con una pasión tan fuerte,
Por fin me has de dar la muerte
Si no te puedo olvidar.
Para qué ingrata buscar

Alivio á mi mal creciente
Si has de ser indiferente
Con quien tanto te ha querido:
Ya no hay más ley que el olvido
Contra tu amor inclemente!

Ya no queda otro consuelo
Para el infeliz amante
De una mujer inconstante
Que tan mal paga su anhelo.
Y si es castigo del cielo
Por que te he querido tanto,
Justo es que vierta mi llanto
Por tus desdenes herido,
Hasta que caiga rendido
Al peso del desencanto!

Dejaré el tiempo pasar,
Buscaré en la ausencia calma,
Que las heridas del alma
Las suele el tiempo curar.
Si no te puedo olvidar
Volveré, ingrata, á quererte,
Hasta que por fin la muerte
Ponga término á mis penas,
Ya que tan cruel me encadenas,
Á vivir contra la suerte!

EDUARDO GUTIÉRREZ.
(argentino.)

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
Á arrojar á tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte, con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Las dulces ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aun me parece, en solitarias horas,
Recibir en la frente
Tenues caricias de impalpables alas?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces musas con amor besaron,
Difundiendo en su sér esa armonía
Esa oculta verdad que doma y rinde
Lo intangible y lo real, y en lazo de oro
Los liga, alzando la creada imagen.
Coronada de luz y de hermosura;
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la radiante cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa,
Que derrama en mis cantos
El suave aroma que en tu sér se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que enciende
Tu corazón de virgen;
Con tus palabras para mí más gratas
Que esa vaga armonía con que el viento
Suena en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz antes no oída,
De la inmortal naturaleza; entonces
De la alta estrella y de la errátil nube,
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo
Su ira á estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendióse de armonías,
Donde línea, y color, y ritmo, unidos
Á férvido sentir, á excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban.

Tu tierno amor cual generosa y ámplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira

Donde eco y forma halló el eterno ritmo.
Inefable emoción engendradora
De briosa virtud y alto deseo!
Rica de savia nueva
El hombre siente rebullir la vida,
Y, lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,
Y ni duro revés, ni arduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan,
Que, vencedora, una mirada ardiente
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara á mi laud ceñido!
Y ¡oh cuántas, cuántas veces
Vino mi oído á regalar süave,
En ondas vibradoras
De alto de loor y de ruidoso aplauso
Tu dulce nombre entrelazado al mío!
¡Engañosa ilusión! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó á la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.
Mas si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna
Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas
¡Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza
Mi corona tejer con tus sonrisas!

Todo me habla de tí. La flor que entreabre
Su vívida corola; el aura leve

Que en torno gira, la onda rumorosa
Que entre menudos céspedes resbala,
Y aquella de la tarde,
Voz íntima y profunda,
Que de un vago anhelar llena la mente;
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe;
Tráeme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo,
En la alta noche,
Cuando, huésped benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y derramando ejército de estrellas
Relumbra en chispas por el éter vago,
Yo siento que tu imagen
Llena todo mi sér; radiante y viva
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella, rica,
La flor de luz de mis ensueños brota.

Otros en pos de fútiles quimeras
Á la arena del mundo
Enderecen sus férvidos corceles;
Sorprender quieran con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento;
Ó, en ansia ardiente de ligeros goces,
Vilen, arrojen su mejor diadema,
Á las plantas de estólido magnate.
Yo anhelo ver la generosa lumbre
Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
Y aquella, aún más pura,

De tu amante mirar, á cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

Todo está en ti mi corazón, que al ritmo
Late ¡oh amada! que tu mente rige!
Y cuando vago de tu luz distante,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como, al hundirse el sol, bordan los astros
El manto obscuro del tendido cielo.
Tuya mi lira es! Tuyo su limpio
Aunque modesto són, y cuando envuelta
En velos funerarios,
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aun al herirla gemebundo el viento
Entre sus cuerdas vagará tu nombre.

CALIXTO OYUELA.
1882. (argentino.)

EL REINO INTERIOR

A Eugenio de Castro.

— ... *with Psychis, my soul!*
POE.

Una selva suntuosa
En el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color de rosa,
Cual la que pinta fra Doménico Cavalca
En sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores
De la flora gloriosa de los cuentos azules,
Y entre las ramas encantadas, papemores
Cuyo canto extasiara de amor á los bulbules.

(*Papemor:* ave rara. *Bulbules:* ruiseñores.)

*

Mi alma frágil se asoma á la ventana obscura
De la torre terrible en que ha treinta años sueña.
La gentil Primavera primavera le augura.
La vida le sonríe rosada y halagüeña.
Y ella exclama: «Oh fragante día! Oh sublime día!
Se diría que el mundo está en flor; se diría
Que el corazón sagrado de la tierra se mueve
Con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!»
Y las manos liliales agita, como infanta
Real en los balcones del palacio paterno.

*

¿Qué són se escucha, són lejano, vago y tierno?
Por el lado derecho del camino, adelanta
El paso leve una adorable teoría
Virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
Á siete blancas rosas de gracia y de harmonía
Que el alba constelara de perlas y diamantes.
¡Alabastros celestes habitados por astros:
Dios se refleja en esos dulces alabastros!
Sus vestes son tejidos del lino de la luna.
Van descalzas. Se mira que posan el pié breve
Sobre el rosado suelo como una flor de nieve.
Y los cuellos se inclinan, imperiales, en una
Manera que lo excelso pregona de su origen.
Como al compás de un verso su suave paso rigen.
Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,
Esos graciosos gestos en esas líneas puras.
Como á un velado són de liras y laudes,
Divinamente blancas y castas pasan esas
Siete bellas princesas. Y esas bellas princesas

Son las siete Virtudes.

*

Al lado izquierdo del camino y paralela-
Mente, siete mancebos—oro, seda, escarlata,
Armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos
Á los satanes verlenianos de Ecbatana,
Vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
De efebos criminales, son cual rosas sangrientas;
Sus puñales de piedras preciosas revestidos
—Ojos de vívoras de luces fascinantes—
Al cinto penden; arden las púrpuras violentas
En los jubones; ciñen las cabezas triunfantes
Oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
Son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
Y en su manos de ambiguos príncipes decadentes,
Relucen como gemas las uñas de oro fino.
Bellamente infernales,
Llenan el aire de hechiceros veneficios
Esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
Los siete poderosos Pecados capitales.

*

Y los siete mancebos á las siete doncellas
Lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones
De sus liras melifluas arrancan vagos sones.
Las princesas prosiguen, adorables visiones
En su blancura de palomas y de estrellas.

*

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
Y el alma mía queda pensativa á su paso.
—Oh, qué hay en tí, alma mía?
«Oh, qué hay en tí, mi pobre infanta misteriosa?
Acaso piensas en la blanca teoría?

Acaso
Los brillantes mancebos te atraen, mariposa?»

*

Ella no me responde.
Pensativa se aleja de la obscura ventana,
—Pensativa y risueña,
De la Bella-durmiente-del-Bosque tierna hermana—
Y se adormece en donde
Hace treinta años sueña.

*

Y en sueños dice: «Oh dulces delicias de los cielos!
Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
—Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
—Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!»

Rubén Darío.
1896. (centroamericano.)

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso
Algo, en la urna diáfana del verso
Piadosa guardará la poesía.

Tal vez entonces por la boca inerme
Que muda aspire la infinita calma,
Oigas la voz de todo lo que duerme
Con los ojos abiertos de mi alma.

Hondos recuerdos de fugaces días,
Ternezas tristes que suspiran solas;

Pálidas, enfermizas alegrías
Sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre,
Se escapará, vibrante, del poeta
En áureo ritmo de cancion secreta
Que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
Suenan mis versos en tu oído atento,
Y en el cristal, que con mi soplo empaño
Mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
Dirás de mi errabunda poesía:
—Era triste, vulgar lo que cantaba...
¡Mas, qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
Del coro universal, vívido y almo;
Y porque brillan lágrimas ignotas
En el amargo cáliz de mi salmo;

Porque existe la santa poesía,
Y, en ella irradias tú, mientras disperso
Átomo de mi ser esconda el verso,
¡No moriré del todo, amiga mía!

Manuel Gutiérrez Nájera.
(mejicano.)

LIBERTAD

I

Como del fondo mismo de los cielos
El sol entero rutilante se alza,

Como el seno turgente de una virgen
Al fuego de la vida se dilata,
Así radiosa
Y así sagrada,
Se levantó del mar donde yacía
La exhuberante tierra americana!

II

Como prende su túnica de raso
Con su joya mejor la soberana,
Como entre todas las estrellas reina
El lucero magnífico del alba;
Así pulida
Y así gallarda
Sobre todos los pueblos de su extirpe,
Resplandor y joyel, surge mi patria.

III

Como buscan la luz y el aire libre
Las macilentas yerbas subterráneas,
Como ruedan tenaces y tranquilas
Al anchuroso piélago, las aguas,
Así sedienta
Y así porfiada,
La triste humanidad se precipita
Al pié de la bandera azul y blanca!

IV

Allí van congregándose á su sombra
Para formar después una montaña!
Allí van adhiriéndose en el tiempo,
Partícula á partícula, las razas!
Allí se funde
Y allí se amasa,

El hombre, tal como surgió en la mente
Del autor de los orbes y las almas!

PEDRO B. PALACIOS, *(Almafuerte.)*
(argentino.)

LA PÁGINA BLANCA

Á A. Lamberti.

Mis ojos miraban en horas de ensueños
La página blanca.

Y vino el desfile de ensueños y sombras.
Y fueron mujeres de rostros de estátuas,
Mujeres de rostros de estátuas de mármol,
Tan tristes, tan dulces, tan suaves, tan pálidas!

Y fueron visiones de extraños poemas,
De extraños poemas de besos y lágrimas.
De historias que dejan en crueles instantes
Las testas viriles cubiertas de canas!

Qué cascos de nieve que pone la suerte!
Qué arrugas precoces cincela en la cara!
Y cómo se quiere que vayan ligeros
Los tardos camellos de la caravana!

Los tardos camellos,—
Como las figuras en un panorama,—
Cual si fuese un desierto de hielo,
Atraviesan la página blanca.

Este lleva
Una carga

De dolores y angustias antiguas,
Angustias de pueblos, dolores de razas;
Dolores y angustias que sufren los Cristos
Que vienen al mundo de víctimas trágicas!

Otro lleva
En la espalda
El cofre de ensueños, de perlas y oro,
Que conduce la Reina de Saba.

Otro lleva
Una caja
En que va, dolorosa difunta,
Como un muerto lirio la pobre Esperanza.

Y camina sobre un dromedario
La Pálida,
La vestida de ropas obscuras,
La Reina invencible, la bella inviolada,
La Muerte.

Y el hombre,
Á quien duras visiones asaltan,
El que encuentra en los astros del cielo
Prodigios que abruman y signos que espantan,
Mira al dromedario
De la caravana
Como al mensajero que la luz conduce,
En el vago desierto que forma
La página blanca!

RUBÉN DARÍO.
(centroamericano.)

BLANCO Y NEGRO

I

Sonrisas de las vírgenes difuntas
En ataúd de blanco terciopelo
Recamado de oro; manos juntas
Que os eleváis hacia el azul del cielo
Como lirios de carne; tocas blancas
De pálidas novicias absorbidas
Por los ensueños celestiales; francas
Risas de niños rubios; despedidas
Á los seres queridos; arreboles
De los finos celajes errabundos
Por las ondas del éter; tornasoles
Que ostentan en sus alas las palomas
Al volar hacia el sol; verdes palmeras
De los desiertos africanos; gomas
Árabes en que duermen las quimeras;
Miradas de los pálidos dementes
Entre las flores del jardín; crespones
Con que se ocultan sus nevadas frentes
Las huérfanas; enjambres de ilusiones
Color de rosa que en su seno encierra
El alma que no hirió la desventura:
Arrebatadme al punto de la tierra,
Que estoy enfermo, y solo, y fatigado,
Y deseo volar hacia la altura
Porque allí debe estar lo que yo he amado.

II

Oso hambriento que vas por las montañas
Alfombradas de témpanos de hielo,

Ansioso de saciarte en las entrañas
Del viajador; relámpago del cielo
Que amenazas la vida del proscripto
En medio de la mar; hidra de Lerna
Armada de cabezas; infinito
Furor del dios que en líquida caverna
Un día habrá de devorarnos; hachas
Que segásteis los cuellos sonrosados
De las princesas inocentes; rachas
De vientos tempestuosos; afilados
Colmillos de las hienas escondidas
En las malezas; tenebrosos cuervos
Cernidos en los aires; homicidas
Balas que herís á los dormidos ciervos
Á orillas de los lagos; pesadillas
Que pobláis el espíritu de espanto;
Fiebre que empalideces las mejillas
Y el cabello blanquea; desencanto
Profundo de mi alma despojada
Para siempre de humanas ambiciones:
Despedazad mi sér atormentado
Que cayó de las célicas regiones
Y devolvedme al seno de la nada....
¿Tampoco estallará allí lo que yo he amado?

JULIÁN DEL CASAL.
(cubano.)

PROMETEO

I

Sobre negros corceles de granito
Á cuyo paso ensordeció la tierra,

Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
Á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
Dispersando nublados y aquilones,
Ya heridos de pavor los astros mismos
En confusión horrible,
Como yertas pavesas descendían
De abismos en abismos;
Y el tiempo que dormía
En los senos del báratro profundo,
Se despertó creyendo que llegaba
La hora final del mundo!

El cielo estaba mudo;
Y la turba frenética avanzaba
Con ronca vocería,
Como avanza rugiendo la marea
En la playa sombría,
Cuando Jove asomó: vibró en su mano
El rayo de las cóleras sangrientas,
Rugió en su voz el trueno del estrago
Y encadenó á su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
En los negros corceles de granito;
Redoblaron su saña
Arrojando á los pórticos del cielo
Con insultante grito
Pedazos de montaña,
Y volcaron los mares
Para apagar en la soberbia cumbre

Los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,
Blandió sobre sus frentes altaneras
El hacha del relámpago que hiere
Como á una vieja selva las esferas:
Á su golpe profundo,
Vacilaron montañas y titanes;
Y bajó el torbellino,
Heraldo de su gloria,
Con la negra cimera de huracanes,
Á anunciar á los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
En espantoso vértigo á la tierra;
No volverá á flamear en las alturas
Su pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
Del abismo en las lóbregas entrañas;
Y Jove vengativo,
Convirtió los corceles de granito
En salvajes é inmóviles montañas!

II

El Cáucaso, caballo de hatalla
De algun titán caído
Al golpe del relámpago sangriento,
Se destaca sombrío
Con el cuello estirado, cual si fuera
Á beber en el cauce turbulento
Del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
Y entre el espeso matorral de rocas,

Que fueron la melena sudorienta
Donde cuelgan las nubes vagabundas
Sus desgarradas tocas
Y en la noche desciende
Á dormir fatiga la tormenta.

Tendido está el gigante,
Que amarraron los cíclopes soberbios
Tras larga lucha fiera
Con templadas cadenas de diamante:
Aun su pecho jadea
Como cráter hirviente;
Y cada vez que se retuerce inquieto,
El sol vela su frente,
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
Rojas hogueras que atizó el encono,
Antorchas funerarias de la noche
De su eterno abandono.
Y no es un grito humano
Lo que exhala su pecho
—Que no tiene el dolor tan rudas notas—
Es el estruendo del volcan que estalla,
El grito del torrente en la espesura.
Choque de aceros y corazas rotas
En el fragor de la feroz batalla!

Solo el Ponto responde á los rugidos
Que lanza en su desvelo,
Y llama en su socorro con voz lúgubre
Á las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
Lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado

Quiere arrastrar consigo á la ribera,
Y la ribera sorda
Escapa de sus brazos,
Dejándole en la lucha misteriosa
De su veste de juncos los pedazos!

En vano el Ponto grita
Y se endereza embravecido y fiero.
El es también gigante encadenado!
Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
Ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

El titán no se abate!
Es que el dolor enerva á los pigmeos
Y á los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
Y más ruda su zaña;
Si afloja un eslabón de su cadena,
Un martillo invisible lo remacha
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
Al salvaje festín de su martirio,
Vienen los cuervos en revuelta nube;
Verdugos turbulentos,
Que Júpiter envía enfurecido
A desgarrar la entraña palpitante
De su rival temido.

Suelta el titán los brazos
En actitud cobarde y dolorida
Al sentir su frenética algazara;
Parece que cayera anonadado

Bajo el horrible peso de la vida!
¿Qué maza lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
Es que después del rayo de los Dioses
Viene á escupirle el rostro la canalla!

Así en la larga noche de la historia
Bajan á escarnecer el pensamiento,
Á apagar las centellas de su gloria
Con asqueroso aliento,
Odios, supersticiones, fanatismos;
Y con ira villana,
El buitre del error clava sus garras
En la conciencia humana!

«Oh Dios caduco! grita
El titán impotente:
Como esta negra carne que renace
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
Renacerá fulgente
Para alumbrar y fecundar el mundo
La chispa redentora
Que arrebaté á tu cielo despiadado,
Germen de eterna aurora
Del caos en las entrañas arraigado!

«Desata, Dios caduco,
La turba ladradora de tus vientos;
Sacude los andrajos de tus nubes,
Y acuda á tus acentos
La noche con sus sombras,
Con montañas de espumas el Océano,
No apagarán la luz inextinguible
Del pensamiento humano!

«¿Qué importa mi martirio,
Mi martirio de siglos, si aun atado,

Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
El mártir de tu encono
Siente tronar la ráfaga tremenda
Que va á tumbar tu trono?

«Tres siglos no he dormido;
Tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
Al sentir mis lamentos,
Ni nube, que al pasar no haya vertido
En la copa de aromas del ambiente,
Una gota de llanto
Para mojar mi frente.

«Á veces he llorado,
Y el raudal de mis lágrimas heladas
Corrió por la ladera
Con ruido de cascadas.
El Araxa sombrío,
Dragón de negras fauces,
Que se calienta al sol en la pradera,
Es hijo de mis lágrimas. Por eso
Lanza gritos tan hondos,
Y atrae cuanto se acerca á su ribera.

«De vez en cuando, siento
Sollozos de mujer á la distancia:
Es Hesione, la mártir, que se queja
En el fondo del valle abandonada.
Las águilas del Cáucaso que pasan
Y la nube bermeja,
Que recibió en la faz ruborizada
El ósculo del sol en el Ocaso,

Le cuentan mi martirio
Y me traen el mensaje de su pena,
El mensaje tiernísimo que escucho,
Sacudiendo mi bárbara cadena!

«¿Qué impoitan tus tomentos,
Tus momentos de siglos, Dios airado?
¿Si en la lengua sonora de los vientos
Me trasmite los himnos de su alma,
Como al través del médano abrasado
Va el pólen de la palma?
¿Si en el trémulo seno,
Como el rayo en los negros nubarrones,
Lleva ella palpitando
El feto colosal de las naciones?

«Desata tus borrascas!
Lanza á los aires tu bridón de llama,
Caduco soberano,
Y despliega en los cielos tenebrosos
Tu sangrienta oriflama!
Será tu empeño vano;
Soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte
De tu trono de nubes:
El titán inmortal del pensamiento!

«Ayer, la tierra muda
Flotaba en los abismos de la nada,
Como una urna vacía
Al soplo del azar abandonada,
Y en sus hondas y frías cavidades
Solo el eco se oía
Del monólogo eterno de las sombras,
Y el rumor de las roncas tempestades,

«Hoy, la tierra está viva: alguien habita
El fondo de los mares;
Germen de vida y juventud palpita
En sus bosques de acidias y corales.
No es el viento, el que gime en la maraña
De las selvas sonoras;
Ruido de alas abajo, y en el cielo,
Parece que revientan
Semilleros de auroras!

«Júpiter: aturdido con tu gloria,
Embriagado de orgullo,
No sientes en los senos del abismo
Lo que siente arrobado Prometeo!
Algo, como un arrullo
En el nido de nieblas del vacío,
De misterioso enjambre el aleteo,
Cual si bandas de estrellas ensayasen
Su plumaje de luz, para lanzarse
Á lucir en los campos del espacio
Su espléndido atavío!

«Aquella sombra muda,
Aquel eterno esclavo, peregrino,
Que lanzaste sin rumbo
En las negras jornadas del destino,
Ya no va caviloso,
Temblando del rumor de su pisada:
Lleva la frente erguida,
De misteriosa aureola circundada!

«Hay luz y voz en ella:
Es flor recién abierta,
Cuya blanca y espléndida corola
Tiene el perfume agreste de las cumbres

Y el latir convulsivo de la ola;
En breve de su seno
Volarán las ideas
—Mariposas de luz del pensamiento—
Y asombrarán al mundo con sus alas,
Más sonoras que el viento!

«Ellas me vengarán, Jove caduco:
Serán mis herederas.
Yo arrojé en el cerebro de los hombres
Semillas de volcán, gérmen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
Redobla mi tormento;
Que ya viene el titán que ha de vengarme:
EL TITÁN INMORTAL DEL PENSAMIENTO!»

Dijo y calló: no ya desesperado,
Torva la faz, revuelta la pupila,
Sinó grave, sereno, resignado,
Como quien sin vencer, sabe que es suya
La victoria final y no vacila.
Algo, como el fulgor de una sonrisa
Iluminó su frente,
Débil chispa encendida
En helados montones de ceniza!

III

No volvió á retumbar en la montaña
El grito del titán retando al cielo;
Ni temblaron las nubes, ni los astros
Detuvieron su vuelo
Para mirar la bárbara batalla;
Ni el negro Ponto amotinó sus ondas
Crispado y convulsivo,

Para arrancar de su prisión eterna
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
Que habitó el huracán encadenado,
Y descendió el Araxa gemebundo
Con torpe pesadumbre,
Á arrastrarse callado en la llanura,
Como del alma en el profundo cauce,
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura —

¡Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
En que al débil fulgor de las estrellas
Las misteriosas sílabas leía
De su destino fiero;
Y el errante cometa,
Que en la lejana cumbre aparecía,
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas;
Como el roce ligero
De fantásticas plumas
Que tocaban su sien calenturienta;
Murmullo blando de hojas,
De un árbol invisible desprendidas
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
Ni jirones de niebla desgarrados
Por el aire liviano:
Era el coro armonioso

De las gentiles hijas del Océano,
Que á la luz del crepúsculo salían
De sus grutas azules,
Y en torno del titán encadenado
Los húmedos cabellos sacudían.

«No duermas, Prometeo,»
Al pasar á su oido murmuraban,
Desatando en su alma
Las ansias infinitas del deseo.
«No duermas! que el Olimpo se estremece
Con inquietud extraña,
Y truenan los abismos,
Como truena el volcán en la montaña»!

Prometeo velaba,
Fijo el ojo en las lóbregas esferas
Que como enormes olas palpitaban
Y atento al ruido sordo
Que las brisas del valle le traían,
El ruido de las razas que hormigueaban
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV

Una tarde... ya el sol desfallecía,
Como herido impotente,
En los brazos oscuros
Del enorme fantasma de Occidente,
Cuando sintió temblar la dura roca
En que apoyó tres siglos la cabeza,
Y oyó en los aires, algo,
Como un tropel de fieras
Retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
Interrogó á las nubes que rodaban

Por el espacio mudo,
Como gigantes témpanos de nieve
Que desprende impaciente
El huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
Que el Olimpo crujía,
Y que los viejos Dioses espiraban
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
De las gentiles hijas del Océano,
Que en su pecho vertía
Las infinitas ansias del deseo,
Volvió á sonar dulcísima en su oído
Para decirle en melodioso idioma:
«Despierta, Prometeo,
Que en las lejanas cumbres
Un nuevo sol asoma!»

Volvió el Titán á sacudir airado
Sus duros eslabones,
Que al esfuerzo supremo rechinaron;
Y las rocas cayeron
Como viejos torreones
Por el rayo de Júpiter heridos,
Y los cuervos hambrientos se alejaron
Con lúgubres graznidos.

V

Ya el gigante está en pié! ya la montaña,
Ara de su martirio,
Que empapó con la sangre de su entraña
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;
La montaña, testigo dolorido
De su tremenda historia,

Es su negro caballo de pelea:
El pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué vé en la inmensidad desconocida
Que su impaciencia calma,
Y otra vez avasalla
Con cadenas de asombros á su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
Del espacio en los ámbitos profundos,
Sobre la excelsa cúspide de un monte
Que se estremece inquieta,
Y en medio del espanto de los mundos,
De una cruz la fantástica silueta!

«Al fin puedo morir! grita el gigante
Con sublime ademan y voz de trueno.
Aquella es la bandera de combate,
Que en el aire sereno,
Ó al soplo de pujantes tempestades
Va á desplegar el pensamiento humano
Teñida con la sangre de otro mártir,
—Prometeo cristiano,—
Para expulsar del orgulloso Olimpo
Las caducas deidades!

«Es un nuevo planeta, que aparece
Tras los montes salvajes de Judea,
Para alumbrar un ancho derrotero
Á la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
Que arrebaté al Olimpo despiadado:
La encarnación gigante de mi raza,
LA RAZA PROMETEANA!

«Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
Llevo sangre de dioses en las venas,

Sangre que al fin se hiela!
Aquél que me sucede, hijo del hombre,
Lleva el fuego sagrado
Que eternamente riela,
Ya lo azoten los siglos con sus alas
Ó el viento furibundo,
El fuego del espíritu, heredero
Del imperio del mundo.»

Dijo, y cayó como la vieja encina
Que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto
Se enderezó, sañudo,
Para asistir á su hora postrimera,
Y las gentiles hijas del Océano
Bajaron presurosas
Y en torno á su cadáver encendieron
De perfumadas leñas una hoguera!

VI

¿Qué es aquello que cruza
Con planta soberana,
Sembrando mundos y encendiendo estrellas
Por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
La cumbre se despierta sonrosada,
Como al ósculo tibio de la aurora
Despierta enrojecida la mañana;
Si baja á la pradera,
Dormida en brazos de la niebla fría,
La pradera galana
Con su velo de novia se atavía,
Y al rumor misterioso de su huella
Se ciñe el viejo bosque

Su corona más bella.

Si al mar desciende--que la espalda encorva
Como esclavo sumiso
Para besar su turbulenta planta--
El mar abre su seno
Y el más sublime de sus himnos canta:
El himno con que arrulla
El sueño de los negros promontorios,
Centinelas inmóviles del mundo,
Y le enseña, latiendo en sus entrañas,
De las faunas y floras venideras,
El légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
Rechinan á su empuje omnipotente,
Y se alzan en tropel á su presencia,
Desde el fondo del caos petrificado,
Las formas y las razas extinguidas
En cuya adusta frente,
El ojo de la ciencia deletrea
El verdadero Génesis del mundo,
Que la leyenda bíblica falsea.

Todo á su paso vive, alienta, brota:
El mar, el monte, la desierta esfera;
Y á su soplo creador todo se expande
Palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
Como un arco triunfal para que pase,
Sus montañas de hielo,
Y enciende presuroso
Sus gigantescas lámparas el Ande
Para alumbrarle el tránsito del cielo!

Él es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,

Por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
Que no rasgue su seno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
Destronó el paganismo
Y rompió las cadenas que arrastraba
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
Encendida en las bóvedas oscuras
De la conciencia humana,
Que todo lo ilumina;
El signo de una raza de titanes
Destinada á la lucha y al martirio:
La raza prometeana!

En la cruz, en la hoguera,
En el árido islote, en el desierto,
En el claustro sombrío, donde quiera
Vierte tu sangre á mares
Que los helados páramos caldea,
Su sangre, que en los cauces seculares
De la historia, desata
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
En la fé y en la gloria,
Cuantos despejan la futura ruta
Con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueran en el Gólgota, ya apuren
De Sócrates severo
La rebosante copa de cicuta,
Ya nuevo Prometeo,
Al torvo fanatismo desafie
Sobre Roma, montaña de la historia,

El viejo Galileo!

VII

Arriba, pensadores! que en la lucha
Se templa y fortalece
Vuestra raza inmortal, nunca domada,
Que lleva por celeste distintivo
La chispa de la audacia en la mirada
Y anhelos infinitos en el alma;
En cuya frente altiva
Se confunden y enlazan
El laurel rumoroso de la gloria
Y del dolor la mustia siempreviva!

Arriba, pensadores!
Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
Arriba! que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo espiren
Con doliente y confuso clamoreo!
Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo!

Olegario V. Andrade.
(argentino.)

PENSANDO EN TÍ

Como un meteoro que en raudo vuelo
Pasa, de lumbre bañando el cielo,
Ante mis ojos apareciste
Por vez primera, niña gentil,
Y al alejarte, quedéme triste,
Pensando en tí.

Ví la sonrisa del sol naciente;
Ví sus reflejos en Occidente,
Cuando reclina la sien, rendido,
Sobre cojines de oro y zafir...
Y ambas escenas me han sorprendido
Pensando en tí

Ah! no es de ahora que por tí el alma,
De amor henchida, perdió su calma;
Que allá en mis sueños, antes de verte,
Ya te adoraba mi alma feliz;
Y así vivía, sin conocerte
Pensando en tí.

Sí; te rccuerdo desque era niño;
Tú eras el angel de alas de armiño,
Que me anunciaba la madre mía
Cuando en sus brazos me iba á dormir,
Y, sin saberlo, me adormecía
Pensando en tí.

....

Ah! si entre zarzas, oculta y fría,
Junto á una tumba pasas un día

Y en ella miras mi nombre escrito,
Dí que mi alma, niña gentil,
Tendió sus alas al infinito
Pensando en tí.

J. A. PÉREZ BONALDE.
(venezolano.)

SUB UMBRA

Traedme una caja
De negro nogal,
Y en ella dejadme
Por fin reposar.

De un lado mis sueños
De amor colocad,
Del otro mis ansias
De gloria inmortal;

La lira en mis manos
Piadosos dejad,
Y bajo la almohada
Mi hermoso ideal...

Ahora la tapa
Traed y clavad,
Clavadla, clavadla
Con fuerza tenaz,

Que nadie lo mío
Me pueda robar!....
Después, una fosa
Bien honda cavad,

Tan honda, tan honda,
Que hasta ella jamás
Alcance el ruido
Del mundo á llegar;

Bajadme á su fondo,
La tierra juntad,
Cubridme.... y marchaos
Dejándome en paz.

Ni flores, ni losa,
Ni cruz funeral;
Y luego.... olvidadme
Por siempre jamás!

J. A. PÉREZ BONALDE.
(venezolano.)

María Isabel

DATE LILIA

¡Clava en mi tu pupila centellante
En donde el toque de la luz impresa
Brilla como una chispa de diamante
Engastada en una húmeda turquesa!

¡Deja que ruede libre tu cabello,
Como la linfa que desborda el cauce,
Para que caiga en torno de tu cuello
Como el follaje al rededor del sauce!

¡Para que flote, resplandor de aurora,
Sobre su rostro que el sonrojo empaña,
Como esas tintas con que el sol colora
La nieve que circunda la montaña!

¡Para que el soplo de mi aliento vuele,
Y tu ígneo labio, cuya esencia adoro,
Ría á través, cual la amapola suele,
Roja y vivaz en el trigal de oro!

¡Habla! ¡Mas sólo de placer! ¡Exhala
El arrullo nupcial de la paloma!
¡Fuera el temor! ¡La rosa de Bengala
No tiene espina, mas tampoco aroma!

¡Tu acento de sirena me embelesa...
Tu palabra es miel híblea derramada,
Tu boca, que cerrada es una fresa,
Se abre como se parte una granada!

Pero guardas silencio y te estremeces
¿Por qué te aflige la mundana insidia?

Consuélate pensando que los Jueces
Que nos condenen, nos tendrán envidia.

¿No me oyes? ¿Cuál ha sido nuestra falta?
¿Es culpable la sed que apura el vaso?
¿Comete un crímen el raudal que salta
Cuando halla un dique que le corta el paso?

¿Por qué triste y glacial como la muda
Estátua del dolor bajas la vista,
Mientras tu mano anuda y desanuda
Las puntas del pañuelo de batista?

¿Por qué esa gota en que espiró un reproche
Corre por tu mejilla ruborosa,
Como un hilo de aljófar de la noche
Por un tímido pétalo de rosa?

¿Por qué tu pecho en que el candor anida
Tiembla con ansia...cual batiendo el suelo
Palpita el ala de la garza herida
Que pugna en vano por alzarse al cielo?

¡Vamos, ya está! que cese tu quebranto...
¡Alza tu bella cabecita rubia,
Quiero ver tu sonrisa entre tu llanto
Como un rayo de sol entre la lluvia!

La palma vuelve su cogollo espeso
Á aspirar aire con gentil donaire,
Y ebria de amor en el festín el beso
Estalla en flores, perfumando el aire.

¡Imita el árbol del desierto! Sacia
Tu afán de dicha y que tu canto vibre.
Ave Maria, en plenitud de gracia:

¡Jóven, hermosa, idolatrada y libre!

Salvador Díaz Mirón.
(mejicano.)

CLARO DE LUNA

Argentea la pálida diosa
El azul, y sus lánguidos rayos
Ancha franja perlina dibujan
En la linfa durmiente del lago.

Sobre el terso cristal, que se rompe
Ondulante y sonoro á su paso,
Se desliza errabunda la barca
Donde van dos amantes bogando.

Una regia pareja de cisnes,
Con los gráciles cuellos curvados,
Por la orilla del agua navega,
Esponjando sus plumas de raso.

Y del fondo verdoso que forman
Limoneros en flor y naranjos,
Con capelo de nieblas emerge
La casita de techo rosado.

En las frondas del bosque florido
Ritma el viento nocturno su canto,
Y cual genios aéreos voltean
Las falenas en torno á los ramos.

La pareja de cisne se junta,
Entrecruzan sus cuellos nevados,

Y en sedosas caricias se mezcla
Como un grupo de vivo alabastro.

De la barca, que flota tranquila,
Surgen tiernos suspiros ahogados,
Balbuceos de cálidas frases
Y estallidos vibrantes de labios...

Entretanto la pálida diosa
Argentea el azul, y sus rayos
Ancha franja perlina dibujan
En la linfa durmiente del lago.

DARÍO HERRERA.
(colombiano.)

MIS SOMBRAS

A MI HERMANO AGUSTÍN.

Doux fantômes! c'est là que je rève dans l'ombre
Qu'ils viennent tour à tour m'entendre et me parler.
V. HUGO.

Es la hora melancólica y serena
De la alta noche. En apacible calma
Brilla la luna, y á lo léjos suena
Música alegre que entristece el alma.

Música de placer pera el dichoso
Que dulces esperanzas atesora;
Música para mí como el sollozo
De un solitario corazón que llora.

¡Llegad...llegad, tristezas de la vida!
Y aunque en llanto mis párpados se bañen,

Que en la honda noche de mi fé perdida
Las sombras de mis dichas me acompañen.

En el tranquilo rayo de la luna
Imágenes de amor lleguen flotantes,
Bañándome al pasar, una por una,
Con la serena luz de sus semblantes.

Miradla... Ya se acercan, agrupadas,
Melancólicas, vagas, doloridas
De los que amo las sombras adoradas,
Las memorias de mi alma tan queridas.
....
....

Imagen de mi madre cariñosa,
Vienes á visitarme, madre mía?...
¿Quién te dijo que á esta hora silenciosa
Aquí en mi triste soledad sufría?...

¿Sabes que tengo el corazón opreso?
¿Te escuchaste llamar del hijo ausente,
Y vienes á dejar tu santo beso
Como una bendición sobre mi frente?...

¡Compañera de infancia, hermana mía,
Tu dulce sombra con amor recoja
Esta profunda lágrima sombría
Que á la mejilla el corazón arroja!
....

Y tú, sangre del alma, mi consuelo,
Flor de mi vida solitaria y triste
Á quien amé con ilusión del cielo,
Alma del corazón... ¿también veniste?...
....

Y vosotras, mis ángeles perdidos,
Las que adoró mi corazón creyente,
Las que al pasar dejasteis suspendidos
Tantos sueños de amor sobre mi frente;

Mujeres de mi amor, las cariñosas
Creaciones del placer y la fortuna,
Llegad... llegad flotantes y hermosas
Al tibio rayo de la casta luna.

Recuerdos todos de mis bellas horas,
Locas memorias de mis locos días,
Venid... y recoged consoladoras
En vuestras alas las tristezas mías.

¡Mirad mi corazón! Le ha consumido
Esta fiebre de amar nunca saciada;
En pos de un imposible ha envejecido,
En pos de sueño... que será la nada.

¡Venid, sombras, venid! Yo necesito
En estas horas en que sufro tanto
Algo consolador, algo bendito
Á cuyo amparo derramar mi llanto.

¿Es que ya nada el corazón alcanza
Del porvenir en la extensión desierta?...
¿Cayó también la flor de mi esperanza
¡Ay! en la tumba de mi dicha muerta?...

Yo no sé lo que busco, lo que anhelo,
Yo no comprendo lo que mi alma quiere;
Tan sólo sé que en el ingrato suelo
Lleno de vida el corazón se muere...

Que hay en el alma idealidad sublime
Y realidad vulgar sobre la tierra;

Y que del mundo la estrechez oprime
Al corazón que lo infinito encierra.

Que hasta que vaya á reposar tranquilo
En el negro sepulcro mi cabeza,
Irá conmigo á mi postrer asilo,
Amiga inseparable, la Tristeza.

Manuel M. Flores.
(mejicano.)

* LAS ALAMEDAS

Adoro las sombrías alamedas,
Donde el viento al silbar entre las hojas
Obscuras de las verdes arboledas,
Imita de un anciano las congojas;

Donde todo reviste vago aspecto
Y siente el alma, que el silencio encanta,
Más suave el canto del nocturno insecto,
Más leve el ruido de la humana planta;

Donde al caer de erguidos surtidores
Las sierpes de agua en las marmóreas tazas,
Ahogan con su canto los rumores
Que aspira el viento en las ruinosas plazas;

Donde todo se encuentra adolorido
Ó halla la savia de la vida acerba,
Desde el gorrión que pía en su nido
Hasta la brizna lánguida de yerba;

Donde al fulgor de lánguidos luceros
La sombra transparente del follaje

Parece dibujar en los senderos
Negras mantillas de sedoso encaje;

Donde cuelgan las lluvias estivales
De curva rama, diamantinos arcos,
Teje la luz deslumbradores chales
Y fulgura una estrella en cada charco.

Van allí con sus tristes corazones,
Pálidos seres de sonrisa mustia,
Huérfanos para siempre de ilusiones
Y desposados con la eterna angustia.

Allí, bajo la luz de las estrellas,
Errar se mira el soñador sombrío
Que en su faz lleva las candentes huellas
De la fiebre, el insomnio y el hastío.

Allí en un banco, humilde sacerdote
Devora sus pesares solitarios,
Como el marino que en desierto islote
Echaron de la mar vientos contrarios.

Allí el mendigo con alforja al hombro
Doblado el cuello y las orejas bajas,
Retratado en sus ojos el asombro,
Rumia de los festines las migajas.

Allí una hermosa con cendal de luto
Aprisionado por brillante joya,
De amor aguarda el férvido tributo,
Como una dama típica de Goya.

Allí del gas á las cobrizas llamas
No se descubren del placer los rastros
Y al través del calado de las ramas

Más dulce es la mirada de los astros.

JULIÁN DEL CASAL.
(cubano.)

PARA TÍ

Mándame, luz de mis ojos,
Mándame, cuando me muera,
Para envolver mis despojos
Tu adorada cabellera,

Que envuelto en ese sudario
El recinto funerario
Menos triste encontraré,
Y su caricia bien mío,
Hará menos hondo el frío
Del sueño que dormiré!

La nieve de tu pañuelo
Pón después sobre mi faz
Y mi letargo de hielo
Será letargo de paz,

Si una lágrima bendita
Sobre mi frente marchita
Deja el cendal protector,
Y les dice á mis despojos
Que me han llorado tus ojos
Con el llanto del amor!

CÁRLOS ROXLO.
(uruguayo.)

SURSUM

Cuán grata es la ilusión á cuyos lampos
Tienen perenne vida los amores,
Inmarcesible juventud los campos
Y embriagadora eternidad las flores!

¡Cuán vívido es el iris que colora,
Mágia oriental la suspirada orilla,
Y á cuyo hermoso resplandor de aurora
Radia hasta el fango que después mancilla!

La verdad, si engrandece la conciencia,
Devora el corazón, nunca sumiso:
Es el fruto del árbol de la ciencia,
Y siempre hace perder el paraíso.

Mas aunque el bardo mate la quimera,
Y desvíe y aparte de sus ojos
El prisma encantador, y por doquiera
Mire sombras y vórtices y abrojos,

Ha de cantar la redentora utopia,
Como otra estatua de Memnón que suena,
Y ser, perdida la esperanza propia,
El paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
En vano al ideal, se dobla al peso
De la roca de Sísifo, y espira
Quemado por la túnica de Neso;

Cuando al par tenebroso y centellante
Perdona á Barrabás y mata al Justo,
Y pigmeo con ansias de gigante,
Se retuerce en el lecho de Procusto;

Cuando gime entre horribles convulsiones,
Para expiar sus criminales yerros,
Mordido por sus ávidas pasiones,
Como Acteón por sus voraces perros;

Cuando sujeto á su fatal cadena
Arrastra sus desdichas por los lodos,
Y cada cual en su egoísta pena,
Vuelve la espalda á la aflicción de todos:

El vate, con palabras de consuelo,
Debe elevar su acento soberano,

Y consagrar con la canción del Cielo,
No su dolor, sinó el dolor humano!

———

Sacro blandón que en la capilla austera
Arde sin tregua como ofrenda clara,
Y consume su pábilo y su cera
Por disipar la lobreguez del ara;

Vaso glorioso en donde Dios resume
Cuanto es amor, y que para alto ejemplo
Gasta y pierde su llama y su perfume
Por incensar en derredor el templo;

Sublime don Quijote que ambiciona
Caer al fin entre el fragor del rayo.
Torcida y despuntada la tizona
Y abierto y rojo por delante el sayo;

Ave fénix que en fúlgidas empresas
Aviva el fuego de su hoguera dura,
Y muere convirtiéndose en pavesas
De que renace victoriosa y pura....

¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar á Filis por su dulce nombre
Cuando grita el clarín: ¡Despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

———

Mientras la musa de oropel y armiño
Execra el polvo por amar la nube,
Y hace sus plumas con la fe de un niño
Y hacia un azul imaginario sube;

Mientras Ofelia, con el pecho herido
Por Hamlet y sus trágicos empeños,
Marcha á las ondas del eterno olvido,
Cogiendo flores y cantando sueños;

El numen varonil entra en la arena,
Prefiriendo al delirio y al celaje
La ciudad con sus ruidos de colmena
Y el pueblo con sus furias de oleaje;

Y contempla la tierra purpurada,
Y toma y alza, con piedad sencilla,
Un montón de esa arcilla ensangrentada...
Y ese montón de ensangrentada arcilla

Adquiere vida entre su mano estoica,
Vida inmortal y fulgurantes alas,
Y en él respira una belleza heroica,
Como en la estatua de la antigua Palas!

———

Guardar silencio y poseer la trompa,
La recia trompa á cuya voz no exigua
Vendría á tierra, con su estéril pompa,
El muro hostil de la ciudad antigua;

Ser un Aquiles que á la lid prefiera
Recordar á Briseida en el retiro,
Aunque Patroclo batallando muera...
¡Eso es faltar á Dios! Pero ¡qué miro!

Cual la crín de un raudal que de alto arranca,
Tus cabellos se agitan... ¡Oh maestro!
¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
Cual si quisieras arrojar el estro?

¿Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
Y no repeles, cuando Atenas grita,
Esa montaña de calumnia y odio
Que sobre tu hombro de titán gravita?

Tu Etna será para tu fuerza flojo,
Confía en tí y á tu misión no faltes,

Que al hado cruel que lapidó tu arrojo
Irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
Mueve de un grito el desusado gonce;
Y como á chorros de fusión ardiente,
Vierte en los mimbres el vigor del bronce!

¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
La fé que anima y el valor que salva,
Y que á tu acento nuestras almas sean
Como tinieblas que atraviesa el alba!

Para el poeta de divina lengua
Nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
¡Sobre la mengua esparcirás la gloria!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
(mejicano.)

ELOGIO

A la memoria del Iltmo. Sr. Obispo de Córdoba FRAY MAMERTO ESQUIÚ, O. M.

Un báculo que era como un tallo de lirios,
Una vida en cilicios de adorables martirios,
Un blanco horror de Belzebú,
Un salterio celeste, de vírgenes y santos,
Un cáliz de virtudes y una copa de cantos:
Tal era Fray Mamerto Esquiú!

Con su mano sagrada fué á recoger estrellas.
Antes cansó su planta dejando augustas huellas
Feliz Pastor de su pais;

Ahora corta el padre las sacras azucenas;
Sobre esta tierra amarga cogía á manos llenas
Las florecillas del de Asís.

Oh luminosas Pascuas! Oh Santa Epifanía!
Salvete flores martirum! canta el clarín del día
Con voz de bronce y de cristal.
Sobre la tierra grata brota el agua divina;
La rosa de la gracia su púrpura culmina
Sobre el cayado pastoral.

Crisóstomo le anima, Gerónimo le doma
Su espíritu era un águila con ojos de paloma;
Su verbo es una flor.
Y aquel maravilloso poeta, San Francisco,
Las voces enseñóle con que encantó á su aprisco
En las praderas del Señor.

Tal cual la Biblia dice, con címbalo sonoro
Á Dios daba sus loas. Formó su santo coro
De Fe, Esperanza y Caridad:
Trompetas argentinas dicen sus ideales,
Y su órgano vibrante tenía dos pedales,
Y eran el Bien y la Verdad.

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora.
Trompetas argentinas, de heraldos de la aurora
Que anuncia el día del altar,
Cuando la hostia, esa virgen, y ese martir, el cirio,
Ante su imagen digan el místico martirio
En que el Cordero ha de balar!

Llegaron á su mente hierosolimitana
La criselefantina Divinidad pagana,
Las dulces musas de Helicón;

Y él se ajustó á los números severos y apostólicos
Y en su sermón se escuchan los sones melancólicos,
De los salterios de Sión.

Yo, que la verleniana zampoña toco á veces,
Bajo los verdes mirtos ó bajo los cipreses
Canto hoy tan sacra luz;
En el marmóreo plinto cincelo mi epigrama,
Y bajo el ala inmensa de la divina Fama
Grabo una rosa y una cruz!

Rubén Darío.
(centroamericano.)

Córdoba (Rep. Arg.), Octubre 15 de 1896.

FAUSTO

(Poesía en estilo gaucho)

Al poeta Ricardo Gutiérrez.

I

En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caia al bajo, al trotecito,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao,
De apelativo *Laguna:*
Mozo ginetaso. ¡Ahijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
Á sofrenarlo en la luna.

¡Ah criollo! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
Á la rienda obedecía,
De suerte, que se creería
Ser no sólo arrocinao,
Sinó también del recao
De alguna moza pueblera:
¡Ah cristo! ¡quién lo tuviera!....
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,
Le iba sonando al overo

La plata que era un primor;
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuelas, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traia el hombre un Potosí:
¡Qué!... Si traia, para mí,
Hasta de plata las bolas!

En fin:—como iba á contar,
Laguna al río llegó,
Contra una tosca se apió
Y empezó á desensillar,
En esto, dentró á orejiar
Y á resollar el overo,
Y jué que vido un sombrero
Que del viento se volaba
De entre una ropa, que estaba
Más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano
—*¡Vaya* ZÁFIRO! *qué es eso?*
Y le acarició el pescueso
Con la palma de la mano:
Un relincho soberano
Pegó el overo que vía,
A un paisano que salia
Del agua, en un colorao,
Que al mesmo overo rosao
Nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,
Media güelta dió Laguna,
Y ya pegó el grito:—¡Ahijuna!
¿No es el Pollo?
—Pollo, nó,
Ese tiempo se pasó,
(Contestó el otro paisano)
Ya soy jaca vieja, hermano,
Con las púas como anzuelo,
Y á quien ya le niega el suelo
Hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron
Tal abrazo con laguna,
Que sus dos almas en una
Acaso se misturaron.
Cuando se desenredaron,
Después de haber lagrimiao,
El overito rosao
Una oreja se rascaba,
Visto que la refregaba
En la clín del colorao,

—Velay, tienda el cojinillo
Don Laguna, sientesé,
Y un ratito aguardemé
Mientras manéo el potrillo:
Vaya armando un cigarrillo,
Si es que el vicio no ha olvidao;
Ahí tiene contra el recao,
Cuchillo, papel y un naco:
Yo siempre pico el tabaco
Por no pitarlo aventao.

—Vaya amigo, le haré gasto....
—¿No quiere maniar su overo?
—Dejeló á mi parejero
Que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto

Mi cuñao se desmayó;
Á los tres días volvió
Del susto, y créame amigo,
Peligra lo que le digo;
El flete ni se movió.

—¡Bien aiga gaucho embustero!
¿Sabe que no me esperaba
Que soltase una *guayaba*
De ese tamaño, aparcero?
Ya colijo que su overo
Está tan bien enseñao,
Que si en vez de desmayao
El otro hubiera estao muerto,
El fin del mundo, por cierto,
Me lo encuentra allí parao.

—Vean como le buscó
La güelta...... ¡bien aiga el pollo!
Siempre larga todo el rollo
De su lazo......
—¡Y cómo nó!
¿O se ha figurao que yo
Asina nomás las trago?
¡Hágase cargo!.....
—Ya me hago......
Prieste el juego......
—Tomeló,
—Y aura le pregunto yó
¿Qué anda haciendo en este pago?

—Hace como una semana
Que he bajao á la ciudá,
Pues tengo necesidá,
De ver si cobro una lana;
Pero me andan con *mañana*
Y no hay plata, y venga luego.
Hoy nomás cuasi le pego
En las aspas con la argolla
Á un gringo, que aunque es de embro-(lla,
Ya le he maliciao el juego.

—Con el cuento de la guerra
Andan matreros los cobres,
—Vamos á morir de pobres
Los paisanos de esta tierra.
Yo cuasi he ganao la sierra
De puro desesperao......
—Yo me encuentro tan cortao,
Que á veces se me hace cierto,
Que hasta ando jediendo á muerto.....
—Pues yo me hallo hasta *empeñao.*

—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna!...
Y eso es de vicio aparcero:
Á usté lo ha hecho su ternero
La vaca de la fortuna.
Y no llore Don Laguna.
No me lo castigue Dios:
Sinó comparemolós
Mis tientos con su chapiao,
Y así en limpio habrá quedao,
El más pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador
Este Pollo! ¡Virgen mía!
Si es pura chafalonía......
—Eso sí, siempre pintor!
—Se la gané á un jugador

Que vino á echarla de *güeno*.
Primero le gané el freno
Con riendas y cabezadas,
Y en otras tantas jugadas
Perdió el hombre hasta lo ageno.

¿Y sabe lo que decía
Cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala
Debe tener brujería.
Á la cuenta se creería
Que el Diablo y yo......
—¡Callesé
Amigo! ¿no sabe usté
Que la otra noche lo he visto
Al demonio?
—¡Jesucristo!.....
—Hace bien, santigüesé

—¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego;
Pero no importa, le ruego
Que me dentre á relatar,
El cómo llegó á topar,
Con *el malo*, ¡Virgen Santa!
Sólo el pensarlo me espanta....
Güeno, le voy á contar
Pero antes voy á buscar
Con qué mojar la garganta.

El pollo se levantó
Y se jué en su colorao,
Y en el overo rosao
Laguna al agua dentró.
Todo el baño que le dió,
Jué dentrada por salida,
Y á la tosca consabida
Don Laguna se volvió,
Ande á Don Pollo lo halló
Con un frasco de bebida.

—Larguesé al suelo, cuñao,
Y vaya haciéndose cargo,
Que puede ser más que largo,
El cuento que le he ofertao:
Desmanée el colorao,
Desate su maniador,
Y en ancas, haga el favor
De acollararlos....
—Al grito:
¿Es manso el coloradito?
—¡Ese es un trebo de olor!

—Ya están acollaraditos....
—Dele un beso á esa giñebra:
Yo le hice sonar de una hebra
Lo ménos diez golgoritos.
—Pero esos son muy poquitos
Para un criollo como usté,
Capaz de prendersele
Á una pipa de lejía.....
—Hubo un tiempo en que solía....
—Vaya amigo, larguesé.

II

—Como á eso de la oración,
Aura cuatro ó cinco noches,
Vide una fila de coches
Contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,
Como hacienda amontonada,

Pujaba desesperada
Por llegar al mostrador.

Allí á juerza de sudar,
Y á punta de hombro y de codo,
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
Y dí güelta.... ¡Cristo mío!
Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.

Era á causa de una vieja
Que le había dao el mal....
—Y si es chico ese corral
¿Á qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá:—por fin, cuñao,
Á juerza de arrempujón,
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo,
Y el fleco del calzoncillo
Hilo á hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,
De toda esta desventura,
El puñal, de la cintura,
Me lo habían refalao.

—Algun gringo como luz
Para la uña, ha de haber sido.
—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón
Por la pérdida, dentré
Y una escalera trepé
Con ciento y un escalón.

Llegué á un alto, finalmente,
Ande vá la paisanada,
Que era la última camada
En la estiva de la gente.

Ni bien me había sentao,
Rompió de golpe la banda.
Que detrás de una baranda
La habían acomodao.

Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo,
Que á dentrar con flete y todo
Me aventa, créameló.

Atrás de aquel cortinao
Un Dotor apareció.
Que asigun oí decir yo,
Era un tal *Fausto*, mentao.

—¿Dotor dice? Coronel
De la otra banda, amigaso;
Lo conozco á ese criollaso
Por que he servido con él.

—Yo también lo conocí,
Pero el pobre ya murió:
¡Bastantes veces montó
Un saino que yo le dí!

Dejeló al que está en el cielo,
Que es otro *Fausto* el que digo,

Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros de un mesmo pelo.

—No he visto gaucho más *quiebra*
Para retrucar ¡ahijuna!.....
—Dejemé hacer, Don Laguna,
Dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,
El Dotor apareció,
Y, en público, se quejó
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía
Con la cencia que estudió:
Que él á una rubia quería,
Pero que á él la rubia nó.

Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y á toda hora
Siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana á ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca,
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,
Y cansado de llorar,
Al fin se iba á envenenar
Porque eso no era vivir.

El hombre allí renegó,
Tiró contra el suelo el gorro,
Y por fin, en su socorro,
Al mesmo Diablo llamó.

Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustaso, por Cristo!
Ahí mesmo, jediendo á misto,
Se apareció *el condenao!*

Hace bien: persinesé
Que lo mesmito hice yó,
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
Flacon, un sable largote,
Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco,
Para correr la sortija.

«Aquí estoy á su mandao,
Cuente con un servidor,»
La dijo el Diablo al Dotor,
Que estaba medio asonsao.

«Mi Dotor, no se me asuste
Que yo lo vengo á servir:
Pida lo que há de pedir
Y ordenemé lo que guste.»

El Dotor medio asustao
Le contestó que se juese......
—Hizo bien: ¿no le parece?
—Dejuramente, cuñao.

Pero el Diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,

Y á medio darlé coraje
Hasta que la engatuzó.

—¿No era un Dotor muy profundo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
Diez güeltas á medio mundo.

El diablo volvió á decir:—
«Mi Doctor no se me asuste,
Ordenemé en lo que guste,
Pida lo que ha de pedir.»

«Si quiere plata tendrá:
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir *quiero,* será.»

—No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yo
Mil veces mejor que el oro.

—«Yo todo lo puedo dar,
Retrucó el Rey del Infierno,
Diga:—¿Quiere ser Gobierno?
Pues no tiene más que hablar.»

—No quiero plata ni mando,
Dijo Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando.

No bien esto el Diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,
Y el Dotor, fulo miró
Á su prenda idolatrada.

—¡Canejo!..... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
—No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá.

¡Ah, Don Laguna! ¡si viera
Qué rubia!..... Creameló:
Creí que estaba viendo yó,
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzao,
Se apareció la muchacha:
Pelo de oro como hilacha
De choclo recien cortao.

Blanca como una cuajada,
Y celeste la pollera;
Don Laguna, si aquello era
Mirar á la *Inmaculada.*

Era cada ojo un lucero,
Sus dientes perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco
El Dotor cuando la vió,
Pero el Diablo lo atajó
Diciéndole:—«poco á poco:

Si quiere, hagamos un *pato:*
Usté su alma me ha de dar,

Y en todo lo he de ayudar:
¿Le parece bien el trato?»

Como el Dotor consintió,
El Diablo sacó un papel
Y lo hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

—¡Dotor y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la orma de su zapato?

Ha de saber que el Dotor
Era dentrao en edá,
Asina es que estaba yá
Bichoco para el amor.

Por eso al dir á entregar
La contrata consabida,
Dijo:—«Abrá alguna bebida
Que me pueda remozar?»

Yo no sé qué brujería,
Misto, mágica ó polvito
Le echó el Diablo y....¡Dios bendito!
Quién demonios lo creería!

¿Nunca á visto usté á un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la mesma cosa
Le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se vaporaron,
Y en el Dotor ver dejaron
Á un donoso mocetón.

—¿Qué dice?.....¡barbaridá!
¡Cristo padre!.....¿Será cierto?
—Mire:—que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El Diablo entónces mandó
Á la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó.

Á juerza de tanto hablar
Se me ha secao el gargüero:
Pase el frasco, compañero.....
—¡Pues no se lo he de pasar!

III

—Vea los pingos.....
—¡Ah hijitos!
Son dos fletes soberanos.
—¡Como si jueran hermanos
Bebiendo la agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza á asomar!

Usté vé venir á esa hora
Roncando la marejada,
Y vé en la espuma encrespada
Las colores de la aurora.

Á veces, con viento en la anca,
Y con la vela al solsito,
Se vé cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté vé, patente,
Venir voyando un islote,
Y es que trai á un camalote
Cabrestiando la corriente.

Y con un campo quebrao,
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza á hinchar
El rio medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene á estrellarse
El hombre con su destino.

Y no sé que dá el mirar
Cuando barrosa y bramando,
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo,
Se amostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se vé en este suelo.

Y es cosa de bendecir,
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena,
Obligándola á dormir.

Y es muy lindo ver nadando
Á flor de agua algun pescao:
Van, como plata, cuñao,
Las escamas relumbrando......

—¡Ah Pollo! Ya comenzó
A meniar taba: ¿y el caso?
—Dice muy bien, amigaso:
Seguiré contándolo.

El lienzo otra vez alzaron
Y apareció un bodegón,
Ande se armó una reunión
En que algunos se mamaron.

Un Don Valentín, velay,
Se hallaba allí en la ocasión,
Capitán, muy guapetón,
Que iba á dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,
De la rubia, y conversaba
Con otro mozo que andaba
Viendo de hacerlo cuñao.

Don *Silverio*, ó cosa así,
Se llamaba este individo,
Que me pareció medio *ido*
Ó zonzo cuanto lo ví.

Don Valentín le pedía
Que á la rubia la sirviera
En su ausencia......
—¡Pues, zonzera!

¡El otro que más quería!

—El Capitán, con su vaso,
A los presentes brindó,
Y en esto se apareció,
De nuevo el Diablo, amigaso.

Dijo que si lo almitían
Tambien echaría un trago,
Que era por no ser dcl pago
Que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación,
Dijo el diablo que era brujo:
Pidió un ajenco y lo trujo
El mozo del bodegón.

—«No tomo bebida sola,»
Dijo el Diablo: se subió
A un banco, y ví que le echó
Agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil
Entre la copa sonó,
Y á echar llamas comenzó
Como si juera un candil.

Todo el mundo reculó;
Pero el Diablo, sin turbarse,
Les dijo:—«No hay que asustarse,»
Y la copa se empinó.

—¡Que buche! ¡Dios soberano!
—Por no parecer morao
El Capitan jué, cuñao,
Y le dió al Diablo la mano.

Satanás le rejistró
Los dedos con grande afán,
Y le dijo:—«Capitán
Pronto muere, crealó.»

El Capitán, retobao,
Peló la lata, y Luzbel
No quiso ser menos que él
Y peló un amojosao.

Antes dc cruzar el acero,
El diablo el suelo rayó:
¡Viera el juego que salió!......
—¡Qué sable para yesquero!

—¿Qué dice? ¡había de oler
El jedor que iba largando
Mientras estaba chispiando
El sable de Lucifer!

No bien á tocarse van
Las hojas creameló,
La mitá al suelo cayó
Del sable del Capitán.

—«¡Este es el Diablo en figura
De hombre!» el Capitán gritó,
Y al grito le presentó
La cruz de la empuñadura.

¡Viera al Diablo retorcerse
Como culebra, aparcero!
—Oiganlé......
Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse.

Los otros se aprovecharon
Y se apretaron el gorro:

Sin duda á pedir socorro
O á *dar parte* dispararon.

En esto Don Fausto entró
Y conforme al Diablo vido,
Le dijo:—«¿Qué ha sucedido?»
Pero él se desentendió.

El Dotor volvió á clamar
Por su rúbia, y Lucifer,
Valido de su poder,
Se la volvió á presentar.

Pues que golpiando en el suelo
En un baile apareció,
Y Don Fausto le pidió
Que lo acompañase á un *cielo*.

No hubo forma que bailara:
La rúbia se encaprichó;
De balde el Dotor clamó
Porque no lo desairara.

Cansao ya de redetirse,
Le contó al demonio el caso;
Pero él le dijo:—«Amigaso
No tiene por qué afligirse:

Si en el baile no ha alcansao
El poderla arrocinar,
Deje: le hemos de buscar
La güelta por otro lao.

Y mañana, á mas tardar
Gozará de sus amores,
Qué á otras, mil veces mejores
Las he visto cabrestiar.»

¡Balsa general! gritó
El bastonero mamao;
Pero en esto el cortinao
Por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo
Si le parece......
—¡Pues nó!
—Tome el naco, piqueló,
Usté tiene mi cuchillo.

IV

—Ya se me quiere cansar
El flete de mi relato.....
—Priéndale guasca otro rato:
Recien comienza á sudar.

—No se apure: aguardesé:
¿Cómo anda el frasco?
—Tuavía
Hay con qué hacer medio día:
Ahí lo tiene, priendalé.

—¿Sabe que este giñebrón
No es para beberlo solo?
Si alvierto traigo un chicholo
Ó un cacho de salchichón.

—Vaya, no le ande aflojando,
Déle trago y domeló,
Que á raíz de las carnes yo
Me lo estoy acomodando.

—¿Que tuavía no ha almorzao?
—Ando en ayunas, Don Pollo;
Porque ¿á qué contar un bollo
Y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención
De ir á la fonda de un gringo
Después de bañar el pingo.....
—Pues vámonos del tirón.

—Aunque ando medio delgao,
Don Pollo, no le permito
Que me merme ni un chiquito
Del cuento que ha comenzao.

—Pues, entónces, allá vá:
Otra vez el lienzo alzaron
Y hasta mis ojos dudaron
Lo que ví..... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Vírgen bendita!
¡Viera amigaso el jardín!
Allí se vía el jazmín,
El clavel, la margarita,

El toronjil, la retama,
Y hasta estuatas, compañero,
Al lao de esa, era un chiquero
La quinta de Don Lezama.

Entre tanta maravilla
Que allí había, y medio á un lao,
Habían edificao
Una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía
Entre las flores como ella,
Allí brillaba esa estrella
Que el pobre Dotor seguía.

Y digo *pobre Dotor*,
Porque pienso, Don Laguna,
Que no hay desgracia ninguna
Como un desdichao amor.

—Puede ser; pero, amigaso,
Y en las cuartas no me enriedo,
Y en un lance en que no puedo,
Hago de mi alma un cedazo.

Por hembras yo no me pierdo:
La que me empaca su amor
Pasa por el cernidor
Y.....si te ví, no me acuerdo.

Lo demás es calentarse.....
El mate al divino ñudo.
—¡Feliz quien tenga ese escudo
Con que poder rejuardarse!

Pero usté habla, Don Laguna,
Como un hombre que ha vivido
Sin haber nunca querido
Con alma y vida ninguna.

Cuando un verdadero amor,
Se estrella en una alma ingrata,
Más vale el fierro que mata
Que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue
Á donde quiera que vá:
Es una fatalidá
Que á todas partes lo sigue.

Si usté en su rancho se queda,
Ó si sale para un viaje,
Es de balde: no hay paraje
Ande olvidarla usté pueda.

Cuando duerme todo el mundo,
Usté, sobre su recao,
Se da güelta, desvelao,
Pensando en su amor projundo.

Y si el viento hace sonar
Su pobre techo de paja,
Cree usté que es *ella* que baja
Sus lágrimas á secar.

Y si en alguna lomada
Tiene que dormir, al raso,
Pensando en *ella,* amigaso,
Lo hallará la madrugada.

Allí acostao sobre abrojos,
Ó entre cardos, Don Laguna,
Verá su cara en la luna,
Y en las estrellas, sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde
Al bien de su alma querido,
Si hasta cree ver su vestido
En la nube que se pierde?

Si en frente de esa deidá
En alguna parte se halla,
Es otra nueva batalla
Que el pobre corazón dá.

Si con la luz de sus ojos
Le alumbra la triste frente,
Usté, Don Laguna, siente
El corazón entre abrojos.

Su sangre comienza á alzarse
Á la cabeza en tropel,
Y cree que quiera esa crúel
En su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega
Esa lijera mirada,
Queda su alma abandonada
Entre el dolor que la niega.

Y usté firme en su pasión....
Y van los tiempos pasando,
Un hondo surco dejando
En su infeliz corazón.

—Güeno, amigo: así será,
Pero me ha sentao el cuento.....
—¡Qué quiere! Es un sentimiento....
Tiene razón: allá vá:—

Pues, señor, con gran misterio,
Traíndo en la mano una cinta,
Se apareció entre la quinta.
El zonzo de Don Silverio.

Sin duda alguna saltó
Por la zanja de la güerta,
Pues esa noche su puerta
La mesma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron
El demonio y el Dotor,
Y tras del árbol mayor
Á aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta
Y la cinta, un ramo armó
Don Silverio, y lo dejó
Sobre el umbral de la puerta.

—¡Que no cairle una centella!
—Á quién? Al zonzo?
—¡Pues digo!.....
¡Venir á osequiarla, amigo,
Con las mesmas flores de ella!

—Ni bien acomodó el guacho,
Ya rumbió......
—¡Miren que hazaña!
Eso es ser más que lagaña
Y hasta dá rabia, caracho!

—El Diablo entónces salió
Con el Dotor, y le dijo:
—«Esta vez priende de fijo
La vacuna, crealó»

Y el capote haciendo á un lao,
Desenvainó allí un baulito,
Y jué y lo puso juntito,
Al ramo del abombao.

—No me hable de ese mulita:
¡Qué apunte para una banca!
¿A que era májica blanca
Lo que trujo en la cajita?

—Era algo más eficaz
Para las hembras, cuñao,
Verá si las ha calao
De lo lindo Satanás.

Tras del árbol se escondieron
Ni bien cargaron la mina,
Y más que nunca, divina,
Venir á la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,
En un banco se sentó,
Un par de medias sacó
Y las comenzó á surcir.

Cinco minutos, por junto,
En las medias trabajó
Por lo que carculo yó
Que tendría solo un punto:

Dentró á espulgar un rosal,
Por la hormiga consumido,
Y entonces jué cuando vido
Caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,
Enderezó á la cajita,
Y sacó......¡Vírgen bendita!.....
¡Viera qué cosa, amigaso!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!
¡Qué rosetas soberanas!
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!
—¡Vea al diablo tentador!

—¿No le dije Don Laguna?
La rubia allí se colgó
Las prendas, y apareció
Mas platiada que la luna.

En la caja, Lucifer,
Habia puesto un espejo......
—¿Sabe que el Diablo, canejo,
La conoce á la mujer?

—Cuando la rubia gastaba
Tanto mirarse, la luna.

Se apareció, Don Laguna,
La vieja que la cuidaba.

¡Viera la cara, cuñao,
De la vieja, al ver brillar
Como reliquias de altar
Las prendas del condenao!

«¿Diande este lujo sacás?»
La vieja, fula, decía,
Cuando gritó:—«¡Avemaria!»
En la puerta, Satanás.

«¡Sin pecao! ¡Dentre señor!»
—«¿No hay perros?—¡Ya los ataron!»
Y ya tamien se colaron
El Demonio y el Dotor.

El Diablo allí comenzó
Á enamorar á la vieja,
Y el Dotorcito á la oreja
De la rubia se pegó.

—¡Vea al Diablo haciendo gancho!
—El caso jué que logró
Reducirla y la llevó
Á que le mostrase un chancho.

—¿Por supuesto, el Dotorcito
Se quedó allí mano á mano?
—Dejuro, y ya verá, hermano,
La liendre que era el mocito.

Corcobió la rubiecita,
Pero al fin se sosegó,
Cuando el Dotor le contó
Que él era el de la cajita.

Asigun lo que presumo,
La rubia aflojaba laso,
Porque el Dotor, amigaso,
Se le quería ir al humo.

La rubia lo malició
Y por entre las macetas,
Le hizo unas cuantas gambetas
Y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosal,
Sin la vieja apareció.....
—¡A la cuenta la largó
Jediendo entre algun maizal!

—La rubia en vez de acostarse,
Se lo pasó en la ventana,
Y allí aguardó la mañana
Sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,
Y el lucero se apagaba,
Y ya tamién comenzaba
Á venir clariando el día.

¿No ha visto usté de un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir
Y de allí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñao,
Caminaban las estrellas
Á morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumerio venía,

Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos,
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse,
Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa
Venir una mariposa
Y comenzarlo á chupar.

Y si se pudiera el cielo
Con un pingo comparar,
Tamién podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

—¡No sea bárbaro, canejo!
¡Que comparancia tan fiera!
—No hay tal: pues de saino que era
Se iba poniendo azulejo.

¡Cuando ha dao un madrugón
No ha visto usté, embelesao,
Ponerse blanco-azulao
El más negro ñubarron?

—Dice bien, pero su caso
Se ha hecho medio empacador.....
—Aura viene lo mejor
Pare la oreja, amigaso.

El Diablo dentró á retar
Al Dotor, y entre el responso,
Le dijo:—«¿Sabe que es zonzo?
¿Pa qué la dejó escapar?»

«Ahí la tiene en la ventana:
«Por suerte no tiene reja,
«Y antes que venga la vieja
«Aproveche la mañana.»

Don Fausto ya atropelló
Diciendo:—«¡basta de ardiles!»
La cazó de los cuadriles
Y ella......tamien lo abrazó!

—¡Oiganlé á la dura!
—En esto......
Bajaron el cortinao:
Alcance el frasco cuñao,
—Agatas le queda un resto.

V

—Al rato el lienzo subió
Y deshecha y lagrimiando,
Contra una máquina hilando,
La rubia se apareció.

La pobre dentró á quejarse
Tan amargamente allí,
Que yo á mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse.

—¡Qué vergüenza!
—Puede ser;
Pero amigaso, confiese
Que á usté tamién le enternece

El llanto de una mujer.

Cuando á usté un hombre le ofiende
Ya sin mirar para atrás,
Pela el flamenco y ¡sas! ¡tras!
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridá
La *partida* le ha soltao,
Usté en su overo rosao
Bebiendo los vientos vá.

Naide de usté se despega
Porqué se aiga desgraciao,
Y es muy bien agasajao
En cualquier rancho á que llega.

Si es hombre trabajador
Ande quiera gana el pan:
Para eso con usté van
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago
Y cuanto más larga ha sido
Su ausiencia, usté es recibido
Con más gusto y más halago.

Engaña usté á una infeliz,
Y para mayor vergüenza,
Vá y le cerdéa la trenza
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le dá la gana,
En la cola de su overo,
Y le amuestra al mundo entero
La trenza de ña Julana.

Si ella tuviese un hermano,
Y en su rancho miserable
Hubiera colgao un sable,
Juera otra cosa paisano.

Pero sola y despreciada
En el mundo ¿qué ha de hacer?
¿Á quien la cara volver?
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja
Será su sólo consuelo,
Y empapar con llanto el pelo
Del hijo que usté le deja.

Pues ese dolor projundo
Á la rubia la secaba,
Y por eso se quejaba
Delante de todo el mundo.

Aura, confiese, cuñao,
Que el corazón más calludo,
Y el gaucho más entrañudo,
Alli habría lagrimiao.

—¿Sabe que me ha sacudido
De lo lindo el corazón?
Vea sinó el lagrimón
Que al oirle se me ha salido......

—¡Oiganlé!......
—Me ha redotao:
No guarde rencor, amigo......
—Si es en broma que le digo....
—Siga su cuento, cuñao.

—La rúbia se arrebozó
Con un pañuelo ceniza,

Diciendo que se iba á misa
Y puerta ajuera salió.

Y crea usté lo que guste
Porque es cosa de dudar......
¡Quien había de esperar
Tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ageno
De lo que allí iba á pasar,
Cuando el Diablo hizo sonar
Como un pito de sereno.

Una Iglesia apareció
En menos que canta un gallo.....
—¡Vea si dentra á caballo!
—Me larga, creameló.

Creo que estaban alzando
En una misa cantada,
Cuando aquella desgraciada
Llegó á la puerta llorando.

Allí la pobre cayó
De rodillas sobre el suelo,
Alzó los ojos al cielo,
Y cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena
Que al mirar á esa mujer:
Amigo: si aquello era ver
Á la mesma *Madalena*.

De quella rubia rosada,
Ni rastro había quedao:
Era un clavel marchitao,
Una rosa deshojada.

Su frente, que antes brilló
Tranquila como la luna,
Era un cristal, Don Laguna,
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos
Las lágrimas se secaban
Y entre-temblando rezaban
Sus lábios descoloridos.

Pero el diablo la uña afila,
Cuando está desocupao,
Y allí estaba el condenao
Á una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar,
Pero el Diablo la atajó,
Y tales cosas le habló
Que le obligó á disparar.

Cuasi le dá el acidente
Cuando á su casa llegaba:
La suerte que le quedaba
En la vedera de enfrente.

Al rato el Diablo dentró
Con Don Fausto muy del brazo,
Y una guitarra, amigaso,
Ahí mesmo desenvainó.

—¿Qué me dice amigo Pollo?
—Como lo oye, compañero;
El Diablo es tan guitarrero
Como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,
La claridá se ahuyentaba

Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna,
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas trompezaban
Los pájaros que volaban
Á guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,
En llanto se deshacía,
Y rezando, á Dios pedía
Que le emprestase su ayuda.

Yo presumo que el Dotor,
Hostigao por Satanás,
Quería otras hojas más,
De la desdichada flor.

Á la ventana se arrima
Y le dice al condenao:—
«Dele no más sin cuidao
Aunque reviente la prima.»

El Diablo agatas tocó
Las clavijas, y al momento
Como una arpa el estrumento
De tan bien templao sonó.

—Tal vez lo traiba templao
Por echarla de baqueano.....
—Todo puede ser, hermano,
Pero ¡oyese al condenao!

Al principio se floriό
Con un lindo bordonéo,
Y en ancas de aquel floréo
Una décima cantó.

No bien llegaba al final
De su canto, el condenao,
Cuando el capitán, armao,
Se apareció en el umbral.

—Pues yo en campaña lo hacía....
—Daba la casualidá
Que llegaba á la ciudá
En comisión, ese día.

—Por supuesto hubo fandango....
—La lata ahí no más peló,

Y al infierno le aventó
De un cintarazo el changango.

—¡Lindo el mozo!
—¡Pobrecito!
—¿Lo mataron?
—Ya verá:
Peló un corvo el Dotorcito,
Y el Diablo......¡barbaridá!

Desenvainó una espadita
Como un viento, lo embasó,
Y allí no más ya cayó
El pobre......
—¡Ánima bendita!.....

Á la trifulca y al ruido
En montón la gente vino......
—¿Y el Dotor y el asesino?
—Se habían escabullido.

La rubia tamién bajó
Y viera afición, paisano,
Cuando el cuerpo de su hermano
Bañao en sangre miró!

Ágatas medio alcanzaron
Á darse una despedida,
Porque en el cielo, sin vida,
Sus dos ojos se clavaron.

Bajaron el cortinao,
De lo que yo me alegré.....
—Tome el frasco, priendalé.....
—Sirvasé no más, cuñao.

VI

—¡Pobre rubia! Vea usté
Cuanto ha venido á sufrir:
Se le podía decir,
¡Quién te vido y quién te vé!

—Ansí es el mundo amigaso:
Nada dura, Don Laguna,
Hoy nos rie la fortuna,
Mañana nos dá un guascaso.

Las hembras en mi opinión,
Train un destino más fiero,
Y si quiere, compañero,
Le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,
Una delicia es cada hoja,
Y hasta el rocío la moja
Como un baustimo del cielo.

Allí está ufana la flor
Linda, fresca y olorosa:
Á ella vá la mariposa,
Á ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero
Se prenda al verla tan bella,
Y no pasa por sobre ella
Sin darle un beso primero.

¡Lástima causa esa flor
Al verla tan consentida!
Cree que es tan larga su vida
Como fragante su olor:

Nunca vió el rayo que raja
Á la renegrida nube,
Ni vé el gusano que sube,
Ni al fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno
De la pobrecita, cabe,
Pues que se hamaca, no sabe,
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega
Sin la menor desconfianza
Y el gusano ya la alcanza.....
Y el sol de las doce llega.....

Se vá el sol abrasador,
Pasa á otra planta el gusano,
Y la tarde.....encuentra, hermano,
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia cuñao,
Cuando entre flores vivía,
Y diga si presumía
Destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador
Afijesé en su memoria,
Y diga:—¿es igual la historia
De la rubia y de la flor?

—Se me hace tan parecida
Que ya más no puede ser.
—Y hay más: le falta que ver
A la rubia en la crujida.

—¿Qué me cuenta? ¡desdichada!
—Por última vez se alzó
El lienzo, y apareció
En la cárcel encerrada.

—¿Sabe que yo no colijo
El porqué de la prisión?
—Tanto penar, la razón
Se le jué, y lo mató al hijo.

Ya la habían sentenciao
Á muerte, á la pobrecita,
Y en una negra camita
Dormía un sueño alterao.

Ya redoblaba el tambor,
Y el cuadro ajuera formaban,
Cuando al calabozo entraban
El Demonio y el Dotor.

—¡Veanló al Diablo si larga
Sus presas así no más!
¿A que anduvo Satanás
Hasta oír sonar la descarga?

—Esta vez se le chingó
El cuete, y ya lo verá.
—Priendalé al cuento que yá
No lo vuelvo á atajar yo.

—Al dentrar hicieron ruido,
Creo que con los cerrojos;
Abrió la rubia los ojos
Y allí contra ella los vido.

La infeliz, ya trastornada
A causa de tanta herida,
Se encontraba en la crujida
Sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor,
Ya comenzó á disvariar,
Y hasta le quiso cantar
Unas décima de amor.

La pobrecita soñaba
Con sus antiguos amores,
Y creia mirar sus flores
En los fierros que miraba.

Ella creia que como antes,
Al dir á regar su güerta,
Se encontraría en la puerta
Una caja de diamantes.

Sin ver que en su situación
La caja que la esperaba,
Era la que redoblaba
Antes de la ejecución.

De repente se fijó
En la cara de Luzbel:
Sin duda *al malo* vió en él,
Porque allí muerta cayó.

Don Fausto al ver tal desgracia,
De rodillas cayó al suelo
Y dentró á pedirle al cielo
La recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido
De tanto mal que habia hecho,
Se daba golpes de pecho
Y lagrimiaba aflijido.

En dos pedazos se abrió
La paré de la crujida,
Y no es cosa de esta vida
Lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:
Yo ví entre una nubecita,
La alma de la rubiecita,
Que se subía á la gloria.

San Miguel, en ocasión,
Vino entre nubes bajando,
Con su escudo revoliando
Un sable tirabuzón.

Pero el Diablo, que miró
El sable aquel y el escudo,
La mesmito que un peludo
Bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente
Y ahí tiene el cuento contao......
—Prieste el pañuelo, cuñao,
Me está sudando la frente.

Lo que admiro es su firmeza
Al ver esas brujerías.
—He andao cuatro ó cinco días
Atacao de la cabeza.

—Ya es güeno dir ensillando.....
—Tome ese último traguito,
Y eche el frasco á ese pocito
Para quede boyando.

Cuando los dos acabaron
De ensillar sus parejeros,
Como güenos compañeros,
Juntos al trote agarraron.
En una fonda se apiaron
Y pidieron de cenar:
Cuando ya iban á acabar,
Don LAGUNA sacó un rollo
Diciendo:—«El gasto del POLLO
De aquí se lo han de cobrar.»

ESTANISLAO DEL CAMPO.
(argentino.)

Buenos Aires, 1869.

EL GAUCHO MARTIN FIERRO

(Estrofas sueltas y fragmentos de este poema gauchesco)

Aquí me pongo á cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

....
....
....
....

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pié del Eterno Padre—
Dende el vientre de mi madre
Vine á este mundo á cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra—
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome á cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento—
Como si soplara un viento
Hago tiritar los pastos—
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

....
....
....
....

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama—
Yo hago en el trébol mi cama.
Y me cubren las estrellas.

....
....
....
....

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté
Que suele quedarse á pié
El gaucho más alvertido.

Junta experencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar

Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y á poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias á empujones;
¡Ahijuna! que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

....
....
....
....

Ansí me hallaba una noche
Contemplando las estrellas
Que le parecen más bellas
Cuanto uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga criao
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marías;
Que si llueve, cuanto escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen Dotores,
Sólo vale la experiencia,
Aquí verían su inocencia
Esos que todo lo saben;—
Por que esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

....
....
....
....

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son—
Les dió toda perfeción
Y cuanto él era capaz—
Pero al hombre le dió más
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá á la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano—
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque á las aves les dió
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla—
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió á las fieras
Esa juria tan inmensa.
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre—
¿Qué ménos le diera al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo
Que en sus adentros pensó

Que el hombre los precisaba,
Pues los bienes igualaba
Con las penas que les dió.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber,
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar,
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera atender.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Y con la cuerda tirante
Dende que ese tono elija,
Yo no he de aflojar manija,
Mientras que la voz no pierda;
Si no se corta la cuerda
Ó no cede la clavija.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Sé dirigir la mansera
Y también echar un pial—
Sé correr en un rodeo—
Trabajar en un corral—
Me sé sentar en un pértigo
Lo mesmo que en un bagual.

Y empriéstenme su atención
Si ansí me quieren honrar
De no, tendré que callar;
Pues el pájaro cantor
Jamás se pára á cantar
En árbol que no dá flor.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Déjenme tomar un trago
Estas son otras cuarenta,
Mi garganta está sedienta,
Y de esto no me abochorno—
Pues el viejo como el horno
Por la boca se calienta.

Triste suena mi guitarra
Y el asunto lo requiere—
Ninguno alegrías espere
Sinó sentidos lamentos,
De aquel que en duros tormentos
Nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
Y largarse á tierra agena
Llevándose la alma llena
De tormentos y dolores;
Mas nos llevan los rigores
Como el pampero á la arena.

. . . .

. . . .
. . . .
. . . .

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña—
La gente experta ó bisoña
Sufre de infinitos modos—
La tierra es madre de todos,
Pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
Sufre tranquilo sus males—
Yo siempre los hallo iguales
En cualquier senda que elijo—
La desgracia tiene hijos
Aunque ella no tiene madre.

Y al que le toca la herencia
Donde quiera halla su ruina,
Lo que la suerte destina
No puede el hombre evitar—
Porque el cardo ha de pinchar
Pues que nace con espina.

Es el destino del pobre
Un continuo safarrancho,
Y pasa como el carancho,
Porque el mal nunca se sacia,
Si el viento de la desgracia
Sopla en las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
Manda también el consuelo—
La luz que baja del cielo
Alumbra al más encumbrao,
Y hasta el pelo más delgao
Hace su sombra en el suelo.

Pero por mucho que sufra
Un rigor que lo atormente
No debe bajar la frente
Nunca—por ningún motivo—
El álamo es más altivo
Y gime constantemente.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

CANTO DE CONTRAPUNTO ENTRE MARTIN FIERRO Y UN NEGRO

MARTÍN FIERRO

Mientras suene el encordao
Mientras encuentre el compás,
Yo no he de quedarme atrás
Sin defender la parada—
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes
Y cáyense los mirones—
Á todos pido perdones
Pues á la vista resalta,
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.

Á un cantor le llaman bueno,
Cuando es mejor que los peores—
Y sin ser de los mejores,
Encontrándose dos juntos

Es deber de los cantores
El cantar de contra-punto.

El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue—
Hace mal el que se niegue
Dende que lo sabe hacer—
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor—
Es una cosa muy dicha—
Mas la suerte se encapricha
Y me persigue costante—
De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar—
Veré si puedo olvidar
Tan desgraciada mudanza—
Y quien se tenga confianza
Tiemple y vamos á cantar.

Tiemple y cantaremos juntos,
Trasnochadas no acobardan—
Los concurrrentes aguardan.
Y porque el tiempo no pierdan,
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga ó nó quien la ampare.
No espere que yo dispare
Aunque su saber sea mucho—
Vamos en el mesmo pucho
Á prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día—
Era la costumbre mía
Cantar las noches enteras—
Había entonces, donde quiera,
Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
Á seguir la caravana,
Ó si cantando no gana
Se lo digo sin lisonja—
Haga sonar una esponja
Ó ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy señores míos,
Sinó un pobre guitarrero—
Pero doy gracias al cielo
Porque puedo en la ocasión,
Toparme con un cantor
Que experimente á este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blancos los dientes—
Sé vivir entre las gentes
Sin que me tengan en ménos—
Quien anda en pagos agenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares—
Tal vez por eso me ampare
La Providencia divina—

En los güevos de gallina
El décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,
Aunque de esto no hace gala,
Nada á su cariño iguala
Ni á su tierna voluntá—
Es lo mesmo que el macá
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de naides—
Siempre he cruzado los aires
Como el pájaro sin nido—
Cuanto sé lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
El por qué retumba el trueno—
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno—
Sé también de dónde salen
Las aguas que cain del Cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra
En llegando al mesmo centro—
En dónde se encuentra el oro,
En dónde se encuentra el fierro—
En dónde viven bramando
Los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
Donde los pejes nacieron—
Yo sé porque crece el árbol,
Y porque silban los vientos—
Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
Cuando me aflojan, aflojo;
No se ha de morir de antojo
Quien me convide á cantar—
Para conocer á un cojo
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir á esta riunión—
Echándola de cantor
Pido perdón en voz alta—
Pues nunca se halla una falta
Que no esista otra mayor.

De lo que un cantor explica
No falta que aprovechar—
Y se le debe escuchar
Aunque sea negro el que cante—
Apriende el que es ignorante,
Y el que es sábio, apriende más.

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida—
La gente escuche tranquila
No me haga ningun reproche—
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy pues á su mandao,
Empieze á echarme la sonda
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosco—
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

MARTIN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sábio
No tengás ningun recelo;
Pero has tragado el anzuelo
Y al compás del estrumento—
Has de decirme al momento
Cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo el hombre primero—
Mas los blancos altaneros,
Los mesmos que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan
Y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro blanco lo pinta,—
Blanca la cara ó retinta
No habla en contra ni en favor—
De los hombre el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene al pelo—
Veré señores si puedo,
Sigun mi escaso saber,
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio—
Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos—
Lloran cuando cain las aguas—
Cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declararlos mejores—
Les mandó iguales dolores
Bajo de una mesma cruz;
Mas también hizo la luz
Pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie
No se trata de ofender—
Á todos se ha de poner
El nombre con que se llama—
Y á naides le quita fama
Lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra—
Y si en tu saber se encierra
El de los sábios projundos—
Decime cual en el mundo
Es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón—
Mas pa dar contestación
Mi inorancia no me arredra—
También da chispas la piedra
Si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
Sigun mis cortos alcances—
Forman un canto en la tierra
El dolor de tanta madre,

El gemir de los que mueren,
Y el lloran de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores--
En los pájaros cantores
Sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te vayas á turbar,
Ni te agrandes ni te achiques—
Es preciso que me expliques
Cuál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende—
De un dón que de otro depende
Naides se debe alabar—
Pues la urraca apriende á hablar
Pero sólo la hembra apriende.

Y ayudame ingénio mío
Para ganar esta apuesta—
Mucho el contestar me cuesta
Pero debo contestar;
Voy á decirle en respuesta
Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
El mar que todo lo encierra
Canta de un modo que aterra
Como si el mundo temblara—
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez—
Ganarás sólo que estés
En vaca con algun santo—
La noche tiene su canto
Y me has de decir cuál es.

EL MORENO

No galope que hay aujeros,
Le dijo á un guapo un prudente--
Le contesto humildemente:
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber de dónde vienen.

Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden,
Son los ecos que responden
Á la voz del que da el grito
Como un lamento infinito
Que viene no sé dónde.

Á las sombras sale el Sol
Las penetra y las impone—
En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos—
Son almas de los que han muerto
Que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO

Moreno por tus respuestas

Ya te aplico el cartabón,—
Pues tenés disposición
Y sos estruido de yapa—
Ni las sombras se te escapan
Para dar explicación.

Pero cumple su deber
El leal diciendo lo cierto—
Y por lo tanto te alvierto
Que hemos de cantar los dos —
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida—
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor.—
Y aura quiero que me digas
De dónde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan escura
Trataré de responder—
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de Estancia;
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber.

Ama el pájaró en los aires
Que cruza por donde quiera—
Y si al fin de su carrera
Se sienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
Á su amante compañera.

La fiera ama en su guarida
De la que es rey y señor
Allí lanza con furor
Esos bramidos que espantan —
Porque las fieras no cantan
Las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color—
Ama el hombre con ardor;
Ama todo cuanto vive,
De Dios vida se recibe
Y donde hay vida, hay amor.

MARTIN FIERRO

Me gusta negro ladino
Lo que acabas de explirar —
Ya te empiezo á respetar
Aunque al prencipio me rei—
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.—

EL NEGRO

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcazar—
Dende que aprendí á inorar
De ningun saber me asombro—
Más no ha de llevarme al hombro
Quien me convide á cantar. —

Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidad es poca—
Mas cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elije á su gusto
Lo más espinoso elije,—
Pero esto poco me aflige
Y le contesto á mi modo—
La ley se hace para todos
Mas solo al pobre le rige.

La ley es tela de araña—
En mi inorancia lo explico,
No le tema el hombre rico—
Nunca le tema el que mande—
Pues la ruempe el bicho grande
Y solo enrieda á los chicos.

Es la ley como una lluvia
Nunca puede ser pareja—
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo —
La ley es como el cuchillo
No ofiende á quien lo maneja.

Le suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien—
Los que la gobiernan ven
Á donde han de dar el tajo—
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver á quien.

Hay mucho que son dotores
Y de su cencia no dudo—
Más yo soy un negro rudo—
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTIN FIERRO

Moreno vuelvo á decirte
Ya conozco tu medida—
Has aprovechao la vida
Y me alegro de este encuentro —
Ya veo que tenés adentro
Capital pá esta partida.

Y aura te voy á decir
Porque en mi deber está—
Y hace honor á la verdá
Quien á la verdá se duebla,
Que sos por juera tinieblas
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abuse de tu pacencia—
Y en justa correspondencia
Si algo querés preguntar—
Podés al punto empezar
Pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabes lengua mía,
No te vayas á turbar—
Nadie acierta antes de errar
Y aunque la fama se juega
El que por gusto navega
No debe temerle al mar.

Voy hacerle mis preguntas
Ya que tanto me convida—
Y vencerá en la partida
Si una explicación me dá,—
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidá—

Suya será la victoria

Si es que sabe contestar—
Se lo debo declarar
Con claridá, no se asombre,
Pues hasta aura ningun hombre
Me lo ha sabido explicar.—

Quiero saber y lo inoro
Pues en mis libros no está,
Y su repuesta vendrá
Á servirme de gobierno—
Para qué fin el Eterno
Ha criado la cantidá.

MARTÍN FIERRO

Moreno te dejás cair
Como carancho en su nido;
Ya veo que sos prevenido
Mas también estoy dispuesto—
Veremos si te contesto
Y si te dás por vencido.

Uno es el sol—uno el mundo,
Sóla y única es la luna—
Ansi han de saber que Dios
No crió cantidá ninguna.

El sér de todos los séres
Sólo formó la unidá—
Lo demás lo ha criado el hombre
Después que aprendió á contar.

EL MORENO

Veremos si á otra pregunta
Dá una respuesta cumplida—
El sér que ha criado la vida
Lo ha de tener en su archivo—
Mas yo inoro que motivo
Tuvo al formar la medida—

MARTIN FIERRO

Escucha con atención
Lo que en mi inorancia arguyo:
La medida lo inventó
El hombre para bien suyo.—
Y la razón no te asombre
Pues es facil presumir—
Dios no tenía que medir
Sinó la vida del hombre.

EL MORENO

Sinó falla su saber
Por vencedor lo confieso—
Debe aprender todo eso
Quien á cantar se dedique—
Y aura quiero que me esplique
Lo que significa el peso.

MARTIN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra,
Y mandó que todo peso
Cayera siempre á la tierra—
Y sigun compriendo yo,
Dende que hay bienes y males,
Fué el peso para pesar
Las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde á esta pregunta
Tengase por vencedor—
Doy la derecha al mejor—

Y respóndeme al momento,—
¿Cuándo formó Dios al tiempo
Y porqué lo dividió?

MARTÍN FIERRO

Moreno, voy á decir,
Sigun mi saber alcanza—
El tiempo solo es tardanza
De lo que está por venir,—
No tuvo nunca principio
Ni tampoco tendrá fin.

Porque el tiempo es una rueda,
Y rueda es eternidá,—
Y si el hombre lo divide
Solo lo hace en mi sentir—
Por saber lo que ha vivido
Ó le resta de vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
Mas no gana quien despunta,
Si tenés otra pregunta
Siempre estoy á tu mandao.—
Ó de algo te has olvidao
Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
Ni tampoco por jatancia,
Mas no ha de faltar costancia
Cuando es preciso luchar—
Y te convido á cantar
Sobre cosas de la Estancia.

Cuanto tu saber encierre—
Y sin que tu lengua yerre,
Me has de decir lo que empriende
El que del tiempo depende,
En los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar—
Y aunque me pueda doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy á ninguna parte
Á dejarme machetiar.

He declarao que en leturas
Soy redondo como la jota—
No averguenze mi redota
Pues con claridá le digo
No me gusta que conmigo
Naides juegue á la pelota.

Es buena ley que el más lerdo
Debe perder la carrera
Ansí le pasa á cualquiera
Cuando en copetencia se halla,
Un cantor de media talla
Con otro de talla entera.

No han visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido
Dando güeltas afliiido
Sin saber donde rumbiar,
Ansi le suele pasar
Á un pobre cantor vencido.

También los árboles crugen
Si el ventarron los azota—
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste—

En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
Pongo de testigo al cielo,
Para decir sin recelo
Que si mi pecho se inflama,
No cantaré por la fama
Sinó por buscar consuelo.

Vive ya desesperado
Quien no tiene que esperar—
A lo que no ha de durar
Ningun cariño se cobre—
Alegrías en un pobre
Son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva;
Aunque consuelo reciba
Jamás he de alzar el vuelo.
Quien no nace para el cielo
De balde es que mire arriba!

....
....
....
....

CONSEJOS DE MARTIN FIERRO Á SUS HIJOS

....
....
....
....

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada;
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él—
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

....
....
....
....

El trabajar es la ley
Porque es preciso alquirir—
No se expongan á sufrir
Una triste situación—
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria en su afán
De perseguir de mil modos—
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

....
....
....
....

Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente—
Y téngalo bien presente,
Si al compararla no yerro—
La ocasión es como el fierro:
Se ha de machacar caliente.

....
....
....
....

JOSÉ HERNANDEZ.

1872. (argentino.)

LA GUITARRA

Al Dr. Alberto Palomeque.

En el arte musical
Ningún instrumento alcanza
Las vibraciones que lanza
La guitarra nacional;
Rompe en notas de cristal
Que estremecen el oído,
Y con tan dulce sonido
Canta frases de pasión,
Que repiten su tañido
Las fibras del corazón.

Simboliza en paz y en guerra
Con sus rítmicos primores,
Los placeres, los dolores,
Y las glorias de mi tierra;
Todo en su canto se encierra,
Todo en su arrullo palpita,
Desde la estrofa bendita
Del himno libertador,
Hasta el beso de la cita
Bajo el algarrobo en flor.

Ya se cimbra lastimero
Su acorde, triste y sin fín,
Como el tallo del jazmín
En las puestas de febrero;
Ya es arroyo que ligero
Entre guijas corre y salta,
Con su encaje las esmalta
Y enseña música al nido
En la palmera más alta
Por dos zorzales tejido.

Ya resuena su canción
Suspirante y sin aliño,
Como copla de cariño
Lanzada en el pericón;
Ya precipita su són
En rapidísima escala
Que serpenteando resbala
Con hechizo singular,
Lo mismo que la luz mala
En el ombú secular.

¡Con cuánta ternura suena,
Si llora amantes enojos,
Bajo el brillo de los ojos
De una linda faz morena;
Y cómo, de orgullo llena,
Si en nuestra historia se inspira,
Tiene arrebatos de lira
Y arranques de himno triunfal,
Que en brusco crescendo gira
Por las cuerdas de metal!

¡Con qué audaees vibraciones
Su cinta de arpejios lanza,
Cuando al compás de la danza

Se mueven los corazones;
Y qué tristes sus canciones
Le parecen al oído,
Cuando el ave vuelve al nido
Arrullada por la nota
Que como un rezo perdido
Sobre nuestros campos flota!

¡Y qué no acierta á decir,
Bajo el nocturno crespón,
Á las plantas del balcón
Que no se quiere entreabrir!
¡Malhaya la que al sentir
De sus caricias la queja,
Blancos cendales no deja
Para escuchar con afán
Lo que suspira en su reja
La guitarra de un galán!

No hay en el mundo armonía
Que yo á la suya prefiera;
Nadie cambia de bandera
Y la guitarra es la mía;
Si amorosa desvaría
Es calandria entre romero,
Y si reta al extranjero
Tiene su rudo lenguaje,
Del charrúa y del matrero
La independencia salvaje!

¡Cuenten otros los primores
De la música italiana
Y la armonía alemana
De wagnerianos rumores;
Yo nacido entre las flores
Del Uruguay placentero,
Amo las cuerdas de acero
Que me enseñan á cantar
Y en que hace nido el boyero
De la musa popular!

¡Ninguna pinta mejor
Las costumbres de mi tierra,
Las hazañas de la guerra
Y los lances del amor;
Cuando su dulce rumor
Se alza rítmico y sereno,
Surge el semblante moreno
De la mujer anhelada
Reclinando en nuestro seno
La cabecita adorada!

¡Y si peligra el altar
De las grandes afecciones,
Si el himno de los cañones
Truena en barranca y palmar,
Su patriótico cantar,
Con denuedo y sin desmayo,
Nos recuerda el limpio rayo,
El sol que brilla fecundo
En las banderas de Mayo,
Libertadoras de un mundo!

¡Voz de las cuerdas de acero
Que en mi corazón resbalas,
Como el roce de unas alas
En los juncos del estero,
Sólo pido y sólo quiero,

Para endulzar mi agonía,
Que cuando la parca fría
Llegue á mi lecho mortal,
Me circunde de armonía
La guitarra nacional!

CÁRLOS ROXLO.

1893. (uruguayo.)

LA INUNDACIÓN

I

Es Juan Ortiz un dómine de aldea,
Más sabio que Temiscio y el Tostado,
En cuyos dulces ojos centellea
Del pensamiento el resplandor sagrado.
Comprende á Milton é interpreta á Dante;
La Santa Biblia con empeño anota;
Descifra la inscripción, ya vergonzante,
Que ostenta el dorso de la estatua rota,
Y burlando del tiempo la arrogancia,
La completa, traduce y examina,
Fuerte, como Duyny, por su constancia.

Dice, como Bartrina,
Que la sangre arterial es la que enciende
La del noble rubor, llama divina,
Y hábil adepto de una ciencia triste,
Que incansable defiende,
Cree, como Buchner, que el cerebro piensa
Y que el alma no existe,
Como Epicuro, en su locura inmensa.
Mas no miente mi labio,
Si afirma justiciero
Que dómine es tan bueno como sabio;
Pues, si con mi héroe se compara, infiero

Que no hizo San Martín una gran cosa,
Por cuanto Juan Ortiz, á un pordiosero,
Dió una noche invernal, fría y lluviosa,
Su capa, que era grande, por entero.

II

El cura del lugar, que es un bendito,
Siente, por aquel sabio irreprochable,
El miedo que nos causa lo infinito
Y el horror que despierta lo insondable.
Es el cura un anciano
Que toma al bendecir un aire augusto,
De luminosa faz, de color sano,
Apacible, sencillo, alegre y justo;
Amante de los niños y las flores,
Que pagan sus amores,
Las segundas mandándole su esencia
En las candentes alas de la brisa,
Y los niños buscando su presencia
Para libar la miel de su sonrisa.

Sabe poco latín; sus oraciones
Siempre hablan de humildad y de indulgencia;
Con parábolas forma sus sermones,
Y tierno y bondadoso,
Citándole el ejemplo de la hormiga,
Transforma en diligente al perezoso
Y levanta al rendido de fatiga.

III

Está el pueblo situado junto á un río
Que indómito y bravío,
Cuando llegan las lluvias otoñales,
Muje, se hincha y parece que desea
Cubrir con el cendal de sus caudales

Los huertos y las casas de la aldea;
En la cual, á la hambrienta sepultura,
Se aproximan el dómine y el cura
Sin ambición y libres de pesares,
Zahumados con esencia del tomillo
Y el aroma que exhalan los azahares,
Viendo en las eras solazarse al grillo
Y al tordo devastar los olivares.

Así, léjos de todos y de todo,
Viven y se divierten á su modo:
El buen cura medita su breviario,
Llorando, con sus lágrimas más bellas,
La sangre derramada en el Calvario;
Y el maestro, en la fiebre que le inflama,
En soles transformando á las estrellas,
Estrella al sol, que nos alumbra, llama.

IV

Está la noche como el hielo fría;
La lluvia torrencial, de todo el día,
El suelo trueca en barro cenagoso;
Y desbocado se adelanta el río,
Fuera de cauce, turbio y espumoso.
Arrancando las siembras del plantío.

La vega y la barranca
Convertidas se ven en hondo lago,
Cuya corriente bullidora arranca
Troncos y muros con salvaje estrago.
No hay ya puentes, trampales, ni caminos;
Sanguinoso el mastín, junto al cordero,
Naufraga en los traidores remolinos;
Y flotan con las ramas de los pinos,
Las trizas de las cercas del otero.

La incontenible riada
Va socavando viñas y olivares,
Y por las torrenteras despeñada,
Del campestre lugar llega á la entrada
Circundando sus rústicos hogares.

Por las endebles tapias detenida,
La onda voraz, rujiendo, forcejea,
Las arranca con brusca arremetida
Y huye con los despojos de la aldea.

Sobre el valle, sombrío y funerario,
Todo es desolación y abatimiento;
Hasta la bronca voz del campanario
Cantar parece, con medroso acento,
El *lamma sabachthani* del Calvario!

V

Cortando el agua con tanjente quilla.
Avanza, por el río, una barquilla,
En cuya esbelta proa
Una luz celestial, consoladora,
Intermitente brilla.
La frágil barca vuela,
Dejando tras de sí rastro de estela
Que absorbe pronto la glacial negrura,
Y en ella van el dómine y el cura,
Los sectarios del templo y de la escuela.

VI

Cada vez que del bote á la indecisa
Claridad apagada,
Sobre el agua espumosa se divisa
Algo de horrible, que entre sangre nada,
El dómine y el cura, á un tiempo mismo,

Murmuran con acento lastimero,
Apartando la vista del abismo,
El *¡beati qui quiescunt!* de Lutero.

Durante toda la velada aquella,
Ni una palabra entre los dos cambiaron,
En tono de amistad ó de querella;
Mas en un punto sus ojos se encontraron
Y yo no sé qué cosas se dirían,
Que cuando nuevamente se miraron,
Los ojos de los dos resplandecían.

Y una vez, en que el cura,
Por mirar al abismo, poco diestro,
Casi se hunde del río en la negrura.
Con un cierto abandono de ternura
Se apoyó en las espaldas del maestro.

VII

El indómito oleaje balancea
Una cuna, que corre y sobrenada
Y en la que llora un niño abandonado,
Bendición y tesoro de la aldea,
Insecto en su celdilla arrebatado,
Por la furia de un río,
Ante los ojos de la madre amada
Que exclamó con dolor: ¡Pobre ángel mío!

La noche, con sus velos,
Cubre la media desnudez de aurora
De aquel querube, que dejó los cielos
Por una causa que mi musa ignora.
Y el pequeñuelo llora
De hambre, de frío, y la neblina espesa,
Extendiendo los pliegues de su manto,

Yo no sé si le azota ó si le besa.
Lo cierto es que su llanto
Prueba que hay en la cuna, sostenida
Por extraño poder sobre las olas,
Un sér que apenas despertó á la vida
Se encuentra ya con la desgracia á solas.

VIII

Calla el niño; la rápida corrriente
Se precipita más; en su murmullo
Hay vagas notas de plegaria ardiente
Y cadencias dulcísimas de arrullo.

¿Lleva al puerto la cuna, vuelta nave
Y por las recias olas empujada
Al dormido querub?...¡Talvez!...¡Quién sabe!
Las palmeras del linde del desierto
Acaso mira ya!... La muerte odiada
Yo sé que mucho se parece al puerto!...

Pero nó; la espumosa
Superficie del río, una barquilla
Viene cortando terca y animosa
Con los pausados choques de su quilla.
Ya está cerca, ya avanza
Hacia la frágil cuna, como alado
Mensaje de esperanza,
Ya se escucha el cansado
Golpe del remo castigando al río,
Que se agita encrespado,
Muje rujiente, y con furor combate,
Como corcel bravío
Que siente en el ijar el acicate.

¿Si pasarán sin ver al pequeñuelo?...
¡La lumbre de la barca no atraviesa

El funerario velo
De la neblina espesa!...
¡La barquilla se aparta de la cuna!...
Ah! rasgando el sudario de la noche,
La blanca muerta sideral, la luna,
Abre su inmenso y luminoso broche!...

El niño se salvó; suena un vagido;
Hasta el nuevo Moisés el bote llega,
Y en el timón, el cura enternecido,
Enjuga el llanto que sus ojos ciega!

XI

Nuevamente las nubes apiñadas
Condensan su flotante vestidura,
Y colora el relámpago la altura
Con rojizas y ténues llamaradas.

Redobla la neblina sollozante
Su densa oscuridad, arrecia el frío
Y del ciclón el hábito jigante
Juega con las espumas en el río.

Mudo é inerte el valle funerario
Ya no resiste al líquido elemento;
¡Sólo la bronca voz del campanario
Canta, en la sombra, con medroso acento
El *lamma sabachthani* del Calvario!

X

La barquilla, empujada
Por las olas, prosigue su camino
Ya en las líquidas crestas levantada,
Ya cayendo de pronto sepultada
En el surco traidor de un remolino.

Y la tímida luz consoladora,
Que combate, en la prora
Del bote, con la bruma embravecida,—
Intermitente y vaga,
Tiembla, humea, se apaga
Y segundos después vuelve á la vida.

Así la barca se desliza y flota
Ginete en el corcel del oleaje,
Mientras la niebla lúgubre la azota
Y la columpia el vendabal salvaje.

XI

Poco después la claridad siniestra
De un relámpago intenso,
Á pocas brazas de la barca muestra,
—Rasgando de la sombra el manto densó,—
Pétreo y minado muro
Que se pierde en lo oscuro,
Y en lo alto una mujer, la húmeda veste
Desgarrada en pedazos,
Y que cual bella aparición celeste
Tiende, hacia el bote, los desnudos brazos.

Al mirarla surjir como un ensueño,
—La madre!—el cura dijo
Levantando al pequeño;
Mientras con ronca voz y ansia infinita,
—¡Hijo del alma!... ¡hijo!...
¡Hijo de mi dolor!—la mujer grita.

Era la madre, sí. Cuando las olas
La cuna del pequeño arrebataron,
Se desmayó, y las aguas la llevaron
Hasta los piés del muro,

Donde más tarde despertóse á solas.
Convulsa é inconsciente,
Luchando por la vida
Á una piedra saliente
Un breve instante se mantuvo asida.
Palpó luego en lo oscuro
Y á las grietas se asió desesperada,
Dejando aquí un girón de su vestido
Y allá un trozo de piel ensangrentada;
¡Cada trecho subido
Era un vía crucis en la noche helada!

Á veces, desde lo alto, se derrumba
Alguna piedra, que silbando y viva,
Se hunde del río en la espumosa tumba;
¡Mejor! el hueco que en el muro deja,
Le servirá de apoyo!... ¡Arriba! ¡Arriba!...
¡Milagros de equilibrio; ni una queja!...
¡La noche por doquier!... ¡Frío en el alma;
Frío en los miembros que la niebla azula!...
¡Un relámpago y otro!... ¡El valle en calma!...
¡Rujiente el río que á su piés ondula!...
¡Ya está cerca!... ¡Un esfuerzo denodado
Y á lo alto llegará!... ¡Bruma traidora!...
¡Por fin el viejo muro está escalado!. .
La mujer se ha salvado
Y madre vuelve á ser. ¡La madre llora!

XII

Situado el muro está sobre eminencia
Desde la cual el valle se domina;
Pero de la corriente á la violencia
Ya el viejo muro á su pesar se inclina.

Al ver en situación tan espantosa

la madre infelice,
Con su eterna llaneza bondadosa:
—¡Es preciso salvarla! el cura dice.

Ya á la pared ruinosa más cercanos,
Quieren tender un cable á la cuitada:
¡Imposible!...¡sus plantas y sus manos
Desgarró la ascensión desesperada!...

En semejante apuro,
Arrojan una cuerda desde el bote,
Que un garfio logra sujetar el muro,
Y á trepar se prepara el sacerdote,
En todo trance de su Dios seguro,
Cuando rápido y diestro,
Con ánimo valiente y decidido,
Apartando al pastor, se alza el maestro
Y queda sobre el agua suspendido.

El indómito oleage forcejea,
Relámpago fugaz en lo alto brilla,
El muro se extremece y bambolea,
El vendabal arrastra la barquilla;
Una lágrima intensa de ternura
Á la pupila de la madre asoma,
Sobre la barca se prosterna el cura,
Y sintiendo que el muro se desploma,
—¡Pobre mujer!—el dómine murmura.

Después, el ángel de la niebla fría
Oye gritos de espanto y de agonía;
Forma el río sangriento remolino,
Concentrando su férvido oleaje,
Y prosigue la barca su camino,
Al ronco són del huracán salvaje!

Bajo su undoso y fúnebre sudario,
Queda el valle en profundo arrobamiento;
¡Ya ni la voz del rústico santuario
Canta en la sombra, con medroso acento,
El *lamma sabachthani* del Calvario!

CÁRLOS ROXLO.
(uruguayo.)

LA SIESTA

Á Manuel Bernárdez.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Bajo el sol de febrero todo se enerva;
La cigarra tan sólo canta en la yerba;
Á la sombra del monte yacen las reses;
Hay abejas dormidas sobre las mieses.
Ya el griterío
De las aves zancudas cesó en el río.

La lechuza en los cercos está parada;
Los chingolos ocultos en la enramada;
En los sauces sedientos de las riberas
Sus colores ovillan las gusaneras.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

———

Elaboran los flancos de las colinas,
Con flotantes vaporos, ténues cortinas;
El ganado destila rojos rubíes
Y se cubren de cerca los camuatíes.
Todo está en calma:
La torcaz en el nido y éste en la palma.

El ombú solitario de la cuchilla
Mueve apenas su extraña flor amarilla;
El plumón de los cardos seca el bochorno;
Es la tierra una fragua y el cielo un horno.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

———

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

———

Sólo el rancho que alegre de trovas llena
Una linda paisana de tez morena,
Sólo el hogar risueño, cercano al río,
No hace siesta en las tardes de rubio estío,
Que en su ventana
Un galán dice amores á la paisana.

Y á veces, cuando todo dormita y sueña,
El ombú de la loma, la flor isleña,

En mi patio las cinta de hiedra y parra,
Se percibe el rasgueo de una guitarra,
Cuyo canto solloza
De orgullo y gozo,
Si le dice la moza
—¡Te quiero!—al mozo.

——

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

CÁRLOS ROXLO.
(uruguayo.)

VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color, saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Qne ya nadie conserva en la memoria.
Y á veces á los hombres, cuando inquietos
Las miran y las palpan, con extrañas
Voces de agonizantes dicen, paso,
Casi al oído, alguna rara historia,
Que tiene oscuridad de telarañas,
Són de laúd y suavidad de raso.

Colores de anticuada miniatura
Hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;
Cincelado puñal; carta borrosa;
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo ennegrecida;

Histórico blasón, donde se pierde
La divisa latina, presuntuosa,
Medio brorada por el líquen verde;
Misales de las viejas sacristías;
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardáis de lo pasado los reflejos;
Arca en un tiempo de ducados llena;
Crucifijo que tanto moribundo
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdova; alacena
Que guardaba un tesoro peregrino
Y donde anida la polilla, sola;
Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espadín y gola;
Mayúsculas del viejo pergamino;
Batista tenue que á vainilla hueles;
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ricos brocateles;
Arpa olvidada que al sonar te quejas;
Barrotes que formáis un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas...
El vulgo os huye, el soñador os ama
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas.

El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas
Y nos lleva á lugares halagüeños
En épocas distintas y mejores;
Por eso á los poetas soñadores
Les son dulces, gratísimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas,
Las formas, los estilos, los colores,

Las sugestiones místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas.

José Asunción Silva.
(colombiano.)

GIGANTE DE PEDRA

Gigante orgulhoso, de fero semblante,
N' um leito de pedra lá jaz a dormir;
Em duro granito repousa o gigante
Que os raios sómente poderam fundir.

Dormido atalaia no serro empinado
Devera cuidoso, sanhudo velar;
O raio passando o deixou fulminado,
E a aurora que surge não ha de acordar.

Co'os braços no peito cruzados, nervosos,
Mais alto que as nuvens, os ceos á encarar,
Seu corpo se estende por montes fragosos
Seus pés sobranceiros se elevam do mar.

De lavas ardentes, seus membros fundidos
Avultan immensos: so Deus poderá
Rebelde lança-lo dos montes erguidos
Curvados ao peso que sobre elles stá.

E o ceo e as estrellas, e os astros fulgentes
São velas, são tochas, são vivos brandões,
E o branco sudario são nevoas algentes,
E o crepe que o cobre são negros bulcões.

Da noite que surge no manto fagueiro
Quiz Deus que se erguesse de junto á seus pés,

A cruz sempre viva do sul no cruzeiro
Deitada nos braços do eterno Moysés.

Perfumam-no odores que as flores exhalam,
Bafejam-no carmes, d' um hymno d' amor,
Dos homens, dos brutos, das nuvens que estalam,
Dos ventos que rugem do mar en furor.

E lá na montanha, deitado, dormido,
Campeia o gigante — nem pode acordar!
Cruzados os braços de ferro fundido
A fronte nas nuvens, os pés sobre ó mar!

Gonçalves Dias.
(brasilero.)

A ENCHETE

Era alta noite. Caudaloso e tredo
Entre barrancos espumava o rio,
Densos negrumes pelo céu rolavam,
Rugia o vento no palmár sombrio!...
Triste, abatido pelas aguas turvas,
Gyrava o barco no caudal corrente,
Luctava o remador e ao lado d'elle
Uma virgem dizia tristemente:

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

E são jovens, bem jovens! na cabana
Dormiam calmos sem pensar na sorte,
A enchente veiu, o no agitar infrene
De um somno meigo os conduziu á morte

A f'licidade é um sonho nebuloso...
A vida n'este mundo é sempre assim,
Do goso em meio a veladora eterna
Nos arranca de mesa do festim.

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

—Rema, rema, barqueiro; olha lá em baixo,
A' luz vermelha do fuzil que passa,
Não vês o vulto de um rochedo escuro
Que o correnteza estrepitante abraça?
—Oh si o vejo, senhora; eu bem o vejo!
Diz o barqueiro com sinistra voz;
Pedi á Virgem, que os perigos vela,
Que 'tenha ao menos compaixão de nós!

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

Eis d'entre as vagas de caligem densa
Vem macilenta se mostrando a lua;
Como á luz d'ella a natureza é morta,
Como a planicie é devastada e núa!
Perto, tão perto se levanta a margem
Onde fagueira a salvação sorri,
E nós rolamos, e rolamos sempre,
E não podemos aportar alli!

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

Duro, insoffrido, o vendaval se ergue
Da onda a face em convulsão febril:
—Barqueiro, alento! que, em chegando á terra,
Hei de cobrir-te de riquezas mil.

Porém no dorso do dragão das aguas
Luctava o barco, mas luctava en vão...
E a pobre moça desvairada, em prantos,
Pedia á Virgem que lhe désse a mão!

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

—Ouve, barqueira, que rugido é esse
Profundo e surdo que lá em baixo sôa?
Parece o ronco de um trovão medonho
Que dos abysmos pelo seio echôa!
Oh! 'stou perdido!... abandonando os remos,
Clama o infeliz a delirar de medo,
Oh! é a morte que nos chama, horrivel,
No fundo escuro de feral rochedo!

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

Ia o batel. Ao sorvedouro inmenso
Era impossivel se esquivar então
Dentro sentado o remador chorava,
E a donzella dizia uma oracão.
Já diante d'elles entre véus de espuma
Inda á voragem com furor rugia,
E uma columna de ligeira fumo
Do centro escuro para océu subia.

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

Subito o barco volteou rangendo,
Tremeu em ancias, se estorceu, recuou;
Deu a vírgem um grito, outro o barqueiro,
E o lenho na voragem se afundou!

Tudo findou-se. O vendaval sibila,
Correndo infrene na planicie núa,
O rio espuma e nas revoltas ondas
Descem dois corpos ao clarão da lua.

Como ao rijo soprar das ventanias
Os mortos boiam sobre as aguas frias!

FAGUNDES VARELLA.
(brasilero.)

A QUEIMADA

Meu pobre perdigueiro! Vem commigo,
Vamos a sós, meu corajoso amigo,
Pelos ermos vagar?
Vamos lá dos geraes que o vento açoita
Dos verdes capinaes n'agreste moita
A perdiz levantar!...

Mas não!...Pousa a cabeça em meus joelhos...
Aqui, meu cão!... Já de listrões vermelhos
O céu se illuminou.
Eis subito, da barra do occidente,
Doido, rubro, veloz, incandescente,
O incendio que acordou!

A floresta rugindo as comas curva...
As azas foscas o gavião recurva,
Espantado a gritar.
O estampido estupendo das queimadas
Se enrola de quebradas em quebradas
Galopando no ar.

E a chamma lavra qual giboia informe;
Que, no espaço vibrando a cauda enorme
Ferra os dentes no chão...
Nas rubras roscas estortega as mattas...
Que espadanam o sangue das cascatas
Do roto coração!...

O incendio—leão ruivo, ensanguentado,
A juba, a crina atira desgrenhado
Aos pampeiros dos céus!...
Travou-se o pugilato... e o cedro tomba...
Queimado, retorcendo na hecatomba
Os braços para Deus.

A queimada! A queimada é uma fornalha!
A hirara pula; o cascavel chocalha...
Raiva, espuma o tapir.
E ás vezes sobre o cume de um rochedo
A corça e o tigre—naufragos do medo—
Vão tremulos se unir!

Então passa-se ali um drama augusto...
No ultimo ramo de páu d'arco adusto
O jaguar se abrigou...
Mas rubro é o céu...Recresce o fogo em mares
E após tombam as selvas seculares...
E tudo se acabou!...

Castro Alves.
(brasilero.)

HEBREA

Pomba d'esp'rança sobre um mar d'escolhos!
Lyrio do valle oriental, brilhante!

Estrella vesper do pastor errante!
Ramo de murta a rescender cheirosa!...

Tu és, ó filha de Israel formosa...
Tu és, ó linda, seductora Hebréa...
Pallida rosa da infeliz Judéa
Sem ter o orvalho que do céu deriva!

Por que descóras quando a tarde esquiva
Mira-te triste sobre o azul das vagas?
Serão saudades das infindas plagas,
Onde a oliveira no Jordão se inclina?

Sonhas acaso, quando o sol declina,
A terra santa do horisonte immenso?
E as caravanas no deserto extenso?
E os pegureiros da palmeira á sombra?...

Sim, fôra bello na revolsa alfombra,
Junto da fonte onde Rachel gemera,
Viver comtigo qual Jacob vivera,
Guiando escravo teu feliz rebanho...

Depois nas aguas do cheiroso banho
—Como Suzana a estremecer de frio—
Fitar-te, ó flor do babylonio rio,
Fitar-te a medo no salgueiro oculto...

Vem pois!...Comtigo no deserto inculto
Fugindo ás iras de Saul embora,
David eu fôra,—se Michol tu fôras,
Vibrando na arpa do propheta o canto...

Não vês?...Do seio me gotteja o pranto
Qual da torrente do Cedron deserto!...
Como luctara o patriarcha incerto
Luctei, meu anjo, mas cahi vencido.

Eu sou o Lothus para o chão pendido
Vem ser o orvalho oriental, brilhante!...
Ai! guia o passo ao viajor perdido,
Estrella vesper do pastor errante!...

Castro Alves.
1866. (brasilero.)

A TERRA NATAL

Adeus!... Vou procurar talvez um tumulo
Longe do teu regaço.
Nunca me foste mãi, mas sou teu filho,
Cóncede-me um abraço.

Abençôa-me!—Parto: dá-me benção!
Que ao filho desgraçado,
Mesmo o ser infeliz dá mais direitos
A ser abençoado.

E's rica, eu nada tenho: mas ao nada
Me soube acostumar;
Dispenso os teus thesouros, mas a bencão
Não posso dispensar;

Adoro-a, quero-a, sim; porque custo-me
Asperrimo desgosto,
Torturas inauditas, conservar-lhe
Sem manchas este rosto.

Quero de filial doce ventura
Encher meu coração,
Revendo n'ella, filho abençoado,
A minha filiação.

Nunca me foste mãi, pelos carinhos;
Ao menos um signal
Dá-me, dá-me de mãi, que sou teu filho,
Na benção maternal.

Adeus!...Perdôa se me queixo; as queixas
Que exhalo em minha dôr
Offender-te não devem, que são filhas
De meu ardente amor.

Esses braços ao filho que se aparta
Estende por quem és,
Que o filho por teus braços abraçado
Abraçará teus pés!...

LAURINDO RABELLO.
(brasilero.)

A ORPHÃ NA COSTURA

Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita
Era todo o meu amor.
Seu cabello era tão louro,
Que nem uma fita de ouro
Tinha tamanho esplendor.

Suas madeixas luzidas
Lhe cahiam tão compridas
Que vinham-lhe os pés beijar;
Quando ouvia as minhas queixas,
Em suas aureas madeixas
Ella vinha-me embrulhar.

Tambem quando todo fria
A minha alma estremecia,
Quando ausente estava o sol,
Os seus cabellos compridos,
Como fios aquecidos,
Serviam-me de lençol.

Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita
Era todo o meu amor.
Seus olhos eram suaves,
Como o gorgeio das aves
Sobre a choça do pastor.

Minha mãe era mui bella,

Eu me lembro tanto d'ella,
De tudo quanto era seu!
Tenho em meu peito guardadas
Suas palavras sagradas
Co'os risos que ella me deu.

Os meus passos vacillantes
Foram por largos instantes
Ensinados pelos seus.
Os meus labios, mudos, quedos,
Abertos pelos seus dedos,
Pronunciaram-me:—Deus!—

Mais tarde—quando acordava,
Quando a aurora despontava,
Erguia-me sua mão.
Falando pela voz d'ella,
Eu repetia, singela,
Uma formosa oração.

Minha mãe era mui bella,
—Eu me lembro tanto d'ella,
De tudo quanto era seu!
Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita,
Era tudo e tudo meu.

Estes pontos que eu imprimo,
Estas quadrinhas que eu rimo,
Foi ella que me ensinou,
As vozes que eu pronuncio
Os contos que eu balbucio,
Foi ella que m'os formou.

Minha mãe!—diz-me esta vida,
Diz-me tambem esta lida,
Este retroz, está lã:
Minha mãe!—diz-me este canto;
Minha mãe—diz-me este pranto;
Tudo me diz:—Minha mãe!—

Minha mãe era mui bella,
—Eu me lembro tanto d'ella,
E tudo quanto era seu!
Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita,
Era tudo e tudo meu.

JUNQUEIRA FREIRE.
(brasilero.)

PROFISSÃO DE FÉ

Le poete est eiseleur,
Le oiseleur est poete.
VICTOR HUGO.

Não quero o Zeus Capitolino
Herculeo e bello
Talar no marmore divino

Como o camartello.

Que outro—não eu!—a pedra córte
Para, brutal,
Erguer de Athene o altivo poste
Descommunal.

Mais que esse vulto extraordinario,
Que asombra a vista,
Seduz-me um leve relicario
De fino artista.

Invejo o ourives quando escrevo:
Imito o amor
Com que elle, em ouro, e alto relevo
Faz de uma flôr.

Imito-o. E pois, nem de Carrára
A pedra firo:
O alvo crystal, a pedra rára,
O onyx prefiro.

Por isso, corre, por servir-me,
Sobre o papel
A penna, como em prata firme
Corre o cinzel.

Corre; desenha, enfeita a imagem,
A idéa veste;
Cinge-lhe ao corpo a ampla roupagem
Azul-celeste.

Torce, aprimora alteia, lima
A phrase; e, emflm,
No verso de ouro engasta a rima,
Como um rubim.

Quero que a estrophe crystallina,
Dobrada ao geito
Do ourives, saia da officina
Sem em defeito:

E que o lavor do verso, acaso,
Por tão subtil,
Possa o lavor lembrar de um vaso
De Becerril.

E horas sem conto, passo mudo,
O olhar attento,
A trabalhar, longe de tudo
O pensamento.

Porque o escrever—tanta pericia,
Tanta requer.
Que officio tal... nem ha noticia
De outro qualquer.

Assim procedo. Minha penna
Segue esta norma,
Por te servir, Deusa serena,
Serena Fórma!

Deusa! A onda vil, que se avoluma
De um torvo mar,
Deixa-a crescer, e o lodo e a espuma
Deixa-a rolar!

Blasphemo, em grito surdo e horrendo
Impeto, o bando
Venha dos Barbaros crescendo,
Vociferando...

Deixa-o: que venha e uivando passe

—Bando feroz!
Não se te mude a côr da face
E o som da voz!

Olha-os sómente, armada e prompta,
Radiante e bella:
E, ao braço o escudo, a raiva affronta
D'essa procella!

Este que á frente vem, é o todo
Possue minaz
De um Vandalo ou de um Wisigodo
Cruel e audaz;

Este, que, d'entre os mais, o vulto
Ferrenho alteia,
E, em jacto, expelle o amargo insulto
Que te enlameia:

E' em vão que as forças cança, e á lucta
Se atira: é em vão
Que brande no ar a maça bruta
A bruta mão.

Não morrerá, Deusa sublime!
Do throno egregio
Assistirás intacta ao crime
Do sacrilegio.

E se morreres porventura,
Possa eu morrer
Comtigo, e a mesma noite escura
Nos envolver!

Ah! ver por terra, profanada,
A aza partida,

E a Arte inmortal aos pés calcada,
Prostituida!...

Ver derribar do eterno solio
O Bello, e o som
Ouvir da queda do Acropolio,
De Parthenon!...

Sem sacerdotes, a Crença morta
Sentir, e o susto
Ver, e o exterminio, enrrando a porta
Do templo augusto!...

Ver esta lingua, que cultivo,
Sem ouropeis,
Mirrada ao halito nocivo
Dos infieis!...

Não! Morra tudo o que me é caro
Fique eu sosinho!
Que não encontre um só amparo
Em meu cantinho!

Que a minha dor nem a um amigo
Inspire dó...
Mas ¡ah! que eu fique só comtigo
Comtigo só!

Vive! que eu viverei, servindo
Teu culto, e, obscuro,
Tuas custodias esculpindo
No ouro mais puro.

Celebrarei o teu officio
No altar; porém,
Se inda e pequeno o sacrificio,

Morra eu tambem!

Cáia eu tambem, sem esperança,
Porém tranquillo,
Inda, ao sahir, vibrando a lança,
Em prol do Estylo!

OLAVO BILAC.
(brasilero.)

1886.

A ONDINA

Rente ao mar que soluça e lambe a praia, a Ondina,
Solto, ás brisas da noite, o aureo cabello, núa,
Pela praia passeia. A opalica neblina
Tem reflexos de prata á refração da lua.

Uma velha goleta encalhada, a bolina
Rôta, pompeia no ar a vela, que fluctua
E, de onda em onda, o mar, soluçando em surdina,
Empola-se espumante, á praia vem, recúa...

E, surdindo da treva, um monstruo auricrinito,
Toma-lhe a frente, avança embargondo lhe o passo...
Ella tenta fugir, suffoca o choro, o grito...

Mas o mar, que, espreitando-a as ondas avoluma,
Roja-se aos pés da Ondina e esconde-a no regaço,
Envolvendo-lhe o corpo em turbilhões de espuma.

FRANCISCA JULIA DA SILVA.
(brasilera.)

A MORTE DO AVÔ

A Valentin Magalhaes.

Finou-se no começo da ventura
Que lhe sorria no primeiro neto,
O seu Tim-tim, alma celeste e pura.

Ai! que não ha nenhum pracer completo,
E nem ha goso que não seja um dia
De uma amargura subita repleto!

Quando o afagava, quando lhe sorria
Parece que o seu rostro illuminava
O clarão de um olympica alegria.

Todo o seu busto rigido vergava
Para beijar o filho do seu filho,
Que tão profundamente idolatrava.

Via-o da vida pelo immenso trilho,
E nem sonhava que talvez pudesse
A Dor cravar-lhe o rabido colmilho.

O seu bondoso coração, parece
Que pelo neto trefego e ruidoso
Aos ceus erguia sempre intima prece.

«E' lindo como um cravo!», radioso
Disse-me um dia, como se previsse
Já ser aquelle o derradeiro goso.

E não sei que ternnra e que meiguice
Na sua voz havia n'esse instante,

Que pareceu ser musica o que disse!

E a sua falla, grave e bemsoante,
Toda mellifluamente concertada
Para fallar ao tenro e branco infante,

Parecia planger uma ballada,
Um canto estranho, uma aria maviosa,
De infinita doçura repassada.

E nos seus bellos sonhos cor de rosa
Já o via crescido e adolescente
Seguir da vida a estrada luminosa.

Via–o depois luctar, nobre e valente,
Nas eternas conquistas da Justiça
Cheio de fogo, sobranceiramente;

Via-o surgir intrépido na liça,
Ateando o pharol da Liberdade
E do Direito a alampada mortiça.

E então volvia, cheio de saudade,
O olhar ao tempo em que elle, inda creança,
Dava os vagidos de primeira edade...

E fugiu e voou tanta esperança!
Do seu netinho o luminoso espelho
Resta pedaços feito na lembrança!

Tu, que ainda tens o olhar fundo e vermelho,
Vem as tuas maguas suavisar commigo:
Para chocar a morte do bom velho

Eu tambem tenho lagrimas, amigo.

Filinto de Almeida.

1883. (brasilero.)

NOIVADO

Á J. M. de Andralle Figueira

I

Da egreja na extensa nave
Ledo o cortejo se extende:
—Em todo o rosto, suave,
Meiga alegria resplende.
Repica o sino. No espaço
Pendura a noite pingentes
Como faceiro atavio;
E as trévas soltam-se a passo
Tal como as franjas pendentes
D'um reposteiro sombrio.

Envolta em véos de noivado
A moça do noivo ao lado
Em scisma incerta revoa
Do regosijo ao temor;
E o moço, ao ver-lhe a corôa,
Que cinge á coma os negrumes
Quasi que sente ciumes
Dos aconchegos da flor.

II

Abrem os olhos os cirios;
Vóga a malicia nos ares;
A noiva deita uns olhares
Que põem o noivo em delirios.

O padre emfim se approxima
Latinas rezas murmura,
E, pondo a estóla por cima,
Nas suas as mãos segura
Do par ancioso e contricto:
—A da noiva prende o moço
E ella em doce alvoroço
Repete as phrases do rito.

Chega-se a turba ao altar
Para á porfia sondar
Do par ditoso o futuro:
Sómente n'um canto, occulto,
Fica de pé negro vulto...

III

—Ouve-se alguem soluçar!...

....

IV

Soam vivos cumprimentos;
O noivo, louco, fremente,
Póde abraçar finalmente
O sol dos seus pensamentos...

Folgae, creanças, folgae:
Quanta doirada promessa,
Cedo morta no passado,
No existir que hoje começa
Nascer-vos risonha vae!...
—A vida murcha depressa:
Gosai, pois, vosso noivado
Folgae, crianças, folgae!

V

E' tarde...Ha muito da festa
Na tréva o brilho afogou-se.
Só uma luz peregrina,
Que em zelos talvez se mova
Da janella pela fresta
Côa um luar calmo e doce...
Era a luz da lamparina
Dos desposados na alcova...

Dentro, na paz do descanço,
Havia um tenue rumor,
Que silvava manso...manso...
Como um segredo de amor
Mas, ai! n'essa hora encantada;
Na rua, sobre a calçada,
Alguem jazia de bruços...
E, inerte, como na egreja
O vulgo negro,—forceja
Para abafar uns soluços.

ALFONSO CELSO.
(brasilero.)

1878.

MISTICA

Como aerea visão, leve e formosa,
Que, só aos sonhos dos amantes desce,
Assim, ante os meus olhos apparece
A sua imagem doce e luminosa.

Fão pouco nos falamos que parece,
Quando lhe vejo a fórma vaporosa,
Que a vejo morta, e que ella vem, chorosa,
Pedir-me ainda á derradeira prece.

Olho-a cheio de magua e de carinho;
Beijo-a, e o meu beijo perde-se na altura,
Como un canoro passaro sem ninho.

E aos poucos, vejo-a muda, entre outras bellas
Subindo ao ceo com as azas da candura,
Coroada de un circulo de estrellas.

GUIMARAENS PASSOS.
(brasilero.)

A PEROLA

Oh! tu que habitas entre os invios mares,
Perola rara de nitente alvura,
Cópia divina de inmortal candura,
Densa oculta em maritimos altares;

Desprende-te dos nitidos collares,
Transforma-te em humana creatura,
E então, mulher, prodigio d'esculptura,
Com o teu amor afasta-me os pezares.

Sê tu o alento, o poderoso veio,
Que, penetrando a curva do meu seio,
Torne-me a vida ardente e venturosa.

E, mostrando-me as fórmas peregrinas,
Visão da noite, en sonhos cor de rosa,
Dá-me n'um beijo sensações divinas.

Baroneza de Mamanguape.
(brasilera.)

ANTIPHONA

O' Fórmas alvas, brancas, Fórmas claras
De luares, de neves, de neblinas!...
O' Fórmas vagas, fluidas, crystalinas...
Incensos dos thuribulos das aras...

Fórmas do Amor, constellarmente puras,
De Virgens e de Santas vaparosas...

Brilhos errantes, mádidas frescuras
E dolencias de lyrios e de rosas...

Indeffiniveis musicas suprêmas,
Harmonias da Côr e do Perfume...
Horas do Occaso, tremulas, extrêmas,
Requiem do Sol que a Dôr da Luz resume...

Visões, psalmos e canticos serenos,
Surdinas de orgãos flèbeis, soluçantes...
Dormencias de volupicos venenos
Subtis e suaves, mórbidos, radiantes...

Infinitos espíritos dispérsos,
Ineffaveis, edénicos, aéreos,
Fecundai o Mysterio destes versos
Com a chamma ideal de todos os mysterios.

Do Sonho as mais azues diaphaneidades
Que fúlgam, que na Estrophe se levantem
E as emoções, todas as castidades
Da alma do Verso, pelos versos cantem.

Que o póllen de ouro dos mais finos astros
Fecunde e inflamme a rima clara e ardente...
Que brilhe a correcção dos alabastros
Sonóramente, luminosamente.

Forças originaes, essencia, graça
De carnes de mulher, delicadezas...
Todo esse efluvio que por ondas passa
Do Ether nas roseas e aureas correntezãs...

Crystaes diluidos de clarões alacres,
Desejos, vibrações, ancias, alentos,
Fulvas victorias, triumphamentos acres,
Os mais estranhos estremecimentos...

Flôres negras de tédio, e flôres vagas
De amôres vãos, tantalicos, doentios...
Fundas vermelhidões de velhas chagas
Em sangue, abertas, escorrendo em rios...

Tudo! vivo e nervoso e quente e forte,
Nos turbilhões chimèricos do Sonho,
Passe, cantando, ante o perfil medonho
E o tropél cabalistico da Morte...

CRUZ E. SOUZA.
(brasilero.)

EL DRAMA DE ÁFRICA

Inunda el oeste con densa hemorrajia
El sol que en su seno recibe la mar
Cual vasto cadáver; respira perfumes,
El cálido alisio que toca en Ceilán.

Rielantes azogues esmaltan las olas,
La nube regada de sangre se va
Y el crudo celeste de un cielo de Arjelia
Sumerje las cumbres que mira Tetuán.

(Las cumbres que imitan velludos rebaños.)
En lecho de lotos reposa el caimán,
La pálida fiebre, la mustia Ictericia,
Se duerme abrazando su negro carcaj.

Blanquean las cales de torres lejanas,
Un vuelo de garzas se mira pasar,
La Esfinge, con fijo mirar pensativo,
Sonrie á los lejos del cielo oriental.

El Nilo prolonga su delta encantado
Bajo el sueño umbroso que agobia al palmar;
Rompe como un verso de larga eufonía,
La *gama* monótona del triste arenal.

Crinados leones despiertan; perciben
Con gula de sangre que aguja su afán,
Los trotes lijeros de esbeltas jirafas
Que erijen sus cuellos por sobre el juncal.

Qué tiene esa negra? (La negra está sola
Sentada en la orilla.) Medita talvez?
Medita. Fué un día de claros celestes,
De rojos flameantes y un mar como aquel:

Los fieros corsarios levaron las anclas,
Partió la balandra; pero ella no fué.
La cafre era hermosa como una pantera;
Tras rejas sonoras moró en un harem;

La amó un abisinio de biceps de bronce
Y faz aguileña—titán, más que rei—
Es de esos amores fruto el que llevaron,
Cuando la balandra sin ella se fué.

El Sol, en un baño de cálidos oros,
Matiza con vetas de bronce su piel,
Y afirma con toques de enérgica brocha,
La curva rimante de su desnudez.

Sus labios palpitan como versos crueles,
Sus ojos indagan, inquietos de ver,
Que la noche viene como inmensa música
Negra cobijando los reinos del bey
Y su alma dispierta como los leones
En duelo de lágrimas, de sangre y de hiel.

Arriba la noche. Las nubes que llegan
Anuncian á la onda su negra intención;
El árabe ceba su vieja espingarda,
Y arregla de almohada su blanco albornoz.

Despierta la tromba rompiendo los aires,
La Mar presintiendo la vasta succión,
Su tráfago de olas inquieta y el trueno
Redobla en la sombra su enorme tambor.

LEOPOLDO LUGONES.
1896. (argentino.)

HOMENAJE

(En los días del eminente publicista Sr. Agustín de Vedia)

Hay vidas empeñadas
En ser molde y ejemplo
De cien viejas virtudes olvidadas
Que flotan en el aire, como arpadas
Sinfonías del órgano de un templo!

Hay vidas como el sándalo; en aroma
Truccan el escozor de sus heridas!
Son cóndores con ansias de paloma!
Águilas regias cuyas limpias galas
Atraviesan las noches más tupidas
Y vuelven con un sol sobre las alas!

Esas vidas renacen; cada estío
Renueva su virtud, dobla su fuego,
Resucita su brío:
¡Son el ave inmortal del cuento griego!

Perpetúa su místico perfume
La admiración que inspiran,—noble hoguera
Que nunca se consume,
Cuyo calor intacto persevera,
Que más irradia cuanto más fulgura
Y llega al templo de la edad futura
Con su vibrante llamarada entera!

Son las lenguas llameantes
De la leyenda bíblica; la lumbre
Que guía á la cansada muchedumbre
Hacia las tierras de Juda distantes.
Esas vidas nos dicen con su vida,
—Síntesis de pureza ciudadana—
Lo que será la patria redimida,
En el Tabor de la virtud mañana.
Será feliz agrupación de hogares
Iguales á este hogar, libres de encono,
Donde alzarán las gracias sus cantares
Y la severa probidad su trono;
Donde el rey del hogar, rico en ventura,
Verá esponjarse, con altivo aliento,
De las hijas gallardas la hermosura,
De los hijos precoces el talento;
Donde tranquila la existencia pase:
Libre de torpe afán; libre de pompa,
Sin que la sed de la ambición la abrase
Ni el vaho de la envidia la corrompa!

José Joaquín, Mariano, (1)
El héroe de esta fiesta
Con su vida modesta,
Con sus virtudes de hombre y ciudadano,
Ha cruzado la arena del desierto
Llevando al númen del deber por guía,

Y ha levantado en Canaan un huerto
Que á todas las borrascas desafía!

Imitando su arrojo,
Vosotros que le amais, yo que le admiro
Busquemos, tras las olas del mar Rojo,
Un huerto que nos sirva de retiro!

¿Porqué temblais?...Cuando la noche helada
Pretenda que marchemos al acaso,
Nos servirá de antorcha en la jornada
El mismo númen que guió su paso.
Pediremos fulgores al decoro
Y haremos brotar chispas de la roca
Con su pluma viril, ¡flecha de oro
Que convierte en incendio lo que toca!

José Joaquín, Mariano,
De vuestro padre la existencia os dice
Como debe vivir el ciudadano:
Alma de oro y de hierro,
Como Orfeo buscando á su Euridice,
Fué tras la libertad hasta el destierro!
La dió la mejor sangre de sus venas
En la tribuna, de sofismas harta,
Con aticismos de la culta Atenas
Y con denuedos de la heroica Esparta!
Y de la prensa en el Horeb sin velos,
En lo más alto de la cumbre adusta,
Fué á grabar lo que hablando con los cielos
Dice en la noche la verdad augusta!

Ave feliz de rústica floresta
He dejado la paz de sus verdores
Para ofrecer al héroe de esta fiesta
Una canción soñada entre mis flores:

¡Que nunca el sol de vuestro hogar se apague,
Que brille siempre con fulgencia pura,
Y entre las sombras de la tierra vague
Como un lucero por la noche obscura!

CÁRLOS ROXLO.
(uruguayo.)

1892.

(1) Hijos del señor Agustín de Vedia.

EL BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla,
Con túnica blanca tejida de niebla
Se envuelve á lo lejos feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea;
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,

Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el cristo de mármol espira en la cruz:
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas,
Que quiere cantando correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la jóven hermosa,
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando y risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas de agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
¡Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hálito blanco nació la pureza,
Al ángel das alas, sudario al mortal!

¡Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú!

¡Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, oh madres, la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños, de amores ufano contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo,
Y oculto entre lirios abrirse un hogar,
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(mejicano.)

MARCHA TRIUNFAL

Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! ya se oyen los claros clarines
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas minervas y martes,
Los arcos triunfales, en donde las famas origen sus largas trompetas,
La gloria solemne de los estandartes,
Llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros;
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra;
Los cascos que hieren la tierra;—
Y los timbaleros
Que el paso acompasan
Con ritmos marciales:—
Tal pasan los fieros guerreros
Debajo los arcos triunfales!

*

Los claros clarines de pronto levantan sus sones,
Su canto sonoro,
Su cálido coro
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
Él dice las lucha; la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la Muerte que rige la Guerra.

*

Los áureos sonidos
Anuncian el ádvenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo!
Señala el abuelo los héroes al niño:—
(Ved cómo la barba del viejo
Los bucles de oro circunda de armiño.)

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores.
Y bajo los pórticos vénse sus rostros de rosa:
Y la más hermosa
Sonríe al más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
Honor al herido; y honor á los fieles

Soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
Clarines! Laureles!

*

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos;
Hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan;
—Á aquellas antiguas espadas,
Á aquellos ilustres aceros
Que encarnan las glorias pasadas;—
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas;
Al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del suelo materno;
Al que ha desafiado ceñido el arreo y el arma en la mano,
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha,
Y el odio y la muerte, por ser por la Patria inmortal,
Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan (la marcha
Triunfal!...

RUBÉN DARÍO.
Martin García (Rep. Arg.) Mayo, 1895. (centroamericano.)

CRISTIANAS

I

Aristarco feroz que acaricias
La labor de los otros, con garras,

De la propia manera que aquellas
Mujeres sin hijos, los hijos que amparan:
No te guardo ojeriza ninguna
Por el haz de laurel que me arrancas:
De la eterna belleza padeces
La horrible, infecunda preñez sobrehumana!

II

Vanidoso doncel que paseas
Con olímpico garbo, tus galas,
Como el pavo oriental su plumaje
De rico zafiro con flecos de gualda:
Yo doy paso cortés á tu enorme
Personilla hiperbólica y vana:
La visión de Alcibiades, en ella,
Brillando y rampante, contemplo que pasa!

III

Pretendiente sagaz que te doblas
Refugiando en el pecho la cara.
Cuando surgen del sacro recinto,
Los ojos que ofrecen al par que amenazan:
Hay un corte sútil en tus labios,—
De tu estirpe de dios, atalaya,
Que les haces reir, sin que rian,
De aquel que despojas echado á sus plantas!

IV

Clandestino malvado que vistes
Con virtudes sociales, tus lacras,
Como esconde su faz el abismo,
De luz temoroso, con flores y zarzas;
No pretendo rasgar la careta
Que tu vida nocturna me ataja:

Yo bendigo el instinto que cubre
Los públicos hombres de hipócritas gasas!

V

Iracundo varón que no alientas
Nada más que rencor y venganza,
Cuando, en pos de la injuria, te vuelves
Lo mismo que negra serpiente africana:
Yo descubro, á pesar del acceso
Que te impregna de hiel las entrañas,
Como un rayo fugaz de justicia
Rasgando los cielos profundo de tu alma!

VI

Obcecada matrona que buscas
Del mancebo gentil, las miradas,
Ó en la frígida noche le sueñas,
Decrépita Venus, mesando tus canas:
Sobre el rudo vaivén de las olas
De aquel lúbrico mar que te asalta,
Flota errante una célula excelsa
De madre que admira, de madre que aguarda!

VII

Maldiciente cruël que te places
Refiriendo torpezas extrañas;
Cuya lengua insidiosa circunda
Las vidas ajenas de ruin filigrana:
No me aparto de tí, como aquellos
Que no ven la belleza de nada:
Me descubro y admiro al artista
Que pinta con lodo y esculpe con daga!

VIII

Perezoso genial que reposas
Mientras tejen su red las arañas,

Á manera de islote flotante
Que impelen, y besan y azotan las aguas·
Por debajo de aquella morbosa
Laxitud exterior que te embarga,
El batán de la idea percibo,
Cerebro sin brazos, noción sin palabra!

IX

Protegido del fuerte, del sabio,
De cualquier caridad soberana,
Que repudias, y escupes, y muerdes
La mano refugio, la mano enseñanza:
Yace un dejo de honor en la misma
Miserable traición con que pagas:
Toda vida completa es un cóndor
Que hiende la cumbre si tiende las alas!

X

Mesalina glacial que abandonas
Al anónimo estéril, tus gracias,
Así como el agua de pública fuente
La sed de las turbas ignotas aplaca:
Tú palpitas, impúdica virgen
De un esposo ideal, pasionaria:
En la rápida vez que le logras
La madre Natura bendice tu falta!

XI

Furibundo, protervo sectario,—
De cualquier religión, entusiasta,—
Que por Dios, ó la ley, ó el derecho
Torturas y violas, derribas y talas:
Para tí, la bondad absoluta,
Puramente reside en tu causa:

Formidable espolón de abordaje
De cosas tan bellas, tan justas y mansas!

XII

Inspirado de Dios que desdoblas
De tu mente la púrpura sacra,
Para echarla, en el día oportuno,
Adonde la corte del César, aplauda:
Yo he bajado á tu propia conciencia;
Yo la he visto sombría y huraña,
Cada vez que tu genio traspuso
Las horcas caudinas del hambre y la fama!

XIII

Sacerdote de espíritu negro,
Como lo es, por vacía, la nada,
Que después de oficiar me bendices
Trazando en los aires la cruz sacrosanta:
Yo no sé qué poder te visita;
Pero salgo cubierto de gracia:
Miserable reptil que gobiernas,
Incrédulo y frío, la fé y la esperanza!

XIV

Taciturno tirano que niegas
El sentido comun de las masas,
Para uncirlas al carro, inconscientes,
Tal como á las mulas los ojos les tapan:
Resplandece, en mitad de tu pecho,
Circuïda de sombras y miasmas,
La cesárea pasión del apóstol
Que impone á los hombres su molde y su pauta!

XV

Coronado Iscariote que vendes
Á la patria enemiga, tu patria,

Como quien á su propio consorte,
De adúltero lecho, corriese las mantas:
Yo diviso, á lo largo del tiempo,
La visión de lo vil que desgarra
La envoltura de un mundo celeste,
Sin odios, ni muros, ni lenguas, ni razas!

XVI

No; no existe el vacío absoluto
Donde Dios derramó su palabra!
No; no cabe la noche completa
Allí donde gira la estrella de un alma!
Vive un juez prisionero en el hombre,
Que jamás prevarica, ni calla!
Hay un golpe de luz en el fondo
De aquellas más viles vilezas humanas!

Pedro B. Palacios *(Almafuerte).*
1894. (argentino.)

OFRENDA

Los balcones ojivales de un convento carmelita,
Perpetúan en sus marcos, cual prodigio de cristal,
La litúrgica vidriera que á un maestro mosaíta
Encargó un prior de Hipona por decreto rectoral.

Un infolio venerable, en romance franco anuncia
Que sus goznes y sus llaves, maravilla de cincel,
Fueron la obra legendaria de un orfebre de Maguncia
Que emigró al país de Hungría bajo el reino de Isabel.

Cuando el Sol gasta su aljaba en los ónices del coro,
Asemeja la vidriera zodiacal constelación,

Sumergida en el encanto de un crepúsculo de oro
Que realza sus matices de jacinto y corindón:

Bajo el beso de mil lirios—un floral beso de seda—
Ciñe el Niño Dios un nimbo de un reflejo aurisolar;
Sus pañales son de un lino tan hermoso, que remeda
El vellón de bella espuma que en las ancas tiene el Mar.

Y María—Oh alegría, oh ambrosía, oh melodía!
Más sagrada que los óleos de la unción del rey Saúl,
En su manto azul, glaciado de menuda pedrería,
Está envuelta como el sueño de un astro en un lago azul.

José vela en los portales con su vara de azucenas
Y su manto de gran púrpura como un viejo emperador;
Á sus pies estan ardiendo suaves mirras agarenas
En brasero que es la boca de un dorado aligator.

Suaves mirras que extrajeron de un jardín de mil corolas,
Los tres magos orientales cuya pompa es toda real:
Bajo un cedro de oro fino resplandecen sus estolas
Y sus mitras eminentes de un prestigio arzobispal.

Respirando un vapor de oro por sus túmidas narices,
Descendió el Toro celeste que preside al sol de Abril;
Lleva atados en sus cuernos por guirnalda cuatro lises,
Y la estrellas Sahil luce enclavada en su perfil.

Y la mística Paloma, en un claro azul distinta,
Lleva en el pico una cinta de grana como pendón;
Santa Dei Genitrix dice en la grana de la cinta,
Decorada como el regio pectoral de Salomón.

Sobre el rústico pesebre, de las altas glorias llega,
—Resonante de alabanzas su magnífico clarín—
Y á la puerta del pesebre como un cisne astral desplega
Sus dos alas, cual dos liras, un inmenso serafín.

Cuando ei diácono salmodia secundado del arpista,
Las períncIitas secuencias ante el negro facistol,
Y en los dedos abaciales centellea la amatista,
Y la carne de las hostias resplandece como un sol,

La vidriera de colores estremécese en su hueco,
Conmovida como al paso de un armado palafrén,
Y parece que resuenan en el ámbito del eco,
Las cuarenta mil campanas de una ideal Jerusalén.

LEOPOLDO LUGONES.
1896. (argentino.)

NOCTURNO

Una noche,
Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas (de alas.
Una noche
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas (fantásticas,
Á mi lado lentamente
Contra mí ceñida toda muda y pálida,
Como si un presentimiento de amarguras infinitas
Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
Por la senda florecida que atraviesa la llanura
Caminabas
Y la luna llena
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca
Y tu sombra
Fina y lánguida
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectadas,

Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban,
Y eran una
Y eran una
Y eran una sola sombra larga
Y eran una sola sombra larga
Y eran una sola sombra larga.

Esta noche, solo, el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
Separada de tí misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
Por el infinito negro
Donde nuestra voz no alcanza,
Mudo y solo
Por la senda caminaba
Y se oían los ladridos de los perros á la luna,
Á la luna pálida,
Y el chillido
De las ranas.
Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba,
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
Entre la blancura nívea
De las mortuorias sábanas.
Era el frío de la muerte, era el hielo del sepulcro,
Era el frío de la nada.
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola,
Iba sola por la senda solitaria,
Y tu sombra esbelta y ágil
Fina y lánguida
Como en esa noche alegre de las muertas primaveras,
Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas (de alas,
Se acercó y marchó con ella,

Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella. Oh las sombras enlazadas!
Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de
(las almas!
Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

José Asunción Silva.
(colombiano.)

SALUT AU MONDE!

I

O Take my hand Walt Whitman!
Such gliding wonders! such sights and sounds!
Such join'd unended links, each hook'd to the next,
Each answering all, each sharing the earth with all.

What widens within you Walt Whitman?
What waves and soils exuding?
What climes? what persons and cities are here?
Who are the infants, some playing, some slumbering?
Who are the girls? who are the married women?
Who are the groups of old men going slowly with their arms about
each other's necks?
What rivers are these? what forests and fruits are these?
What are the mountains call'd that rise so high in the mists?
What myriads of dwellings are they fill'd with dwellers?

2

Within me latitude widens, longitude lenghens,
Asia, Africa, Europe, are to the east—America is provided for in
the west,
Banding the bulge of the earth winds the hot equator,
Curiously north and south turn the axis-ends,

Within me is the longest day, the sun wheels in slanting rings, it
does not set for months,
Stretch'd in due time within me the midnight sun jus rises above
the horizon and sinks again,
Within me zones, seas, cataracts, forests, volcanoes, groups,
Malaysia, Polynesia, and the great West Indian islands.

3

What do you hear Walt Whitman?

I hear the workman singing and the farmer's wife singing,
I hear in the distance the sounds of children and of animals early
in the day,
I hear emulous shouts of Australians pursuing the wild horse,
I hear the Spanish dance with castanets in the chestnut shade, to
the rebeck and guitar,
I hear continual echoes from the Thames,
I hear fierce French liberty songs,
I hear of the Italian boat-sculler the musical recitative of old poems,
I hear the locusts in Syria as they strike the grain and grass with
the showers of their terrible clouds,
I hear the Coptic refrain toward sundown, pensively falling on the
breast of the black venerable vast mother the Nile,
I hear the chirp of the Mexican muleteer, and the bells of the mule,
I hear the Arab muezzin calling from the top of the mosque,
I hear the Christian priests at the altars of their churches, I hear
the responsive base and soprano,
I hear the cry of the Cossack, and the sailor's voice putting to sea
at Okotsk,
I hear the wheeze of the slave-coffle as the slaves march on, as
the husky gangs pass on by twos and threes, fasten'd together
with wrist-chains and ankle-chains,
I hear the Hebrew reading his records and psalms,
I hear the rhythmc myths of the Greeks, and the strong legends
of the Romans,
I hear the tale of the divine life and bloody death of the beautiful
God the Christ,

I hear the Hindoo teaching his favorite pupil the loves, wars,
adages, transmitted safely to this day from poets who wrote
three thousand years ago.

4

What do you see Walt Whitman?
Who are they you salute, and that one after another salute you?

I see a great round wonder rolling through space,
I see diminute farms, hamlets, ruins, graveyards, jais, factories,
palaces, hovels, huts of barbarians, tents of nomads upon
the surface,
I see the shaded part on one side where the sleepers are sleeping,
and the sunlit part on the other side,
I see the curious rapid change of the light and shade,
I see distant lands, as real and near to the inhabitants of them as
my land is to me.

I see plenteous waters,
I see mountain peaks, I see the sierras of Andes where they range,
I see plainly the Himalayas, Chian Shahs, Altays, Ghauts,
I see the giant pinnacles of Elbruz, Kazbek, Bazardjusi,
I see the Styrian Alps, and the Karnac Alps,
I see the Pyrenees Balks, Carpathians, and to the north the
Dofrafields, and off at sea moun Hecla,
I see Vesuvius and Etna, the mountains of the Moon, and the
Red mountains of Madagascar,
I see the Lybian, Arabian, and Asiatic deserts,
I see huge dreadful Arctic and Antarctic icebergs,
I see the superior oceans and the inferior ones, the Atlantic and
Pacific, the sea of Mexico, the Brazilian sea, and the sea of Peru,
The waters of Hindustan, the China sea, and the gulf of Guinea,
The Japan waters, beautiful bay of Nagusaki land-lock'd in its mountains,
The spread of the Baltic, Caspian, Bothnia, the British shores, and
the bay of Biscay,
The clear-sunn'd Mediterranean, and from one to another of its islands,
The White sea, and the sea around Greenland.

I behold the mariners of the world,
Some are in storms, some in the night with the watch on the lookout,
Some drifting helplessly, some with contagious diseases.

I behold the sail and steamships of the world, some in clusters in port, some on their voyages,
Some double the cape of Storms, some cape Verde, thoers capes Guardafui, Bon, or Bajadore,
Others Dondra head, others pass the straits of Sunda, others cape Lopatka, others Behring's straits,
Others cape Horn, others sail the gulf of Mexico or along Cuba or Hayti, others Hudson's bay or Baffin's bay,
Others pass the straits of Dover, others enter the Wash, others the firth of Solway, others round cape Clear, others the Land's End,
Others traverse the Zuyder Zee or the Scheld,
Others as comers and goers at Gibraltar or the Dardanelles,
Others sternly push their way through the northern winter-packs,
Others descend or ascend the Obi or the Lena,
Others the Niger the Congo, others the Indus, the Burampooter and Cambodia,
Others wait steam'd up ready to start in the ports of Australia,
Wait at Liverpool, Glasgow, Dublin, Marseilles, Lisbon, Naples, Hamburg, Bremen, Bordeaux, the Hague, Copenhagen,
Wait at Valparaiso, Rio Janeiro, Panama.

5

I see the traks of the railroads of the earth,
I see them in Grat Britain, I see them in Europe,
I see them in Asia and in Africa.

I see the electric telegraphs of the earth,
I see the filaments of the news of the wars, deaths, losses, gains, passions, of my race.

I see the long river-stripes of the earth,
I see the Amazon and the Paraguay,
I see the four great riveis of China, the Amour, the Yellow River,

the Yiangt-tse, and the Pearl,
I see where the Seine flows, and where the Danube, the Loire, the Rhone, and the Guadalquiver flow,
I see the windings of the Volga, the Dnieper, the Oder,
I see the Tuscan going down the Arno, and the Venetian along the Po,
I see the Greek seaman sailing out of Egina bay.

6

I see the site of the old empire of Assyria, and that of Persia, and that of India,
I see the falling of the Ganges over the high rim of Saukara.

I see the place of the idea of the Deity incarnated by avatars in human forms,
I see the epots of the successions of priests on the earth, oracles, sacrificers brahmins, sabians, llamas, monks, muftis, exhorters,
I see where druids walk'd the groves of Mona, I see the mistletoe and vervain,
I see the temples of the deaths of the bodies of Gods, I see the old signifiers.

I see Christ eating the bread of his last supper in the midst of youths and old persons,
I see where the strong divine young man the Hercules toil'd faithfully and long and then died,
I see the place of the innocent rich life and hapless fate of the beautiful nocturnal son, the full-limb'd Bacchus,
I see Kneph, blooming, drest in blue, with crown of feathers on his head,
I see Hermes, unsuspected, dying, well-belov'd, saying to the people *Do not weep for me*
This is not my true country, I have lived banish'd from my true country, I now go back there,
I return to the celestial sphere where every one goes in his turn.

7

I see the battle-fields of the earth, grass grows upon them and blossoms and corn,

see the tracks of ancient and modern expeditions.

I see the nameless masonries, venerable messages of the unknown
events, heroes, records of the earth.

I see the places of the sagas,
I see pine-trees and fir-trees torn by northhern blasts,
I see granite bowlders and cliffs, I see green meadows and lakes,
I see the burial-cairns, of Scandinavian warriors,
I see them raised high with stones by the marge of restless oceans,
that the dead, men's spirits when they wearied of their quiet
graves might rise up through the mounds and gaze on the
tossing billows, and be resfresh'd by storms, immensity, liberty,
action.

I see the steppes of Asia, .
I see the tumuli of Mongolia, I see the tens of Kalmucks and Baskirs,
I see the nomadic tribes with herds of oxen and cows,
I see the table-lands notch'd with ravines, I see the jungles and deserts,
I see the camel, the wild steed, the bustard, the fat-tail'd sheep,
the antelope, and the burrowing wolf.

I see the highlands of Abyssinia,
I see flocks of goats feeding, and see the fig-tree, tamarind date,
And se fields of teff-wheat and places of verdure and gold.

I see the Brazilian vaquero,
I see the Bolivian ascending mount Sorata,
I see the Wacho crossing the plains, I see the incomparable rider
of horses with his lasso on his arm,
I see over the pampas the pursuit of wild cattle for their hides.

8

I see the regions of snow and ice,
I see the sharp-eyed Samoiede and the Finn,
I see the seal-seeker in his boat poising his lance,
I see the Siberian on his slight-built sledge drawn by dogs,
I see the porpoise-hunters, I see the whale-crews of the south Pa-

cific and the north Atlantic,
I see the cliffs, glaciers, torrents, valleys, of Switzerland—I mark the long winters and the isolation.

I see the cities of the earth and make myself at random a part of them,
I am a real Parisian,
I am a habitan of Vienna, St. Petersburg, Berlin, Constantinople,
I am of Adelaide, Sidney, Melbourne,
I am of London, Manchester, Bristol, Edinburgh, Limerick,
I am of Madrid, Cadiz, Barcelona, Oporto, Lyons, Brussels, Berne, Frankfort, Stuttgart, Turin, Florence,
I belong in Moscow, Cracow, Warsaw, or northward in Christiania or Stockholm, or in Siberian Irkutsk, or in some street in Iceland,
I descend upon all those cities, and rise from them again.

10

I see vapors exhaling from unexplored countries,
I see the savage types, the bow and arrow, the poison'd splint, the fetich, and the obi.

I see African and Asiatic towns,
I see Algiers, Tripoli, Derne, Mogadore, Timbuctoo, Monrovia,
I see the swarms of Pekia, Canton, Benares, Delhi, Calcutta, Tokio,
I see the Kruman in his hut, and the Dahoman and Ashantee-man in their huts,
I see Turk smoking opium in Aleppo,
I see the picturesque crowds at the fairs of Khiva and those of Herat,
I see Teheran, I see Muscat and Medina and the intervening sands, I see the caravans toiling onward.
I see Egypt and the Egyptians, I see the pyramids and obelisks,
I look on chisell'd histories, records of conquering kings, dynasties, cut in slabs of sand-stone, or on granite-blocks,
I see at Memphis mummy-pits containing mummies embalmd'd, swathed in linen cloth, lying there many centuries,

I look on the fall'n Theban, the large-ball'd eyes, the side-drooping
neck, the hands folded across the breast.

I see all the menials of the earth, laboring,
I see all the prisoners in the prisons,
I see the detective human bodies of the earth,
The blind, the deaf and dumb, idiots, hunchbacks, lunatcs,
The pirates thieves, betrayers, murderers, slave-makers of the earth,
The helpless infants, and the helpless old men and women.

I see male and female everywhere,
I see the serene brotherhood of philosophs,
I see the constructiveness of my race,
I see the results of the perseverance and industry of my race,
I see ranks, colors, barbarisms, civilizations, I go among them, I
mix indiscriminately,
And I salute all the inhabitants of the earth.

II

You whoever you are!
You daughter or son of England!
You of the mighty Slavic tribes and empires! you Russ in Russia!
You dim-descended, black, divine-soul'd African, large, fine-
headed, nobly-formd'd, superbly destin'd, on equal terms
with me!
You Norwegian! Swede! Dane! Icelander! you Prusian!
You Spaniard of Spain! you Portuguese!
You Frenchwoman and Frenchman of France!
You Belge! you liberty-lover of the Netherlands! (you stock
whence I myself have descended;)
You sturdy Austrian! you Lombard! Hun! Bohemian! famer of
Styria!
You neighbor of the Danube!
You working-man of the Rhine, the Elbe, or the Weser! you
working-woman too!
You Sardinian! you Bavarian! Swabian! Saxon! Wallachian!
Bulgarian!

You Roman! Neapolitan! you Greek!
You lithe matador in the arena at Seville!
You mountaineer living lawlessly on the Taurus or Caucasus!
You Bokh horse-herd watching your mares and stallions feeding!
You beautitul-bodied Persian at full speed in the saddle shooting
arrows to the mark!
You Chinaman and Chinawoman of China! you Tartar of Tartary!
You women of the earth subordinated at yourd tasks!
You Jew journeying in your old age through every risk to stand
once on Syrian ground!
You other Jew waiting in all lands for your Messiah!
You thoughtful Armenian pondering by some stream of the Eu-
phrates! you peering amid the ruins of Ninevech! you
ascending mount Ararat!
You foot-worn pilgrim welcoming the far-away sparkle of the
minarets of Mecca!
You sheiks along the stretch from Suez to Bab-el-mandeb ruling
your famllies and tribes!
You olive-grower tending your fruit on fields of Nazareth, Damas-
cus, or lake Tiberias!
You Thibet trader on the-wide inland or bargaining in the shops
of Lassa!
You Japanese man or woman! you liver in Madagascar, Ceylon,
Sumatra, Borneo!
All you continentals of Asia, Africa, Europe, Australia, indifferent
of place!
All you on the numberless islands of the archipelagoes of the sea!
And you of centuries hence when you listen to me!
And you each and everywhere whom I specify not, but include
just the same!
Health to you! good will to you all, from me and America sent!

Each of us inevitable,
Each of us limitless—each of us with his or her right upon the
earth,
Each of us allow'd the eternal purports of the earth,
Each of us here as divinely as any is here.

12

You Hottentot with clicking palate! you woolly-hair'd hordes!
You own'd persons dropping sweat-drops or blood-drops!
You human forms with the fathomless ever-impressive countenances of bruts!
You poor koboo whom the meanest of the rest look down upon for all your glimmering language and spirituality!
You dwarf'd Kamtschatkan, Greenlander, Lapp!
You Austral negro, naked, red, sooty, with protrusive lip, groveling, seeking your food!
You Caffre, Berber, Soudanese!
You haggard, uncouth, untutor'd Bedowee!
You plague-swarms in Madras, Nankin, Kaubul, Cairo!
You benighted roamer of Amazonia! you Patagonian! you Feejee-man!
I do not prefer others so very much before you either,
I do not say one word against you, away back there where you stand,
(You will come forward in due time to my side.)

13

My spirit has pass'd in compassion and determination around the whole earth,
I have look'd for equals and lovers and found them ready for me in all lands,
I think some divine rapport has equalized me with them.

You vapors, I think I have risen with you, moved away to distant continents, and fallen down there, for reasons,
I think I have blown vith you you winds;
You waters I have finger'd every shore with you,
I have run through what any river or strait of the globe has run through,
I have taken my stand on the bases of peninsulas and on the high embedded rocks, to cry thence:

Salut au monde!

What cities the light or warmth penetrates I penetrate those cities
myself,
All islands to which birds wing their way I wing my way myself.

Toward you all, in America's name,
I raise high the perpendicular hand, I make the signal,
To remain after me in sight forever,
For all the haunts and homes of men.

WALT WHITMAN.
(norteamericano.)

LAS ARTES

LA ESCULTURA

—Yo soy la reina de brillante clámide
Y de pálido rostro pensativo.
Es la eterna pirámide
Mi trono primitivo.
En mi culto se alternan
Las edades veloces.
Y sus frentes olímpicas prosternan
Los Genios y los Dioses.
Yo soy ante la aurora,
Bajo el cielo infinito
Resurrección sonora,
Grandiosa apoteosis de granito.
Es mi cetro el escoplo.
Es mi nimbo la yedra.
Yo hago, bajo mi soplo,
Bullir el bronce, palpitar la piedra.
Bajo el eter que oscila
Me saluda el gran Sol desde el Oriente:

Llevo la majestad en la pupila;
Llevo la eternidad sobre la frente...

LA PINTURA

—Yo soy la hermosa y opulenta reina
Que viste de flotantes arreboles,
Y que sus bucles peina
Bajo un nimbo de soles.
Yo hago brotar de las hirvientes linfas
Bajo la tenue bruma,
Inmaculadas ninfas
Con túnicas de espuma.
Es el pincel mi cetro soberano.
Yo llevo; como norma,
La visión del arcano,
El ritmo de la forma,
Es el éter azul mi vasto imperio.
Besa las orlas de mi régia gasa,
Desde el hondo misterio,
Cada estrella que pasa.
Llevo en mi frente que arde
Y en mi pupila que sonríe y llora,
Las sombras de la tarde,
Los rayos de la aurora...

LA MÚSICA

—Yo soy la reina de celeste cuna
Que en el misterio de las noches solas
En un rayo de luna,
Se columpia en las olas.
Con el alba sin tules
Y el pálido crepúsculo converso.
Yo tengo alas azules
Yo lleno con mi soplo el universo.
Yo alzo hasta Dios en mi ondulante giro,

La escala de mis sones.
En las auras suspiro;
Rujo en los aquilones.
Soy undívaga fibra.
Soy clarín de batalla.
Soy ósculo que vibra.
Soy cólera que estalla.
Soy como los querubes:
Vuelo con raudos, luminosos rastros,
Más allá de las nubes,
Más allá de los astros.
Sé todo lo que encierra,
La estrella melancólica.
Yo no soy de la tierra.
Yo soy la misteriosa Reina eólica...

LA POESÍA

—Yo soy la Reina mágica que labra
El oro de la idea;
Y en el carro triunfal de la palabra
Sus águilas pasea.
Yo lanzo hacia lo léjos
Con mi fúlgido cetro de topacio
Cascadas de reflejos
Que inflaman el espacio.
Mi carro cristalino
La excelsa cumbre del Olimpo salva;
Y esmalta su camino
Con las perlas del alba.
Cuando baten al viento mis corceles
Sus raudas crines bellas,
Florecen los laureles,
Florecen las estrellas,
Yo describo sin calma
Fantásticas eclípticas

Yo hago brotar del alma
Alas apocalípticas.
Cuando á mi soplo ruje
La formidable tempestad del verso,
Con estrépito cruje
Sobre su eterna base el Universo...

PEDRO A. GONZALEZ.
(chileno.)

COLOQUIO DE LOS CENTAUROS

En la isla en que detiene su equife el argonauta
Del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
De las eternas liras se escucha, – Isla de Oro
En que el tritón elige su caracol sonoro
Y la sirena blanca va á ver el sol,—un día
Se oye un tropel vibrante de fuerza y de harmonía,

Son los Centauros. Cubren la llanura. Les siente
La montaña. De lejos, forman són de torrente
Que cae; su galope, al aire que reposa
Despierta, y extremece la hoja del laurel-rosa.

Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros
Alegres y saltantes como jóvenes potros;
Unos con largas barbas como los padres-ríos,
Otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos,
Y de robustos músculos, brazos y lomos aptos
Para portar las ninfas rosadas en los raptos.

Van en galope rítmico. Junto á un fresco boscaje,
Frente al gran Oceano, se paran. El paisaje
Recibe de la urna matinal luz sagrada

Qne el vasto azul suaviza con límpida mirada.
Y oyen seres terrestres y habitantes marinos
La voz de los crinados cuadrúpedos divinos.

QUIRÓN

Calladas las bocinas á los tritones gratas.
Calladas las sirenas de labios escarlatas,
Los carrillos de Eolo desinflados, digamos
Junto al laurel ilustre de florecidos ramos
La gloria inmarcesible de las Musas hermosas
Y el triunfo del terrible misterio de las cosas.
He aquí que renacen los lauros milenarios;
Vuelven á dar su lumbre los viejos lampadarios;
Y anímase en mi cuerpo de Centauro inmortal
La sangre del celeste caballo paternal.

RETO

Arquero luminoso, desde el zodiaco llegas.
Aun presas en las crines tienes abejas griegas,
Aun del dardo herakleo muestras la roja herida
Por do salir no pudo la esencia de tu vida.
Padre y Maestro excelso! Eres la fuente sana
De la verdad que busca la triste raza humana:
Aun Esculapio sigue la vena de tu ciencia:
Siempre el veloz Aquiles sustenta su existeucia
Con el manjar salvaje que le ofreciste un día,
Y Heaakles, descuidando su maza, en la harmonía
Do los astros, se eleva bajo el cielo nocturno...

QUIRÓN

La ciencia es flor del tiempo: mi padre fué Saturno.

ABANTES

Himnos á la sagrada Naturaleza; al vientre
De la tierra y al germen que entre las rocas y entre

Las carnes de los árboles, y dentro humana forma
Es un mismo secreto y es una misma norma,
Potente y sutilísimo, universal resumen
De la suprema fuerza, de la virtud del Numen.

QUIRÓN

Himnos! Las cosas tienen un ser vital: las cosas
Tienen raros aspectos, miradas misteriosas;
Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;
En cada átomo existe un incógnito estigma;
Cada hoja de cada árbol canta un propio cantar
Y hay un alma en cada una de las gotas del mar;
El vate, el sacerdote, suele oir el acento
Desconocido; á veces enuncia el vago viento
Un misterio; y revela una inicial la espuma
Ó la flor; y se escuchan palabras de la bruma.
Y el hombre favorito del numen, en la linfa
Ó la rafaga, encuentra mentor;—demonio ó ninfa.

FOLO

El biforme ixionida comprende de la altura,
Por la materna gracia, la lumbre que fulgura,
La nube que se anima de luz y que decora
El pavimento en donde rige su carro Aurora,
Y la banda de Iris que tiene siete rayos
Cual la lira en sus brazos siete cuerdas; los mayos
En la fragante tierra llenos de ramos bellos,
Y el Polo coronado de cándidos cabellos.
El ixionida pasa veloz por la montaña
Rompiendo con el pecho de la maleza huraña
Los erizados brazos, las cárceles hostiles;
Escuchan sus orejas los ecos más sutiles;
Sus ojos atraviesan las intrincadas hojas
Mientras sus manos toman para sus bocas rojas

Las frescas bayas altas que el sátiro codicia;
Junto á la oculta fuente su mirada acaricia
Las curvas de las ninfas del séquito de Diana;
Pues en su cuerpo corre también la esencia humana
Unida á la corriente de la savia divina
Y á la salvaje sangre que hay en la bestia equina.
Tal el hijo robusto de Ixión y de la Nube.

QUIRÓN

Sus cuatro patas, bajan: su testa erguida, sube.

ORNEO

Yo comprendo el secreto de la bestia. Malignos
Seres hay y benignos. Entre ellos se hacen signos
De bien y mal, de odio ó de amor, ó de pena
O gozo: el cuervo es malo y la torcaz es buena.

QUIRÓN

Ni es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo:
Son formas del Enigma la paloma y el cuervo.

ASTILO

El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.

NESO

El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!
Mi espalda aún guarda el dulce perfume de la bella;
Aún mis pupilas llama su claridad de estrella.
¡Oh aroma de su sexo! ¡oh rosas y alabastros!
Oh envidias de las flores y celos de los astros!

QUIRÓN

Cuando del sacro abuelo la sangre luminosa
Con la marina espuma formara nieve y rosa,

Hecha de rosa y nieve nació la Anadiomena.
Al cielo alzó los brazos la lírica sirena,
Los curvos hipocampos sobre las verdes ondas
Levaron los hocicos; y caderas redondas,
Tritónicas melenas y dorsos de delfines
Junto á la Reina nueva se vieron. Los confines
Del mar llenó el grandioso clamor: el universo
Sintió que un nombre harmónico, sonoro como un verso
Llenaba el hondo hueco de la altura; ese nombre
Hizo gemir la tierra de amor; fué para el hombre
Más alto que el de Jove: y los númenes mismos
Lo oyeron asombrados; los lóbregos abismos
Tuvieron una gracia de luz. ¡VENUS impera!
Ella es entre las reinas celestes la primera.
Pues es quien tiene el fuerte poder de la Hermosura.
Vaso de miel y mirra brotó de la amargura!
Ella es la más gallarda de las emperatrices;
Princesa de los gérmenes, reina de las matrices,
Señora de las savias y de las atracciones,
Señora de los besos y de los corazones.

EURITO

No olvidaré los ojos radiantes de Hipodamia!

HIPEA

Yo sé de la hembra humana la original infamia.
Venus anima artera sus máquinas fatales,
Tras los radiantes ojos ríen traidores males,
De su floral perfume se exhala sutil daño;
Su cráneo obscuro alberga bestialidad y engaño.
Tiene las formas puras del ánfora, y la risa
Del agua que la brisa riza y el sol irisa;
Mas la ponzoña ingénita su máscara pregona:
Mejores son el águila, la yegua y la leona.

De su húmeda impureza brota el calor que enerva
Los mismos sacros dones de la imperial Minerva;
Y entre sus duros pechos, lirios del Aqueronte,
Hay un olor que llena la barca de Caronte.

ODITES

Como una miel celeste hay en su lengua fina;
Su piel de flor aún húmeda está de agua marina.
Yo he visto de Hipodamia la faz encantadora,
La cabellera espesa, la pierna vencedora.
Ella de la hembra humana fuera un ejemplar augusto;
Ante su rostro olímpico no habría rostro adusto;
Las Gracias junto á ella quedarían confusas,
Y las ligeras Horas y las sublimes Musas
Por ella detuvieran sus giros y su canto.

HIPEA

Ella la causa fuera de inenarrable espanto:
Por ella el ixionida dobló su cuello fuerte.
La hembra humana es hermana del Dolor y la Muerte.

QUIRÓN

Por suma ley un día llegará el himeneo
Que el soñador aguarda: Cinis será Ceneo;
Claro será el origen del femenino arcano:
La Esfinge tal secreto dirá á su soberano.

CLITO

Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos
Á los humanos seres, la clave de los hechos
Conócela el vidente: Homero con su báculo.
En su gruta Deifobe, la lengua del Oráculo.

CAUMANTES

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe.
En el Centauro el bruto la vida humana absorbe.

El sátiro es la selva sagrada y la lujuria,
Une sexuales ímpetus á la harmoniosa furia.
Pan junta la soberbia de la montaña agreste
Al ritmo de la inmensa mecánica celeste;
La boca melodiosa que atrae en Sirenusa
Es de la fiera alada y es de la suave musa;
Con la bicorne bestia Parsifae se ayunta;
Naturaleza sabia formas diversas junta,
Y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,
El monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza.

GRINEO

Yo amo lo inanimado que amó el divino Hesiodo.

QUIRÓN

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

GRINEO

He visto, entonces, raros ojos fijos en mí:
Los vivos ojos rojos del alma del rubí;
Los ojos luminosos del alma del topacio
Y los de la esmeralda que del azul espacio
La maravilla imitan; los ojos de las gemas
De brillos peregrinos y mágicos emblemas.
Amo el granito duro que el arquitecto labra
Y el mármol en que duermen la línea y la palabra...

QUIRÓN

A Deucalión y á Pirra, varones y mujeres
Las piedras aún intactas dijeron: « ¿Qué nos quieres? »

LICIDAS

Yo he visto los lemures flotar, en los nocturnos
Instantes, cuando escuchan los bosques taciturnos
El loco grito de Atis que su dolor revela
Ó la maravillosa canción de Filomela.

El galope apresuro, si en el boscaje miro
Manes que pasan, ú oigo su fúnebre suspiro,
Pues de la Muerte el hondo, desconocido Imperio,
Guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.

ARNEO

La muerte es de la Vida la inseparable hermana.

QUIRÓN

La muerte es la victoria de la progenie humana.

MEDON

La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia.
Ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante á Diana, casta y virgen como ella;
En su rostro hay la gracia de la núbil doncella
Y lleva una guirnalda de rosas siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
Y en su diestra una copa con agua del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

AMICO

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

QUIRÓN

La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.

EURETO

Si el hombre—Prometeo—pudo robar la vida.
La clave de la Muerte serále concedida.

QUIRÓN

La Virgen de las virgenes es inviolable y pura.
Nadie su casto cuerpo tendrá en la alcoba obscura,
Ni beberá en sus labios el grito de victoria,
Ni arrancará á su frente las rosas de su gloria.

. . . .

*

Más he aqui que Apolo se acerca al meridiano.
Sus truenos prolongados repite el Oceano;
Bajo el dorado carro del reluciente Apolo
Vuelve á inflar sus carrillos y sus odres Eolo.
Á lo lejos, un templo de mármol se divisa
Entre laureles-rosa que hace cantar la brisa.
Con sus vibrantes notas de Céfiro desgarra
La veste transparente la helénica cigarra,
Y por el llano extenso van en tropel sonoro
Los Centauros, y, al paso, tiembla la Isla de Oro.

Rubén Darío.
1896. (centroamericano.)

JESÚS

Para mi amigo Eduardo Sáenz.

I

Como brota del charco sombrío
Y á conjuros de luz meridiana,
Yo no sé por qué afan de lo triste,
Gracioso nenúfar de flores de nácar:

La presión secular exprimiendo
De la fétida chusma, la entraña,
Conjuró de aquel barro de sangre,
La noble azucena doliente de su alma!

II

Gota pura del bien absoluto,
De la estirpe mortal, destilada;

Prodigioso perfil de la errante
Visión de justicia que sueña la raza:

Profundísimo beso errabundo
Que al rozar tus dolores, estalla:
Perdurable tristeza divina
Cubriendo las viles tristezas humanas!

III

Celestial mensajero que siente,
Mientras cruza los orbes y baja,
La precisa intuición espantable
Del hondo vacío voraz que lo traga!

Femenina zozobra que al mundo,
Como palio de lágrimas, guarda:
Gemebunda torcaz valerosa.
Que al prófugo crimen le tiende sus alas!

IV

Corazón matinal, todo blanco,
Cuyo fuego de hoguera ofrendaria,
Con efluvios de mirra, perfuma,
De Job, la rabiosa, la trágica sarna!

Corazón cuyo amor intangible,
Sin buscar otro amor, se dilata,
Como estuvo en el Caos el Eterno,
Sin peso ni forma, sin rumbos ni vallas!

V

Cual se tuercen y escurren flexibles.
Sin lograr abatir la muralla,
Ya tenaces, ya febles, ya locos,
Bramando y silbando, los vientos que pasan;

La invasora legión de cariños
Que á la vida real nos amarra,
No logró reducirle, siquiera,
Ni al sacro, materno dogal de la patria!

VI

Nebulosa de amor: de amor mismo;
Sin la paz del hogar, que coarta,
Ni la fiel amistad, que suprime,
Ni aquel inefable deleite, que sacia!

—No asirás, hombre fórmula y ergo,
Su inasible figura esfumada:
Como polvo de aurora, difuso,
Difuso en la vida su espiritu vaga!

VII

Proyectó sugestiones de nimbo,
Su perpetua niñez inspiraba;
Rechazó lo carnal, de sus carnes,
Cual cisne jocundo que hiende las aguas;

No sufrió lobregueces de ocaso,
Su fulgor de lucero del alba:
Blanco César triunfal de lo puro!
Querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

Como diestras, por sí se detienen
Los caudales del mar, en la playa;
Cual germina, y retoña, y produce,
Silvestre, salvaje, libérrima planta:

Ni el saber, ni el sofisma turbaron
Su sagaz, pensativa ignorancia:

Floración cerebral; tierra virgen;
Flamígero foco del Verbo que irradia!

IX

Como aquél, predilecto que siente,
Por geniales virtudes innatas,
La explosión de las notas que surgen,
Y ondean, y rien, cual ninfas hermanas:

Pudo Aquél predilecto admirable,
Como disco luciente de plata,
Reflejar, en la noche futura,
La eterna, la sola Verdad soberana!

X

Formidable saber que redujo,
Como á loca jauría, en su alma,
Cual recojes el cielo en tus ojos,
Y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!

Formidable saber que sanciona,
Que tu bien y tu mal son palabras:
Resonantes palabras vacías!
Cilicio de penas internas que arrastras!

XI

Porque luz, y color, y sonido
Sólo son cerebrales fantasmas,
Mientras vibran espacios y soles
Sumidos en mudas tinieblas heladas!

Y así toda tu ciencia y la mía...
Nada más que impresión comparada,
Nada más que ilusiones eternas
Que aloja en nosotros el Caos que no acaba!

XII

Pues si aquel escozor de la herida
Que produjo en tu carne, la daga,
Ni le sufre tu músculo roto,
Ni aquel cincelado prodigio que mata:

La estupenda, la simple, la hermosa,
La cabal creación que proclamas,
Con la misma inconsciencia que vives,
Debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

Allí está el Universo! Allí mismo
Puso Dios su taller y su patria!
Desde aquella ruïn madriguera,
Colora el vacío y esculpe la nada!

Y esos lampos de luz que fulguras,
Su divino cincel los arranca!
Y esos torpes impulsos que sigues,
No son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
Breves horas, apenas, pensara,
Llenaría, cual tú, su conciencia
De leyes, y dudas, y luces, y manchas!

Porque cada cerebro es el nudo
De la misma labor que le arrancan,
Como el triste gusano cautivo
Del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito á infinito.
Lo que es,—no su aspecto: su masa,—

Te conquista, te absorbe, te agota,
Cual Eva incansable que nunca se sacia;

Mientras tú, viejo Adán de la vida,
Poseído en la sombra le amas,
Con la inerte caricia profunda
Del jóven dormido que violan las hadas!

XVI

Y esto dijo Jesús, en tu abono,
Cuando puso, en la jerga que hablas,
Su perdón ilegal, que ha vencido,
Y es esa, que gozas, legal tolerancia!

Tolerancia que va, paulatina,
Como crece la fruta en la rama,
Laborando, en tu ley, el derecho
De abrir su repliegue más hondo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Cuando echó, por tu bien, á su espalda,
No la cruz de tus culpas, que dicen:
¡La cruz de la imbécil sapiencia pasada!

Y esto quiso Jesus, en tu abono,
Fugitiva miseria de paja,
Diminuto vibrión que conduces,
Del plan del Eterno los hilos de llamas!

XVIII

No redujo su amor á linderos
Pues no fué su egoísmo el que amaba;
Ni alcanzó la virtud, con ser ella,
De aquel soberano la mínima gracia;

Ni logró la mujer ablandarle,
Nada más que cubiertas de faltas;
Y á sus pies, en la cruz, retorcióse,
De celos del crímen, su madre sagrada!

XIX

Convirtió su frascaso en victoria;
Y en reflejos de solio, su infamia;
Y á la cruz de su muerte, en el signo
Que besan y besan las hordas que pasan!

Se abrazó de lo vil, con sus brazos;
Le sentó junto á Dios, que callaba;
Y abrazados así, te sonríen,
Cual dos prefulgentes deidades hermanas!

XX

Discurrió su criterio de madre,
Por el haz de la recua postrada,
Como ruedan, filtrando la nube,
Jirones de luna por sobre la piara;

Y un gemir de titanes vencidos,
Y un hervor de sudores y llagas,
Y un bramar de reptiles rebeldes,
Subieron, cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que el paso de Febo,
Por el aire sutil, se dilatan
Resplandores difusos, que corren
Por valles, y cumbres, y fuentes, y charcas:

La primera, la sola caricia,
De su pecho fluyó sobrehumana,

Como el mar, como el sol, como el éter,
Cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

Sí ¡La fiera de ayer languidece!
Sólo es puro el amor que no ama!
No son más que resortes que crujen,
Los padres, los hijos, la aldea y la raza!

Como ya construídos los arcos,
Las inútiles cimbras arrancas,
Sobrará mucho barro de bestia
La vez que despliegues del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra, en la historia, su mole!
Como azul eminencia lejana,
Cuyos flancos enormes conquistan
Los pueblos que crecen, á luengas jornadas.

Migración á la cumbre del Cosmos,
Cuyas níveas regiones más altas,
Cruzarás, si no abdicas, tan puro,
Cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,
Con su lívida frente de nácar,
Sobre charcos malditos, preside
La prófuga serie de soles que bajan:

Su perfil soñador de azucena,
Rematando la cúpula humana,
Como luz hecha flor, simboliza
La fúlgida serie de soles que avanzan!

PEDRO B. PALACIOS (*Almafuerte.*)

1897. (argentino.)

INTRODUCCIÓN

(Del poema LAS MONTAÑAS DEL ORO)

Es una gran columna de silencio y de ideas
En marcha.

El canto grave que entonan las mareas
Respondiendo á los ritmos de los mundos lejanos;
El rumor que los bosques soberbiamente ancianos
Dan, como si debajo de largas sepulturas
Sintiéranse crujidos de enormes coyunturas;
Las sordas evasiones de las razas, que arroja
El heroísmo nómade á la vendimia roja,
El *¡han!* de los supremos designios, que se escucha
En el postrer hachazo que acabará la lucha,
Ya sea que se trate de un cedro ó de un gigante;
Las torres que no alcanza con su talón triunfante
La horda, el trájico viento de las batallas:

todo
Lo que es grande, ó solemne, ó heroico de algún modo,
—Clamores de conquistas, rumores de mareas—
Va en esa gran columna de silencio y de ideas
Que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas
Que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.
Mas, dominando aquella procesión tenebrosa,
El alba se levanta como una húmeda rosa
Cuyos pétalos caen en una lluvia de oro,

El poeta apostrofa con su clarín sonoro
Á la columna en marcha; lo que dice, resuena
Como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.
Tan fuerte son sus alas, que aquel sér de ancho aliento
Parece que en los hombros lleva amarrado el viento.
Es el gran luminoso y el es gran tenebroso.
La rubia Primavera le elige por esposo.
Él se acuesta con todas las flores de las cimas;
Las flores le dan besos para que él les dé rimas.
El sol le dora el pecho; Dios le sonríe—apenas
Hay nada más sublime que esas sonrisas llenas
De divinidad, que hacen surgir sobre la obscura
Silueta de los montes una inmensa blancura
Zodiacal.—Forja el hierro de su peto y su casco
La Paciencia en los yunques de un ideal Damasco.
Y el Silencio custodia la hoguera donde amasa
Con bronce y sombra el verbo que templará en la brasa.
Á fin de que los hombres alcancen con sus bocas
Su oreja, enormemente sentado entre dos rocas
Como un afable cóndor les escucha; y los hombres
Creen que están á un mismo nivel, almas, y nombres,
Y cabezas. Los grandes hombres y las montañas
Es forzoso que siempre estén de pié. Extrañas
Son las voces del antro á la cnmbre. La oruga
Que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,
Ve al águila y opina: «eres un sér monstruoso,
Águila!»—En cambio el águila no ve á la oruga. Hermoso
Y divino es el cielo porque es indiferente
Á las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
Cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que ellas sean claras, ó misteriosas
Ó formidables, siendo capaces del martirio,

¡No de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio
Como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
Por la flor y la estrella con un amor sublime
Y total. Grave enigma de amor! Esto consiste
En que el gran Sér no quiere que ninguno esté triste.
Y el dolor, ese fuego que exalta todo nombre
(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre.)
Es un heroico vino que ignora la tristeza.
Hombres! no escupáis nunca sobre una gran cabeza:
No seáis mancha cuando pudieráis ser herida,
El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,
Pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.
Él tiene su cabeza junto á Dios, como todos,
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
De la Vida. Su espíritu del mismo yugo es ciervo,
Pero en su frente brilla la integridad del Verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
Trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,
Emprende su jornada, dejando detrás de ella
Rastros de lumbre como los pasos de una estrella,
Noches siniestras, ecos de lúgubre clarines,
Huracanes colgados de gigantescas crines
Y montes descarnados como imponentes huesos:
Unos de esos enjendros del prodigio, uno de esos
Armoniosos doctores del Espíritu Santo,
Alza sobre la cumbre de la noche su canto.
(La alondra y el sol tienen de común estos puntos:
Que reinan en los cielos y se levantan juntos.)
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
De trompeta que mueven el alma de las rocas
Y de los mares Hugo con su talón fatiga

Los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
Y, como de un océano que el sol naciente dora,
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbra el abismo con su alma. Dante piensa.
Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
Y pasa trasportando su empresa y sus escombros:
Una carga de montes y noches en los hombros.
Whitman entona un canto serenamente noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble;
Él adora la vida que erumpe en toda siembra,
El grande amor que labra los flancos de la hembra;
Y todo cuanto es fuerza, creación, universo,
Posa sobre las vértebras enormes de su verso.
Homero es la pirámide sonora que sustenta
Los talones de Júpiter, goznes de la tormenta;
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo.

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas profícuas esperan nuestras hoces.
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
Trazan la ruta. El índice severo de la ciencia
Señala el paraíso de la grandeza humana.
El yunque y el martillo, sí: mas no la campana.
La razón es el lábaro del ideal eterno;
La razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora. y el falso
Culto por la evidencia de la luz, y el cadalso
Por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
Sentir sobre la frente la dicha como un beso
Floral: prender al flanco de la tiniebla el rayo
Cual flamífera espuela; contradecir el fallo

De los siglos; dar cimas á la conciencia augusta;
Romper los viejos dogmas de la creencia injusta;
Confiscar á la sombra su vasto calabozo;
Anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
Deshacer para siempre las coronas de espinas;
Sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
Desencajar las claves del formidable techo
Que encubre la sombría negación del derecho;
Bautizar con vitales perfumes toda frente;
Esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;
Desafiar las borrascas con la altivez de un cedro
Secular; pedir cuentas á César como á Pedro
—«César que mata y Pedro que miente»;—alzar la mano
Hasta la consagrada mejilla del tirano,
Y con el mismo esfuerzo que inicie la venganza
Ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:
¡Hé aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
Es el primer tirano y es el primer verdugo.
Lo libertad le niega, la ciencia le suprime:
La libertad que alumbra, la ciencia que redime.
Á destronarle, picas! Guerra á Dios! Muerte al mito! »

—Mas ¿con qué váis, entonces, á llenar lo infinito?

No! la fe es la suprema reveladora. El mundo
Es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
Ó luminoso, ó bello—amor, estrella, rosa—
Certifica el imperio de una ley misteriosa
Que combina la trama de los destinos, y hace
Converger los esfuerzos de todo lo que nace
Sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa,
Tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.
La fe es una montaña llena de precipicios,
En sus cavernas moran las larvas de los vicios:
Lo negro es lo monstruoso. Su cuesta es agria y dura.

En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;
Ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo,
Respira en las montañas saludables alientos,
Destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
Recoge las primicias de los frutos opimos;
Cíñete la corona de espinas y racimos;
Desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
Cuyos sobacos huelen á bravío y á muerte;
Funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
Noblemente rodeados de nimbos siderales;
Borra de tus encías la hiel de todo insulto,
Y haz que las hostias sean, en tu radiante culto,
No de carne sangrienta sino de dulce de trigo.
El Tio Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
Hay no sé qué proyectos de una informe grandeza;
Aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos,
Muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos,
Pon en las férreas ancas de sus locomotoras
Una gigante carga de nubes y de auroras,
Desflora con su hierro las cumbres familiares;
Y alzándote desde esos gigantescos altares,
Proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
Del sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga, si hay infamia que castigar; nivela
Los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
Sobre el egregio mástil de la fe; tiende al viento
Como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
Y abre á la aurora tu alma como un bosque armonioso.

El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo, como una sorda germinación que abraza
Con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
Algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
Cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
Pretende libertarte de tu peñón sombrio:
Salvadora borrasca que sacude al navío,
Obscuras expansiones del oculto renuevo,
Alas que se presienten en la *eclosión* del huevo...
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
Es el lecho de sombra del ideal naciente.
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía; la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla;
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

Un poeta? Es preciso, Dios no trabaja en vano.
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano
La noche se constela de lejanos fulgores,
Cuando las grandes lenguas del viento dan rumores
Inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota
La inefable caricia de una armonía ignota,
La luz presiente el astro, la fe presiente el alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,
Dicen las predicciones de aquel advenimiento.
—Yo escuché esas tres grandes voces; Dios ha querido
Que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras á la hoja de hierba.

Pueblo del Nuevo mundo, tú eres la gran reserva
Del Porvenir. Tu grave destino que medita

El vasto pensamiento de la sombra, palpita
Como el feto de un astro futuro entre oleaje
De las causas divinas. Tu frente alta y salvaje
Deja correr en olas pensamiento sombríos,
Tal como una montaña madre de muchos ríos.
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
Llenando excelsitudes luminosas, parecen
Una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano fraternal levantada
Sobre el abismo enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano.
Vosotros los campeones del ideal humano,
Vosótros los intérpretes austeros de la Vida,
Vosotros los apóstoles de la razón deicida,
Los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,
Para todo el que sufre, para todo el que llora,
Para todo el que piensa, para todo el que canta,
Oh! admirables rebeldes de la luz: si os espanta
Que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere
En todo lo que vive y en todo lo que muere,
Que su palabra, llena de celestes cariños,
Cubra de bendiciones las cunas de los niños,
Que el trueno de su boca desarraigue los montes,
Que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
Que el rayo de sus ojos omnipotentes vibre,
¡Dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de furores divinos,
Y daban fuertes sones, como un bosque de pinos
Flameantes cabalgado por el huracán: sones
Que flotaban cual nubes sobre los escuadrones

De aquella gran columna blasfema. El mar oía,
Oía la montaña, la selva, el antro, el dia,
Presintiendo un cercano temblor de cataclismo
Ante esas formidables alarmas del abismo,
Aquellos sones eran las palabras de una ira
Tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo
Caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo
De las sombras pesaba sobre la tierra inerte
Como un árbol sobre una meditación de muerte.
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera
Con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
En sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
Entre mi pensamiento y la eternidad. Iba
Cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
Los astros continuaban levantando sus quejas
Que ninguno sentía sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas;
En el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
Nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
Gigantes convulsiones de las locas estrellas;
Nadie les preguntaba su divino secreto,
Nadie urdía la clave de su largo alfabeto,
Nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...

Y decidí ponerme de parte de los astros.

LEOPOLDO LUGONES.
(argentino.)

1897.



ÍNDICE NUMÉRICO

DE LAS COMPOSICIONES QUE CONTIENE ESTE LIBRO

Páginas

Páginas

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS AUTORES

CUYAS COMPOSICIONES FIGURAN EN ESTA OBRA

Páginas

ÍNDICE ALFABÉTICO

POR NACIONALIDADES DE AUTORES

POETAS ARGENTINOS

Páginas

POETAS BOLIVIANOS

POETAS BRASILEROS

POETAS CENTROAMERICANOS

POETAS COLOMBIANOS

POETAS CUBANOS

POETAS CHILENOS

POETAS ECUATORIANOS

POETAS MEJICANOS

POETAS NORTEAMERICANOS

POETAS PERUANOS

FE DE ERRATAS NOTABLES [1]

Página	Línea	Donde dice	Léase
10	28	Edar Poe	Edgar Poe
50	24	confíia	confía
63	11	ante	antes
65	17	tú	tí
80	24	(uruguayo)	(argentino)
84	28	bella	belleza
125	12	cruzado	cruzando
144	6	Epano	Spano
159	50	é	à
161	14	blanco lirios	blancos lirios
167	26	monigote	mojinete
176	21	pesaste	pensaste
221	1	indeferencia	indiferencia
315	10	maizal	marjal
379	13	cuando	cuanto
386	21	tu clarín	su clarín
392	7	despejo.	despego
410	24	De aquel	De Aquél
411	14	habre	abre
444	7	cubió	cubrió
629	18	origen	erigen
632	19	sútil	sutil

[1] Se insinúua al posecdor de cada ejemplar de esta obra
iencia de practicar en las respetivas márgenes del texto las
ies de esta *Fe de erratas.*—[N.del Corrector].

Maria Gale

Maria Graham


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063742974